



*El amor  
no se  
etiqueta*

*Ani M. Zay*





El amor  
no se  
etiqueta  
Ani M. Zay



1ª Edición

Título: El amor no se etiqueta

© 2018, Ani M. Zay

© De los textos: Yazmina Herrera

Diseño: Munyx Design

Editorial: Ediciones Besos de Papel

ISBN: 978-84-948151-2-6

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[CAPITULO 21](#)

[CAPITULO 22](#)

[CAPITULO 23](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPITULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[CAPITULO 27](#)

[CAPITULO 28](#)

[CAPITULO 29](#)

[CAPITULO 30](#)

[CAPITULO 31](#)

[CAPITULO 32](#)

[CAPITULO 33](#)

[CAPITULO 34](#)

[CAPITULO 36](#)

[CAPITULO 37](#)

[CAPITULO 38](#)

[CAPITULO 39](#)

[CAPITULO 40](#)

[CAPITULO 41](#)

[CAPITULO 42](#)

[CAPITULO 43](#)

[CAPITULO 44](#)

[CAPITULO 45](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[LA AUTORA](#)

[Otras publicaciones](#)

**Dedicado a mis tías  
por su apoyo incondicional**

## **NOTA DE LA AUTORA.**

Esta novela forma parte de una serie de historias autoconclusivas, siendo el detonante *Ese no era el trato*, las cuales comparten personajes y entre las que existen pequeños guiños. Sin embargo, son novelas que narran historias independientes, por lo que se pueden leer de forma separada. Por eso te invito a que devores cada una de ellas, descubriendo distintas maneras de encontrar el amor verdadero.



# CAPÍTULO 1



Viernes, 2 de septiembre de 1994

Una intensa humareda salía del 3ºD de un antiguo edificio de ladrillos en el sur de la ciudad. Las llamas iban apoderándose de cada milímetro que devoraban sin discriminar nada en su camino: mantas, sábanas, cojines... cualquier cosa que sirviera en su afán insaciable.

Cuando el humo comenzó a inundar el resto de las viviendas, los vecinos, asustados, corrieron a la calle. Al salir se toparon con una escena dantesca, una cortina de ceniza que salía de las ventanas abiertas del tercero. Las esperanzas se pusieron en que no hubiera nadie dentro y las miradas se centraban en el cielo, elevando las plegarias que resonaban en los corazones de todos.

El sonido del fuego fue camuflado por las sirenas de los coches de policía, ambulancias y camiones de bomberos. Los agentes de la ley, los primeros en llegar, acordonaron la zona, realizando un millar de preguntas, aunque la fundamental era si quedaban personas en el edificio. La respuesta resultaba sencilla, nadie había visto a la familia del 3ºD.

Algunos de los bomberos desde fuera soltaban agua hacia el edificio, aplacando el avance de las llamas, otros se aventuraban a entrar buscando supervivientes, cargados con extintores se abrían paso entre el fuego.

Al extinguirlo, la escena era espantosa, un cuerpo totalmente calcinado yacía en una cama y a su lado otro aún humeante se debatía entre la vida y la muerte. Al encontrar aquel hilo de esperanza, no lo pensaron dos veces,

cogieron el que aún tenía pulso y lo bajaron para entregárselos a los ATS y ellos lo llevaron de inmediato al hospital más cercano, no había tiempo que perder.

Sin embargo, del tercer miembro de la familia, no había ni rastro y a la policía le quedaba un arduo trabajo para localizarlo.

## CAPITULO 2



Viernes, 2 de septiembre de 2016

Últimamente la filosofía de Sylvia era que, si algo podía salir mal, ella se llevaba la peor parte. Esta actitud no siempre la había tenido, solía ser una persona muy positiva hasta que apareció Ángel: el hombre de su vida.

Ángel Baeza, siendo su nombre completo Miguel Ángel, era un escritor en auge de novela policiaca, uno de sus descubrimientos desde que la habían hecho editora, después de trabajar de forma incansable durante cinco años.

Su cuerpo espigado combinado con su semblante serio le impregnaba de cierto aire regio. No era un hombre muy atractivo, ni tampoco resultaba ser un gran conversador, alguien muy reservado en todos los sentidos. Por eso chocaba con la persona que había detrás de toda esa fachada, una humilde y de carácter afable, que la había impresionado desde el primer momento.

Realmente, sobresalía por su forma de escribir, era única, y eso lo llevó a ser número uno con sus tres novelas. Su triunfo, supuso el prestigio de la editorial y a Sylvia ser una de las mejores editoras; logrando reclutar a más autores de máxima calidad y consagrándose dentro de la editorial.

Sylvia consideraba que primero se enamoró de su pluma y más tarde de la persona que había detrás. Era una forma muy simplificada de contar la historia que se fraguó en sus corazones.

Lo de ellos comenzó con un inocente café en una de las muchas reuniones para la publicación de su segunda novela. Ella sentía que encajaban a la perfección, sabían leerse y sin pensarlo mucho, le pidió una cita. Él se

sorprendió, pero aceptó. A partir de ese punto, se construyó una preciosa relación que duró un año.

Transcurrido ese tiempo, en febrero de este año, Ángel rompió la relación de repente, sin proporcionarle el menor indicio en ningún punto de su noviazgo. No se lo esperaba, pues creía que todo estaba bien entre ellos, que ambos estaban cimentando algo hermoso que podía acabar en una casa y niños, lo que siempre había deseado.

Sin embargo, un mes después de romper, le confesó que acabó la relación, porque se había enamorado de Sofía, su mejor amiga. Se quiso morir del dolor. No se lo podía creer, la posibilidad de una reconciliación se había destruido en un segundo como un castillo de naipes. En ese instante, le hubiera gustado determinar en qué punto la cosa se había terminado, pues para ella todo había sido perfecto. No tenían problemas económicos, ni laborales, ni tampoco discutían; sabían leerse y eso facilitaba su convivencia, por lo que todo era muy extraño para ella.

Sofía era su amiga de la infancia, desde el primer día en la guardería confraternizaron, se lo contaban todo y la quería como si fuera su hermana. A pesar de que estudiaron cosas diferentes, nunca perdieron el contacto; ni cuando Sylvia estaba agobiadísima con los exámenes de su carrera de Filología Hispánica.

Ni el destino quiso separarlas, las dos trabajaban en el mismo edificio de Oficinas: Sofía, en un centro ginecológico de recepcionista en la segunda planta y Sylvia, en la tercera, en el sello editorial, Mibro Ediciones S.L.

No obstante, la amistad se había resentido después de que su ex y su mejor amiga comenzaran su relación. Sylvia necesitó algo de tiempo para poder superar todo, siendo algo complicado si se tenía en cuenta de que tenían el mismo grupo de amigos con Sofía, que su ex era el escritor más importante de la editorial y que en nada salía a la venta su cuarta novela. Por eso el

evitarlo no era una opción, debían ultimar detalles.

Su vida se había puesto patas arriba, la ruptura la llevó a una media depresión al perder a su novio y mejor amiga de un bofetón. Menos mal que aún le quedaba gente a la que acudir; aunque no era lo mismo, pues sentía que lo había perdido todo en un abrir y cerrar de ojos.

Su orgullo le impedía ser sincera y confesar su dolor por eso resultaba horrible toparse con ambos, verlos como una pareja feliz. Su corazón se encogía y sentía una fuerte presión en su pecho, que no conseguía controlar. Disimulaba e intentaba aparentar que no le importaba, pero no era así. No podía más, no lo olvidaba y no creía que fuera a conseguirlo.

Aquel día hacía seis meses de la ruptura de su relación y, aunque a ella le hubiera gustado estar celebrándolo en el sofá de su casa con un bol de helado y mucho chocolate, compadeciéndose de su suerte, estaba esperando a su mejor amiga en un bar.

Llevaba esperando cinco minutos en una mesa alta de pie con un mojito en las manos, el bar no estaba lleno, pero sí se veía movimiento. La gente se repartía por el espacio, había tanto parejas como grupos. La noche era joven y aún quedaban algunas horas para que se llenara el aforo.

Sin pretenderlo, Sylvia llamaba la atención entre el sector masculino, llevaba un vestido negro corto entallado, que resaltaba sus curvas; era una mujer con caderas, pero estrecha de cintura, y con una talla normal de sujetador, algo que no dejaba indiferente a ningún soltero. El pelo en una coleta resaltaba su esbelto cuello. Su look lady<sup>[1]</sup>, combinado perfectamente con su sutil maquillaje, dando un aire desenfadado.

Todo ello compuesto con unos pendientes y un collar con forma de gato lleno de piedritas brillantes. Era su última adquisición. Coleccionaba toda clase de prendas y complementos que tuvieran un felino. Hasta ella reconocía que era una *friki* de los mininos.

Al llegar Sofía, las miradas se centraron en ella. Su larga melena rubia mezclada con sus grandes ojos verdes y su sonrisa desenfadada le configuraban una presencia imposible de olvidar, al mismo tiempo que su elegancia natural servía de atractivo a todas las miradas curiosas.

Su vista se repartió por todo el local, buscándola. Cuando la encontró, gritó su nombre y, como si estuviera en una pasarela de moda, caminó hacia ella con paso decidido, sin importarle quien la observaba, ni quien estuviera en su camino. Era única para ser el centro de atención y la cosa era que nunca lo buscaba. Ella siempre había sido así, destacando sobre el resto.

—¿Viniste?

—Te dije que iba a venir, no entiendo tu sorpresa.

—Sylvi, no tenemos que disimular, sé que en todo esto tengo mucha culpa, pero... —No la dejó terminar, estaba cansada de excusas.

—No es necesario, ya lo sé —dijo soltando una bocanada grande de aire para prepararse para lo que pudiera decirle su amiga.

—¿Qué tomas? —No hubo terminado de preguntarle, cuando paró a un camarero para pedirle la bebida—. Voy a tomar un refresco de naranja, gracias.

—Bueno —suspiró—, después de las copas podemos ir a bailar, me han hablado de un local muy bueno aquí cerca.

Había venido porque echaba de menos su relación antes de aparecer Ángel. Al mismo tiempo tenía otro sentimiento opuesto, donde no le apetecía estar a solas con su amiga, sabía que ella iba a querer hablar sobre el tema y para eso no estaba preparada, necesitaba que sanaran las heridas que aún tenía abiertas, dolían demasiado.

—La verdad, es que esperaba que nos quedáramos aquí hablando un rato, mientras tomábamos algo.

Sylvia tenía claro que lo último que deseaba era oír cosas sobre su ex o de

lo bien que le iba a Sofía con él. De ahí que debía controlar la conversación para centrarla en cosas triviales sin importancia.

—¿Sabes? Este local pinta muy bien, no había venido nunca.

—Sé lo que estás haciendo, te conozco. —Sus palabras y su mirada la tenían acorralada, aquello no le gustaba—. Sylvi, yo no te pedí quedar para esto...

Esperaba su reacción y sabía lo que venía ahora. Hacía donde quería ir y no le gustaba nada.

—Sofí, mejor no.

—Debemos hablar.

—¿De qué? —hizo la pregunta de forma retórica—. Porque a mí no me apetece. —Quería zanjar el tema.

—Pues de ti —contestó, omitiendo la súplica de su amiga—, estoy muy preocupada, sé que nuestra relación no puede ser como antes de... —No pudo terminar la frase—. Pero eres mi mejor amiga y te quiero mucho. Me preocupas, Sylvi. —El camarero apareció con su refresco.

—Por favor, otra —le pidió, ya que necesitaba estar borracha para seguir con aquella conversación.

—Sylvi —le reclamó.

—Sofí, ¿qué quieres que te diga? Que estoy bien, que las cosas serán como antes. —Respiró profundamente para calmarse, pues se estaba alterando—. La cosa es que... —Al fijar la mirada en su amiga, no pudo decir la verdad—. Estoy bien, eso es pasado —mintió, aunque su voz no pudo disimular su tristeza.

—¿Me estás diciendo la verdad? —No creía a su amiga.

—Claro, que sí. Estoy de maravilla. —Le hubiera gustado sonreír, pero la preocupación en los ojos de Sofía, le impedía ser hipócrita.

—¿Sabes? Hoy he conocido a un chico perfecto para ti. —Se le veía

radiante ante la posibilidad de hacer de casamentera.

—¿Qué?! —chilló espantada.

El camarero le entregó la copa y ella no tardó en darle un gran sorbo a su mojito, no se había equivocado, tenía que estar borracha para aquella conversación.

—Sylvi, creo que sería bueno que conocieras a un chico... ya sabes... un clavo saca otro clavo.

—No es necesario.

—No digas eso... si empezaras a salir con un hombre guapo y atractivo —recalcó los adjetivos— todo esto sería... diferente. Además, es bueno que salgas por ahí y nos pongas a todas los dientes largos con tu chico. Por favor, Sylvi... pruébalo, hazlo por mí. Si quieres, yo me encargo de todo, lo único que tienes que hacer es ponerte guapa e ir a la cita, ¿qué me dices? —Sonaba desesperada, pero ilusionada con la idea.

—Sofi, no puedo.

Sus ojos se clavaron en los de su amiga, se veía muy preocupada por ella. Sin embargo, no podía aceptar, no estaba preparada emocionalmente para salir con otra persona, pero tampoco podía confesarle la verdad.

*¿Qué hago? ¿Cómo salgo de esta?* se preguntaba una y otra vez. Su cabeza no paraba de pensar una alternativa, ya que revelar que no había superado la ruptura y que seguía suspirando por su ex no era una opción.

Estaba en una encrucijada, así que optó por lo más fácil, la calle de la mentira. Una muy estrecha que desemboca en engaño, invención y complicaciones.

—Estoy saliendo con alguien. —Su voz sonaba poco convincente, pero no lo puso en duda por sus ganas de que fuera cierto.

—¿Desde cuándo? —Estaba muy ilusionada, imaginándose ambas parejas saliendo juntas.



—¿Desde cuándo?! —La pilló por sorpresa—. Es algo reciente... —titubeaba— solo hemos salido un par de veces...

—Eso es genial, ¿no? —preguntó al ver su inseguridad.

—Claro... es que no sé... es pronto para hablar de eso. —No quería dar muchos detalles, pues la podía pillar en la farsa.

—Sí, pero dime, ¿cómo es él? ¿Cómo se llama? ¡Tengo tantas preguntas que hacerte!

—Sofí, no

—¿No? —preguntó espantada, no se esperaba ese hermetismo de su mejor amiga, cuando siempre se habían contado todo.

—No quiero gafarlo, es mejor esperar, ¿vale?

—Sylvi, soy yo, puedes contármelo todo, te prometo que no diré nada a Lola ni a Dora y menos a Mateo. ¿O Mateo lo sabe? —Parecía indignada ante la idea de que alguien lo supiera antes que ella.

—La única que lo sabes eres tú, así que déjalo ya, por favor.

Sonrió aliviada, lo contrario a Sylvia, que cada vez se ponía más nerviosa, la insistencia de su amiga la estaba poniendo en un compromiso, así que cambió de tema.

—Oye, ¿y tú qué tal? ¿Cómo te va todo?

—Todo marcha... —Se mordió el labio, estaba en una disyuntiva, no sabía si ser del todo sincera con su amiga o callarse el notición que tenía.

—¿Algún problema? —IL conocía y sabía que ocultaba algo.

—Es que...

—¿Qué pasa? —Comenzó a alarmarse.

—Nada. —Regañó la nariz, restándole importancia, pero había algo que quería decir y no se atrevía.

—¿Quieres soltarlo de una vez?! ¡Me estás estresando! —le exigió.

—Sylvi, me prometes que, si es demasiado para ti, me lo dirás, ¿verdad?

—¡Qué sí, pesada! —resopló.

—Ángel, me ha pedido matrimonio y yo...

Todo había sido culpa suya, no había debido insistir, pero era demasiado tarde.

Se puso pálida nada más oírlo, estuvo en shock unos minutos, luego sus ojos fueron desesperados hacia la mano de Sofía, buscando la alianza que confirmara su peor pesadilla. No halló nada, pero eso no la detuvo para hacer la pregunta que tenía atascada en su garganta desde el mismo momento en el que había oído aquella noticia.

—¿Cómo? —Sacudía la cabeza para aclararse.

—Sylvi, yo te quiero mucho y, aunque no lo creas, tenía mucho miedo de tu reacción. No quiero perderte, sé que esto es algo gordo y llevamos poco tiempo juntos, pero me lo ha pedido y yo...

—Le has dicho que sí. —Al hablar, notó como las palabras le iban quemando por dentro como si fueran llamas que le iban dejando llagas a su paso. Tuvo que cerrar los ojos para concentrarse en el dolor y no empezar a llorar como una niña pequeña.

—Sí. —Sofía rompió a llorar, se dio cuenta del daño que otra vez le causaba a su mejor amiga.

Al verla llorar, el dolor disminuyó, como una ola al romper en la orilla, y se concentró en su amiga, obviando que se iba a casar con el amor de su vida.

—¿Por qué lloras? ¿No quieres casarte? —Intentaba mantener el tipo.

—Soy una persona horrible, soy lo peor, perdóname. —Se retiraba las lágrimas con un pañuelo.

—No hay nada que perdonar, no seas boba... —Hubiera preferido no saberlo, pero ya no había remedio para ese mal.

—Soy la peor amiga del mundo...

—Sofí, no. No digas eso. Lo que pasa es que me pilló por sorpresa y no me

lo esperaba. Yo creía que a Ángel no le iba eso de casarse.

Más bien, lo sabía. Ella había dejado caer el tema del matrimonio y niños varias veces, cuando estaban juntos, y su respuesta siempre se decantó por una negativa al respecto. De ahí que fuera toda una bomba.

—Sí, eso es cierto, pero me lo pidió y yo le quiero... —Se mordió el labio nerviosamente, mientras se limpiaba los restos de su llanto.

—Sé que le quieres y me alegro por los dos, pero no entiendo... te lo pidió y no te dio un anillo.

En el fondo era masoquista, a pesar del daño que le estaba haciendo todo aquello, necesitaba verificarlo con la alianza.

—Eso... —dudaba—, el anillo... en realidad, sí. —Respiró profundamente para coger fuerzas para soltarlo todo—. Tengo el anillo en el bolso, es que no podía ponérmelo hasta tener tu visto bueno. Se lo dije a Ángel, que, si tú no querías, que se olvidara de la boda; eres muy importante para mí. No puedo perderte... Sylvi, ¿qué dices? —Se mordía el labio con desesperación por los nervios.

—¡Eh!

Estaba sin palabras, no sabía qué decir, aquello era una granada de mano que le había explotado. Por si no fuera poco, encima le estaba pidiendo permiso para casarse con él. Todo le daba vueltas se encontraba mal, no se veía con fuerzas para continuar con la farsa, necesitaba salir corriendo a cualquier parte, pero lejos de todo y todos.

—Sylvi... —El miedo se apoderaba de ella.

—Voy al baño, ahora vengo.

—Vale.

Los peores temores de Sofía se mostraban ante ella, su amiga no se había tomado bien la noticia. Era evidente que no había superado la ruptura y se arrepentía de haber sido tan sincera, debía haberse callado y haber esperado

un poco más. Así que se aferró a su bebida.

Por otro lado, Sylvia se fue al baño, no aguantaba más, cuando estuvo delante del espejo del lavamanos, rompió a llorar. Cerró con todas sus fuerzas los párpados, para controlar sus emociones. Deseaba que aquello parara, tanto el dolor de su pecho como el seguir soltando lágrimas por un hombre que ya no la quería.

Se sentía tan patética que se odiaba, por lo que gritó con todas sus fuerzas, ansiaba expulsarlo todo, que no quedara nada, no notar nada, quedarse vacía. Ese era su mayor deseo, no sentir nada: ni dolor, ni soledad, ni frustración... y mucho menos esperanza de que volviera con ella.

El grito fue percibido por un hombre que salía del servicio de caballeros, primero se quedó quieto, esperando a que se repitiera, pero lo que oyó fue un sollozo. Sin pensarlo demasiado, tocó en la puerta pidiendo permiso para pasar.

Eso la sorprendió y, por un segundo dejó a un lado aquel dolor, recuperando la compostura al recordar dónde se encontraba.

—Ya salgo —dijo pensando que alguien quería pasar a los servicios.

Respiró hondo y se arregló el maquillaje, para ocultar que tenía los ojos hinchados y rojos, escondiendo su bello tono pardo. Sus intentos fueron en vano, por mucho que lo deseara le iba a ser imposible disimular su tristeza. Así que dejó de mirar a la patética mujer de cabellos color caramelo que se reflejaba en el espejo y salió del baño.

Cuando estuvo fuera, se topó con un hombre alto de pelo negro corto con barba recortada y muy atractivo. Sus facciones eran muy masculinas con el mentón cuadrado y los labios finos. A pesar de la ropa, se notaba que su cuerpo estaba muy musculado, de gimnasio. Tendría como unos treinta años y vestía muy bien; al menos, la camisa blanca con la americana negra y el vaquero le quedaban perfectos a su percha.

El hombre la esperaba apoyado en la pared con los brazos cruzados en el pecho, parecía divertirse todo aquello, pues le sonreía y tenía levantada una ceja, como si la estuviera estudiando.

—¿Sabes que acabas de provocarme un susto con tu grito?

—Perdona. —No se esperaba aquella pregunta.

—Sí, yo iba saliendo del baño tan tranquilo y oí tu grito, casi me da algo. Eso no está nada bien. Casi me da un infarto.

—No sé quién eres, pero creo que me voy.

Desde que la había visto salir del baño con aquella cara, supo que algo malo le había ocurrido, así que optó por jugar un poco para que, durante unos minutos, olvidara sus problemas. Además, no quería regresar junto con sus amigos, radiografiando a todas las chicas del bar, le resultaba repulsivo.

—Espera un momento. —La detuvo con la mano, impidiéndole el paso—., No puedes dejarme así, me ha dado un infarto por tu culpa.

—Pensaba que “casi” te da un infarto.

—Bueno... son ligeros matices, una cosa no quita la otra.

Sylvia estaba asombrada con el descarado que la vacilaba.

—Mira, paso de ti.

—¡Au! —gritó, llevándose la mano al pecho—. Eres cruel, ¿por qué me tratas así? ¿Acaso no te he dicho lo de mi infarto?

—Casi infarto.

—Matices, mujer, matices. —Sonrió con cinismo, mientras alzaba de forma reiterativa las cejas.

—¿Me estás vacilando?

—¿Yo? No. —Su voz era tan sobreactuada como su actitud.

Sylvia llegó a la conclusión de que el tipejo estaba loco y que era mejor ignorarle, tampoco tenía cuerpo para soportarlo, por lo que pensaba regresar junto al alcohol. Después de lo ocurrido, la borrachera sonaba como la mejor

opción de todas.

Le puso su peor cara; esa de “ni te atrevas a hablarme, tocarme o mirarme”, y se alejó de él.

—Espera un momento. —La agarró del brazo para que no se fuera, ella se giró y, con la mirada, le obligó a soltarla—. De acuerdo, no te enfades. —Levantó las manos en su defensa—. Quería disculparme, solo quería decirte que lo de antes era una broma.

—Vale, gracias. —Bajó la guardia, pues él parecía menos idiota.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—No lo parece, ven anda. —Él se acercó para darle un abrazo.

—¿Qué? —Dio varios pasos para alejarse, topándose con la otra pared. No entendía qué pretendía.

—Sólo voy a abrazarte, no te preocupes, no pienso sobrepasarme.

—No es necesario.

Antes de poder terminar de hablar, él ya estaba sobre de ella. La única distancia que había, eran sus brazos encogidos, se resistía a abrazarle. Sin darse cuenta se impregnó con su perfume fresco y masculino, olía muy bien; por lo que cerró los ojos, dejándose envolver por el aroma. Por otro lado, a él no parecía molestarle, al contrario, todo aquello le resultaba muy divertido.

## CAPITULO 3



Sofía empezó a preocuparse, Sylvia no aparecía; hacía rato que le había comentado que iba al baño, pero no había vuelto. Se asustó al pensar que no llevara bien todo el tema del compromiso, por lo que se armó de valor y fue a buscarla.

Antes de llegar a los servicios, vio a una pareja abrazándose, a la cual ni miró, pero al pasar a su lado, algo le hizo detenerse. Era su amiga, estaba con un hombre guapísimo y muy atlético.

Tuvo que mirar dos veces de arriba abajo, pues no se podía creer lo que veía. Sobre todo, el buen físico que tenía aquel hombre. En ese momento, entendió el motivo de las reservas de su amiga. Era evidente que aquello iba a levantar muchas miradas dentro del sector femenino. Hasta ella sintió algo de envidia por su suerte.

—¿Sylvi? —dijo asombrada, aún no se lo creía.

En cuanto escuchó aquella voz, se separó muy rápido, dándole un empujón a su admirador. Se puso muy nerviosa, buscando una excusa que explicara el haberla encontrado abrazando a un desconocido. Ni ella misma podía explicar cómo habían ocurrido las cosas.

—Yo... —Le temblaba la voz.

—No te preocupes. —Sus ojos se iluminaban entre más observaba la adquisición de su amiga—. Te espero en la mesa.

—No, ya me voy contigo.

Sofía no podía aguantar más, inicialmente iba a esperar a que su amiga se lo presentara, pero conociéndola, se imaginaba que eso tomaría algún tiempo. Así que, al contrario de lo que le decía la lógica, se dejó llevar por sus impulsos, aprovechando para conocerle.

—Lo siento, pero no puedo esperar.

—¿Qué? —Le sorprendió.

—Hola, soy Sofía, la mejor amiga de Sylvia. —Fue directa a su cara para darle un beso, algo que le pilló de imprevisto.

—Hola, yo soy Manu. —Sonrió ante su descaro.

—La verdad es que tenía ganas de conocerte y jamás me imaginé que fueras tan guapo. —Le guiñó un ojo a su amiga—. Ahora entiendo por qué no querías contarme nada. Vaya, cuando lo vean las chicas se van a quedar muertas. —Se sentía tan feliz que no se daba cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Qué? —Aquella noche estaba siendo demasiado intensa—. Sofí, no. Me parece que... —pero no pudo terminar.

—Lo entiendo, no hace falta que digas nada. Lo he pillado, quieres estar a solas con tu chico. —Los ojos de Sylvia se abrieron medio metro, las cosas se ponían aún peor—. Bueno, solo quería ser educada —dijo dedicándole una enorme sonrisa de satisfacción a la pareja.

—Sofí —le reclamó para que se callara.

—Vale, no me mires así. —Aprovechó para echarle un último vistazo de arriba abajo a Manu, sin cortarse al examinarlo—. Definitivamente, entiendo porque no habías dicho nada. Vaya, vaya... hasta yo me lo pensaría antes de presentárselo a mis amigas. —No podía dejar de sonreír.

—Perdona a mi amiga, lo siento mucho —se disculpó.

Era evidente que estaba confundiendo las cosas, había dado por establecido



que Manu era su novio, ese con el cual había tenido algunas citas ficticias. Tenía que alejarla de ese hombre antes de que metiera más la pata y soltara algo que la comprometiera o, aún peor, descubriera todo, teniendo que reconocer su mentira.

—Estoy algo perdido, ¿alguien puede explicarme esto?

—¿Tú eres...? —No la dejó acabar.

—Sofi, por favor, vete a la mesa, ahora voy —elevó algo la voz para que se notara su tono autoritario y la miró fijamente para no darle otra opción.

—Vale. —Le pareció extraña esa actitud, pero se fue. Al irse, lo miró y se despidió de Manu—. Un placer, a ver si quedamos un día.

—Claro. —Él no entendía nada y, aunque le resultaba muy disparatado todo, se divertía.

En cuanto se fue, Sylvia respiró aliviada, ahora podía pensar con claridad. Todo había sido muy raro y apenas había tenido tiempo de asimilar lo ocurrido. Se imaginaba que cuando llegara a su mesa, el alcohol le ayudaría a aclararse un poco y tenía que ver qué otra mentira tendría que inventarse para salir de aquello, por lo que pensaba despedirse y marcharse detrás de su amiga.

—Perdona, es que mi amiga te ha confundido con otra persona, muchas gracias y no te molesto más.

—Espera. —La detuvo—. ¿Quién se cree que soy?

Él no era idiota y por el contexto de la conversación, sabía que lo habían confundido con su novio. Sin embargo, aún no le apetecía regresar con sus amigos, prefería quedarse y ver cuál sería su explicación.

—Es muy largo de explicar. —Manu cruzó los brazos, esperando una respuesta. Podía inventarse algo para salir del paso, pero como era un desconocido al que no iba a volver a ver, no le importó sincerarse —. Ella cree que estamos saliendo...

—¿Tu novio? —Abrió los ojos, haciéndose el sorprendido.

—Más o menos, que nos hemos visto un par de veces y eso...

—¿Y por qué piensa eso? —Le estaba resultando demasiado raro, a la par que divertido, de tal modo que quiso saber más.

—¿De verdad tengo que explicártelo? —Se sentía agotada con tanta preguntita.

—Si quieres le pregunto a tu amiga. Me da la sensación de que no le importará contármelo todo.

—Vale... —Le detuvo sobre la marcha y suspiró resignada—. Está empeñada en buscarme pareja y le conté que me veía con alguien.

—¿Y ese alguien? —La pregunta sobraba, era evidente la respuesta.

—Le mentí, ¿estás contento?

—¿¿Yo?? —exageró—. Te recuerdo que la mentirosa eres tú. —No paraba de sonreír, jamás se le había pasado por la cabeza que se iba a entretener tanto esa noche.

—Mira, déjalo, no sabes nada de mí, así que no me juzgues.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que su mentira se podía volver en su contra, siendo el chivato la culpa. Cayó en que lo peor serían las excusas para seguir tergiversando la realidad, pues llegaría el punto en el que se quedaría sin argumentos.

—No te juzgo, tranquila. Lo que pasa es que no me gustan las mentiras, porque no suelen ser buenas. Lo sé por experiencia.

—Gracias por el consejo, encantada.

No había ni terminado de hablar, cuando comenzó a caminar en dirección a su mesa. Allí la esperaba su amiga con las bebidas, quería todos los detalles de su nueva pareja. Estaba muy feliz, pues él era guapísimo, simpático y parecía perfecto para ella.

—Tienes que contármelo todo —le exigió nada más llegar a la mesa.

—¿Todo? No. —Negó con la cabeza.

Tenía la boca seca, por lo que bebió un gran sorbo, mientras Sofía buscaba la forma de sacarle el máximo de información.

—No puedes hacerme eso, y menos justo después de haberle conocido.

—Es que no tenías que haberle conocido. —Estaba empezando a cabrearse.

—¿Lo ves? Lo sabía, no confías en mí. —Sus ojos se entristecieron.

—No es eso, es que... —buscaba un pretexto— pronto, eso... aún no le conozco y no sé si va a funcionar.

—Tienes razón, vale. Es normal que tengas miedo, pero soy yo... —seguía insistiendo, algo que se le daba muy bien.

—Basta ya, es mi vida y tengo algo que decir al respecto, ¿no?

Durante unos instantes, el silencio se afincó entre ellas, aunque no duró mucho. Sofía no podía callarse, su forma de ser se lo impedía, era superior a ella. Además, donde estaba situada le veía perfectamente. Estaba con unos amigos, pillándole en más de una ocasión mirando hacia su amiga.

—¿Esos son sus amigos? —señaló con la mirada.

Sylvia se giró y lo vio, ambas miradas se cruzaron. Cuando regresó a la mesa, puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre ella, no podía más. Su amiga resultaba insufrible.

—¿Conoces a alguno? —Ni se inmutó, la editora no podía más, la noche estaba siendo horrible.

—¿Quieres dejarlo ya?!

—Venga, Sylvi. Contéstame, ¿quiénes son?

—Yo que sé... —Su cara era una mezcla entre resignación y súplica, no quería hablar más del tema.

—Sabes, puedes ir como la que no quiere la cosa, le saludas otra vez y te presentas a sus amigos.

—¿Qué? —de la sorpresa se petrificó—. Tú estás fatal, ¿verdad?

—Yo lo hago cuando quiero conocer algún amigo de Ángel y él no me lo presenta. Es sencillo, mira tú vas y... —Sylvia la interrumpió.

—He tenido suficiente. —Entonces, levantó la mano para llamar al camarero—. La cuenta, por favor. —Ni esperó a que llegara hasta ella.

—¿Nos vamos? —Le puso cara de pena.

—Sí. —La miró con dureza.

—Eres una aguafiestas.

Manu lo observaba todo desde su posición, sonreía al verla tirada en la mesa, parecía muy agobiada. Sus amigos que no entendían nada, lo miraban extrañados y no pudieron evitar preguntar.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Cuánto os apostáis a que le doy un beso a aquella chica —señaló a Sylvia— y no pasa nada?

—Eso no te lo crees ni tú...—Las carcajadas de sus amigos resonaron en el local.

—Seguro que se lleva un bofetón...

—Como mínimo.

Las burlas se sucedían entre ellos.

—Una guardia —dijo el más bajo, Nacho, su compañero de trabajo.

—Hecho.

Ambos sellaron la apuesta con un apretón de manos.

Manu, que no había perdido detalle, vio como ella tenía la cartera en la mano, esperando al camarero que se acercaba con la cuenta.

Se fue en dirección a ella con paso decidido, mientras contaba el dinero para pagar. Sofía que lo había visto, fue a avisarla, pero él le hizo una señal para que guardara silencio. En cuanto terminó de pagar, guardó la cartera en su bolso y el camarero se fue.

Los ojos de Manu brillaban de diversión, estaba decidido a besarla y ganar la apuesta.

Cuando llegó, aprovechó que estaba de pie para ponerle una mano en la cintura y, cuando ella se giró para ver de quién se trataba, la besó.

Sus labios se unieron y ella se quedó helada. Con los ojos muy abiertos al verlo allí, besándola. No se lo esperaba. Él no se regocijó en el beso, fue bastante casto y cuando se separó de ella, la abrazó.

—Deberías disimular, nos mira tu amiga —le susurró.

—¿Qué?

La desarmó por completo. Ella no podía ver la cara de Sofía, estaba de espaldas, pero se la podía imaginar; boca abierta y alucinando. De tal forma que reprimió sus ganas de pegarle un bofetón y puso su mejor cara.

Mientras tanto, Manu le guiñaba un ojo, ambos sonreían, aunque por motivos diferentes. Él se divertía con todo aquello y ella por las ilusiones puestas en la nueva pareja de su amiga.

—Bueno... —levantó la voz para obligarle a separarse de ella— nos tenemos que ir.

—Es una lástima, yo pensaba que podíamos pasar un rato juntos. —A él le encantaba su estatus de poder para manejar la situación.

—Esta noche, no. ¡Noche de chicas!

—¡Qué pena!

—Podríamos quedarnos un rato —comentó inocentemente Sofía.

—No. —Se giró para mirarla con dureza.

—Lo siento —se encogió de hombros.

Sylvia se empezaba a poner de los nervios, ¿acaso no se daba cuenta de que aquello solo alimentaría la curiosidad de su amiga? La colocaba en una posición muy incómoda. En cambio, Manu lo veía como un juego muy divertido.

—Ya que te vas, ¿me das un beso? —lo dijo bastante alto para que su amiga lo oyera.

—No te pases, guapo, no te pases —le dio un cachete en la mejilla, como si fuera cariñoso, aunque fue enérgica para que le doliera por listo.

—¡Te tengo de testigo, tu amiga me trata mal!

—Sylvi, dale un beso, pero de esos de película. —Sus ojos reflejaban la ilusión, que en ella no había.

Presionada por la circunstancia, se quedó quieta, esperando su beso. Él se acercó lentamente a ella y la besó. Cuando sus labios se movieron, ante un contacto físico que añoraba, no pudo evitar saborear el momento. Se dejó llevar y le correspondió, hasta el punto de que él aprovechó para que entrara en escena su lengua.

La pilló de improviso, no esperaba que se atreviera a tanto, por lo que le mordió el labio. Él se apartó, llevándose la mano a la boca. Ella se apartó, desafiándole con los ojos.

—Bueno... nosotras nos vamos.

No dejó que Sofía se despidiera, la agarró del brazo y se la llevó fuera del bar. No quería volver a verle. Era un sinvergüenza y un cínico. Era como el resto, siempre beneficiándose de la ocasión cuando se ponía a tiro. No quería un hombre así en su vida.

Dentro del bar, Manu regresaba victorioso al lado de sus amigos. No dejaba de sonreír de oreja a oreja. Las cosas habían salido mejor de lo que esperaba. Jamás creyó que esa chica estuviera tan desesperada para dejarse besar, llegando a sentir algo de lástima.

—Eres un tramposo, tú la conocías —le indicó Nacho.

—Hiciste una apuesta, ahora te aguantas y me haces una guardia.

—Venga tío, eso no es justo.

—En mi defensa, tengo que decir, que la conocí al salir del baño.

—¿Pero a qué baño vas tú? No sabía que fueras mariquita.

El resto se reía a carcajada limpia, mientras Nacho intentaba anular la apuesta. En cambio, Manu no se lo iba a permitir.

—¡Eh, cuidado con lo que dices! —se reía, pues veía sus intenciones—. Te aviso desde ya, no te vas a librar, tengo testigos, me debes una guardia. —El resto afirmaba con la cabeza, al tiempo que Nacho maldecía su suerte.

—Eres un capullo.

—Bueno, algo de eso hay.

Las cervezas y las risas estuvieron presentes toda la noche. Nacho, que estaba molesto, era el blanco de todas las burlas. Por otro lado, Manu no podía dejar de pensar en Sylvia, se preguntaba qué le había pasado para llorar en el baño y mentirle a su amiga. No le dio la impresión de ser una persona débil, por eso le inquietaba conocer qué había detrás de todo su comportamiento.

En una pizzería cercana al bar, las dos amigas pedían una pizza para llevar. Sylvia había conseguido mantener a raya la curiosidad de Sofía. Le pidió que no le preguntara nada hasta llegar a su casa.

De ahí la comida para llevar, pensaba llegar a su piso, devorar unos pedazos de pizza y beberse, ella sola, una botella de vodka antes de que comenzara el interrogatorio de su amiga. Solo esperaba que su compañero de piso, Mateo, no estuviera.

En el otro extremo estaba su amiga, repasando cada una de las cosas que había vivido esa noche: primero, la reacción de Sylvia por su inminente matrimonio; segundo, el encontrarse con su novio y, tercero, el pedazo beso que le había dado. Tenía tantas preguntas que no sabía por cuál empezar, su curiosidad era máxima.

Al llegar a su piso, todas las luces estaban encendidas, por lo que cerró los

ojos y rezó para que Mateo se las hubiera dejado así, pero no tuvo esa suerte. Estaba parado en la cocina, vestido con su pijama de Barrio Sésamo<sup>[2]</sup>.

El piso era muy sencillo, dos dormitorios, baño y un salón-cocina. No tenía muchos muebles, pues vivían de alquiler. Aunque si tenían una enorme bandera del arcoíris detrás del televisor y algunos posters de grupos de los 80. Todo bastante sobrio, aunque llevaran viviendo juntos casi siete años.

Se conocieron por casualidad, cuando comenzó a trabajar en prácticas para la editorial, al terminar la carrera. Así que necesitó un lugar barato para independizarse, de esa forma conoció a Mateo. Conectaron al minuto uno y, en la convivencia, no tuvieron problemas. Ahora ella se podía permitir algo mejor, pero prefería quedarse con él.

Mateo era homosexual y adoraba todo lo que tuviera que ver con los 80, a pesar de que era de la misma edad que su compañera de piso. No era muy alto, pero era extremadamente delgado, estaba obsesionado con el peso. Gesticulaba en exceso, siendo muy gay tanto en su forma de vestir como en su forma de hablar.

—¿Qué haces aquí? ¿No sales? —preguntó Sylvia.

—Mal de amores, cari, estoy como tú —suspiró poniendo ojos llorosos—. Nunca te fíes de un maricón, son unos... —Gimoteó exageradamente.

—Tranquilo. —Le abrazó para consolarle—. Sé lo que dices, ¿qué tal si nos cogemos un buen pedo?

—Suena perfecto —le confesó, encantado con su idea.

—Bueno, aquí está la pizza —gritó Sofía, mientras ellos sacaban la bebida.

Lo tenían todo dispuesto en la mesa de la cocina. Tanto Sylvia como Mateo se sirvieron dos copas con mucho vodka, mientras Sofía prefería quedarse con un refresco para estar lúcida en su afán de sacarle información a su amiga. Con las copas llenas, esta última propuso un brindis, le quemaba la noticia en la garganta y sabía que con ayuda podría sacarle más cosas sobre



Manu.

—¿Brindamos? —dijo alzando la copa, el resto repitió el gesto—. Por el pedazo maromo de Sylvia.

—¡¿Qué?! —gritó Mateo poniéndose en pie y mirándola espantado—. No me has dicho nada, cari.

Lo de “cari” era su muletilla, se lo decía a todos y solía ser el final de sus frases, además de darle una entonación especial, era muy característico en él.

—No pienses lo que no es, es un chico que conozco y punto.

—Hazme caso, es un hombre guapísimo y se dieron un beso delante de mí que me dio una envidia... —Le abrió los ojos para acentuar sus palabras.

—¿Qué? Pero, cari, ¿por qué me haces esto?

—Mateo, Sofí exagera, en serio.

—¡Mala amiga! —La miró con desprecio para centrarse en Sofía—. Tú cuenta, que aquí mi examiga me tiene seco de información.

No se lo podía creer, la cosa se ponía peor, si hubiese sabido cómo se iban a desenvolver los acontecimientos, hubiera seguido en el bar, aunque tuviera a aquel pesado.

—Bueno, pues Sylvia se encontraba mal y fue al baño... —Vio su oportunidad para cambiar de tema.

—Me acababas de decir que te casas con Ángel.

—¡¿Qué?! —gritó de nuevo poniéndose en pie otra vez, llevándose una mano al pecho y otra a la frente—. Entre las dos me vais a matar, ¡me muero!  
—Se sentó, abanicándose con la mano del pecho—. Chochos, esas cosas no se hacen...

—¿Quieres agua? —Sofía se hallaba preocupada por él, en cambio, su compañera de piso sabía que no le pasaba nada.

—No gracias, ya tengo. —Bebió de su copa—. Primero, cuéntame eso del matrimonio. —Luego se giró hacia Sylvia—. Tú no te libras. Quiero saberlo

todo. Jo... —lloriqueaba—, hubiera matado por estar allí.

—Ángel me lo pidió y le dije que sí con la condición —entre más oía, más rápido se vaciaba la copa— de que si... —señaló a su amiga— no lo lleva bien, nos olvidábamos de todo. Por eso quedamos esta noche, quería contárselo.

—Mala amiga, ¿tú qué dices?

—¿Yo? A mí no me metas, bastante tengo con mis cosas...

—Sylvi, pero es que yo quiero que seas mi dama de honor...

Ella se quería morir.

—Joder, Sofía tienes el tacto en el culo. —Le indicó Mateo—. Le quitas el novio y encima le ofreces ser la dama de honor.

Para él, Sylvia era su hermana y si tenía que defenderla no lo dudaba ni un segundo.

—Es que... —Iba a empezar a llorar.

—Sofí, sí, seré tu dama de honor. —Su buen corazón no podía negarse, además el alcohol empezaba a mejorar su humor.

—En serio, estás fatal de la cabeza, cari —le dijo a su compañera.

—Déjalo, Mateo.

Ella no quería más dramas por esa noche, por eso fue a por su segunda copa, cargada hasta los topes.

—Bueno... y el anillo...

—Lo tengo en el bolso, no quería ponérmelo hasta hablar con Sylvi.

Ni se lo pensó, corrió al bolso y sacó un anillo de oro blanco con un pequeño brillante en la punta. Nada más verlo, los otros dos sintieron una enorme envidia, era perfecto.

Estuvo como veinte minutos hablando de la pedida de matrimonio, dando demasiados detalles para el corazón de su amiga. Así que ella bebía y bebía, ya que su estómago no le permitía comer nada. Después de la cuarta copa,

estaba borracha.

De tal manera que le tocó a Sofía contar los detalles sobre Manu, quedándose con las ganas de interrogar a su amiga, que estaba demasiado ebria como para hablar.

Entre los dos la llevaron a su cuarto, tirándola en la cama, para que durmiera la mona.

—Mi novio es un idiota, pero besa bien el jodido, y es guapíiiiiissssiimmmoooo.

—Creo que estás borracha, mejor duerme —le señaló Mateo.

—No quiero, quiero a mi novio. Necesito un hombre que me haga olvidar a ese cabrón que me dejó por mi amiga.

Lo primero que hizo Mateo, fue mirar al pasillo para encontrarse con la mirada de Sofía desde la puerta, que cogió su bolso y se largó.

—Eres única para montar un espectáculo —indicó con pena.

## CAPITULO 4



Sábado, 3 de septiembre de 1994

La noche había sido muy larga para el inspector González, el caso del incendio le tenía desconcertado. Las pruebas preliminares resultaban desconcertantes y hasta que los peritos no entregaran sus informes no quería dar por cubierta ninguna línea de investigación, aunque estaba algo perdido acerca de lo que pudo ocurrir en aquel piso. Nada encajaba.

Según las primeras indagaciones, el foco se originó a las seis de la tarde en el dormitorio principal, en la cama. El cuerpo que se halló encima de ella correspondía a un varón adulto de veintiséis años que murió a causa de las llamas, produciéndosele quemaduras de grado 3 por todo el cuerpo que le causaron la muerte.

En el caso de la otra víctima hallada a los pies de la cama, presentaba también quemaduras de grado 3, sobre todo en la parte superior del cuerpo, brazos y pecho. Sin embargo, no se pudo hacer mucho por ella, ya que media hora después de llegar al hospital, murió por las graves lesiones que tenía.

Se trataba de una mujer de veinticuatro años, casada con el fallecido. Ambos vivían en el piso donde se produjo el incendio.

Los peritos, en sus primeras pesquisas, mantenían la teoría de que el cuerpo del varón fue el primero en sufrir los efectos del fuego y, en el caso de la mujer, se creía por la colocación del cuerpo y las quemaduras, intentó

socorrer a su esposo.

También consideraron que se necesitó la ayuda de un acelerante para producirse esas llamas. De todas formas, eso lo determinarían los informes del laboratorio.

En lo relativo al caso, ya no se podía hacer nada por esas dos personas, al Inspector lo que le preocupaba era la desaparición del tercer miembro familiar. Era la una de la madrugada y no había ni rastro de él. Tenía miedo de lo que le pudiera haber ocurrido.

—Márquez, ¿sabes algo?

—No, jefe, nada por ahora. Dos agentes van a peinar de nuevo la zona a ver si lo encuentran, pero no hay rastro del menor.

—Mantenme informado de cualquier cosa.

—Jefe, mejor váyase a casa, si hay novedades le llamo.

—No creo que pueda dormir. —González miraba una y otra vez las fotos del escenario del crimen, buscando una explicación.

—Jefe, déjelo ya, no podemos hacer nada hasta que los peritos no terminen sus informes. Todo lo que sabemos es muy subjetivo. Mejor, se va a casa, quizá mañana podamos averiguar algo más.

—Sí, quizá mañana.

El inspector se fue con el caso en la cabeza.

## CAPITULO 5



Lunes, 5 de septiembre de 2016

Después de la confesión de su amiga ebria, se sentía fatal, se veía como una arpía roba-novios. No se podía creer que siguiera colada por él, se suponía que lo había superado. Al menos eso le había dicho en más de una ocasión.

Cuando empezó con Ángel, él le contó que lo de ellos era imposible, que eran incompatibles y que apenas había sentimientos, solo era atracción sexual. Ella le creyó desde el primer momento, por eso aceptó una cita con él a los quince días de que hubiera roto con Sylvia. Jamás dudó de su versión, pensó que su amiga en unos meses encontraría a otro chico y las cosas serían como antes.

Ahora las cosas eran muy diferentes, iba a perderla definitivamente si seguía con él. El problema era que le quería muchísimo, en poco tiempo se habían convertido en una pareja consolidada. Encajaban a la perfección y eso le asustaba, pero, por contra, tenía a su mejor amiga.

Durante el fin de semana, Ángel estuvo encerrado en su despacho, escribía una novela y quería terminarla, así que Sofía dispuso de mucho tiempo libre para pensar en lo que iba a hacer, ya que las cosas tenían que cambiar. No podía seguir haciéndole daño a Sylvia, ni seguir haciéndoselo a ella misma.

Por otro lado, Mateo puso al tanto de lo ocurrido a Sylvia, estaba desesperada por arreglar las cosas, pero fue en vano. Su amiga no atendió a

sus llamadas ni a sus mensajes y eso no le había sucedido nunca. Ya que ella siempre contestaba al teléfono o mandaba un mensaje avisándote que llamaría más tarde.

Otra opción, y la más fácil, hubiera sido presentarse en su casa y charlar de lo ocurrido, pero sentía vergüenza. ¿Qué le diría? ¿Qué mentira añadiría a la lista? Las mismas preguntas se repetían una y otra vez.

Desde que se había roto la relación, las mentiras entre las dos amigas eran un continuo goteo. Una quería ocultar su dolor y la otra deseaba creerla para construir un futuro. Las dos le dieron la espalda a la realidad para no aceptar la evidencia. Sin embargo, ya era tarde, pues la noche del viernes había revelado la posición de cada una.

Si las cosas estaban claras, por qué ambas se sentían tan mal, lo más sencillo sería alejarse la una de la otra durante un tiempo, pero eso resultaba demasiado doloroso para tenerse en cuenta.

El lunes llegó y Sylvia llamó al trabajo de su amiga para verse a las once con un café y hablar del tema. Ella tenía claro una cosa, Ángel fue quién rompió la relación y Sofía no tenía la culpa.

Cuando se enteró de que estaban saliendo, cobraron valor las palabras de su ex respecto su cariño, nunca la quiso, tenía que entrarle en la cabeza que estaba enamorado de su amiga. Así que el problema lo tenía ella y tenía que buscar una solución para superar todo aquello.

Sofía la esperaba con dos cafés con leche en la mesa, tenía unas enormes ojeras de no dormir y apenas podía sonreír al verla. En verdad, ese amago de sonrisa resultaba muy hipócrita, pues las cosas estaban demasiado tensas entre ambas.

Lo primero que hizo al acercarse a la mesa, fue mirar su mano izquierda. No llevaba el anillo. Su amiga se lo había quitado al llegar al trabajo, no quería que lo viera en su dedo, aún.

Ambas se saludaron de forma incómoda, seguido de un enorme silencio.

—Sylvi, sigues enamorada de Ángel, ¿verdad? —la miró directamente a los ojos.

Quería dejar de mentirse e iba a poner las cartas sobre la mesa, quería sinceridad, aunque su corazón se resquebrajara.

—Sofí, yo... —Se le cortó la voz, le dolía demasiado.

—Creo que siempre lo he sabido, pero no he querido verlo. —Tuvo que retirar la mirada.

—No —gritó—, no lo hagas. Nuestra amistad es más fuerte que un hombre, yo puedo...—Sofía la interrumpió.

—No te mientas, ni lo hagas conmigo. Aquí las dos sabemos que nuestra amistad se rompió cuando empecé a salir con Ángel. Yo me cargué nuestra amistad. Fue culpa mía y ahora... es tarde. —Tenía lágrimas en los ojos.

—No, él rompió conmigo, él me dejó y te eligió a ti; no a mí. Es mi problema, no el nuestro.

—Eso no es así. No puedo ser feliz con él, mientras sepa que te estoy haciendo daño.

—Pero no me estás haciendo daño —quería arreglarlo.

—Mentira.

—Bueno... —Sacudió la cabeza para aclararse las ideas—. Quizá sí, pero estoy en ello.

—¿Cómo?

En ese momento, una conversación que tuvo con Mateo el sábado cobró sentido.

—Estoy intentando superarlo, por eso estoy saliendo con ese chico.

—¿Te refieres al del bar? ¿Manu? —Sylvia ni se acordaba del nombre.

—Sí, Manu. *¿No dicen que un clavo saca otro clavo?* Pues eso. —Sonaba muy sincera.



—¿En serio? —Un rayo de esperanza se posó en sus ojos.

—Lo digo de verdad, Sofí. No puedo seguir así, Ángel lo dejó muy claro, él no me quiere, te quiere a ti. ¡Te pidió —sonrió de forma forzada para hacer una pausa, ya que las palabras se le atragantaban— matrimonio! Eso quiere decir algo, ¿no?

Rompió a llorar, ella pensaba que su amistad estaba rota.

—¡Eh, no llores! —Corrió a abrazarla, rodando su silla.

—Yo pensaba que estaba todo perdido, que tú y yo jamás...

—Oye, de eso nada, ningún hombre se va a interponer entre nosotras. ¿No te acuerdas del instituto, cuando César Zapatero quiso liarse con las dos?

—Es verdad- —Sonrieron al recordar viejas historias.

—Acuérdate, nadie nos va a separar. Somos como hermanas.

—Sylvi, te quiero más que a mi hermana, eres más que eso.

Había algo que se quedaba en el tintero, una duda que no debía resolverse. Por lo que tomó aliento, retirando las últimas lágrimas, para hacer una pregunta que llevaba sobrevolando todo el fin de semana.

—Hay algo que no entiendo, cuando me contaste que habían roto, ¿por qué no me dijiste la verdad, que aún le querías?

—Fue tan fácil para él romper, que mi orgullo me impedía reconocer la verdad. —Le dolía reconocerlo—. No creas que no lloré, sí lo hice, pero en el fondo tenía la esperanza de que se diera cuenta de su error. Creo que eso me hacía mantenerme entera —carraspeó para deshacer el nudo de su garganta—. Pero cuando vino y me dijo que sentía algo fuerte por ti, casi me da algo. —No podía mirarla a la cara—. No me lo podía creer, fue algo horrible. Aunque tengo que reconocerle una cosa, no me permitió suplicarle, él me volvió a dejar muy claro que no sentía nada por mí.

—¡Hijo de puta! —Sonrió ante su franqueza.

—No digas eso, él siempre lo tuvo claro, nunca me quiso. —Se le saltaron

las lágrimas.

—Puede ser cruel su sinceridad, sé de lo que hablas —confesó amargamente.

—Yo no lo veo como algo negativo, todo lo contrario, es mejor así.

—Tienes que olvidarte de él.

—Sí, lo sé, pero no es fácil.

—Bueno... ahora tienes a Manu —le guiñó un ojo.

—Ya veremos cómo sale eso.

—De eso nada, tienes que buscarle y tirártelo, para después contarme — soltó varias carcajadas.

—¡Oye, no me digas que te gusta Manu! —rieron.

—Puede ser... —Le guiñó un ojo, acentuando la broma.

Las carcajadas se iban sucediendo, haciendo más distendido el ambiente y creando un buen rollo entre ellas. Por un rato se olvidaron de lo que las separaba y se centraron en lo que las unía.

De todas maneras, eran muy conscientes de que las cosas no serían fáciles, pero tenían fe en que su amistad estaba por encima de cualquier cosa.

## CAPITULO 6



Las cosas daban la impresión de haberse solucionado entre las dos, así que regresaron muy animadas a sus puestos de trabajo. Sofía era la que más feliz se sentía, veía la posibilidad de no perder a su mejor amiga; aunque el temor a que todo se desmoronara estaba latente, de ahí que decidiera alentar la relación con Manu.

—¿Qué haces? ¿El ascensor? ¡Estás loca! Ese cacharro está fatal, hace un ruido horrible.

—Venga Sylvi, no tengo ganas de subir a pie, odio esas escaleras. Además, está mañana subí por el ascensor y no me pasó nada.

—¿En serio? ¿Te quejas de subir dos plantas? Te recuerdo que yo trabajo en la tercera y nunca cojo el ascensor.

—Con más motivos para subir conmigo, ya has hecho ejercicio por hoy. — Se acercó a ella y la agarró del brazo, conduciéndola hacia el interior—. Por eso te recomiendo que subamos juntas. —La miró con media sonrisa y los ojos muy abiertos, una expresión usual en ella para camelarse a los demás—. Debes tener en cuenta de que los sobreesfuerzos físicos son muy malos, no lo digo yo, lo dicen los médicos.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me lías.

—Por favor, ¿yo? —se hizo la ofendida—. Solamente pienso en tu salud, eres mi mejor amiga. —La abrazó muy fuerte y Sylvia la correspondió.

—Eres única.

—Te quiero mucho, no sé qué haría sin ti.

—Exagerada.

El corazón de Sylvia se estremecía ante esa confesión por ser algo recíproco. Sentía lo mismo, su amistad era algo especial, siendo un duro golpe para ambas si se llegara a romper.

Al final terminaron entrando en el ascensor, a pesar de sus objeciones. Nada más cerrarse las puertas, el aparato empezó a hacer un ruido muy extraño. Sofía ni se inmutó, estaba acostumbrada al sonido, en cambio, su amiga no pensaba lo mismo. Empezaba a arrepentirse de haberle hecho caso.

—Sofí, ¿esté ruido es normal? —se agobiaba.

—No me digas que tienes miedo, ese ruido siempre lo hace, tranquila. No va a pasar nada.

Nada más acabar la frase, el ascensor se detuvo y pegó un bote, como si le costara mantenerse suspendido en el aire. Las luces se apagaron durante unos segundos, quedando sólo las de emergencia. El interior se quedó en penumbra. El miedo se apoderó de las ocupantes, ya que era evidente que las observaciones de Sylvia no habían sido en balde. Se había roto y estaba parado entre la primera y segunda planta.

Ninguna se movía del sitio, el pánico, de que ante cualquier cambio en el peso pudiera afectar a la estabilidad del mismo, hizo que no fueran a abrazarse la una a la otra. Se miraban, intentando buscar una solución.

Sylvia fue la primera en reaccionar, lentamente se descolgó su bolso y sacó su móvil. Entonces, llamó a emergencias. No tardaron en atenderla, ella hablaba muy rápido por los nervios, así que la operadora le indicó que mantuviera la calma. Respiró profundamente y le dio toda la información acerca de lo ocurrido.

Sofía, estaba más cerca de los botones, presionó la alarma del ascensor, según las indicaciones que le daban. Un sonido agudo comenzó a sonar por todo el edificio, los pasillos se fueron llenando de gente que se asomaba de

las distintas oficinas para saber qué ocurría.

La operadora se encargó de mandar a la policía, bomberos y una ambulancia, por si se requiriera durante el salvamento. Las calles no tardaron en llenarse de las sirenas de los distintos vehículos de emergencias que se iban acercando. Los primeros en llegar fueron la policía, acordonando la zona para dejarla lista para el camión de bomberos que estaba a punto de llegar.

Todo esto hizo llamar la atención de ciudadanos curiosos que se detenían delante del edificio para averiguar el motivo de tanto jaleo y consiguió que los más indiscretos no tardaran en preguntar sobre lo sucedido.

Mientras tanto, las dos amigas estaban aterradas dentro del ascensor, aunque bien informadas de lo que iba sucediendo por un agente de la ley que les pedía que estuvieran tranquilas, ya que un ataque de pánico no iba a ayudar. Ellas no entendieron el mensaje y se asustaron más, poniéndose en la peor de las situaciones.

En cuanto llegaron los bomberos, se pusieron manos a la obra, forzaron las puertas de la segunda planta para poder sacar a las dos personas encerradas. Al abrirlas un poco, la luz entró y cegó a ambas. Al verlas, fijaron las puertas para que no se cerraran y comenzó a sacarlas.

Desde la segunda planta se veían sus cabezas, por lo que tuvieron que ayudarlas a salir. Sofía fue la primera, agarró la mano de un bombero y la sacó, teniendo que soportar su peso, ya que era complicado para ella hacer fuerza. Otro se encargó de Sylvia, desde el momento que vio salir a su amiga se aferró a una mano y ayudándola, salió de aquel cacharro.

Cuando consiguió salir le temblaba todo, no se creía estar viva, se había imaginado de todo durante los minutos que había pasado encerrada. Estaba exhausta y aliviada del acontecer de los hechos. Por eso no lo dudó y abrazó a su salvador.

Lo abrazó tan fuerte como pudo, sus lágrimas estaban recorriendo sus

mejillas sin consuelo. Había pasado tanto miedo que no sabía cómo había mantenido la calma. Sofía más entera la miraba, al tiempo que un paramédico la examinaba.

—¡Eh, tranquila, no pasa nada! —el bombero la calmaba acariciando su espalda.

La voz le sonó familiar, así que su llanto se detuvo y se separó un poco para mirarlo. Era él, el hombre del bar, su supuesto novio. No le cabía duda. Estaba vestido de bombero con el casco y todo lo demás, por eso le costó reconocerlo.

—¿Manu? —Se quedó con la boca seca al reconocerlo.

—Hola, ¿tú eres la del bar?

—Sí... Sylvia. —Seguía en shock.

—Es verdad, vaya casualidad. —Él parecía divertirse con la situación.

—¿Qué? ... ¿Cómo? ... ¿Tú? —no se lo podía creer.

—Sí, soy yo. —Desplegó una enorme y seductora sonrisa, retirándole con su mano las lágrimas de su mejilla.

Los ojos curiosos de Sofía se fijaron en el bombero al que su amiga no dejaba de abrazar. Cuando se dio cuenta de quién era, se puso a gritar, alarmando a todos.

—Sylvi, es Manu.

El grito hizo que se separara de él inmediatamente, girándose para mandarla a callar.

—Sí, ya lo sé.

—¡Es bombero! —volvió a chillar.

—Algo evidente, no lo crees —comentó Manu, señalándose la ropa, lo que hizo que todos a su alrededor rompieran a reír.

—Quería decir —moderó su tono de voz— que tu novio es bombero, no me dijiste nada.

—Sofía, basta ya, todos nos están mirando. Luego hablamos.

—Serás cabrón, ¿es tu novia! —se reía un compañero al tocarle el hombro —. Ahora entiendo tanta caricia.

—Sí, son pareja —confirmó su amiga.

Todos a su alrededor, incluido los curiosos de los pisos superiores no perdían detalle de lo que ocurría enfrente del ascensor. No era de extrañar, debido a que todos en aquel edificio conocían a las dos amigas. Por lo que la noticia de que Sylvia salía con un bombero iba a correr como la pólvora, dejando en un segundo plano todo el tema del ascensor.

Repartiendo la mirada por todas las plantas, le resultó evidente que no iba a poder parar aquello, así que se resignó. Sin embargo, lo peor llegó cuando sus ojos se clavaron en Sofía, le estaba pidiendo que lo besara con gestos. Ella le abría los ojos exageradamente para parar sus gestos.

Como la conocía muy bien, hizo lo único que podía hacer en aquel momento.

—Podrías agradecerle que te salvara, ¿no lo crees? —Su voz era muy sugerente.

—Oye, me parece bien lo que dice tu amiga —le susurró con una media sonrisa de satisfacción, pues la cara de enfado de Sylvia era monumental.

—¿Quieres callarte? —le indicó con voz dura pero baja.

Al ver la cara de Sylvia, supo que no iba a besarle; así que alentó a los curiosos.

—Yo solo digo que deberías BESARLE —gritó la última parte, tras una carita de niña inocente.

Los congregados alrededor se miraron sonriendo y una voz entre el público se encargó de armar un jaleo solicitando un beso entre la pareja.

—¡Que se besen! —las voces canturreaban al unísono con palmas.

—Vaya... —Manu miraba a su alrededor sin creerse todo el alboroto que

se había montado por un beso.

—Sofía —el rostro de Sylvia reflejaba lo enfadada que estaba.

Lo peor fue cuando los paramédicos, bomberos y policías que estaban allí, se unieron a la cancioncita.

—¡Qué se besen! —Era un clamor público.

Sylvia miraba para todos lados, viendo como una tontería se estaba convirtiendo en todo un espectáculo. Hubiera querido salir huyendo hacia su oficina, pero estaba paralizada por lo que ocurría a su alrededor.

Manu también se encontraba desconcertado, pero de forma diferente. No se tomaba tan mal lo que pasaba, se reía ante lo ridículo que estaba siendo todo. Veía las cosas de manera diferente a su falsa novia.

Tras todas aquellas voces, él la miró encogiéndose de hombros y moviendo las cejas de forma seductora. Le divertía mucho como se habían presentado las cosas. En cambio, ella no podía dejar de maldecir su suerte, cerró sus ojos y se resignó.

Él no esperó más, atrapó su cintura, apretándola contra él y la besó. Nada pasional, unieron sus labios y le dieron al público lo que pedía, un beso.

Durante los cinco segundos que duraron sus bocas selladas, ella ni se inmutó, se quedó muy quieta con los brazos muertos. Ni lo abrazó. En cambio, él parecía más dispuesto a actuar ante aquellas personas, la giró e inclinó su cuerpo apoyando su peso en sus brazos. Quería algo más visual para todo el jaleo que se había montado.

Las risas nerviosas no se hicieron esperar y las miradas pícaras tampoco, el beso era todo un espectáculo que tardaría en olvidarse.

Al incorporarse Sylvia, miró a su amiga para reprocharle lo ocurrido, sin embargo, se vio sorprendida por una mirada que no esperaba. No estaba feliz, sus ojos parecían tristes, intentó sonreír, pero no pudo. Al instante lo comprendió, no se lo creyó. Era una mierda de beso que le confirmaba sus



sospechas de que no estaba superando la ruptura.

Sintió que debía hacer algo, que después de la conversación que habían tenido, el beso las había llevado a la casilla de salida de nuevo. Miró para todos lados y el resto parecía estar satisfecho, menos su amiga.

Sin pensarlo mucho, cogió la cara de Manu, que no paraba de presumir de lo ocurrido con sus compañeros de trabajo, y lo besó. Él se quedó sorprendido al principio, viendo como Sylvia estaba besándole con los ojos cerrados, apretándose contra él y dejando sus labios abiertos para hacer más intenso el beso.

Con sus labios sobre los suyos se dejó llevar, cerró los ojos y las bocas se acoplaron, saboreando el momento. Quizás fuera para engañar a todos, sin embargo, poco a poco ella se olvidó de todo y se envolvió en el beso. Dulce y apasionado. Un contacto humano que extrañaba desde hacía mucho, por eso duró dos largos minutos.

Manu se pudo aprovechar como en el bar e introducir su lengua dentro de la boca de la editora, aunque no lo hizo. Estaba disfrutando realmente de sus labios y no quiso que parara. Ese fue el primer motivo por el cual no intentara algo más, aquello empezaba a ser más que una broma para él, una posibilidad.

Se vieron embriagados por el beso.

Sofía no se podía creer lo que veía, además del resto que observaba a la pareja. El arrumaco estaba subiendo la temperatura en el edificio y muchos estaban asombrados con el comportamiento de Sylvia, sobre todo para los que la conocían.

En medio de aquel entretenimiento, una nueva persona se incorporaba al grupo de la segunda planta. Al ver a su novia acompañada de paramédicos, policías y bomberos, se acercó inmediatamente para descubrir qué ocurría. No obstante, la sorpresa se la llevó él al ver a su ex besando apasionadamente

a un bombero en medio del pasillo.

—¿Sylvia? —preguntó asombrado.

—Ángel, cariño —dijo afectuosamente a su novio—, ¿qué haces aquí?

—Llamé a la editorial y me dijeron que te quedaste encerrada con Sylvia en el ascensor, por eso vine —No dejaba de mirar a su ex.

—Estamos bien, el novio de Sylvi nos sacó.

—¿El novio de Sylvi? —repitió desconcertado.

Tras la pregunta de Ángel, la pareja se separó, mirándose a los ojos. Ambos se quedaron ensimismados, el uno en el otro. Se estaba produciendo una extraña conexión y ni ellos mismos eran capaces de entenderlo, algo que les asustó.

—Bueno creo que es hora de irnos, colega... —le señaló un compañero a Manu—, te diste unos besitos con tu chica y ya. Hay que volver, tío.

—Sí, ya voy, vete bajando tú —dijo sin retirar la mirada de ella.

Su compañero, haciéndole caso, empezó a recogerlo todo. Mientras tanto el policía dentro del edificio informaba por radio de lo sucedido, poniendo cinta para acordonar la puerta del ascensor hasta que llegaran los técnicos.

Las personas que lo miraban todo desde las distintas plantas del edificio, se fueron incorporando a sus puestos de trabajo, dejando lo ocurrido como una anécdota para recordar.

Ángel ni se había preocupado por su prometida, seguía allí plantado, observando a la pareja. Ni él mismo fue consciente de ello, hasta que Sofía le reclamó.

—Estoy bien, gracias —le recriminó, mirándole enfadada.

—¿Perdona? —Sabía que le había hablado, pero no se quedó con el mensaje.

—No me lo puedo creer, me acaban de rescatar y no eres capaz de preocuparte por mí. Mejor hablamos a la noche.

Estaba muy indignada, así que se fue hacia la clínica, no quería pasar ni un segundo más a su lado mientras estuviera enfadada. Para ello, tuvo que pasar muy cerca de su amiga y del bombero.

—Espera —la detuvo su novio agarrándole el brazo.

Al oír la voz de Ángel, la mente de Sylvia volvió a la realidad, rompiéndose el contacto visual que mantenía con Manu. Pegó un bote y se separó de él inmediatamente, mirándole y sintiéndose culpable. No lo entendía, pero se sentía como si le hubiera sido infiel. Su mirada se clavó en el suelo y no le pudo mirar a la cara.

Manu se fijó en él y le resultó familiar su rostro. Sin embargo, otra cosa más llamó su atención; el extraño comportamiento de su falsa novia, en contraposición al enfado de Sofía y de las disculpas que soltaba. Estos últimos ni se habían percatado de ellos, parecían más centrados en su discusión.

—Aquí no —le indicó secamente—. Suéltame —le exigió.

Los paramédicos, que la habían visto desde primera línea, se preparaban por si fuera necesario intervenir en aquella pelea amorosa.

—De acuerdo, no hace falta que te pongas así. Solo quiero saber si estás bien ¿Todo bien? —le abrió los ojos.

—Sí, estoy perfectamente, no nos ha pasado nada. —Le sonrió, desapareciendo su enfado—. Manu nos salvó, es nuestro héroe. —Le guiñó un ojo.

—¿Él? —Su voz llevó un tono amenazante, pues no le gustó que le guiñara un ojo.

Desconfiaba del bombero, primero lo había visto besando a Sylvia y ahora su novia le guiñaba un ojo. Aquel hombre tenía algo que no le gustaba nada, por lo que pensaba alejarlo de sus chicas.

—Bueno... mejor vámonos y me contáis qué ha pasado aquí.

Ángel agarró a su novia con su mano y con la otra, a Sylvia. Quería llevárselas lejos del aquel cachas. Sofía se revolvió, no pensaba hacerle caso y, menos, hacerle ningún feo a Manu. En cambio, la editora estaba siendo muy sumisa con sus exigencias.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Le sacudió la mano para liberarse.

—Sofía, vamos —le dijo con voz dura.

—¡Haz lo que te dé la gana, pero no pienso ir a ningún lado sin despedirme de Manu! —le chilló su novia, mientras él soltó las manos de ambas para cruzar sus brazos a la altura del pecho.

—¿Manu? —preguntó mirándole fijamente.

—Sí, soy Manu —le sonrió.

—Es el novio de Sylvi —aclaró.

—¿Tu novio, Sylvia? —Se centró en ella con mirada acusatoria.

—Sí, estamos juntos. —Ella levantó un momento la vista y volvió a bajarla.

Manu al ver la conducta de ella, le rodeó la cintura con su brazo y la pegó a él, separándola un poco de Ángel.

—¿Algún problema? —preguntó con expresión divertida—. Creo que Sylvia es una mujer libre, ¿o no?

—Claro que es una mujer libre, lo que pasa es que Ángel es un neandertal que cree que tiene que protegernos a las dos —sentenció Sofía.

—No es eso, es que no sabía quién era —afirmó restándole importancia, pero su postura seguía a la defensiva, no se fiaba del él.

—Ahora lo sabes, así que más te vale que os llevéis bien —su novia le amenazó mirándole a la cara —. No quiero problemas. Sylvi y yo somos buenas amigas y quiero que siga siendo así.

—Sofía.

—Ni Sofía, ni nada. Ya lo sabes, Ángel.

—Vale —suspiró resignado.

—Bueno... nena, tengo que irme —le dijo, dándole un pequeño beso en la mejilla.

—¿Nena? ¿En serio, Sylvia? —le reclamó el escritor—. Pensaba que esos calificativos no te gustaban.

Algo dentro de ella, se revolvió. Él no era nadie para ponerse así, la había dejado por su amiga, por lo que no tenía ningún derecho de ponerse de aquella manera.

—¿A ti qué te importa?!

Tras esas palabras, Ángel se quedó pasmado con los ojos muy abiertos, incrédulo por su reacción. Tampoco Sofía y Manu se quedaron indiferentes, la respuesta fue muy exagerada.

—Vamos, que Sylvi tiene razón. —Se lo llevó a la clínica.

En cuanto se fue la pareja comprometida, ella se relajó. Manu la observaba con una media sonrisa, haciéndole gracia ese cambio tan brusco de actitud.

Los paramédicos y el resto de los funcionarios públicos también abandonaron la planta para volver a sus puestos de trabajo.

—¡Vaya, tienes carácter!

—Perdona, es que no me ha gustado lo que ha dicho. —Le regaló una sonrisa forzada.

—No te preocupes, no tienes que darme explicaciones. —Se quedaron mirándose unos segundos—. Creo que me tengo que ir —dijo sin ganas.

—Espera, quería hablar contigo un momento.

—Dispara.

—Aquí no. —Miró hacia todos lados por si alguien los podía oír y bajó la voz—. ¿Podemos quedar esta noche?

—Sí, claro.

—Vale, ¿te viene bien a las ocho y media en el bar?

—¿Cuál? ¿Dónde me besaste la primera vez? —habló con picardía.

—No, el bar donde casi te da un infarto. —Si él iba a jugar, ella también lo haría.

—Es verdad. —Se llevó la mano al pecho, sobreactuando—. Mi pobre corazón aún sigue débil.

—Te veo esta noche, nene —le dijo con una sonrisa.

—Me gustan las mujeres descaradas.... —rio a carcajadas.

## CAPITULO 7



Aquella era una reunión de negocios, por lo que se vistió de forma cómoda; vaqueros, camiseta, chaqueta y sandalias. Ni se planchó el pelo, se lo cepilló y se hizo una coleta. Tampoco se esmeró con el maquillaje, un poco de pintura de labios y salió de casa hacia el bar.

Llegó diez minutos antes, se quedó en una de las mesas altas con dos taburetes y un refresco en las manos. No paraba quieta ni un segundo, se sentaba, se ponía en pie. Se encontraba muy nerviosa, porque no sabía cómo reaccionaría ante lo que tenía planteado proponerle.

Manu llegó a la hora acordada. Desde que entró, lo vio, iba guapísimo, se notaba que se había preocupado a la hora de vestirse. La ropa le quedaba muy bien, acentuando su musculoso cuerpo.

Sylvia empezó a estresarse, mucho más, con la idea de que él creyera que lo del bar era una cita. Su vida andaba muy liada con demasiadas mentiras para añadir una más a su lista, por lo que tendría que aclarar bien los términos de todo aquello.

Al verla, la saludó con una sonrisa al darse cuenta de cómo iba vestida. Tal y como él pensaba, aquello no era una cita, por eso se arregló más de la cuenta, quería incomodarla. Era tan predecible que se había convertido en su diversión favorita. Una bocanada de aire fresco en su monótona vida.

—¡Vaya... qué guapo! —le indicó señalando su ropa.

—Sí, ¿tú crees? —Sonrió—. Me alegro de que te guste, no me gusta venir poco arreglado a una cita —mintió.

—¿Una cita? —Tragó muy fuerte, al darse cuenta de sus peores temores.

—Sí, me pediste una cita. —Levantó una ceja.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Estaba intentando no troncharse de risa, descubriendo que fingía.

—Yo... yo creo que aquí hay un malentendido.

—Sylvia... ¡eh! —Se acercó a ella y le soltó un beso en los labios, quedándose paralizada—. Tú lo sabes, yo lo sé... no disimulemos más.

—¿Qué quieres decir? —Le temblaba la voz, esperando lo peor.

—Estás deseando acostarte conmigo, y lo sabes —la miraba a los ojos con mucha intensidad—. Yo no le hago ascos a nada, la cosa es... —Alzó ambas cejas para darle énfasis— ¿Tu casa o la mía?

—¿Qué? —gritó.

Todo aquello la había pillado por sorpresa y no sabía cómo reaccionar. Si fuera otro hombre le hubiera abofeteado y se hubiera largado. No obstante, con él era diferente, le necesitaba, todos creían que era su novio y, al menos durante un tiempo, precisaba que los vieran juntos para que no dudaran de su mentira.

—Venga, nena. —La agarró de la cintura y la atrajo hacia él, dejando unos milímetros entre ambos—. Aquí los dos lo sabemos, precisas que un tipo como yo te dé lo que necesitas.

Lo empujó, separándose de él, no se creía que estuviera insinuando que careciera de atenciones masculinas. No podía permitir que nadie la tratara así, aunque estuviera desesperada por mantener la farsa del novio.

—¡Vete a la mierda, idiota! —le chilló.

Estaba dispuesta a irse. Largarse y olvidarse que un día había conocido a aquel tipejo. Se enfadó con ella misma, al suponer que la ayudaría con todo su embrollo. Desde el primer día que se tropezaron le pareció un imbécil y se



lo acababa de confirmar.

—Espera, espera. —La agarró del brazo para detenerla mientras reía, pero ella tiraba para soltarse, no quería saber nada de él—. Sylvia, ¿quieres escucharme?

—No —levantó la voz para que le quedara claro que no quería nada con él—. Suéltame —le exigía, pues tenía más fuerza que ella.

—Era una broma.

—¿Una broma? —lo miraba espantada.

Se preguntaba si realmente él consideraba que era tan idiota para creerse que todo era una guasa.

Sonrió ante su pobreza mental.

—Ven, anda, hablemos. —Tiró de ella para acercarla a la mesa.

No confiaba en él, ¿quién le garantizaba que no mentía y simplemente era otra técnica para llevársela a la cama?. Pensaba mantenerse en alerta y no dejarle pasar ni una.

—Dime, ¿cómo puedo saber que lo de antes era una broma? —tenía los brazos cruzados en el pecho.

—La verdad es que no puedes saberlo, tendrás que esperar a conocerme un poco para averiguarlo.

La verdad es que no sabía qué esperar de él, estaba desconcertada. Esa respuesta resultaba sincera y coherente, algo que le sorprendió. Ante todo, no intentó defenderse ni poner excusas, eso le agradó.

—¿Puedo? —Cogió su refresco y bebió sin esperar su respuesta.

—¡Oye, pídete tu propia bebida! —le espetó.

—¡Vaya carácter! —Soltó el refresco en el mismo lugar, levantando las manos en señal de paz—. Bueno... querías hablarme de algo, cuéntame preciosa —puso voz seductora.

—Si vas a hacer el capullo, mejor me voy —dijo sin muchas intenciones

de irse.

—Te recuerdo que eras tú la que quería quedar y la que me besó esta mañana. —Le guiñó un ojo, sonriendo—. Tengo que reconocer que no lo haces nada mal.

—No vas a parar, ¿verdad?

—Digamos que me comporto durante... vamos a poner unos diez minutos, ¿qué vas a darme a cambio?

—Te invito a una copa.

—¿Una copa? —preguntó algo desilusionado—. ¡Vaya mierda! Esperaba algo más de ti.

—¿Siempre eres así de capullo? ¿O es solo conmigo?

Estaba empezando a perder la paciencia y la esperanza. Estaba siendo un completo idiota, lo que hizo que se debatiera entre largarse y olvidarse de todo, o esperar a ver si podía llegar a un acuerdo con él; se hallaba en una disyuntiva.

—Tengo que reconocer que me sale solo contigo, normalmente no soy así.

—Era sincero.

—¡Seguro! —dijo para sí misma, poniendo los ojos en blanco.

—Vale, seré un buen chico, palabra de *scout*<sup>[3]</sup>.

Ese era el momento o le proponía lo que tenía pensado o se olvidaba de todo.

La decisión no era fácil: no quería reconocer su mentira delante de todos, y menos ahora que Ángel creía que tenía novio; pero tampoco deseaba tener cerca al idiota que tenía delante. El simple hecho de pensar que pasarían tiempo juntos le revolvía las tripas. Algo inevitable, pues si querían hacer creer a todos que eran pareja, debían aparentarlo y para eso había que conocer ciertas cosas del otro.

Si él se hubiera comportado de forma diferente cuando llegó, la decisión

hubiera sido más fácil de tomar, le contaría lo que tenía pensado y rezaría para que aceptara.

Lo que le iba a proponer era salir un par de veces con sus amigos para que creyeran que estaban juntos y luego ella se encargaría de fingir una dolorosa ruptura. Algo que le resultaría fácil si se comportaba así cuando se vieran.

—¿Quieres hacer el favor de contarme para qué me citaste aquí? —Se estaba empezando a desesperar, al verla tan indecisa.

—No sé si es buena idea...

—Tú suéltalo y déjame a mi decidir si lo es o no.

—Tú me lo has pedido, así que no me juzgues.

—¡¿Quieres hablar?! ¡Me estás poniendo nervioso! —Ella estaba muy seria y preocupada, él lo notaba.

—Me gustaría que durante un tiempo finjas ser mi novio. —Cerró los ojos por miedo a su reacción y, al momento, los abrió para defenderse al oírse—. Perdona, creo que esto ha sido un error, no te quiero hacer perder más tiempo, esto es una chorrada. —No lo podía mirar a la cara, estaba avergonzada. No había pensado bien las cosas.

—Un segundo, ¿me estás pidiendo que sea tu novio de mentira? —No parecía sorprendido, por eso lo miró—. Bueno... convénceme.

—¿Qué? —se quedó sin apenas sangre en las venas, jamás se le había pasado por la cabeza que reaccionara así.

—Cuéntame, tiéntame... convénceme para que acepte —Su voz era calmada y seria, no estaba de broma.

—¡Vaya...! Bueno... yo... —Manu no la dejó terminar.

—Lo que sí te digo es una cosa, quiero la verdad, toda la verdad, soy un experto detector de mentiras. —Le guiñó un ojo y le sonrió para darle confianza.

Manu llevaba desde que la había conocido preguntándose, cuál era el

verdadero motivo para que una chica como ella fingiera tener novio. Ahora tenía la oportunidad de descubrirlo y no pensaba desaprovecharla. Además, eso de fingir ser una pareja no le parecía tan mala idea, pues él podría aprovecharse de esa situación.

Por otro lado, Sylvia no se creía que quisiera escuchar su propuesta. Era una locura. De eso se dio cuenta cuando lo dijo en voz alta, no lo había pensado bien. No obstante, él era un desconocido y no perdía nada por contarle todo.

—La versión corta es que mi ex me dejó por mi mejor amiga y yo... —No podía seguir hablando.

—No lo has superado.

—No, ahora ellos van a casarse y eso... —Notaba las lágrimas a punto de salir y la garganta seca.

—¿Son los de esta mañana? —Ella afirmó con la cabeza, pues no podía hablar y contener su llanto—. Ahora entiendo porque tu actitud cuando apareció él.

—Soy patética.

—No, no lo eres, eres humana. No tienes que sentirte mal por eso. —La rodeó con sus brazos para consolarla—. ¿Sabes una cosa?, soy el mejor consolando chicas guapas. —Rieron, mientras ella se retiraba con dificultad las lágrimas.

—Gracias... —dijo con un hilo de voz, separándose—. Estoy mejor.

—Entonces, lo que me propones es que finjamos ser pareja, ¿cuánto tiempo?

—No sé, un mes o así. Sólo quiero quedar un par de veces con mis amigos y ya. Luego, yo me inventó algo y no tenemos que vernos más... simple.

—¿Y me lo dices así? —Preguntó llevándose la mano en el pecho, ella le puso cara de malas pulgas, pero él sonrió y siguió con su actuación—.

¿Acaso no sabes que sufro del corazón? ¿No te acuerdas de mi infarto?

—Vale, ya —le reclamó.

—Mujer, no te pongas así. Era broma.

—Creo que me estoy arrepintiéndome de todo esto.

—Te voy a decir un par de cosas de las que seguramente ya te habrás dado cuenta: primera, lo de las payasadas es mi característica más adorable. —Pestañeó en exceso—. Segunda, no me van las mentiras, pero tengo que reconocer que ésta en concreto me interesa; tercera, ¿cómo tenías pensado hacerlo? Que parezca creíble, digo; y cuarta, ¿qué ganó yo en todo esto? —En su último punto puso una sonrisa maliciosa.

—Lo primero es cuestionable; a lo segundo, me asusta que te interese; a lo tercero, tendremos que quedar antes y ponernos de acuerdo en lo que vamos a decir; respecto a lo cuarto, no me gusta nada lo que estoy pensando.

Los ojos de él bajaron hasta sus pechos, como acto reflejó se cubrió con sus manos, mirándole duramente.

—¿Qué? Piensas que esto te va a salir gratis, de eso nada, guapa.

—No habrá sexo —recalcó.

—¿Quién ha dicho sexo? ¿Yo me refería a otra cosa?

—¿Qué? —Su voz se endurecía por momentos, esperando lo peor.

—Quiero que hagas lo mismo por mí.

Sylvia pasó del enfado al asombro en un abrir y cerrar de ojos. Se preguntaba si había oído bien, le pedía que fuera su novia de mentira, también. Aquello era desconcertante, él era guapo y atractivo, ¿qué necesidad tenía de hacer algo así?

Manu sonreía sin ocultarse, le gustaba jugar con ella, era tan espontánea que su cara lo reflejaba todo. Eso le gustaba, estaba cansado de chicas cínicas e hipócritas, por lo que pensó, que quizás cuando acabase toda esta farsa, podrían ser amigos.

En realidad, él estaba pasando por algo similar a lo de Sylvia. Llevaba dos años sin salir con una chica y sus amigos estaban empezando a ponerse pesados con la idea de buscarle novia. En cambio, él era feliz y se encontraba bien, tenía muy claro qué clase de mujer quería a su lado y no le valía cualquiera. Por eso su idea no le parecía tan descabellada.

—¿Por qué? Tú no tienes necesidad de esto.

Él descaradamente la miró de arriba abajo, varias veces. Sonriendo como un baboso y expresando con la mirada que no estaba nada mal.

—Por lo que veo, tú tampoco.

—¡Idiota!

—¡Eh! —le llamó la atención—. Esa no es forma de tratar a tu novio, nena.

—Ya que a ti te gusta enumerar cosas, a mí también: primero, no soy tu nena, eso déjalo para tus amiguitas; segundo, al idiota lo dejas en casa cuando estés conmigo; tercero, ni pienses que esto será una relación de pareja. — Señaló a los dos—. Quiero que me escuches bien, así que abre bien tus oídos: ¡ENTRE NOSOTROS NO HAY NADA, esto es un acuerdo entre dos desconocidos!

—Primero, lo de nena no es negociable... —le interrumpió.

—¿Qué?

—Sabes que cuando te enfadas te pones muy sexy —le sonrió con malicia—. ¿Por dónde iba...? ¡Ah! Segundo, el idiota es mi colega y no le puedo hacer eso, le he cogido cariño y, lo último, si quieres que esto funcione vas a tener que darme mimitos.

—¡Imbécil!

Sylvia no aguantaba más, así que le dio una bofetada que le supo a gloria. Él se llevó la mano a la mejilla y se la frotó por el dolor, pero no se enfadó, se rio. Era como si no le importara. Aunque no le había gustado y se lo iba a cobrar, por lo que la agarró por la cintura, apretándola contra él, mirándola

fijamente. Ella, en vez de quedarse paralizada, le desafió con la mirada. Con rostro altivo, él también la retaba, ambos estaban muy mosqueados.

Sin darse cuenta, sus miradas se quedaron enganchadas y el enfado se fue disipando. Sus respiraciones se aceleraron y los ojos en vistazos fugaces se movieron hacia los labios del otro, el deseo hizo acto de presencia. Cuando se dieron cuenta se estaban besando apasionadamente.

Un beso largo, donde las lenguas se apoderaban de la boca del otro, que les permitió olvidarse del mundo durante el tiempo que estuvieron unidos.

Después de ese impulso, se arrepintió, él no era así. No era esa clase de hombre que se aprovechaba de las mujeres. Al contrario, le gustaba bromear, pero hasta ahí solían llegar sus acciones. Pero con Sylvia, su lado capullo combinado con el orgullo de ella contribuía para tratarla así.

Apartó sus labios y esperó a que abriera los ojos, pero siguió allí esperándole, a que continuara con el beso. Cuando se dio cuenta de que no habría una prórroga, se mojó los labios como acto reflejo por el sabor de su boca y abrió los ojos lentamente.

—Perdona, me he pasado, no sé qué me pasa esta noche...

—Yo tampoco tengo un buen día.

Ella se separó de él sin muchas ganas. Lo achacó a que echaba en falta el contacto humano, el tener pareja, el sentir cierta conexión con otra persona.

Tras varios carraspeos por parte de ambos, seguidos de una ronda de refrescos al camarero y miradas furtivas donde se vigilaban de reojo, comenzaron a hablar.

—¿Cómo lo hacemos?

—¿El qué? —Su caprichosa mente la llevó al beso.

—Todo el tema de nuestro falso noviazgo. Me imagino que tendremos que quedar para ponernos de acuerdo.

—Claro, es verdad.

—Puedo preparar una lista con cosas básicas sobre mí y así tú lo miras cuando tengas un rato libre.

—¿Me vas a hacer estudiar? Pensaba que después de sacar las oposiciones no lo tendría que hacer más —comentó con desgana.

—Me temo que lo debemos hacer si queremos que esto salga bien.

—Ya —se resignó—. ¿Qué tal si quedamos mañana en mi casa, pedimos pizza y lo miramos con tranquilidad?

—¿Tu casa?

—¿Prefieres que vaya a la tuya?

—¡NO! —gritó al pensar en Mateo metiendo sus narices en todo.

—Vale. —Se asustó ante su reacción.

—Es que no vivo sola, comparto piso y...

—Entiendo, nos pillarían.

—Eso mismo.

—Oye —llamó al camarero—, ¿tienes un trozo de papel y un boli para prestarme? —Le entregó ambas cosas de mala gana—. Gracias, tío. —Empezó a apuntar su dirección y su teléfono, devolviendo el bolígrafo—. Aquí tienes mi dirección, vivo solo, así que no nos molestará nadie. Quedamos sobre las seis de la tarde, si te parece bien. De todas formas, he añadido también mi móvil por si no puedes o algo así. Cuando tengas un rato me mandas un mensaje y así pillo el tuyo.

—Me parece bien.

—Bueno... nos vemos.

—De acuerdo.

Se quedaron mirándose sin saber muy bien qué hacer, ambos se sentían incómodos y algo raros con la idea de volver a verse. Lo más extraño era al acuerdo que habían llegado.

—No te preocupes por esto, lo pago yo.



—Gracias.

Sylvia salió del bar sin saber qué pensar de lo ocurrido allí, primero era un idiota, luego un hombre pasional y por último una persona normal. No entendía cómo podía cambiar nadie tanto. Lo que sí tenía claro era que tanto el beso de esta mañana como el del bar, merecían la pena.

Iba por la calle sonriendo como una tonta, mientras se tocaba los labios, recordando cómo la había hecho sentir insignificante en sus brazos. Hasta ahora ningún hombre había conseguido provocarle esa sensación.

Quizá su relación era una mentira, pero su forma de besar era de lo más auténtica.

Manu estaba parado en el bar, intentando explicarse qué le ocurría con ella, se había portado como un capullo y un bruto. No lo comprendía, él no era así. Aunque algo le estaba pasando para besarla de aquella manera.

Sacudió su cabeza, acusando su conducta al tiempo que llevaba sin pareja. Pagó la cuenta y se fue a ver a su mejor amigo, su perro.

Ninguno de los dos se estaba dando cuenta de que una mentira estaba uniéndolos, la cuestión radicaba en si ellos sabrían diferenciar entre la ficción y la realidad.

## CAPITULO 8



Lunes, 5 de septiembre de 1994

El Inspector González no paraba de moverse de un lado a otro en la sala de espera del ala de maternidad del hospital, esperaba a que los médicos le dieran el último parte del hijo del matrimonio muerto en el incendio, el tercer miembro de esa familia.

El sábado encontraron a un menor de ocho años en condiciones realmente lamentables; presentaba desnutrición e hipotermia. Lo hallaron escondido entre unos arbustos en un parque cercano a la vivienda.

Cuando le avisaron de que había aparecido, ordenó a sus hombres que lo llevaran al hospital. Allí se topó con un niño muy delgado y pequeño para su edad. Estaba inconsciente al llegar, despertó muy alterado, no quería que nadie le tocara. Tuvieron que ponerle un calmante para mantenerlo controlado.

—Inspector —dijo un médico, llamándole para hablar con él.

—Sí.

Se lo llevó a una zona aparte, lejos de pacientes y personal médico. Desde que el niño llegó por urgencias, habían tratado el caso del menor con mucha discreción, tal como se les había pedido.

—Ya tengo las últimas pruebas que le hemos realizado al niño; además de la hipotermia que sufría al llegar, tiene anemia, algunos moratones y contusiones por todo el cuerpo, las hay nuevas y antiguas. También presenta

desnutrición, para el peso y altura de su edad, pero nada que no se solucione con un cambio en la vida del pequeño.

—¿Tiene quemaduras?

—No, no presenta ninguna quemadura.

—¿Sabe, si vio algo de lo ocurrido a sus padres?

—El niño no ha querido hablar con nadie, me temo que eso lo tendrá que determinar el psicólogo. Mañana lo verá, aunque tengo que decirle que se le ve alterado y muy nervioso, ahora mismo lo tenemos sedado para controlarlo.

—Gracia, con cualquier cosa manténgame informado, por favor.

—Lo haré.

Eran ya las nueve de la noche y apenas había descansado desde el incendio, primero buscando al niño y luego, tras encontrarlo, preocupado por el estado del menor. En ese momento el cansancio hizo mella en él y tuvo que irse para casa. Antes de eso llamó a Marqués para ver si había alguna novedad.

—Nada, jefe, aunque tengo ya todos los informes.

—Perfecto, mañana a las ocho lo miramos todo.

—De acuerdo, lo tendré todo listo.

Al llegar a casa, no pudo evitar mirar el periódico, la noticia del incendio estaba en portada y contaba con demasiados detalles de lo ocurrido, además de una crítica feroz por la poca pericia al encontrar al niño.

De la rabia lo cogió y lo arrugó con todas sus fuerzas para tirarlo al suelo.

—Saca esa basura de aquí —le indicó a su mujer.

—¿Quieres comer algo o te vas a la cama?

—Estoy muerto, me voy a la cama.

Llevaban más de diez años casados y dos de noviazgo como para saber que hablaba el cansancio, así que no le dio importancia y le siguió al dormitorio. Se acostó a su lado y se quedó callada hasta que él empezara a relatarle su día

en la comisaría.

Su vida de ama de casa era aburrida y monótona, por eso agradecía las historias que su marido le contaba cada noche. Sobre todo, en lo relativo a este caso, ya que sentía mucha pena por ese angelito.

Solo en el mundo. Sin padres ni familia.

## CAPITULO 9



Martes, 6 de septiembre de 1994

Llevaba más de dos horas revisando cada uno de los informes que tenía en su mesa sobre el incendio, pero todo era muy extraño. Según el informe del perito del Cuerpo de Bomberos se determinó que el incendio se había originado en la cama del matrimonio por una colilla encendida, siendo el acelerante algunas bebidas alcohólicas. Se encontraron indicios de varias en un cenicero en la mesilla de noche y botellas vacías debajo de la cama. Concluyendo que la ropa de cama y la de la víctima masculina quedaron empapadas de alcohol, proponiéndose la posibilidad de que se hubiera quedado dormido con una colilla mal apagada.

Para el inspector se podía justificar con el informe del forense que determinaba que el alcohol en sangre era de casi 2,5 gramos por litro, a punto del coma etílico. Eso habría hecho que la víctima tardara en reaccionar. Se produjo un shock anafiláctico de todo su organismo, produciendo un problema cardiovascular que le había llevado a la muerte. Otro dato que proporcionaba era que el hígado presentaba cirrosis en el sesenta por ciento, de lo que se sustraía que era alcohólico.

En el informe forense de la víctima femenina resaltaba que presentaba varias lesiones y magulladuras, centrandó su atención en la posibilidad de haber recibido golpes de forma continuada durante los últimos años. La muerte se fijó por un fallo cardiorrespiratorio tras la inhalación de los gases

producidos en el incendio y las quemaduras de tercer grado que tenía en la parte superior de su cuerpo. Aunque fue asistida medicamente, no se pudo hacer nada por ella.

La gravedad de las quemaduras de la esta segunda víctima se justificaban con otro informe que determinaba que había intentado salvar a su esposo con una manta empapada con el mismo acelerante, por lo que las llamas se propagaron hasta el cuerpo de esta.

Entre más revisaba las pruebas, más se daba cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, los indicios apuntaban a un hecho fortuito. Al inspector no le quedaba más remedio que cerrar el expediente del incendio y clasificarlo como un accidente doméstico.

Sin embargo, no podía dar carpetazo al caso, su instinto le decía que algo no encajaba. Quizás fuera por ese niño o porque se negaba a creer que las cosas se hubieran desatado de esa forma. Había algo más, algo que no conseguía ver. Lo peor de todo era que tendría que dar de lado a su intuición y dejar la investigación.

—Jefe, una vecina quiere hablar —le dijo Marqués muy emocionado.

—¿En serio?

Desde el primer momento, ningún vecino había querido hablar con la policía. Era un barrio conflictivo, donde los agentes de la ley eran tratados como enemigos o escoria, viéndose como creadores de problemas. De ahí que ambos estuvieran emocionados y sorprendidos.

—Está aquí, pero no ha querido identificarse. Además, dice que tiene que ser ya.

—¿Dónde está?

—Le dije que esperara en la sala de juntas, no quise llevarla a una sala de interrogatorios, parecía muy nerviosa.

—Perfecto, vamos.

Ambos se dirigieron con una pequeña grabadora. Sin embargo, esa declaración tendría algunas exigencias.

—Le dije que sólo hablaría con su jefe. —La anciana, que se llamaba Asunción, vio la grabadora y el pánico la inundó—. No quiero que graben nada de lo que diga, hablaré, pero no puede saber nadie que he estado aquí ni que he hablado.

—Claro, señora — le indicó González, mandando a Marqués fuera de la sala.

Cuando se quedaron solos, la mujer respiró de forma más pausada, pero seguía muy nerviosa. El inspector le ofreció agua, pero ella negó. Tenía setenta años y sabía que debía hablar e irse lo más rápido posible, ya que cada segundo que pasaba en la comisaría corría en su contra.

—Quiero que le quede claro algo, de lo que voy a contarle, una vez que salga de aquí, yo jamás le he dicho nada, ¿lo ha entendido?

—Sí, claro. —El inspector cogió una silla y esperó a que la anciana hablara.

—Ese era un hijo de perra... —González la interrumpió.

—¿Se refiere al hombre?

—Sí —afirmó tras un suspiro—. Ese hijo de perra era un mal hombre, le pegaba palizas a su mujer, la pobre, era una niña tan buena. No se merecía esa vida.

—¿Vio alguna de esas palizas?

—No, pero oía los gritos y veía los golpes.

—¿Nunca se produjo denuncia?

—¿Cómo iba a denunciar, si no tenía nada? Abandonó a su familia por ese malnacido. No tenía nada... la pobre... —Se la veía afectada—. ¿Sabe que gracias a los golpes sufrió dos abortos?

—¿Sabe si le contó la verdad a algún médico?

—Mentía para no tener problemas con su marido. Decía que se caía por las escaleras, en la calle... cualquier excusa. Muchas de sus lesiones yo las curé.

—¿Sabe si llegó a tocar al niño?

—Pobrecito, lo que ha tenido que ver... Su madre intentaba llevarse todos los golpes, pero a veces le era imposible... —Inmediatamente se dio cuenta de que las lesiones que vieron del niño eran provocadas por su padre.

—¿Sabe si bebía?

—Era un sucio borracho —comentó con desprecio—. Apenas le daba dinero, porque se lo gastaba en la botella... —Se veía compungida recordando—, en más de una ocasión tuve que darles algo para comer.

González se dio cuenta de que la mujer no mentía, cada dato tenía justificación con los informes que estaban en su mesa. En vista de la clase de hombre que era, tuvo que preguntar.

—¿Sabe si la familia tenía problemas con alguien?

—Más bien, ¿con quién no tenía problemas ese malnacido? Le debía dinero a mucha gente, y gente muy mala. Siempre supe que algo malo iba a pasar por culpa de ese hijo de perra.

—¿Con quién tenía problemas?

—Ya he hablado demasiado. —Se puso en pie para irse, entre más tiempo pasaba allí más nerviosa se ponía.

—Cualquier dato que pueda aportar será de ayuda.

—No tengo más que decir, solo he venido por ese niño, que es la verdadera víctima.

—Una cosa más, ¿sabe si le queda algún familiar?

—No creo, la familia del hijo de perra es poca y no quiere saber nada de él y ella, pobrecita, al elegirlo a él, lo perdió todo.

—Gracias, señora.

El inspector no iba a conseguir nada más de la anciana, así que la dejó ir.



Realmente le había dado una pista; las deudas y las enemistades le daban un indicio para poder investigar un presunto homicidio.

## CAPITULO 10



Martes, 6 de septiembre de 2016

Cuando salió del trabajo, se fue al supermercado más cercano y compró algunas cosas de picoteo: patatas, pistachos... Le daba vergüenza llegar con las manos vacías. Además, tenía un hambre atroz y necesitaba comerse algo antes de llegar a su casa.

A medida que el bus se iba acercando a la dirección, se preguntaba si aquello era correcto. Cuando estuvo delante del portal, notó que las piernas le temblaban; le sudaban las manos y no paraba de repetirse que estaba cometiendo una locura.

Las dudas se apoderaron de su mente, nada le garantizaba que lo que tenía planeado saliera bien. Se replanteó dar un paso atrás y dejarlo estar, olvidarlo todo y volver a mentirle a todos sobre una relación inexistente.

—Hola.

Se asustó, pues no esperaba que Manu apareciera por su espalda. Se llevó la mano al pecho y respiró profundamente, recuperando parte del color de sus mejillas.

—Normalmente no tengo ese efecto en las mujeres —rió.

—¡Muy gracioso, casi me da un infarto! —le recriminó.

—Mira ya estamos iguales. —Le levantó una ceja con una media sonrisa.

Él traía dos cajas de pizza, una mochila y un casco de moto, enganchado en el brazo.

—Agarra esto. —Le dio las dos cajas.

Mientras abría la puerta, Sylvia no pudo evitar mirarlo bien, vaqueros apretados y cazadora ajustada en negro. Su culo era perfecto, aunque los pantalones ayudaban a dejarlo bien marcado, por lo que tuvo que reconocer que su falso novio iba a levantar muchas envidias entre el resto del sector femenino, sin olvidar a su amigo Mateo.

Tuvo que sonreír al pensar en lo que diría al verle: «Eres una guarra, cómo te odio, mala amiga, tener un hombre así es un delito». Seguido de sus recriminaciones, preguntaría: «Cari, ¿sabes si tiene algún amigo que me pueda presentar?». Era como si lo tuviera delante, con sus gestos y su característica forma de ser.

—¿Pasas? —la esperaba con el portal abierto.

—¡Ah, claro!

Se había quedado ensimismada en sus pensamientos y no se dio cuenta de que la observaba sonriendo.

—¿Hace mucho que vives aquí?

Como se sentía algo violenta, hizo la clásica pregunta para romper el hielo, aunque fuera evidente que el edificio era nuevo. Se encontraba en una zona de la ciudad que hacía relativamente menos de seis años que se empezó a construir; las paredes, el suelo, las puertas, los buzones... resultaba obvio.

—Creo que el edificio tiene cinco años, yo llevo aquí unos cuatro, más o menos.

Él le abrió la puerta del ascensor y ella pasó a su interior. Marcó el cuarto y se quedaron callados mientras subían, al abrirse se miraron y sonrieron. No tardaron mucho en estar delante del 4º B, su piso.

—Aquí es... —Se oyeron unos ladridos de felicidad en el interior.

—¿Tienes perro?

—Sí, ahora lo conocerás, te va a encantar —le indicó con una sonrisa.

Sylvia se llenó de pánico, pues no le gustaban los perros. Ni de niña quiso tener mascota. Su madre tenía una gata a la cual odiaba, el animal lo sabía y la ignoraba. El cariño entre ambas era mutuo.

Manu abrió la puerta y pasó primero para calmar a su dálmata de dos años. Estaba tan contento que no paraba de dar vueltas a su alrededor y mover con fervor su cola. No paraba quieto ni un segundo, así que comenzó a acariciarlo para que se relajara. Sin embargo, el animal se reveló contra su dueño y colocó sus patas delanteras sobre su pecho, quedándose prácticamente el hocico en su cuello.

—¿Eso es un perro?! —gritó alarmada al ver la escena.

—Pasa, yo lo agarró. —Manu lo acariciaba.

—Mejor me quedó aquí, enciérralo o lo que tengas que hacer y luego entro.

—Sylvia —le indicó que entrara con su cabeza.

Ella entró muy rápido, colocando las cajas y la bolsa que traía en la barra americana que dividía el salón de la cocina. Sus ojos no se separaban de aquel enorme perro, pues al pasar a su lado se dio cuenta de que el animal a dos patas era más alto que ella.

—Venga, Ariel, te voy a presentar a una amiga. Pórtate bien —le decía a su perro.

El perro regresó a su postura habitual y, haciendo caso a las indicaciones de su dueño, se colocó delante de ella sentado en sus cuartos traseros, dejando su hocico abierto, exponiendo sus dientes y su gran lengua.

Ella lo miraba y no podía dejar de pensar en que todo el piso estaba lleno de babas de perro. Le dio un escalofrío al pensarlo.

—Sylvia, te presentó a Ariel. —Manu se sentía muy orgullo de su amigo.

Ella miró al dálmata con recelo de que saltara sobre ella o que la atacara, pero el animal se quedó quieto, observándola con su lengua fuera.

—Tranquila, no hace nada. Si quieres puedes acariciarlo, es muy dócil.

—Creo que no. —Manu fue a cogerle la mano y ella la apartó, no pensaba acercarse a aquel animal.

—¡Cómo quieras! —Parecía desilusionado.

—Yo no tengo nada en contra de tu perra...

—Perro, es un macho —aclaró.

—¿No has dicho que se llamaba Ariel?

—Sí.

—Le pusiste a tu perro el nombre de la Sirenita<sup>[4]</sup>.

—Un momento —se ofendió—, mi perro tiene un nombre muy masculino, significa el león de Dios —indicó con media sonrisa por lo que implicaba.

—Si él —señaló al perro— es el león, tú eres... —puso los ojos en blanco, al darse cuenta en la intencionalidad del nombre.

—Ariel es mi león.

—Tienes un ego enorme.

—¿Por qué me dices eso? —dijo con voz lastimera, sobreactuando—. No seas mala, acuérdate de mi corazón. —Pestañeó muy seguido.

—Eres un payaso.

—Eso dicen —rio.

Sin darle importancia a su cumplido, le hizo una señal a su perro y este se fue a tumbarse al sillón, mientras él rodeaba la barra, para coger un rollo de servilletas y ponerlo al lado de las cajas de pizza.

—No sé tú, pero yo tengo un hambre... Acabo de tener un turno horrible —dijo abriendo una de las cajas.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupada.

—No, ese es el problema, no ha pasado nada. ¡Un aburrimiento! —sonrió, mordiendo un trozo de pizza.

—Bueno... —carraspeó para centrarse en el motivo por el cual habían quedado—, he realizado una lista de cosas que debes saber de mí. —Le

entregó un papel que él ignoró—. He hecho otra igual para rellenarla sobre ti.

—Dispara —dijo, al tiempo que comía.

—¿Tus apellidos? —sacó un bolígrafo de su bolso y se preparó para interrogarlo.

—Izquierdo Mato

—¿Nombres de tus padres?

—¿Realmente tenemos que hacer esto? —Le dio pereza.

—Necesito saber cosas de ti para no meter la pata delante de tus amigos.

—Vale —se resignó—. Te hago un resumen, ¿de acuerdo? —Ella afirmó—. A los ocho años me quedé huérfano, pero tuve suerte y me acogió una familia estupenda. Mira. —Al lado del plasma había una estantería con varios portarretratos—. Esta de aquí es mi madre biológica, Candy. —Una mujer joven, pero de imagen desmejorada—. Aquí tienes a mi familia adoptiva. —Señaló otra imagen de cinco miembros—. Y esta es mi sobrina.

La imagen era de una pareja joven con tres adolescentes, dos chicas y él. Parecían felices y muy cómodos, una familia.

El sector femenino tenía rasgos familiares, se parecían muchísimo, sobre todo, las dos hermanas. Eran mujeres curvilíneas con pecho, cara redonda y ojos grandes. El padre y Manu desentonaban en aquella primera foto.

La otra foto era de una niña de cuatro años muy risueña y con cara pícara. Tenía los ojos grandes, como su madre, pero no se parecía tanto como su madre a su abuela.

—¿Cómo se llaman? —Se fue hacia el folio para tomar nota.

—Mis padres adoptivos son Francisco y Paloma, mis hermanas —sonrió, pues, aunque no fuera su familia biológica la sentía como si lo fuera—: Gabriela y Macarena, aunque ellas les gusta más que las llamen Gabi y Maca. Samanta es la hija de Maca.

—¿Y tu padre biológico? —preguntó de forma inocente.

—De ese señor no hablo, está muerto —indicó duramente.

Un escalofrío recorrió su cuerpo por su brusca reacción. Sospechaba que algo turbio tuvo que ocurrir para ponerse de esa forma.

—Vale, era una pregunta, no pasa nada. A Mateo le pasa igual, nunca habla de ese tema. Una vez intenté averiguar algo y le dio un ataque de estrés... Mejor lo dejamos y ya. —Respiró profundamente, pues se sintió mal—. ¿Sabes? Tengo un hermano, Mario, también es adoptado, pero poco sabemos de su familia biológica y eso que mi madre intentó averiguar a través de los Servicios Sociales, pero no sirvió de nada.

—No pasa nada —disimuló con una desganada sonrisa.

—¿Y esta gente de aquí?

Señaló dos fotografías, en concreto una era de él rodeado de chicos medio desnudos, él incluido. En la otra iba vestido normal, con dos chicas a su lado, una de ellas de enormes pechos.

—Esa fue de mi último día de trabajo en el *Luna Negra*, ¿lo conoces? —La miró con pillería.

—Me suena el nombre, pero ahora mismo no sé...

—Es el bar de *strippers* que hay en el centro.

—Sí, es verdad. —Entonces se le quedó observando, pensando lo peor—. ¿Tú eras...? —No pudo terminar la pregunta, pues temía equivocarse.

—¿Qué si era *stripper*? Sí —afirmó con total naturalidad—. Lo tuve que dejar cuando saqué mi plaza de bombero, ¿algún problema?

—No —Negó nerviosamente, ya que jamás se hubiera imaginado algo así.

—¿No vas a comer?

Sylvia se aferró a un trozo de pizza, intentando asimilar la información que tenía, aún no salía de su asombro.

—La otra foto que me señalaste son dos buenas amigas, Cam y Susi.

—Cam es la chica con... —Él rio al ver como señalaba su exagerado

pecho.

—Sí, es la dueña del *Luna Negra*. Durante un tiempo fuimos pareja.

Fue contarlo y ella no pudo evitar compararse. Aquella mujer tenía unos pechos enormes, algo exagerado para su complexión alta y delgada. Además de ser atractiva. La otra chica era normalita, se parecía más ella; morena y con curvas.

—La otra es la que tienes que convencer, Susi. No para de darme el coñazo con una chica que conoce de la oficina.

—¿Cuál es el problema? Podrías salir y probar suerte.

—Susana está casada con David León...

—El dueño de Empresa León... —Se quedó sin voz. Esa gente era muy importante, tenía muchos negocios por la ciudad.

—Por eso paso de salir con una empleada de Susi. —Cogió otro pedazo de pizza y lo mordisqueó—, sería muy raro.

—Vaya... tienes amigos muy importantes —no salía de su asombro, primero que había sido *stripper* y ahora, con sus amigos.

—No es para tanto. —No quería seguir con el tema, así que le preguntó antes de seguir comiendo—. ¿Y tus amigos?

—Claro.

Rebuscó en su bolso hasta localizar el móvil, entonces empezó a buscar entre las fotos para mostrarle una donde salieran todos. En ella aparecían Ángel, Sofía, Mateo, Dora, Lola y Sylvia.

Dora era la que más desentonaba en el grupo, tenía el pelo lleno de trenzas de diferentes colores, un piercing en la ceja, la nariz y la lengua. Tampoco se quedaba atrás su forma de vestir de mil colores diferentes. Resultaba muy llamativa.

Lola era todo lo contrario, no le gustaba sobresalir. Vestía casi siempre de negro y no le iban los colores chillones. Su forma de ser era algo masculina,



pero todos lo achacaban a su trabajo.

—Ya conoces a Ángel y Sofía, este es Mateo, mi compañero de piso y es gay, así que si intenta ligar contigo no le hagas caso; Dora trabaja en la tienda de Mateo y a Lola la conocí en la universidad, pero es policía.

—Tienen cara de ser muy buena gente.

—Son los mejores, sobre todo Mateo, lo quiero más que a mi hermano.

—¿Que a tu hermano?

—Sí, está en Inglaterra trabajando de ingeniero.

Ariel se puso en pie y ladró, la primera reacción de Sylvia fue encogerse, presa del pánico de que se acercara a ella. En cambio, el animal se colocó delante de la puerta, moviendo muy rápido su cola.

—Ese tiene que ser Cristian.

—¿Quién?

—Es mi vecino, le pedí que sacara a Ariel.

Un adolescente con cara de pocos amigos apareció tras la puerta, pero su rostro cambió al ver al perro feliz, sonrió y le acarició la cabeza. Manu le entregó un morral con servilletas, una botella con detergente y varias bolsas para recoger sus cacas.

A Sylvia le chocó que el animal no se volviera loco al recibir al adolescente, muy diferente a como se comportó al llegar ellos.

—Gracias. —El adolescente le saludó con la cabeza al irse con el perro.

Cerró la puerta y volvió junto a Sylvia, centrándose en su lista por si algo no entendía.

—Naciste en el ochenta y cinco, tienes un año más que yo —rio.

—Para eso debe llegar mi cumpleaños.

—Tampoco queda tanto para —ojeó el papel para verificar la fecha— el veintitrés de septiembre.

—¿Lo ves? Aún me quedan bastantes días...

—Un mero detalle sin importancia, abuela —continuó provocándola—. Te van los jovencitos, ¿eh? —Ni se contenía en controlar sus carcajadas.

—¡Muy gracioso! —Sus cejas se unieron enfatizando su enfado—. ¿Cuándo naciste tú?

—El 30 de marzo.

—Es menos de un año, imbécil, nos llevamos seis meses...

—Pero sigues siendo mayor, abuelita —rio al verla fruncir el ceño—. Dime, ¿te van los jovencitos o soy el primero?

—De verdad, cuando te pones en plan idiota, no puedo contigo. —Sacudía la cabeza para rebajar su cabreo—. Para tu información, Ángel tiene tu edad.

—Entonces, te van los jovencitos —le guiñó un ojo de forma sarcástica.

Cruzó los brazos sobre su pecho y lo miró fijamente, esperando a que terminara de reírse. No pensaba decir nada más hasta que se comportara como un adulto.

—Bueno... a ver que más cosas pone aquí. —Parecía que se había calmado, pero no tardó mucho en desternillarse de risa— ¿En serio que una de tus películas favoritas es Indiana Jones?

—Sí, ¿dónde está la gracia? —No entendía el chiste.

—Es que —intentaba controlar su risa— cuando trabajaba de *stripper*, yo era Indiana Jones. ¿Quieres un pase privado? Aún me acuerdo de cómo era el *show*.

—¿Qué? —Se quedó sin habla.

—Puedo pedirle la ropa a Cam. —Empezó a bailar acercándose a ella.

—No, no es necesario. —Negó nerviosa.

—Es una pena, podríamos pasarlo muy bien... —Se besó un dedo y se lo puso en los labios a Sylvia.

—Sinceramente, tu amigo el idiota me supera. A ver, ¿cuál es la tuya?

—No tengo una en concreto, más bien cualquier cosa que sea de acción o

ciencia ficción. —Lo apuntó en su folio.

—¿Coleccionas algo?

—No entiendo...

—Por ejemplo, a mí me encantan las cosas de gatitos, por eso cuando veo un colgante o pendientes, me los compro, ¿tú?

—No sé... las gorras —comentó no muy seguro—, tengo varias.

—Creo que lo tengo casi todo... —Revisó sus anotaciones.

—Entonces, ¿cuándo me vas a exponer como un trofeo?

—Mira que eres bruto... —le reprochó su sinceridad, pero él rio—. ¿El sábado te viene bien? —preguntó sin mucho entusiasmo—. Si no puedes, lo dejamos para otro día.

—No, el sábado no tengo problemas, un compañero me debe una guardia y me cubre. Ahora dime algo sobre tus amigos, por ejemplo... —Cogió su lista para disimular, pero en realidad estaba esperando el momento de preguntar —: Ángel. —La miró fijamente esperando su respuesta.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó molesta.

—¿Qué fue lo que pasó?

—La verdad —suspiró para coger fuerzas—... no lo sé. Todo iba bien, yo creía que nos queríamos y un día... —Se le formó un nudo en la garganta— Me dijo que quería dejarlo, que no me quería. —Se notaba que las lágrimas en los ojos—. En menos de un mes, me dijo que le gustaba Sofía y eso...

—Vaya, ante todo fue sincero...

—Sí. —Sonrió sin entusiasmo y su mirada se ancló en el suelo para controlar sus emociones.

—¡Eh! No hagas eso —le reclamó con dureza.

—¿El qué?

—Cada vez que hablas de Ángel o lo ves, bajas la mirada, no puedes hacer eso. Te recuerdo que ahora tienes novio, uno guapo. —Levantó la ceja y le

dedicó una mirada seductora.

—Tienes un ego, E-N-O-R-M-E —lo recalcó, gesticulando en exceso.

—No te lo voy a negar, pero prométeme que no volverás a mirar al suelo ni a desaparecer cuando aparezca la sombra de tu ex. —Estaba serio, muy concentrado en lo que le decía, intentando que lo entendiera.

—¿Y qué hago?

—Mira mi ego —ambos rompieron a reír.

La tarde dio para contarse algunas cosas de su día a día y así conocerse algo más. La conversación fue amena y ambos se lo pasaron bien. Para fortuna de Sylvia, el idiota no apareció y pudo disfrutar de aquel rato juntos.

Ariel no fue un obstáculo cuando llegó de su paseo, ya que Manu lo mantenía alejado. Sabía que ella no se sentía muy cómoda con el perro, pero tampoco es que el animal hiciera por estar a su lado, notaba su miedo.

Sobre las nueve, decidió irse y le pidió que se mirara bien la lista y que, en el caso de tener dudas, se lo dijera. La cogió y le aseguró que lo haría, guardándola en su dormitorio. De repente, antes de que se despidieran, Ariel ladraba nerviosamente delante de la puerta, al segundo siguiente tocaron el timbre; algo extraño pues no esperaba a nadie.

Cuando la abrió, una pareja de adultos y una niña entraron como si nada, apenas pudo decir nada. La niña se fue directa al perro, la mujer directa a Manu y el hombre se quedó en la puerta mirando a Sylvia. Esta le sonrió, devolviéndole el cariñoso saludo.

—Perdona la hora, pero si no venimos a ver a Ariel, a Samanta le da algo, ¿qué tal estás? —Le agarró la cara y le dio dos besos—. Por cierto, mamá dice que la llames y también llama a Gabi...—En ese instante, se dio cuenta de la presencia de una mujer en el piso —. Hola, soy Maca, la hermana de... —Su hermano la interrumpió, mientras ella le soltaba dos sonoros besos.

—Ella es Sylvia.

—¿Es tu novia, tío? —le preguntó la pequeña, dirigiéndose a él.

Él miró a Sylvia esperando que le indicara qué le decía a su sobrina.

—Sí, soy su novia.

—¿Y te das besitos en la boca como hacen papi y mami?

—Samanta —le reclamó su madre—, eso no se dice.

—A veces —le contestó su tío.

—Perdona, no sabía que tenías compañía, ya nos vamos —comentó el hombre desde la puerta.

Maca examinó detenidamente a la novia de su hermano, le hizo una fotografía mental de cada parte de su cuerpo, pues después tendría que contarles todo a su hermana y su madre. Al contrario de sus anteriores parejas, esta tenía su aprobación, parecía una chica normal.

—No se preocupen, yo me tengo que ir, ya hablamos.

Manu se dio cuenta de que su hermana no perdía detalle, así que acompañó a Sylvia a la puerta y la besó en los labios, un beso rápido y fugaz. Ella se despidió con la mano de su familia y se dirigió al ascensor.

No obstante, regresó sobre sus pasos al oír cerrar la puerta, quería saber si se decía algo de ella.

—¿¿Tienes novia y no nos dices nada?! —le chilló.

—Maca —suspiró para no mandarla a la mierda—, nos conocemos de hace poco.

—Déjale, ya es mayor —le reclamó su marido.

—¡Mami, hay pizza! —gritó la niña.

—¿Quieres? —le preguntó su tío para evadir el interrogatorio.

Sylvia tenía miedo de que la pillaran escuchando detrás de la puerta, por lo que se fue, aunque le hubiera gustado conocer la impresión que tenían de ella. Aunque fuera una tontería, pues aquello era una mentira.

## CAPITULO 11



Miércoles, 7 de septiembre de 2016

—¿Se puede saber cuándo nos ibas a contar que tenías novia? —le reclamaba su hermana.

Gabi y Maca habían llamado a su hermano poniendo el manos libres para exigirle una explicación sobre Sylvia. Ambas estaban en casa de su madre y Paloma estaba escuchando todo atentamente, pues le preocupaba todo lo que tuviera que ver con su hijo adoptivo.

—Estoy en el trabajo —les indicó, rezando para que sus hermanas pararan, aunque fuera mentira pues tenía el día libre.

—¿Estás apagando un incendio? —preguntó Maca.

—¿O salvando a alguien? —señaló Gabi.

—No... —No lo dejaron terminar de hablar.

—Pues ya sabes; canta pajarito, canta. —Era la típica expresión que soltaba su hermana mayor para que hablase.

—Gabi, no te pongas así, la conozco de hace poco. Apenas la nos conocemos.

—Eso no me vale, dinos lo que sepas.

—Maca la conoció el otro día, pregúntale a ella.

—Oye, guapo, yo solo la vi unos segundos, así que empieza a contarnos cosas de esa chica, ¡ya! —le exigió.

—No vais a dejarme tranquilo.

—¡NO! —exclamaron las dos al unísono.

Manu conocía muy bien a sus hermanas y, para ellas, Sylvia era el chisme del momento. Sin embargo, su interés venía porque aparentemente era el prototipo de chica que siempre habían querido para él, por eso debían conocer más datos sobre ella y determinar si era adecuada para su hermanito.

De todas formas, estaban algo desconcertadas, pues su hermano siempre había salido con chicas de grandes pechos y delgadas, y quitando a Cam, el coeficiente intelectual de las otras era de analfabeta para abajo. De ahí su asombro.

—Se llama Sylvia. —Fue en busca de la lista, así sería más fácil darles lo que querían—. Trabaja de editora en la editorial Mibro, tiene 31 años, es independiente y comparte piso.

—¿Tiene cerebro?! —Su tono de voz fue confuso, pues no sabía si estaba exclamando o preguntando.

—¿Qué dices, Gabi? —comenzó a desesperarse con sus hermanas.

—Te lo dije, que no era como las otras, que esta era lista... —indicó Maca.

—Es que no entiendo a qué viene todo esto. A vosotras dos no os debe dar igual con quién me vea —anotó molesto.

—De eso nada, eres nuestro hermano pequeño y no queremos una lagarta en tu vida. —Gabi era la más protectora de las dos.

—No soy el pequeño, soy de la misma edad que Maca.

—Te recuerdo que cumples en marzo y yo nací en enero, soy mayor que tú. Eres el pequeño y si te molesta, te jodes. —Al terminar de hablar sacó la lengua, aunque no la viera.

—Además, necesitas nuestra aprobación y lo sabes —afirmó con dureza Gabi.

—Creo que soy mayor para elegir, así que os pido que no os metáis —les suplicó.

Se oyeron unas risas de fondo, entonces supo que eso no pasaría, pero era

comprensible que lo intentara.

—¿Tiene hermanos? —cambió de tema, Gabi.

—Tiene uno —dudó, pues intentaba localizarlo en el papel—, trabaja de ingeniero en Inglaterra.

—Cariño, ¿qué le ves a esa chica? —Su madre, que se había mantenido callada, no pudo más y habló.

—Mamá, tú también estás ahí —dijo pasmado.

—Contesta —le pidió con ternura.

—Pues... —titubeaba, ya que ni él mismo lo tenía claro—, es simpática y me gusta cuando se enfada, es divertido —rio—. Es raro, me siento cómodo, aunque no para de controlarlo todo, es como vosotras.

—¡UUUYYYYY! Parece que te gusta, ¿eh? —comentó con voz ilusionada su hermana menor.

—No tires cohetes, vamos a ver qué pasa.

—Eso lo arreglo yo.

—Maca, ¿qué vas a hacer? —le tenía miedo.

—Vamos a ponerle la prueba de fuego, ¿el viernes trabajas por la tarde?

—No, pero...

—Nada, tranquilo, yo me encargo. —Una sonrisa de maldad asomó en sus labios, contagiándosela a su hermana mayor. Por el contrario, su madre se temía lo peor, al igual que Manu.

—Macarena —le reclamó.

—Te llamo mañana —se despidió y colgó la llamada.

Las hermanas se pusieron a planear lo que iban a hacer; mientras hablaban, su madre ponía los ojos en blanco. Sus hijas estaban algo locas y cuando se empecinaban en algo no había quién las detuviera, por eso guardó silencio. Nada se podía hacer.



A la una y media delante del escritorio de Sylvia apareció Sofía con una gran sonrisa. Desde que vio a su amiga, se temió lo peor, por eso se puso tan nerviosa que se le cayó un taco de papeles al suelo. Ambas fueron inmediatamente a recogerlo.

—¿Qué haces aquí? —suspiró colocando el último grupo de folios.

—Te invito a comer —sonrió.

—Me encantaría —empezó a mover documentación de un lado a otro—, pero tengo un lio aquí... —entornó sus ojos de forma exagerada.

—Venga, Sylvi, ¿al menos, una hora?

—Creo que no —se disculpó con la mirada—, estoy hasta arriba de trabajo y encima...

No pudo terminar de hablar ya que, Sofía cogió su móvil y sin prestarle atención marcó el número de Mateo.

—Código rojo.

En menos de un minuto tenía delante de ella a Lola, Dora y Mateo, aquello era una encerrona. Supo que teniendo a todos sus amigos allí, la excusa de que tenía mucho trabajo no le valía.

—A ver, ¿qué pretexto te ha puesto? —preguntó Mateo con autoridad.

—Dice que tiene mucho trabajo.

—¿Tienes mucho trabajo? —El tono de voz de su compañero de piso estaba llena de sarcasmo—. Creía que ayer te habías quedado hasta tarde trabajando...

—Yo... —Él la interrumpió, molesto.

—Eres una mala amiga, el lunes sé que quedaste con tu novio, te vi entrando en un bar, seguro quedaste con él y ayer también. ¿Acaso ya no nos quieres? ¿No somos amigos? —El chantaje emocional era su fuerte.

—Un momento. —Cerró los ojos para aclarar las ideas—. ¿Cómo sabes que ayer quedé con Manu?

—Bueno... —Sofía mostró expresión de culpabilidad—. Ayer, cuando le mandaste el mensaje a Mateo, estábamos juntos y entonces... —Temía su reacción.

—¿Qué? —le exigió.

—Llamé a la editorial. No te enfades, Sylvi, es que como eres tan reservada que queríamos saber... —La paró con la mano, no quería saber más.

—Déjalo, anda, que me estoy poniendo de mal humor.

—Oye cari, que aquí la ofendida sería yo... ¿por qué me mentiste ayer? Yo pensaba que nos lo contábamos todo. —Puso ojos llorosos para darle más dramatismo.

—Mateo...

—Ni Mateo, ni nada... mejor déjalo... Vamos chicas, olvidemos a Sylvia, ella no es nuestra amiga.

Abusando de sus dotes interpretativas, fue empujando a cada una de las chicas hasta la puerta. Sylvia lo conocía y sabía que era una de sus actuaciones, pero se sentía culpable, ya que si había alguien al que no le gustaba defraudar ese era a su compañero de piso.

—Esperad, voy a comer con vosotras.

Mateo desplegó una enorme sonrisa y corrió hasta ella para abrazarla. Ese truco nunca le fallaba, ni su madre Raquel se podía reprimir a él. De ahí que se sintiera muy orgulloso de sus dotes interpretativas.

—Pagas tú por mentirosa.... ¡Ah! No te libras, lo quiero todo sobre el bombero. —Sus ojos se iluminaron—. Vamos chicas, Sylvia nos invita.

—¡Eh, eso no vale! —les reclamó, pero nadie se atrevió a admitirlo.

Sofía era previsor y había hecho una reserva en el restaurante chino que se encontraba frente al edificio de oficinas. Así que no tuvieron que esperar. Después de pedir una variedad inmensa de comida diferente, comenzaron las

miradas entre sus amigos. Todos tenían un millón de preguntas que hacerle, pero en el fondo todas esperaban a que Mateo rompiera el hielo. No obstante, él iba a esperar a que los camareros trajeran toda la comida para comenzar con el interrogatorio.

—Sabemos que tu bombero —carraspeó para ordenar sus dudas— se llama Manu...

—Sí, ese es su nombre.

—Bueno...

—¿Bueno qué?

—Sylvia cojones, cuéntanos. —Levantó un poco la voz y luego la moderó—. Dinos algo más de él.

—¿Sois mis amigos o la policía? —Lola le levantó una ceja ante la evidencia—. Vale, hablaré.

Cogió el tenedor y empezó a comer tranquilamente. En cambio, sus amigos estaban quietos, con miradas inquisitivas, esperando a que les contara todo sobre su nuevo novio.

Ella suspiró, buscando consuelo en el aire de sus pulmones, pero lo único que pasó es que las miradas fueron más duras.

—¡Mira que sois unos pesados! ¡Unos pelmazos!

—Tú habla... ¡YA! —le exigió Mateo malhumorado.

—Manu es bombero... —La interrumpió Lola.

—Eso ya lo sabíamos. —La miró suplicando algo jugoso para acallar su curiosidad.

—. Y *stripper* antes de sacar la plaza.

—¿¿Qué?! —gritaron al unísono.

Todos tenían la boca abierta por la sorpresa, ninguno se esperaba algo así. Su amiga los había desarmado y se miraban unos a otros con los ojos abiertos.

—Eso no es todo, tiene un perro enorme —Sylvia la daba más importancia al animal que el dato anterior.

—¿*Stripper*? —Mateo miró a Sofía, buscando más datos.

—A mí no me mires, Manu es guapísimo y tiene un cuerpazo, pero de ahí a saber eso... —se encogió de hombros.

—Cari, eso vas a tener que explicarlo bien.

—¿Lo del perro? —preguntó intentando cambiar de tema.

—Sylvia —le reclamó Lola, que estaba igual que sus amigos de anonadada con la noticia.

—Por lo que me ha dicho, comenzó a trabajar de *stripper* en ese bar en el centro, *Luna Negra*, creo que se llama así.

—Cari —Mateo puso voz melosa y le acarició en la mano intentando camelarla para que contestase una pregunta que tenía en la punta de la lengua —, ¿lo has visto? —Sylvia lo miró desconcertada—. Si te ha hecho un pase privado de su época de chico sexy.

—¡No! —Se escandalizó, pero sus amigos se sintieron decepcionados.

—¡Vaya mierda! —exclamó Dora.

—¿Pero qué clase de amigos tengo? —Se puso en pie muy molesta.

—No te enfades, Sylvi, comprende las cosas, piensa que todos los días no tienes una amiga con un novio *stripper* —su amiga le agarró la mano para que volviera a sentarse.

—*Ex-stripper*, ahora es bombero. Es funcionario. —Se sentó al aclarar la situación de su falso novio.

Se produjo un silencio en la mesa y para disimular empezaron a comer, dejando a las miradas que hablaran. Mateo no podía dejar de imaginarse al novio de su compañera de piso en su anterior profesión. El resto de sus amigas estaba intentando digerir cómo ella había terminado con alguien así. Jamás lo hubieran pensado, ya que era la más remilgada del grupo.

Por otro lado, la editora intentaba ignorar las miradas y buscaba consuelo en la comida. Lo peor de todo, era que entendía lo que decían esos ojos. Ella hubiera reaccionado igual si hubiera conocido a Manu y quisiera tener algo serio con él.

En el fondo, se alegraba de que sus amigos estuvieran así de descolocados, pues así dejaban de pensar que era una estrecha de miras, aunque era cierto que le solía incomodar cuando bromeaban de temas sexuales.

—Sylvia, ¿en serio, no te molesta eso de qué él se desnudara por dinero?  
—Lola le preguntó con miedo de su reacción.

—La verdad es que al principio no me hizo gracia, pero ya no se dedica a eso, tiene trabajo fijo y parece un buen hombre.

—Tienes razón, eso es lo importante —comentó Sofía y el resto asintió.

—Aunque... —Sus amigos la miraron expectantes, esperando que fuera del todo sincera, confesando sus celos por todas esas mujeres que lo vieron desnudo—. No sé si podré con lo del perro.

—¿¡PERRO?! —Mateo se mosqueó. No se creía que lo que más le molestara de todos los datos que había dicho fuera un animal.

—Tiene uno enorme, cuando me lo presentó me dio grima.

Esa iba a ser su basa para la ruptura y estaba preparando el terreno. Sus amigos sabían que a ella no le gustaban los animales, los evitaba, sobre todo, por el miedo que le daban.

Realmente, su miedo era infundado; de pequeña, tuvo serios problemas con el gato de su madre y a partir de ahí, no quiso saber más nada de las mascotas. Además de todas las enfermedades y cosas que pueden transmitir: gérmenes, lombrices... cualquier excusa era buena para justificar su zoofobia.

—Pero cari —la voz de su compañero de piso era muy aguda—, tu novio está buenísimo, según nos ha dicho Sofía, es bombero y fue stripper. ¿En

serio, te quejas de su perro? Nena, tienes la fantasía de cualquier mujer.

Sylvia tenía la esperanza de que cuando lo conocieran cambiaran de opinión, una vez que sacara al idiota a pasear, no lo verían igual. Aunque se temía que Mateo se iba a quedar con su aspecto físico, recriminándole la ruptura mientras le quedara vida.

—Yo creo que cuando el animal se adapte a ti, no tendrás problemas, dale tiempo para que entienda que no quieres tenerlo cerca. Los animales son muy inteligentes y se dan cuenta de todo. Por cierto, ¿qué raza es? —preguntó Dora.

—No lo sé... era grande y blanco con manchas negras. Enorme.

—No será para tanto, espera un momento. —La empleada de Mateo sacó el móvil y en Google empezó a buscar fotos, para que identificara cuál era—. Ahora dime, ¿es este?

—Creo que es ese.

Dora les mostró la foto a todos y Lola soltó varias carcajadas, ocultándolas con la mano, pues los miedos de su amiga le parecían una chorrada.

—Sylvia, eso es un dálmata, son perros muy nobles e inteligentes. No vas a tener problemas. Son los perros de los bomberos, normal que tenga uno — anotó la policía.

—Eso no lo sabes, no puedes opinar, no lo has visto.

—Eres una exagerada, si me dijeras otra raza... Pero, un dálmata, por favor...

Todos se quedaron conformes con las palabras de Lola, ella conocía mucho de razas, pues su madre tenía una tienda de mascotas antes de jubilarse y ella se había criado entre toda clase de animales.

—Bueno... ¿alguna cosa más que nos puedas contar de tu *stripper*? No sabes la envidia que me das —confesó Mateo, dramatizando.

—Dejemos el tema, si lo sé no cuento nada —dijo, molesta al ver el

revuelo que se había formado por el pasado de Manu.

—Te prometemos que seremos buenas —añadió Sofía, esperando que proporcionara más datos sobre su novio.

—Pues no sé... —revisaba la conversación que había tenido con él para ver qué podía contarles. Lo primero que se le vino a la cabeza fue su adopción, pero creyó que no debía decir nada. Sin embargo, había algo que a su compañero de piso le iba a encantar—. No os lo vais a creer, Manu es amigo del hijo del dueño de Empresa León.

—¿Qué?! —gritó dos octavas por encima de su voz.

—Más bien, es muy amigo de la mujer del hijo del dueño.

—¿Conoce a Susana Pardo? —Sylvia asintió y él se llevó la mano al pecho con los ojos iluminados.

—¿Quién? —la pregunta de Lola le molestó mucho.

Mateo era asiduo de las revistas del corazón, su preferida la *Revista Cotilla*, en ella se había relatado toda la relación de David León, el heredero de oro, y Susana Pardo. Esa historia de amor le había arrebatado muchos suspiros y soñaba con vivir algo parecido a los enamorados.

Su mente no pudo evitar volar e imaginarse el momento en que su mejor amiga se los presentara. El conocerlos era un sueño que se iba a cumplir y eso lo hacía enormemente feliz.

Después de los datos que tenía de Manu, Mateo había aprobado la relación con Sylvia.

—¿Cómo que quién? —dijo indignado—. David León y Susana Pardo han protagonizado la historia de amor más romántica de todas. Son pura inspiración para mí.

La cara de Lola era un poema, no entendía nada, mientras él se regodeaba en lo que decía. Sofía y Dora, que conocían algo de esa historia se reían. Sylvia no fue consciente hasta ese momento del monstruo que estaba

creando, pues las preguntas y la curiosidad de su compañero de piso eran máximas.

—Salen en las revistas del corazón —le indicó por lo bajo Dora a Lola, para que su jefe se callara.

Sylvia se cansó de sus amigos, por lo que empezó a comer muy rápido. Las preguntas siguieron, pero ella las esquivaba, no pensaba darles más datos. La caja de Pandora estaba abierta, la curiosidad estaba en niveles estratosféricos, algo que quiso acallar al confesar sus intenciones para el sábado.

No obstante, Sofía cambió sus planes, ya que propuso la casa de su novio para cenar. De esa manera, aprovecharían para celebrar la publicación de su nueva novela.

Ángel vivía en la casa de su madre; al disponer de ahorros y una buena pensión de su marido, ella prefirió irse a un geriátrico, aunque se encontraba bien, para no molestar a su hijo. Como tenían una buena situación económica pudo dedicarse a la literatura de lleno.

El resto de los miembros de la mesa, excepto ella, creían poco apropiado que él estuviera de acuerdo en conocer en esas circunstancias al bombero. Pero ninguno de ellos se atrevió a contradecirla y proponer otro lugar. Al final se verían todos el sábado a las nueve.



## CAPITULO 12



Miércoles, 7 de septiembre de 1994

Eran las cinco de la tarde cuando el inspector González llegaba a su casa de muy mal humor, ni él mismo se soportaba. Su mujer, que le conocía, se fue a preparar café, tanto la hora como su semblante le indicaban que algo le había ocurrido en la comisaría.

El silbar de la cafetera llegó a sus oídos y se reunió con su esposa en la cocina. Ella sonrió al sentirle detrás, le conocía tan bien, que no le hacía falta hablar para saber qué necesitaba.

—¿Café? —preguntó de forma indiferente.

Él gruñó y ella empezó a servirle aquella bebida caliente con sus galletas favoritas. Una vez dispuesta la mesa con los dos cafés, se sentó enfrente de él, esperando que le contara el motivo de su malestar.

Tardó dos galletas y media taza en hablar, no pudo evitar sonreír al verle cambiar el semblante.

Para ella, la vida eran cosas sencillas, esos pequeños detalles que le hacían conocer a su pareja, que le contaban cómo debía tratarle o la forma en que se debía dirigir a él, como en aquel instante, con un café y la compañía de una mujer que lo ama.

—Hoy he tenido que cerrar el caso, no me dejan seguir investigando. La comisaría está con mucho trabajo y el comisario cree que es una pérdida de tiempo que continúe con mis pesquisas.

—¿Le comentaste que crees que hay algo más?

—No ha servido de nada, para él los informes de los peritos son claros, fue un trágico accidente.

—¿Y ahora?

—Nada, no puedo hacer nada —dio un fuerte golpe en la mesa con el puño de la rabia contenida. Su esposa se sobresaltó.

—Paco —le reclamó con los ojos muy abiertos para que se contralara.

—Lo siento, todo esto me está afectando.

—¿Es por ese niño?

Ella lo miró fijamente y lo supo, era evidente que se trataba del menor. Entre más sabía de lo que había tenido que vivir ese niño, más lástima sentía por él. Había sido una víctima en manos de su padre y ahora estaba solo.

—Cuéntame, ¿qué te tiene tan mal? —su voz era tan suave y aterciopelada que parecía que acunaba aquellas palabras como si fuera una caricia.

—No creo que sea buena idea.

—Déjame a mí decidirlo, habla.

—He averiguado que ese tipejo le debía dinero a mucha gente, era un borracho que malvivía con lo que robaba y trapicheaba en la calle. Lo peor era que se gastaba lo poco que ganaba en alcohol y tabaco, su familia tenía que mendigar para comer algo. Era una escoria.

—Pobre criatura —afirmó llevándose la mano a la boca al imaginarse las condiciones en las que vivía el niño.

—Eso no es lo peor, le daba palizas a su mujer y cuando no tenía suficiente, seguía con el hijo. El psicólogo infantil cree que necesitará ayuda el resto de su vida.

—¡Dios mío!

—Creo que —sonrió al darse cuenta de lo que iba a decir— lo mejor que le ha pasado a esa criatura es que su padre muriera.

—Paco, no digas eso —ella se escandalizaba, a pesar de que pensaba lo mismo—. ¿Ahora qué pasará?

—¿Con el niño? —ella asintió preocupada—. Los Asuntos Sociales se encargarán de él, porque...

—¿Qué? —No le gustaba cuando su marido dejaba frases a medias.

—Mejor que no lo sepas.

—Habla —le exigió.

—Nadie de su familia quiere hacerse cargo de él. Por lo visto, la madre se fugó con su padre y su familia la repudió, por eso no quieren saber nada del futuro de esa criatura...

—¿Y la familia del padre?

—Tienen miedo, saben que no era de fiar, tiene muchas deudas y enemistades; temen que, al hacerse cargo del niño, vayan a cobrárselas a ellos. Han renunciado a la custodia.

—¿Cómo se puede abandonar a un inocente?

Estaba muy afectada con lo que le había contado, ahora entendía el motivo de su enfado. El futuro de ese niño era inexistente sin apoyo ni ayuda.

—No debí contarte nada.

—No —negó con la cabeza—, yo te lo he pedido. Es que nunca pensé que su familia le diera la espalda tan rápido.

—Cariño —se levantó y fue al lado de su mujer acariciándole la mejilla—, son cosas así las que me hacen valorar tenerte a ti.

—En el fondo eres un blandengue.

Sellaron aquel momento con un beso.

## CAPITULO 13



Jueves, 8 de septiembre de 2016

Sylvia se presentó en la comisaría con dos capuchinos y una caja de bollos con azúcar y mermelada de fresa, los favoritos de Lola. Iba dispuesta a sobornarla con aquel manjar.

Caminó muy decidida hasta la recepción, donde había un hombre corpulento con uniforme que la miró mal, aunque al llegarle el olor a bollería y café, cambió su expresión.

—Buenos días, estoy buscando a Lola.

Al preguntarle por su compañera se quedó analizándola, pensando detenidamente si avisarla o intentar atenderla él mismo.

—Soy una amiga suya, dígame que soy Sylvia, ella me conoce.

Notó al momento las reticencias de aquel miembro de la ley, por eso intentó disipar sus dudas dándole más datos sobre ella.

—Señorita, un momento. —Levantó el dedo para indicarle que se quedara quieta. Ella le sonrió, pero el hombre le devolvió un gruñido.

*¡Vaya carácter!* Se dijo a sí misma en voz baja.

Lola no tardó en salir desconcertada. Analizaba si su amiga le había comentado algo de su visita y no lo recordaba. Sin embargo, su mente era incapaz de asociar su visita a algo que le hubiera dicho.

—¡Sorpresa! —gritó al verla con aquella cara rara.

—Sylvia, ¿ha pasado algo? ¿Tienes algún problema? ¿Necesitas...? —Se puso en la peor situación.

—Tranquila, no es nada, simplemente quería verte y charlar un rato a solas. Mira. —Le mostró lo que llevaba en las manos—. He traído el desayuno.

—Son las —miró su reloj— ocho y cuarto y desayuné a las siete, antes de salir de mi casa.

—Vale —se rindió—, es que quería hablar contigo a solas de una cosa y no quería que el resto se enterara. Ya sabes lo cotillas que son Sofía y Mateo... es que sé que tú eres más discreta.

—Ven, anda. —Le indicó el camino hasta la cocina de la comisaria.

Dentro esperó estar a solas para hablar. Soltando lo que había traído para desayunar, Sylvia miró hacia la puerta para asegurarse de que nadie pudiera oír lo que le iba a contar a su amiga.

—Tienes diez minutos —le indicó mirando su reloj.

—Es que es algo delicado...

—Sylvia, te quedan nueve minutos, aprovéchalos —le dijo secamente.

No era que no quisiera atender a su amiga, sino que no quería problemas con su superior. Realmente lo que estaba haciendo era estar de cháchara, cuando debía estar en su puesto de trabajo. Estaban sancionando a compañeros por no cumplir con profesionalidad su horario laboral, y ella tenía un expediente intachable que no quería manchar.

—Manu es adoptado. —Lola la miró sorprendida—. El otro día estábamos hablando de nuestra infancia —intentó no detenerse en detalles por si notaba la mentira—. Me contó que su madre murió cuando tenía ocho años y que lo adoptaron.

—¡Vaya! —le sorprendió.

—Pero no es eso lo que me preocupa —le restó importancia a su reacción —, me resultó muy extraño cuando le pregunté por su padre. No quiso

hablarme de ello y se puso muy serio. No me gustó, creo que pasó algo malo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Podrías mirar en los ordenadores a ver si descubres algo sobre su padre...

—Sylvia, eso es delito, no puedo mirar la ficha de una persona por algo personal.

—Porfa... —juntó sus manos para dramatizar su súplica.

—Dame sus datos y veré lo que puedo hacer sin jugarme mi puesto.

—Sí, claro.

Sacó un trozo de papel con los datos que tenía de Manu, su nombre, fecha nacimiento, año en el que murió su madre...

—Con estos datos, poco puedo hacer...

—Lo sé, pero es lo poco que sé de él.

—Es que, sin el número del documento nacional de identidad, no voy a poder mirar nada.

—Busca casos de huérfanos en 1994, no sé, pero mi olfato me dice que tuvo que pasar algo con su padre. Quizás encuentras algo, no sé.

—No eres periodista.

—Tú hazme caso, noto algo...

—Creo que lo que notas es olor a café. —Miró el papel y suspiró, molesta—. Estas cosas no se hacen así, esto es una chapuza. No creo que consiga nada.

—Sé que lo conseguirás... —Le dio un beso en la mejilla para irse.

—Sylvia, ¿qué haces?

—Me tengo que ir —le señaló desde la puerta su reloj—, llegaré tarde al trabajo.

—¿Y esto? —señaló los capuchinos y los bollos.

—Para ti, invito —le dijo a gritos, ya que salió corriendo para el trabajo.

Lola se quedó con un bollo en la mano y, dándole un buen mordisco, permaneció mirando para la puerta, intentando asimilar lo que le había pedido su amiga. Luego tendría que romperse la cabeza para ver cómo conseguía la información sin que la pillaran.

En cambio, Sylvia se sentía muy satisfecha, sabía que a su amiga le gustaban los retos y que no iba a parar hasta conseguirle la información. Lo mejor de todo, es que estaba segura de que iba a encontrar algo del pasado de Manu.

## CAPITULO 14



Jueves, 8 de septiembre de 1994

—No entiendo qué hacemos aquí.

—Deja de quejarte y dime por dónde tenemos que ir.

—Recuérdame, ¿cómo me convenciste?

El inspector González se quedó plantado en medio del pasillo del área infantil del Hospital, mirando fijamente a su mujer. Ella suspiró y él hizo un mohín con la boca para indicarle que no se pensaba mover hasta que hablara.

—Quiero conocer a ese niño, te lo he dicho esta mañana.

—No es buena idea, he cambiado de opinión. Venga, te acerco a casa, que me da tiempo de llegar al trabajo antes de las nueve —comentó mirando su reloj.

—¡NO! —Levantó la barbilla y apoyó las manos en las caderas.

Conocía a su mujer a la perfección, sabía que cuando tomaba una decisión ni él era capaz de hacerla cambiar de opinión, así que poco podía hacer.

—Dime, ¿qué piensas hacer?

—Solamente quiero conocer —cambió de actitud— a ese niño y ver si puedo hacer algo por él.

—Sígueme —se resignó.

El inspector la condujo por los pasillos hasta llegar a psiquiatría infantil. Al llegar a la puerta de la habitación del menor, se vieron sorprendidos por el médico.



—¿Inspector?

—Hemos venido a ver al pequeño, mi mujer cree que puede ayudarlo.

—Ese niño necesita toda la ayuda del mundo, tiene unas tremendas carencias afectivas.

—¿Sigue sin hablar?

—Sí, no quiere hablar con nadie. Al menos está dibujando y puedo hacerme una idea de su estado.

Ella no se metió en la conversación de los dos hombres, pues el niño era su máxima preocupación. Se quedó mirando desde la puerta su objetivo; era menudo, frágil e inocente con la mirada perdida.

No pudo contener las lágrimas al verlo, sentía tanta pena por ese angelito. No podía dejar de repasar todas las cosas que le había contado su marido y se le partía el alma con cada cosa que recordaba.

—¿Podemos pasar?

—Sí, pero no lo presionen, aún no tengo un diagnóstico claro.

Ambos pasaron a la habitación, el inspector primero, ya que el niño lo había visto en otras ocasiones. El menor los miró con desagrado, frunciendo el ceño y plegando los labios.

La mujer le sonrió con cariño y el pequeño se desconcertó. Solo su madre le miraba así y, ante ese gesto, se sintió sorprendido. Ella se acercó con voz suave y dulce, sus ojos se expandieron más aún y su boca formó una o.

Sin embargo, cuando fue a tocarle la mano para acariciarla, el niño huyó. Era un animalito asustado.

—Paco, me da igual lo que digas, pero tenemos que ayudarlo.

Su marido lo supo, en aquel momento las cosas iban a cambiar para los tres.

## CAPITULO 15



Viernes, 9 de septiembre de 2016

Sylvia salió del trabajo y se presentó en casa de Manu, había recibido un mensaje suyo pidiéndole verse a las cuatro y media. Al pie de la puerta, sintió los ladridos de su perro y de forma involuntaria dio un salto hacia atrás. Sintió miedo de que el animal se abalanzara hacia ella al tenerla en frente.

El temor recorría su cuerpo, mientras oía como se acercaban a la puerta. Pensó en salir huyendo, pero estaba paralizada y no conseguía serenarse, por lo que su primera reacción al verla abrirse fue cerrar los ojos.

Sintió como el animal estaba cerca de ella, olisqueándola. Su cuerpo más se engarrotó con la presencia del perro, pegando los brazos al cuerpo.

—Tío, ¿por qué tiene los ojos cerrados? —preguntó una voz infantil.

—Le tiene miedo. —Manu apartó a su perro—. Ariel, dentro —le ordenó y el animal obedeció.

—Pero si no hace nada.

—Samanta —le reclamó su tío—. Sylvia —Le acarició el brazo para tranquilizarla—, Ariel se ha ido.

Ella suspiró aliviada y abrió lentamente los ojos, comprobando que la fiera no estaba cerca. Entonces, se fue relajando sin bajar la guardia. Seguía sin gustarle la idea de tener que compartir espacio con un animal tan grande.

—Venga, entra. Yo me encargo de él —le comentó con una sonrisa.

—Gracias.

Al entrar, vio al perro sentado en el sillón con su sobrina. Ella le acariciaba

la cabeza y el perro parecía estar tranquilo. No parecía la enorme bestia que su imaginación le había mostrado al abrirse la puerta.

—¿Le tienes miedo a Ariel? —la niña no se cortó al mostrar sus dudas.

—Un poco.

—Pero si es bueno, mamá dice que se porta mejor que yo.

—Con lo bicho que eres. —Manu fue hacia su sobrina para hacerle cosquillas—. N hace falta mucho para ser bueno.

La niña se revolvió y se reía, provocando que el perro se levantara y se fuera del sillón a su manta en una esquina de la habitación. Ni se acercó a Sylvia, más bien la ignoraba.

Tras una sesión de risas, que vio desde la barra, Manu la puso al tanto de todo. La tarde era una encerrona de sus hermanas. Querían ver cómo se relacionaba con la niña, así que habían preparado una serie de actividades para ellos tres.

Manu conocía a sus hermanas y sabía que la idea venía de Maca. Solamente a ella se le ocurriría exponer a su hija. Sin embargo, creía que podía sacar provecho de todo esto, de tal modo, que sus hermanas lo dejarían tranquilo una temporada.

Sylvia se sintió abrumada, pues no esperaba pasarse la tarde con la niña. No la conocía y no sabía cómo tratarla. No quería meter la pata y causar problemas.

En su rostro se leía fácilmente la presión que sentía, así Manu que la abrazó y le indicó que no se preocupara, que todo saldría bien, pues lo tenía todo planificado.

Iba a darle a sus hermanas lo que querían.

Las llevó hacia un nuevo negocio, *Princelandia*. Ahí trabajaba una amiga de Maca, Jessica, obteniendo la información de primera mano. Era un local decorado en rosa, donde se estaba celebrando un cumpleaños y había varias

niñas vestidas de princesa rondando por el establecimiento.

Manu saludó a Jessica y le pidió que atendieran a Samanta y a Sylvia. Su novia se negó, se había dado cuenta de que todo estaba preparado para niñas pequeñas; pero él no le hizo caso y se vio forzada a aceptar. En cambio, a Samanta, que había estado en otra ocasión, le encantaba la idea de ser una princesa.

Lo de atender a un adulto no era lo habitual, pero el bombero pretendía que ella confraternizara con su sobrina, por lo que había convencido a Jessica para que también la atendiera.

La amiga de Maca se encargó personalmente de ellas, las llevó hasta un tocador infantil. Sylvia se sentía muy violenta y hubiera huido, de no haber tenido un perro guardián vigilándola. No se creía en la encerrona en la que el bombero la había metido.

Por otro lado, la niña estaba encantadísima con ser el centro de atención y se encargó de ir contándole lo que iba a ocurrir aquella tarde. Primero sesión de belleza con peluquería, maquillaje y manicura. Luego las vestirían de princesas para desfilas, mientras le sacaban fotos.

La primera media hora pasó muy rápido. Tal y como le había contado Samanta, la trataron como una princesa. Ni ella misma se creía que se lo estuviera pasando tan bien con la niña. Apenas tenía que hablar, ella hablaba muchísimo y tenía una opinión de todo. Se sorprendió de lo madura que era para su edad.

Jessica les hizo una especie de antifaz en la cara, poniendo brillantitos para resaltarlos. El pelo fue recogido en un moño suelto con mechones cayendo. Para rematarlo, una manicura con una pintura rosa muy suave.

Jessica ofreció mucha ropa a la pequeña para disfrazarse. Sin dejar que nadie la aconsejara se fue probando ropa. El guardarropa era increíble había faldas cortas, largas, blusas, trajes, coronas, boas de plumas, collares... todo

lo necesario para convertirse en una princesa.

En el caso de la editora, tuvo que conformarse con el vestuario de las chicas que atendían a las niñas. Le pusieron un traje con mangas que se ataba en la espalda.

Samanta estaba encantadísima, no paraba de mirarse, contagiando a Sylvia. Manu, que lo observaba todo, se reía. Ambas habían congeniado, lo que era una victoria para él, sus hermanas no podrían decirle nada.

Una vez convertidas en princesas, tenían que desfilan en una pasarela que tenían, poniendo poses para ser fotografiadas. La pequeña se apuntó la primera y no le costó nada ser el centro de atención. Cuando fue el turno de la editora, la vergüenza se apoderó de ella y se negó a hacerlo. No obstante, entre tío y sobrina consiguieron subirla a la tarima y, poniendo cara de circunstancia, se dejó fotografiar un par de veces.

Samanta no quería que la diversión se acabara, así que le pidió a la novia de su tío posar juntas. No pudo negarse, pero esta vez se sintió más cómoda. Manu se unió a ellas y Jessica sacó algunas fotos preciosas de los tres.

La cosa no acabó ahí, a la compañera de la amiga de Maca se le ocurrió la idea de que Sylvia se hiciera la dormida y su novio le diera un beso para despertarla, como en el cuento. La niña lo escuchó y se emocionó tanto que casi los obligó a hacerlo. Hasta las niñas del cumpleaños que se celebraba se unieron a la plegaria de la pequeña.

Todos en el establecimiento estaban expectantes al momento. La editora, presionada, se acostó sobre la tarima y el bombero, incapaz de hacer nada, apoyó una rodilla en el suelo para darle un beso en la nariz. Las niñas empezaron a chillar quejándose que así no era. Al final, tuvo que darle un pequeño beso en los labios.

Jessica, contagiada de la emoción de las menores, no perdió detalle con su cámara del momento, inmortalizándolo.

Nada más sentir el contacto de sus labios, Sylvia abrió los ojos, quedando atrapada por la mirada de Manu. Ambos se quedaron más de quince segundos enganchados, acompañados por las risitas nerviosas de las niñas que allí estaban mirando.

De ese instante salió la mejor foto de todas, una pareja enamorada.

Un sonoro aplauso los devolvió a la realidad, ambos se pusieron colorados de la emoción de aquellas menudas espectadoras. Él se levantó y la ayudó a ella, entonces inclinó el cuerpo para dar las gracias. Sylvia ponía los ojos en blanco de la vergüenza que sentía.

Una vez acabado el *show*, Samanta se hizo amiga de las niñas del cumpleaños y se puso a jugar con ellas, mientras la editora se quitaba el disfraz y el maquillaje que le habían puesto, no quería llamar la atención. Aprovechando que estaba a solas con Jessica, Manu le pidió las fotos, así que le dio una clave para que a través de su web pudiera verlas a partir del día siguiente. Él sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Después de cantar el cumpleaños feliz, se fueron los tres a la casa de Manu. Él se encargó de avisar a su hermana de que allí podría recoger a su hija. A los diez minutos de llegar, Maca y Gabi se presentaron en su casa. Deseaban saber que tal había ido el experimento.

El centro de las miradas fue la novia de su hermano. Ambas estaban muy sorprendidas por lo diferente que era Sylvia del resto de chicas con las que solía salir. La más sorprendida era Gabi, pues Maca la había visto anteriormente.

Samanta fue hacia las recién llegadas para contarles todo lo ocurrido, sin embargo, ellas venían con la intención de conocer un poco más a la editora. Era la segunda parte de la encerrona y su hermano lo sabía.

Maca, que conocía su hija, la mandó a jugar con el perro, quería poder aprovechar el momento. Algo que alegró a Sylvia, pues así no tendría que

estar pendiente de ese animal todo el rato.

—Bueno... —Las hermanas se miraron—. Cuéntanos algo de ti.

—No les digas nada, son unas cotillas —le indicó el bombero.

—Eso es mentira, vaya imagen estás dándole a tu novia de nosotras —se justificó Gabi.

—Disculpa, ahora te haces la indignada, cuando el otro día me sometiste al tercer grado para que te contara cosas de ella —su hermano le sacó la lengua para chingarla.

Ella sintió nostalgia, pues la situación le recordaba a las conversaciones que tenía con su hermano. Algo que echaba de menos.

No sabía cómo, pero no le costó charlar con las hermanas de Manu. Se sentía cómoda con ellas, a pesar de que sabía que aquello era más un interrogatorio que una conversación.

Manu intentó detener en varias ocasiones el interrogatorio, hasta aprovechó los momentos en que Samanta reclamaba atención. Él sabía que su familia podía ser muy pesada, sin embargo, parecía que la editora no era consciente de sus esfuerzos al seguirles el juego.

—¡Vaya, qué tarde es! —dijo mirando el reloj.

—Son las nueve —aclaró Maca.

—Sí, hora de que os larguéis. —Abrió la puerta para echar a su familia.

—Yo también debería irme —comentó Sylvia.

—Tú no te vas, ellas sí —la agarró del brazo y la apartó de la puerta.

Sus hermanas, algo molestas, se fueron. Apenas tuvieron tiempo de despedirse de la editora, él las echó de su casa. Cuando tuvo fuera de su piso a su familia, cerró la puerta y soltó un suspiro de alivio.

—Son unas pesadas, tú ni caso.

—Me caen bien.

—¿¿Qué?!! —gritó—. No sabes lo que dices, cómo se nota que no has

convivido con ellas.

—Se nota que te quieren mucho.

Él la miró y se le iluminaron los ojos.

—Sí, son las mejores. —Plegó la boca y se acercó a ella para advertirle—.

Dicho esto, no pienso reconocerlo delante de ellas. —Ambos sonrieron ante su declaración.

Mientras tanto en el pasillo, las hermanas comentaban la jugada. Estaban encantadas con la novia de su hermano e iban a buscar la forma de que Manu terminara con ella.



## CAPITULO 16



Viernes, 9 de septiembre de 1994

La mujer del inspector González lo esperaba después de haberle hecho su comida preferida. Era una ofrenda de paz por lo que tenía que contarle. Sabía que su marido se iba a enfadar con ella.

Paco no tardó en llegar a su casa con el ceño fruncido. En la comisaría se había enterado de lo que había hecho su mujer y estaba muy molesto. No se podía creer que hubiera hecho algo así sin consultarle.

—¿Se puede saber cómo has podido hacer algo así? —Estaba muy serio.

—Paco, te pido que me escuches —hablaba muy rápido de lo nerviosa que estaba.

—Soy todo oídos.

—Hoy fui a ver al niño y me tropecé con la chica de Asuntos Sociales, me contó la situación de esa criatura. No tiene a nadie. Está solito en el mundo. La poca familia que tiene no quiere saber de él. Sabías que ahora nadie piensa recogerlo.

—Lo sé. Estoy al tanto de todo.

—Me dijiste que buscarías la forma de que su familia lo recogiera.

—Sabía lo que ibas a hacer. —Se hizo un silencio entre los dos.

—Bueno... —Le dolió que no le mintiera—. Ahí lo tienes, ese niño necesita de nosotros.

—¡Estás loca! ¿Acogerlo nosotros?

—Se me parte el alma de pensar que no hacemos nada, así que le dije a la

de Asuntos Sociales que nosotros nos encargáramos de él. —Ella quería suavizar, contándole algo positivo—. ¿Sabes que se puso muy contenta?

—Claro que se puso contenta. Le acabas de solucionar la papeleta. Ese niño va a necesitar mucha ayuda psicológica.

—¿Y qué?

—No sé para qué discuto contigo, si terminas haciendo lo que te da la gana.

—Paco, no te enfades —le suplicó—. Sé que lo que he hecho está mal, pero mi consciencia no me permite hacer otra cosa.

Su marido la miró y se apiadó de ella. Era una buena mujer y ese había sido el principal motivo porque quiso casarse con ella, así que se acercó a ella y la abrazó.

—Siempre intentando salvar a los demás.

—¡Paco, cuánto te quiero!

Ambos se fundieron en un beso.

## CAPITULO 17



Sábado, 10 de septiembre de 2016

—¿Lo has entendido? —preguntó una vez más antes de entrar en el edificio.

—Creo que sí, cariño —le dio un beso en la mejilla.

—Manu. —Lo apartó de un empujón al darle coraje—. ¿Quieres tomarte esto en serio? Yo no quiero malentendidos...

—Lo sé- —Ella hizo un gesto con la mano para que continuara—. Entre nosotros hay... —hizo una pausa para darle misterio— ¿un trato?

—No lo digas así, que suena mal.

—¿Cómo quieres que lo diga? —estaba empezando a perder la paciencia con aquella mujer.

—Pues no sé... somos dos desconocidos que se echan una mano...

—Me suena al argumento de la película *Extraños en un tren*<sup>[5]</sup> —se rio.

—Aquí nadie va a matar a nadie.

—Dirás lo que quieras, pero el argumento es muy parecido al trato que tenemos tú y yo. —Entre más la conocía más le gustaba hacerla rabiar.

—Cuando sacas al idiota, no se puede hablar contigo. —Le molestó su comentario, pero no podía dejar de pensar que tenía cierto grado de razón.

—¡Eh! —llamó su atención para que le mirara—. Sé lo que tengo que hacer y también, que entre nosotros no hay nada, estate tranquila. Seré un buen chico —dijo con una media sonrisa.

—Manu, es que... —La calló con un pequeño beso en sus labios, dejándola sorprendida.

—Definitivamente, mi cuñado tiene razón, la mejor forma de callar a una mujer es besándola —hablaba mientras entraba en el edificio y se reía a carcajada limpia.

Su comentario, lejos de tranquilizarla, la puso de peor humor. La tenía desconcertada, de pronto se comportaba como una persona racional como al segundo siguiente era un total idiota. Estaba empezando a arrepentirse de su acuerdo.

Subieron hasta el 2ºE, donde se ubicaba el piso de Ángel. Allí vivía con Sofía, era amplio y de grandes dormitorios. Eso se debía a que la vivienda se había adquirido en los años noventa, cuando los pisos aún tenían un tamaño razonable.

Nada más tocar en la puerta, la anfitriona les abría. Ella sabía por Dora que la pareja, estaba en el rellano hablando. Además, eran los últimos en llegar, el resto ya se encontraba en la vivienda.

Los ojos de todos se abrieron de par en par al ver en persona al bombero. El que más marcaje le hizo fue Mateo, que ni disimuló al radiografiarlo y al presentarse el primero de todos.

—Hola, yo soy Mateo. —Manu extendió la mano, pero él lo abrazó. Tocando todo lo que pudo para comprobar el estado de su cuerpo. Quería verificar que estaba tan bien como sus ojos le decían.

—¡Vaya!

El pobre se vio sorprendido por el abrazo y se quedó muy quieto, sobre todo porque empezaba a sentirse muy incómodo con el toqueteo del mejor amigo de su novia.

—Vale, ya —le reclamó.

—No te pongas así, ahora es como mi cuñado. —Le guiñó un ojo para

relajar la expresión seria de Sylvia.

Se apartó de él con desgana, Manu era el hombre de sus fantasías más bajas. Lo tenía todo; era guapo, sexy, *ex-stripper* y encima bombero. Lo que hizo que naciera una pequeña chispa de envidia, aunque en el fondo se alegraba por su amiga.

Cuando se liberó de su abrazo, agarró a su novia de la cintura y la apretó contra él. Quería que le quedara claro que le gustaban las chicas, pues le dieron algo de miedo sus intenciones.

—Hola, yo soy Pandora, pero me dicen Dora —levantó la mano para saludar.

—Yo, Dolores, bueno... Lola. —Repitió el mismo gesto.

—La empleada de Mateo y la policía, ¿verdad? —Ellas sonrieron al ver que acertaba—. Sylvia, me ha hablado mucho de todos.

Tanto Dora como Lola no le quitaron los ojos de encima al bombero. No se podían creer lo guapo que era. No es que su amiga no pudiera estar con alguien así, sino que jamás había salido con ese prototipo de chico.

En ese instante, comprendieron que Sofía no exageraba. Manu era de lo más atractivo.

Por otro lado, Sofía que estaba esperando el momento para entrar en escena, se acercó a la pareja y los saludó. Añadiendo a Ángel que se mantenía en un segundo plano.

Al igual que el resto, el escritor no se esperaba un hombre así en los brazos de su amiga. Algo en su interior le decía que aquel tipo no era para ella, que se merecía algo mejor.

De forma apática, levantó la mano y le dio la bienvenida, pero sin mucho énfasis, aún estaba analizando si todo aquello había sido una buena idea.

—¿Nos conocemos? —le dijo Manu a Ángel—. Es que me suena muchísimo tu cara, pero no sé de qué...

—No creo, a mí tú no —comentó secamente.

—Bueno... te confundiré con otra persona.

—Tiene que ser.

Se dio cuenta de que el escritor y él no serían amigos. Era seco y algo déspota. No es que le molestara, pero no le gustaba la gente así, solía apartarla de su vida.

—Sylvi, ayer fuimos a ver a Consuelo. —Al ver el ambiente cargado de testosterona, cambio el rumbo de la conversación.

—¿Qué tal está?

—Bien —añadió al mirar Sofía a su novio.

—La madre de Ángel seguro que llega a los cien años, es una mujer tan vital que me da mucha envidia. Bueno, le llevamos la novela nueva, se puso muy contenta.

—También preguntó por ti- —El escritor sonrió al confesárselo.

—Sí, te quiere muchísimo, me parece que te quiere más a ti que a mí —rio al sincerarse.

En su naturaleza los celos no estaban, en cambio, la sinceridad y la espontaneidad eran su bandera.

—No digas eso, Sofí, es que Consuelo es un encanto.

La anfitriona se encargó de sacar unos cócteles para animar la velada antes de pasar a la comida. Ella disfrutaba siéndolo, le encantaba organizar cosas así, y disfrutaba aún más cuando era para celebrar el lanzamiento del nuevo libro de su novio.

—¿Te gusta leer?

Todos se quedaron pasmados mirando a Ángel, el cual no apartaba la vista de Manu para que no eludiera la respuesta. La cuestión era el tono de la pregunta y el momento, pues no venía a cuento, ya que se hablaba del extraño

nombre de su perro.

—No soy muy lector, la verdad. —No pensaba achantarse—. Pero con la ayuda de Sylvia, intentaré leer algo. —Cambió la mirada hacia su novia—. Compré la novela que me recomendaste, ¿cómo se llamaba? —se preguntó a sí mismo, captando más la atención—. ¡Ah! *El Crimen de la Víctima*, o algo así.

—Esa es tu primera novela —señaló Sofía mirando a su pareja.

El rostro de Ángel ni se inmutó, pero en su interior empezó a surgir cierto grado de desconfianza.

—Es que me ha hablado tan bien de ella, que no pude resistirme en ir a por una copia —mintió.

La forma de ser del escritor estaba dejando mucho que desear para Manu y algo le decía que no era muy simpático. Al contrario que el resto, que eran muy amables.

—¡Vaya Sylvia, estás mejorando! Conmigo aún sigue intentando que lea algo de Ángel —rio Mateo.

—Bueno... no es lo mismo —aclaró el bombero entre risas de todos, menos de Ángel.

—Mira que eres bruto, compararte con su novio —comentó Dora.

—Mateo, las mayores batallas se ganan en la cama, te lo digo yo —afirmó Lola.

Se había creado un buen rollo entre todos, el ambiente era el ideal para cultivar una amistad con el nuevo miembro del grupo. Sin embargo, Ángel no pensaba lo mismo, lo consideraba un intruso. Se sentía amenazado y no entendía el motivo.

La buena sintonía continuó en la mesa con la comida, hasta que salió el tema de la antigua profesión de Manu. Sylvia se sintió muy violenta, en cambio a él no le molestaba hablar de ello, lo que incrementó las ganas de

todos por conocer más sobre su pasado.

—Bueno... —Mateo carraspeó para llamar la atención de todos—, Sylvia nos ha dicho que eras *stripper*.

Su compañera de piso le abrió los ojos para que se callara.

—Sí, en el *Luna Negra*. Empecé trabajando de camarero —siguió comiendo sin darle importancia.

—¿Se liga mucho? —preguntó Dora sin levantar la vista de su plato.

—No es necesario que contestes, mis amigos son unos cotillas a los cuales no pienso contarles nada de ahora en adelante.

—Sylvi, no te enfades, es que sentimos curiosidad —señaló Sofía—. Además, ya nos conoces.

—En serio, no me importa —aclaró—. En realidad, no mucho, se liga más de camarero, como hablas con gente y eso, consigues más números de teléfono. De *stripper* las mujeres se cortan más.

—Yo pensaba que era al revés —indicó Lola.

—Mucha gente piensa así —rio.

Todos estaban encantados con las confesiones del bombero, excepto el escritor, que seguía comiendo sin prestarle atención, aparentemente. Aunque estaba escuchando cada palabra de aquella mesa.

—¿Sigues trabajando de *stripper*? —Mateo necesitaba saber más.

—No —negó con rotundidad—, desde que saqué la plaza de bombero, lo dejé.

—Es una pena, nos encantaría a las chicas y a mí, verte... —Le guiñó un ojo con picardía, él se estremeció ante aquel gesto.

—Mateo—le reclamó Sylvia al notar el escalofrío de su falso novio.

—Eres una aguafiestas —se hizo el indignado.

—¿Interpretabas a algún héroe o algo así? —Sofía, sin darse cuenta, estaba planteando sus dudas en voz alta.



Manu rio al recordar el momento es que estaba hablando con Sylvia de ese tema.

—Mi actuación de Indiana Jones tenía mucho éxito.

—Esa es la peli preferida de Sylvi —comentó con los ojos muy abiertos.

—¡Vale, ya! —dijo en tono brusco—. Le estáis sometiendo al tercer grado, al pobre.

—¿Te arrepientes de haber sido *stripper*?

—Lola, por favor.

La editora no se podía creer lo maleducados que eran sus amigos respecto de las continuas preguntas que hacían, ignorando su petición para cambiar de tema.

—Te lo digo porque yo soy policía y me imagino que, al trabajar de bombero, te encontraras con antiguas clientas y eso...

Le descolocó la pregunta, no se la esperaba.

—Si te soy franco, hasta ahora nadie me ha dicho nada de mi antigua profesión. Bueno... —rio al recordar las bromas que le hacen en el parque—, mis compañeros son unos guasones y, al principio, me hacían bromas al respecto, pero ahora ya no. Del resto, tengo que decir, que nunca he tenido ni problemas ni me han dicho nada.

—Te entiendo, en la comisaria a veces se pasan con las bromitas.

—Creo que es lo normal.

—No te creas, he visto cada una...

Sylvia aprovechando que la conversación se había desviado, hacia las bromas de mal gusto que se gastaban los compañeros de Lola, se levantó y empezó a recoger los platos. Ángel fue el único que la ayudó. El resto estaba interesado en lo que contaba la policía.

El escritor, sirviéndose de que estaban en la cocina, la detuvo un momento para charlar de algo que le inquietaba. Ella intentó volver con el resto, pero él

la agarró del brazo.

—¿Qué haces con ese? —preguntó con desprecio.

Algo dentro de ella se revolvió, no se creía lo que le preguntaba.

—Eso no es de tu incumbencia —comentó, pero sin mucho énfasis, deseando que la soltara para refugiarse con el resto.

—Mírame a la cara, Sylvia. Dime, ¿qué haces con él? —su voz se endureció.

—¡Basta ya! —retiró la mirada y tiró para liberarse de él.

Le costaba enfrentarse a él, plantarle cara.

—No, hasta que hables.

—¿Quieres dejarlo ya? —Seguía sin poder mantenerle la mirada, así que volvió a intentar soltarse, pero él apretó más fuerte.

Tenerle tan cerca y sin nadie alrededor le afectaba, no tenía fuerzas para hacerle frente. Al menos cuando estaba Sofía la rabia hablaba por ella.

—He venido a ayudar —señaló Manu entrando en la cocina—. ¿Pasa algo? —preguntó secamente al ver el forcejeo.

—No, ahora vamos —indicó el escritor, restándole importancia.

—De eso nada —él se acercó a ella para obligarle a soltarla.

Con desgana la soltó, no podía mantener la conversación que quería con él delante. Algo que le molestaba bastante e incrementaba su mala opinión, además de sospechar que escondía un interés oscuro en su amiga.

Lo mismo le pasaba a Manu, había algo en el escritor que le resultaba familiar y a la par le incomodaba. No sabía el qué, pero creía que no tardaría en descubrirlo.

—¿Te importaría dejarnos a solas? Gracias —le dijo el bombero con una sonrisa.

Con recelo, dejó a la parejita sola en la cocina, aunque antes echó un vistazo para comprobar que su amiga estaba bien.

—¿Estás bien? —fue soltar esas palabras y ella lo abrazó muy fuerte—. ¡Eh! —Le acariciaba la espalda para animarla—. Si te hace algo dímelo, ¿vale?

—No es eso, Ángel es inofensivo, es que... —Se miraron—. Me siento débil cuando lo tengo cerca.

—Es normal, sigues enamorada de él.

—No, esto es de locos. Tengo que olvidarme de él.

—No te preocupes. —La abrazó muy fuerte—. Tu superamigo te ayudará.

—¿Superamigo? —Se separó de él para mirarle a los ojos.

—¿No lo sabías? —Hizo un gesto seductor para enfatizar sus palabras—. Tengo superpoderes —impostó la voz para hacerla más grave—. Cuando sientas tu alma en peligro, cuando tu mundo interior se desmorone, cuando tu ex te dé el coñazo... llama a SUPERAMIGO. El héroe del momento. — Ambos rompieron a reír de lo ridículo que sonaba todo.

—Me parece que voy a necesitar tus servicios.

—Nena, soy todo tuyo. —Su lado más gamberro se mostró en su rostro.

—Ni se te ocurra llevártelo a casa para ponerme los dientes largos. —Al ser sorprendidos por Mateo, ambos se separaron—. Ya es bastante duro estar sola y encima tu mejor amiga tenga un Adonis de novio.

—Te estás pasando —le indicó entre dientes.

—Cari, la envidia es muy mala. —Se fue indignado al soltar los platos en el fregadero.

Una vez solos rompieron a reír al mirarse, todo resultaba de lo más estrambótico.

Al reunirse con el resto, todos los miraron con cara especial. Mateo se había encargado de comentar que los había pillado en actitud cariñosa, repitiendo las últimas palabras del bombero. Lo que hizo arrancar un suspiro al sector femenino, además de una pizca de envidia.

Con la mesa recogida, Sofía sacó una botella de cava para brindar. Sirvió los vasos de todos y levantó su copa.

—¡Por Silvia, la mejor editora, y Ángel, el mejor escritor, para que sigan sacando *best sellers*!

—¡Por ellos! —gritaron todos antes de beber.

Lo había logrado, la cena había sido un éxito. Se sentía tan orgullosa que no escondía su felicidad.

Después del brindis, con la ayuda de todos, la casa estuvo recogida en nada. Lola, Dora y Mateo se encargaron de los platos, las dos parejas limpiaron el comedor. Sylvia se sentía a salvo con Manu cerca, por eso no se apartó de su lado en ningún momento.

Con las tareas realizadas, se sentaron en la zona del salón. Como Manu se sentó en el sillón de un cuerpo, ella se acomodó en el brazo derecho del mismo. Lo que provocó que ambos se rodearan con el brazo.

Las caritas de todos eran pura felicidad, sobre todo la de Mateo, que había visto cómo su mejor amiga lo había pasado mal con su última ruptura. La propia anfitriona se mostraba inmensamente feliz con la pareja, ya que eso significaba que tendría dama de honor en su boda.

Al contrario que el resto, Ángel no pensaba lo mismo. Consideraba que él era inferior a ella. Su amiga era una mujer lista, fuerte e independiente y se merecía a un mejor hombre a su lado.

Sofía, que no era boba, notaba la incomodidad de su pareja y, buscando un ambiente distendido, comentó algo que le había ocurrido a su novio.

—¿Sabéis que en la residencia de la madre de Ángel es toda una estrella? Cuando fuimos ayer, tuvo que firmar cuatro libros.

—Me da la sensación de que Consuelo no puede evitar presumir de hijo.

—Claro que sí, Sylvi. La verdad es que he tenido mucha suerte con mi suegra.

—La suerte es mía por tenerla de madre —confesó con una sonrisa.

Si algo había en la vida de Ángel que era intocable para él, esa era su madre. Ambos se querían con locura y hablaban maravillas el uno del otro. Se profesaban verdadero amor.

Tras una hora de conversación trivial, Manu se tenía que ir, así que Sylvia lo acompañó al portal.

—¡Gracias, amigo! —Le dio un beso en la mejilla.

—¡Vaya! —sobreactuó—. He pasado de desconocido a amigo, no quería decirlo, pero vas muy rápido para mí —se hizo el tímido.

—No te imagines cosas que no son, entre nosotros no hay nada, que te quede claro.

—Me lo dices así —puso voz llorosa—, sin anestesia. Yo nunca te haría eso.

El idiota había salido y lo tenía delante, pensó que lo mejor era no darle coba.

—¡Buenas noches, Manu!

—¿No me vas a dar un besito de buenas noches...? —Juntó los labios esperando que ella le besara.

—¡Qué descanses! —le indicó dándose la vuelta y volviendo con sus amigos.

Cuando regresó, la cara de sorpresa de todos fue máxima, ninguno se esperaba que volviera.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Mateo fue el primero en hacer la pregunta que tenían todos en la punta de la lengua.

—Perdona, pero soy vuestra amiga, ¿no os acordáis?

—Yo no puedo con esta niña —su amigo dramatizaba para darle más valor a sus palabras.

—Lo que quiere decir, es que pensábamos que te irías con Manu, ya

sabes... Una pareja a solas... —aclaró Dora.

—Si queréis me voy —se sintió atacada.

—Sylvi, tranquila, es que creíamos que pasaríais la noche juntos.

—Tenéis todos unas mentes calenturientas.

—Dejadlo ya, que haga ella lo que quiera.

Tras las palabras de Ángel, el tema quedó ahí, aunque Mateo aprovechó para leerle la cartilla de regreso a casa.

## CAPITULO 18



—¡Venga suéltalo!

—¿No sé de qué hablas?

—Claro que lo sabes, te has pasado toda la noche comportándote como un grosero. ¿Tú crees que esa es forma de tratar a un invitado? —Sofía estaba muy molesta con su novio.

—No creo que sea buen momento para hablar.

Ella pensaba todo lo contrario, llevaba esperando que se fueran todos para poder enfrentarse a él.

—Miguel Ángel Baeza más te vale decirme ahora mismo cuál es el motivo de que te comportaras así... —Hizo una pausa, pues le daba miedo la pregunta que colaba a continuación— ¿Sigues enamorado de Sylvi?

Se le hizo un nudo en el estómago y su garganta se quedó seca al soltar la pregunta que tanto miedo le daba. Era su prometido, pero no quitaba que pudiera cambiar de opinión acerca de su relación, lamentando haberse comprometido con ella.

—No.

El escritor la miró a los ojos y simplemente negó, sin añadir una explicación más coherente a los celos de su pareja. Consideraba que ese monosílabo era suficiente dato para ella, sin embargo, estaba muy

equivocado.

—Entonces, ¿por qué?

No le gustaba discutir ni tampoco le apetecía. Eso no quitaba que estaba viendo cómo la conversación aparentemente inocente se podía transformar en un bombardeo. Además de que iba a alargarse más de lo que él deseaba, pues Sofía podía ser muy insistente. Así que se giró y se fue hacia el dormitorio para ponerse el pijama, esperaba que esos minutos de mutismo le sirvieran para reflexionar acerca de su siguiente paso.

—¿No piensas contestarme?! —Tenía las lágrimas a punto de brotar de sus ojos, no se esperaba esto—. Lo sabía... —Ángel se giró en el pasillo y la interrumpió agarrándola por los hombros de forma brusca.

—Estás viendo fantasmas donde no los hay, te pedí matrimonio a ti y no a ella. La dejé por ti... ¿Qué más quieres de mí?!

—¿Que me digas por qué has actuado como un novio celoso?

—Sofía, por lo que más quieras, no he actuado como un novio celoso. Solamente es que quiero mucho a Sylvia y no me gustaría que terminara conformándose con cualquier tipejo. Ella se merece a un buen hombre. — Fijó su mirada en la de ella, soltándola de los hombros.

—Desde fuera no parecía eso.

—Te lo vuelvo a repetir —suspiró profundamente para llenarse de paciencia—, Sylvia es mi amiga.

—Es que no lo entiendo, Manu es un buen tipo.

—No lo veo así.

—¿Por qué?

Se resignó a la evidencia, su novia había conseguido que una tontería sirviera de tema de discusión, algo que le desgastaba mentalmente. De ahí que las evitara constantemente, pero Sofía era muy insistente.

—Ella es una mujer culta, independiente y con un futuro prometedor en la



editorial, eso lo puede ver cualquiera. —Le abrió los ojos para resaltar sus palabras—. Así que permíteme que ponga en duda las intenciones de ese Manolo.

—Se llama Manu.

—Como se llame —lo dijo en tono despectivo.

—Te estás equivocando, ese chico es bombero, sacó su plaza y es funcionario, no es un parásito, como tú crees.

—Me da malas vibraciones.

—Normal, si no has querido ni conocerlo.

—Te digo yo que ese tipo no es bueno para Sylvia.

—Ángel...

Sofía estaba empezando a sentirse agotada de intentar hacerle ver que estaba equivocado, era como chocar con un muro, una y otra vez. Le resultaba desquiciante, ya que en sus planes Manu y su prometido tenían que ser amigos a toda costa.

—Sofía...

En vista de que aquella batalla no la iba a ganar, consideró oportuno abandonar el terreno de lucha con una tregua de paz. Por lo que cambió su actitud a una más melosa y mimosa. Buscaba el cariño de su pareja.

—Entonces, ¿no estás enamorado de ella? —Las lágrimas que llevaba de hacía rato controlando, pudieron con ella al bajar la guardia.

—Claro que no.

La atrajo hacia él para abrazarla con fuerza y controlar su llanto. No le gustaba verla así. Sabía que era bastante sensible y que su reacción se debía a la falta de control de sus emociones. Una de las cosas que más le gustaba y por la cual se había fijado en ella, muy diferente a él.

—Perdóname...

—¡Sh! No seas boba, en tu lugar también me mosquearía.

Le acariciaba la espalda hasta que notó que hubo cesado su llanto, en ese instante, se apartó para limpiar las lágrimas que aún yacían en su rostro, terminando con un apasionado beso para acallar las dudas que pudieran quedar en ella.

—Cariño, creo que te he demostrado que te elegí a ti, que quiero estar contigo a pesar de todo. Te pedí matrimonio porque quiero un futuro juntos. Así que, te pido que no vuelvas a montarme una escena de celos, sabes que no me gustan.

Su voz era suave y calmada, meciendo cada una de sus palabras, para que Sofía abrazara cada una de ellas.

—Es que te quiero tanto que tengo...

—¡Sh! —la volvió a mandar a callar, no era necesario que terminase de hablar, sabía lo que quería decir.

—Mejor vamos a la cama.

—Sí, que mañana tengo que madrugar para terminar el primer borrador.

Ángel tenía la costumbre de tener el borrador de su siguiente novela, antes de comenzar la promoción de su última publicación. De tal modo, que se aseguraba poder publicar un libro cada año.

No obstante, para Sofía eso significaba que no estaba para nadie. Cuando andaba enfrascado en algún proyecto no había otra cosa en su cabeza. Ni sexo, ni salidas; era su lema.

Era una de las pocas cosas que realmente le molestaban de él.

## CAPITULO 19



Martes, 13 de septiembre de 2016

—¿Aún no has vuelto a la oficina? —dijo Manu a su amiga Susana por teléfono.

—Muy gracioso, necesito descansar, acabo de ser madre.

—Pensaba que a estas alturas tu suegro te tendría en la oficina.

—Pues no... porque tengo un maravilloso marido que me defiende ante su padre.

Las carcajadas de Manu se desparramaron por las ondas telefónicas.

—Pensaba que David no tendría huevos de enfrentarse a su padre.

—Manu —le recriminó—. No te pases —endureció su voz.

—Tienes razón, la confianza da asco, perdona. Bueno, te llamaba para saber qué tal estabas, cómo llevas eso de ser madre.

—Sorprendentemente lo llevo genial, Fran es buenísimo, apenas llora.

—Venga, dilo, estás mintiendo, ¿no? No puede ser tan simple.

—Piensa lo que te dé la gana. Cuando te pones así no se puede hablar contigo.

Ambos rieron.

La amistad de Susana y Manu se fraguó cuando salía con Cam. Desde ese instante, ambos conectaron. Sabían que podían confiar el uno en el otro. Aunque a ella le desquiciaban un poco sus bromas.

—Ya te he dicho que me va bien, ahora te toca a ti, ¿cómo estás?

El bombero se rascó detrás de la cabeza, pues su amiga le daba algo de miedo, era una gran detectora de mentiras.

—Estoy saliendo con una chica.

Sabía que no tardaría en llegar el interrogatorio.

—¿Quién? ¿La conozco? ¿Dónde la conociste? ¿Es muy joven?... —la interrumpió.

—¡Alto! Eres peor que mi madre —sonrió al ver que Susana no le defraudaba.

—¿Tu madre? Pensaba que era peor que tus hermanas.

—También, eso no lo dudes —rio.

—Sabes que te quiero mucho y no lo puedo evitar, tanto tú como Cam sois mis mejores amigos y no puedo evitar preocuparme por ti.

—Lo sé, Susi, pero tanto tú como mis hermanas deberíais confiar un poco más en mi criterio para elegir novia.

—¿Perdona?! —Su tono de voz fue un agudo, no podía creer lo que le decía—. Te recuerdo a la rubia sin cerebro, o la que presumía de saber hacerse las uñas ella sola. Por favor, Manu, tienes un gusto pésimo para las mujeres.

—Salí con Cam, ella también entraría en mi mal gusto.

—Sabes que no, no malinterpretes mis palabras, que nos conocemos —le exigió.

—Susi, —quiso relajar el tono— no todos podemos tener la suerte que has tenido tú.

—¡Eh! Eso no lo sabes, quizás si salieras con la chica que trabaja... —la interrumpió.

—Olvidalo, ahora estoy con Sylvia y quiero ver qué tal nos va.

—De acuerdo, pero dime, ¿quién es esa Sylvia?

—Es editora en una editorial... —No lo dejó acabar.

—Sales con una mujer inteligente, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi amigo?

—Joder, Susi. —Le molestaba que pusiera en duda su gusto por las mujeres—. Tengo criterio.

—¡Sorpréndeme!

—Te voy a proponer algo, aún no he ido a ver a Fran, ¿qué tal si va conmigo el jueves?

—Me gusta la idea, así podré examinarla bien y ver si sigues con ese gusto pésimo para las mujeres.

Ambos rieron, pues si algo tenían es que podían ser sinceros sin rencillas o mosqueos por parte del otro. Era una amistad sincera.

—Me das miedo.

—Ya me conoces, para mis amigos lo mejor...

Tras despedirse, Manu sintió temor de presentarle a Sylvia a su amiga. Conocía a Susana y no pararía hasta saber todo de su falsa novia.

Durante la mañana Ángel se iba a pasar por la editorial para terminar de concretar algunas cosas de sus presentaciones de libros en Cuenca. Tenía la manía de realizar las primeras presentaciones en esa ciudad, ya que su madre había nacido allí.

Sylvia estaba nerviosa, ya que sabía que no iba a perder la oportunidad de preguntarle por Manu y su relación. Aunque en el fondo le gustaba, era como darle celos.

A las diez de la mañana lo tenía delante, esperando para hablar de su presentación. Ambos fueron profesionales hasta que él soltó la cuestión que estaba esperando.

—¿Me vas a contar qué haces con ese?

—A ti no te importa —lo tenía preparado desde que lo vio.

—Venga, Sylvia, a mí no me engañas, ese tipo no te conviene —ella sabía que le diría eso.

—Mejor hablemos de tu siguiente novela, ¿ya tienes algún borrador o alguna idea?

—No cambies de tema, me preocupas —estiró su mano para acariciarle la suya. Ella la retiró sorprendida —¿Huyes de mí?

—¡Basta ya!

—Antes podíamos hablar de cualquier cosa, ¿qué te pasa? ¿Es él?

Hasta ese momento no consiguió mirarle a la cara, pero algo se revolvió dentro de ella y lo encaró.

—Ángel, olvídate de mi relación con Manu, a ti no te incumbe —le dijo secamente.

—Nunca me imaginé esto de ti.

—Fíjate, yo tampoco creí que me dejaras por mi mejor amiga —fue sincera.

—Tienes que abrir los ojos y verle como es...

—Dime, ¿cómo es?

—Es una cara bonita con músculos, tú te mereces algo mejor.

—¿Cómo puedes decir eso si no lo conoces? —No entendía todo aquello —. Esto es increíble —se decía a sí misma.

—Veo que el bombero te tiene comidos los sesos.

Entre más avanzaba la conversación más nerviosa se ponía y más se enfadaba. Sin embargo, no quería perder los papeles en el trabajo, aquel no era el lugar para gritarle a su ex.

Era la primera vez que se enfrentaba a él sin tener la motivación de los celos hacia su amiga.

—Ángel, lárgate —suspiró intentando calmarse—, no quiero decir nada de lo que me arrepienta.

—Solo dime una cosa, ¿le quieres? —él la miró fijamente y ella le mantuvo la mirada.

—No lo sé... pero me hace reír, me siento cómoda a su lado y... —se calló.

—Termina lo que ibas a decirme.

—Es muy diferente a ti.

Ángel fue apretando con fuerza sus puños, quería golpear a alguien. Las palabras de Sylvia le dolieron. Por otro lado, ella estaba algo desconcertada con la discusión que habían tenido, jamás se imaginó esa reacción del escritor. No sabía si eran celos o simple desconfianza de un amigo. Él nunca le había mostrado celos de ningún tipo cuando estuvieron juntos, por lo que dedujo que era la segunda opción.

No conseguía quitárselo de la cabeza, hasta que unos minutos más tarde, recibió una llamada del bombero. Cuando la recepcionista se lo comentó, se quedó callada unos segundos, teniendo que llamar su atención para saber si se la pasaba o no. Ella la atendió con reticencias, pues no comprendía el motivo.

—Hola, ¿ha pasado algo? —preguntó nada más recibir la llamada.

—Bueno... tengo una buena y una mala noticia, ¿cuál quieres primero? —Sonaba avergonzado, con miedo a su reacción.

—No, por favor, más malas noticias, no. Hoy no me tenía que haber levantado de la cama —hablaba para sí misma.

—¿Te encuentras bien? —Estaba preocupado.

—Nada del otro mundo, apagando fuegos de egos de escritores —mintió, no quería contarle su discusión con Ángel—, nada fuera de lo normal, pero hay días y días...

—Si te sirve de consuelo, yo soy un experto en apagar fuegos —rio—. Si quieres te puedo dar algún que otro consejo.

—No lo digas muy alto o te tomaré la palabra.

—Nena, ¿dónde y cómo quieres que te lo apague? —Soltó varias carcajadas, pues utilizó una voz muy sensual.

—Eso ha sonado un poco pornográfico —rio—, como a: «Nene, apágame entera» —ella continuó con la broma.

—Porque tengo que entrar a trabajar, porque si no... te cogería y te apagaba todo lo que quisieras, nena —seguía con el mismo tono sexy en su voz.

Sylvia empezaba a sentirse incómoda con la broma, pero no de forma negativa, sino todo lo contrario. Un sofoco se apoderó de su cuerpo al imaginarse a su bombero sin apenas ropa apagando un fuego delante de ella. Era la primera vez que pensaba en él de esa manera y sintió pánico de que pudiera estar sintiendo algo más que una amistad.

—¿Por qué me llamabas? Me has contado algo de una mala noticia, ¿no?

—Mira que eres aguafiestas, ahora que se ponía esto interesante.

—Manu —le reclamó—. Estoy en el trabajo.

—Pero podíamos divertirnos.

Ella soltó un enérgico suspiro que él oyó, indicándole que no iba a seguirle el juego.

—Vale, lo he pillado. —Para Sylvia, Manu era como un adolescente—. La mala noticia es que mis hermanas quieren comer un día contigo...

—¿¿Qué?! —De la impresión gritó y se puso de pie. Luego se sentó con una media sonrisa al ver a sus compañeros mirándola espantados.

—Lo sé, pero son unas pesadas y no paran de darme la brasa con eso. Dicen que les gustaría conocerte mejor.

—Esto no me gusta, nos pueden pillar.

—Lo sé, voy a ver si puedo darles largas, aunque te aviso, no pararán, son unas pesadas.

—Soluciona eso, ¿no eres experto en fuegos? Pues ya sabes.



—De acuerdo —carraspeó para cambiar de tema—. La noticia buena es...  
—la interrumpió.

—No sé si quiero saberlo, no me fio de ti.

—¿El jueves tienes planes? —continuó sin tener en cuenta su comentario.

—No.

—Pues ahora sí, vamos a ver a Susi.

—¿Esa amiga que está casada con el dueño de Empresa León S.A.? —  
preguntó con miedo.

—Sí, esa misma.

—Manu, esa chica acaba de tener un niño, ¿para qué vamos a molestarla?

—El pánico se apodero de ella.

—Mira Sylvia, yo conocí el otro día a tus amigos y los convencí de que era  
tu pareja, el trato era que tú hicieras lo mismo por mí, ¿te vas a rajarse ahora?

—parecía molesto.

—No —dijo su orgullo, aunque por dentro no lo creyera.

—Pues ya lo sabes, vamos el jueves a las siete, mándame la dirección de tu  
casa y te recojo.

—¿Recoger? ¿En qué?

—En mi moto, es mi medio de transporte.

—Ni de coña pienso subirme en esa cosa, dame la dirección de tu amiga y  
nos vemos allí.

—Como quieras.

El ambiente distendido del principio se volvió algo tenso entre los dos,  
pues el tono utilizado se había vuelto algo bronco, ya que ninguno quería  
ceder ante el otro. Era como una mini lucha de poder entre los dos.

—Bueno... tengo trabajo —le dijo, pues temía que se tensara más el  
ambiente.

—Espera, ahora te mando una cosa por WhatsApp, creo que te gustará —

se rio y colgó sin despedirse.

—Maleducado —comentó molesta al colgar el teléfono.

Al momento sintió su móvil en su bolso. Lo miró y era un mensaje de Manu con un enlace a una web y unas indicaciones. Hacerlo con el móvil era muy complicado, así que, mirando a ambos lados, empezó a teclear en su ordenador.

Cuando se abrió la web descubrió que era la tienda a la que habían ido el viernes, ahí siguió las indicaciones, poniendo una clave y un usuario. Al ponerlo, se desplegó otra pantalla con un montón de fotos de ellos tres.

Su sonrisa se extendió ante los recuerdos de aquel día. Sintió mucha vergüenza al verse con la cara pintada y disfrazada, a pesar de eso, no podía dejar de mirar las fotos y sentir añoranza de volver a ser una niña.

Fue mirando una a una, disfrutando de las expresiones y posturas de Samanta, parecía mucho más mayor. Su móvil volvió a vibrar al recibir otro mensaje de él.

### *No sabía que fueras una preciosa princesa*

Aquel mensaje la dejó sin palabras, tenía la boca seca y no dejaba de releerlo, no se esperaba eso.

—Sylvi, ¿qué pasa?

Al salir de la editorial, Ángel fue a ver a su novia y le contó que había discutido con su amiga. Estaba muy alterado y le costó tranquilizarlo, después de una tila en la cafetería y de insistirle para que le contara, ella no obtuvo sino una vaga respuesta que no le valía, por eso había subido para hablar con ella.

Al ir a menudo, pasó sin tener que identificarse, saludó a la chica de la recepción y se fue directa a la mesa de su amiga. Cuando llegó a su altura, la vio con cara rara, mirando su móvil, así que no pudo evitar darle la vuelta al escritorio para averiguar qué ocurría, mientras le preguntaba.

Cuando estuvo a su lado, vio una imagen de Sylvia maquillada y vestida como una princesa. Al verlo sonrió y se fue directa al ratón para ver si había más fotos.

—¡Qué guapa!

—Gracias.

La editora quería apartarla del ordenador, pero su esfuerzo fue en vano. Sofía se aferró al ratón como una fiera, pasando foto a foto, descubriendo la del beso con Manu. Aquello hizo que empezara a gritar y despertara la curiosidad de todos en la editorial, siendo la sensación.

No sabía dónde meterse, estaba roja como un tomate. En cambio, su amiga estaba encantada, sacó su móvil e hizo una instantánea para mandarlo al grupo de WhatsApp de sus amigos. Por más que quisiera, no había quien la parara y, al final, se convirtió en el centro de atención tanto para sus compañeros como para sus amigos.

Cuando la pantalla de su móvil le mostró la instantánea, se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer en el escritorio. No podía hacer nada, todos eran espectadores de su falsa relación.

—No te pongas así, la foto es preciosa —intentaba animarla.

—¡Tú no eres mi amiga! —dijo sin levantar la cabeza del escritorio.

—Venga Sylvi, la foto es preciosa, ojalá Ángel fuera tan romántico. —No conseguía levantarle el ánimo—. Estoy celosa —confesó.

—¿Celosa? ¿De mí? ¡Estás mal de la cabeza! —exclamó dando la cara por fin.

—Oye, esto es una empresa, a trabajar —les gritó a los trabajadores que seguían rondando por la mesa de su amiga—. Venga. —No paró hasta echarlos a todos.

—Voy a hablar con Dionisio. —Era el dueño de la editorial—. Que te contrate como capataz.

—No creo que pueda pagar mis servicios. —Las dos rompieron a reír, mientras Sofía tomaba asiento en la silla frente a su escritorio.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó al verla sentarse.

—Tres cosas. Primero, que me cuentes la historia de esa foto. Segundo, ¿por qué tenías esa cara cuando he entrado? Y tercero, ¿qué ha pasado esta mañana con Ángel?

Ella la conocía y no se iba a rendir hasta conseguir respuesta para las tres preguntas. Sin dar muchos detalles le fue contestando cada una. Empezó por contarle su salida del viernes y lo bien que se sintió al pasar la tarde con la sobrina de Manu.

Al ir escuchando, los celos se apoderaron de Sofía, pues su novio jamás se prestaría a cumplir las fantasías de la niña que llevaba dentro ni a mandarle ese tipo de mensajes. Eso la entristecía y, al mismo tiempo, se alegraba por ella; le era complicado asimilar ambos sentimientos.

Al llegar a la tercera pregunta, las cosas se complicaban. No resultaba tan fácil darle una excusa.

—Sylvi, a mi tú no me engañas, dime ¿qué es lo que ha pasado?

—Ha sido una tontería, él se enfadó y yo también, pero te aseguro que todo está bien.

—Entonces, fue algo personal —la pilló por sorpresa y lo notó.

—No —no era convincente ni para ella.

Sofía se quedó mirándola con la ceja levantada, esperando que le confesara la verdad de su discusión con Ángel.

—Me dijo que no le gustaba Manu —suspiró al soltarlo.

—No le hagas caso, es un exagerado. El sábado, cuando os fuisteis todos, me dijo lo mismo. Al principio, me enfadé pensando que eran celos, pero luego me di cuenta de que solo se preocupaba por ti. Cree que no te conviene.

Algo se quebró por dentro al oír la confesión de su amiga.

—Eso mismo me dijo a mí.

—Sylvi, no seas boba, no lo escuches. Manu es perfecto para ti.

—¿Cómo? —sonrió ante la afirmación de su amiga.

—Es evidente, os complementáis como pareja. Él es como yo; espontáneo y divertido. Tú como Ángel; serios y controladores. Estoy convencida de que es vuestra primera discusión.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—¿Acaso no lo ves? A ninguno os gusta discutir. Os calláis antes de llegar a ese punto. —Hizo una pausa para que su amiga asimilara la información—. Tener diferencias es necesario en una pareja, le da chispa. Vivir con alguien con quien coincides al cien por cien, es aburrido.

Sylvia estaba con la boca abierta, incrédula por lo que oía. Hasta ese instante, creía que su pareja ideal era Ángel, pero, si Sofía tenía razón, lo de ellos estaba destinado al fracaso desde el principio.

—Sylvi, ¿te encuentras bien?

—Sí, es que no había pensado en eso.

—No has oído nunca que los polos opuestos se atraen, es por eso —rompió a reír, teniendo que disimular la editora.

La conversación se vio interrumpida por el teléfono, así que Sofía tuvo que irse a su trabajo. Algo que le molestó, su amiga le había contado un montón de cosas y le encantaba recuperar esa parte de su amistad.

## CAPITULO 20



Martes, 13 de septiembre de 1994

La mujer del inspector se pasaba casi todo el día en el hospital junto con el niño. Las enfermeras y los médicos la saludaban y se paraban a hablar con ella. Cada día creaba más afinidad con los trabajadores del ala de psiquiatría infantil, era como un miembro más.

No solo los médicos se habían acostumbrado a ella, también el pequeño. Había logrado más en un par de días, que ellos en todos los días que llevaba el menor ingresado. La mujer se fue apoderando con paciencia de su confianza, de tal modo que el niño reclamaba su atención.

Su implicación estaba ayudando a los médicos a acceder mejor a sus carencias emocionales, siendo más fácil el diagnóstico. Algo que en los días anteriores era casi impensable por su falta de implicación a la hora de realizar las pruebas.

Los médicos estaban sopesando darle el alta, consideraban que, al disponer de una familia de acogida como los González, su recuperación iba a ser mayor. Estaban convencidos de que un entorno familiar sería la mejor terapia para el menor.

Al explicárselo todo al Inspector y su esposa, ellos no pusieron reticencias, al contrario, se encontraban dispuestos a colaborar. El niño seguiría

tratándose en el hospital, pero acudiendo por consulta externa. El resto del tiempo lo pasaría haciendo vida familiar y continuando con las indicaciones médicas.

La vida le daba una segunda oportunidad a él, la cosa era si podría aprovecharla.

## CAPITULO 21



Miércoles, 14 de septiembre de 2016

Sylvia esperaba a Lola en una cafetería cercana a la comisaría. Ella le había enviado un mensaje para verse a la salida del trabajo. Tenía datos de la información que le había pedido.

Llegó vestida de calle y con un sobre en las manos. Se sentó y pidió dos manzanillas. La editora se sorprendió, pues todos en aquel grupo sabían que ella era una fiel defensora de la cafeína.

Esperó pacientemente a que las infusiones estuvieran sobre la mesa para comenzar a hablar. A Sylvia se le iba a salir el corazón por la boca de los nervios, al contrario que a su amiga, que se movía con parsimonia, como si le diera igual su estado.

—Estuve mirando lo que me pediste y con mi nivel de seguridad era imposible conseguir nada de información.

—¿Qué?

—Déjame terminar. —Ella asintió—. Así que tuve que pedirle ayuda a Jorge, un amigo que trabaja en menores.

—¿Estás loca?! Eso era peligroso, tú misma me lo dijiste. —Temió por su trabajo.

—No te preocupes, Jorge no hablará.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó muy preocupada.

—Duerme en mi cama.

—¿Desde cuándo?



—Dos meses.

Sylvia no se creía que le hubiera ocultado algo así.

—Lo sé —chasqueó la lengua sabiendo lo que pensaba—, pero entiéndeme, piensa en los cotillas de Sofía y Mateo, por eso preferí mantenerlo en secreto, hasta ver qué pasaba. Por lo que no te preocupes por Jorge —la quiso tranquilizar.

—No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—Lo sé, tranquila. —Le acarició el brazo para relajarla—. A lo que íbamos, en el año 1994 se produjeron cinco casos de orfandad total con esa edad, cuatro varones y una niña, teniendo que acudir a las familias de acogida. Uno de los casos fue a parar a sus abuelos, otro a una familia amiga de los padres, otro a una casa de acogida, y el último tiene nivel de seguridad máximo.

—¿Eso qué significa?

—Que el expediente está protegido por algún motivo. Suele hacerse para casos muy importantes, así que cogí los pocos datos que pude ver y me fui a otra fuente de información.

—¿Cuál?

—La prensa. Te vas a quedar muerta con lo que descubrí.

—No me asustes.

Lola sacó varios reportajes de periódico de septiembre de ese año. La primera noticia hablaba de un incendio en el que falleció una pareja. La siguiente, de la desaparición de un menor. La tercera noticia vinculaba al niño con el matrimonio muerto y lo más llamativo eran las iniciales del pequeño “M.I.”.

Los ojos de Sylvia se desenfocaron ante aquel dato. Eran las iniciales de su falso novio, Manuel Izquierdo. No cabía duda.

—¡Es Manu! —exclamó casi sin voz de la impresión.

—No pares ahí, sigue a la última noticia que he encontrado.

Haciendo caso, descubrió un relato escalofriante sobre malos tratos, deudas y problemas de alcoholismo del progenitor del niño. Al leer, las lágrimas iban rondando por su mejilla, entendiendo el motivo de que no quisiera hablar de él.

—¡Esto es horrible! —Seguía impactada por lo que había leído.

—Pienso igual. Me quedé helada cuando me topé con todo esto. No sabía si debía contártelo, pero...

—¿Qué?

—No he podido verificar que sea él.

—Lola, es él. M. I. No hay duda.

—Te sorprendería mucho los giros que suelen dar las investigaciones, a veces lo que menos piensas es lo más lógico.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos para verificarlo?

—Como te dije el otro día, la única forma es conseguir su documento nacional de identidad.

—No es necesario, sé que es él —dijo mientras releía la documentación.

Ambas se tomaron la manzanilla en silencio. Sylvia mientras chequeaba todas las noticias una y otra vez; Lola mirando a la calle. La policía seguía pensando que era necesario verificar esa información, al contrario que su amiga, que le daba total crédito.

—Gracias, Lola.

Recogió todos los papeles para llevárselos y esconderlos.

—Sylvia. —Le agarró de la mano para detenerla—. Es necesario investigar más, no te puedes fiar de todo lo que publica la prensa, a veces no son una fuente fiable.

—Esto es muy serio para que sea mentira.

—Hazme caso, consígueme el DNI de Manu y luego ya valoramos todo

esto.

La editora no se quedó muy conforme con lo que le decía la policía, ya que todo lo que contenía aquellos artículos encajaba con lo que ella sabía. Manu fue adoptado por otra familia que no era de su sangre, las iniciales coincidían y no quería hablar de su padre, algo evidente después de sufrir malos tratos. Las piezas se ensamblaban perfectamente, así que no había nada que verificar.

Las posturas de ambas amigas eran muy dispares.

## CAPITULO 22



Jueves, 15 de septiembre de 2016

Desde que Mateo se enteró de que su amiga iba a conocer a Susana Pardo y a David León, no había parado de contarle todo lo que sabía de ellos. Sylvia estaba empezando a sentirse agotada mentalmente con todos aquellos datos que no le importaban lo más mínimo. En cambio, para su amigo era vital que causara buena impresión y se hicieran amigas, pues de esa forma, algún día, se la presentaría.

Tampoco se detuvo buscando el regalo perfecto para el futuro heredero, Fran. Ese nacimiento había ocupado todas las portadas de la prensa, como cualquier cosa relacionada con la familia León. No era de extrañar que estuviera al tanto de su fecha de nacimiento, que fue el 30 de julio, como de que tenía un mes y medio.

Se recorrieron casi todas las tiendas de ropa infantil, ya que no iba a parar hasta dar con lo que buscaba. Después de pasarse más de una hora mirando, encontró una chaqueta negra de polipiel con cremallera a un lado, combinado con una mini blusa con el símbolo de los *Rolling Stones*<sup>[6]</sup>. A Sylvia no le pareció lo más correcto para regalar a alguien que no conocía, pero insistió tanto y tenía tanta prisa para que no se le hiciera tarde, que pagó los casi cincuenta euros que le costaron los antojos de su compañero de piso.

Con la ropa pasó tanto de lo mismo, la editora vio atacado su vestidor y supervisado su vestuario. Sylvia echó dos veces a Mateo de su habitación,

pero con sutiles artimañas terminó influyendo en la ropa que llevaba puesta. Al no parar con sus comentarios, salió unos diez minutos tarde, pero con el visto bueno de su amigo.

Al final pilló un taxi, pues era tarde. Se bajó corriendo y se fue directa a Manu, que la esperaba en el portal. Ella esperaba que le hiciera un comentario por los quince minutos tarde, pero no dijo nada, le dio un beso en la mejilla y le soltó un piropo. Al oírlo se ruborizó inmediatamente, fue un acto reflejo del que no fue consciente.

Él estaba muy sexy con una chaqueta marrón de cuero y un pantalón tan ajustado que mostraba la curvilínea forma de su trasero. Llevaba el casco en una mano y en la otra llevaba una bolsa.

—Antes de entrar, tenemos que aclarar un par de cosas. —Estaba muy serio.

—Dime. —El rubor desapareció y lo miró sorprendida.

—Quiero que queden las cosas muy claras, entre nosotros no hay nada... —Al hablar, le tentaba la risa—. Mientras estemos con mis amigos, voy a actuar como si fueras mi pareja y luego... —No pudo más y se descojonó.

—Eres de lo más gracioso. —Le molestó mucho, estaba repitiendo las palabras del sábado, así que le dio un débil golpe en el hombro.

—Es que si vieras la cara que has puesto... —No podía aplacar sus carcajadas.

—Odio cuando sacas al idiota que llevas dentro.

—Creo que eso lo he oído antes.

Entre alguna risita fugaz por parte del bombero accedieron al edificio.

Estando en el ascensor, Sylvia sintió un enorme deseo de mandarlo todo al carajo. Lo infame de todo aquello era que no hubiera podido hacerlo, ella siempre cumplía sus promesas, le costara lo que fuera.

Por otro lado, Manu no entendía qué le pasaba, normalmente no era tan

bromista y menos con mujeres tan estiradas como su falsa novia. Solía calar a las personas y, en función de eso, gestionaba los límites de sus bromas. Sin embargo, con ella no conseguía reprimirse.

Llegaron a la puerta y Manu dio un toque suave en la misma, al poco, un hombre de pelo castaño y ojos marrones muy sonriente la abrió, saludándolo con un abrazo. Detrás de él apareció una mujer guapísima, no muy alta y con curvas que hizo el mismo gesto. Sylvia se quedó más rezagada esperando a ser presentada.

Cuando la editora fue visible para aquellos amigos, se puso muy nerviosa, una voz interior le recordaba todas las cosas que Mateo le había contado de aquella pareja. Se sintió intimidada por las celebridades que tenía delante, su amigo la había influenciado.

Manu la miraba raro, no comprendía qué le pasaba, hacía menos de cinco minutos estaba mosqueada y ahora era un flan. No le quedó otra alternativa que ponerse a su lado, pasarle el brazo por la cintura y tomar la iniciativa.

—Esto es un botiquín para los nuevos padres. —Le entregó la bolsa que traía.

—Para el niño. —Sylvia hizo lo mismo con la bolsa que cargaba.

—No era necesario. Venga pasad —indicó Susana.

David se encargó de recoger las bolsas. Al estar los cuatro sentados en la sala, el nuevo papá sacó las cosas que contenía la bolsa de Manu.

—Unos taponos para los oídos. —David se tronchaba de risa al ir comentando cada objeto, mientras su mujer miraba seriamente al bombero.

—Por si Fran llora mucho — Manu se justificaba.

—Paracetamol.

—Para el dolor de cabeza.

—Un chupete. —Era muy bonita con detalles azules.

—Es para Fran.

—Chocolate.

—Son cuarenta días sin nada de nada, dicen que va bien para el celibato.

—Tila.

—Para los nervios, cuando el crío se ponga a llorar y no se calle.

—Un coche de bomberos. —Era una maqueta de coleccionista.

—Para que siga al tito Manu.

—Eres muy gracioso. —Susana miró a su marido—. Recuérdame que no vuelva a dejar entrar al tito Manu.

—Susi, es una broma.

—Lo sé... por eso no te doy una patada en el culo.

Ahí estaba el idiota, otra vez con sus bromitas.

—Sabes que te quiero un montón —el bombero le hizo un bico.

—Ven aquí. —Lo abrazó—. Solo espero que Fran no se parezca al tito. —

Ambos rompieron a reír.

—Tiene a quién salir peor —se miraron los tres y volvieron a estallar las risas.

—Calla, no la nombres, que seguro que aparece. Desde que nació Fran, está siempre aquí. Entre Valeria y mi madre tengo saturación familiar.

—Ni caso, es un exagerado.

Sylvia se sentía algo apartada, se notaba que entre ellos había una amistad muy fuerte, de la que le iba a costar formar parte en aquella visita.

—Vamos a ver qué hay aquí. —Susana que era muy perspicaz se dio cuenta del vacío que se le estaba haciendo, por lo que tomó el regalo de Sylvia para verlo.

Cuando vio ambas prendas, se quedó con la boca abierta. Había dado en el clavo, ella era una fan de los grupos de rock y pensar en vestir así a su hijo le hacía una enorme ilusión.

—Es precioso.

—¡Vaya, has dado en el clavo, es una loca de esa clase de música!

—La verdad que no es mérito mío, mi amigo Mateo es quien lo ha escogido.

—Dile que me ha gustado mucho —afirmó Susana.

—Me imagino que será porque es fan vuestro. —Los tres la miraron espantados—. Le gusta leer esas revistas del corazón y sabe muchas cosas. Si te soy sincera, después de estar dos días escuchando cosas de vosotros me siento intimidada.

Al matrimonio no le gustaba que les hablaran de la prensa rosa, después de lo ocurrido al comienzo de su relación y del revuelo montado alrededor de ellos, tenían muchísimo cuidado con todas sus apariciones públicas.

A la editora no le hizo falta mucho tiempo para darse cuenta de que había metido la pata, pues se instaló un silencio tenso en la habitación, así que, avergonzada, se disculpó y se fue al baño.

Tras insultarse varias veces por su imprudencia, se masajeó los hombros. Los notaba tensos de la presión por encajar. Manu lo había hecho muy bien con sus amigos, no entendía por qué le costaba tanto a ella.

Lo que no sabía era que Susana Pardo no era tan impresionable como sus amigos y en el fondo la llevaba examinando desde el mismo momento que Manu la había presentado.

Cuando estuvo más relajada se decidió a enfrentarse a los amigos de su falso novio, en esta ocasión iba a quedarse callada.

Al salir del cuarto de baño, se topó con una nueva visita. Era una chica alta de cuerpo esbelto y pelo castaño con mechas en un tono rosado. Iba acompañada de un hombre con el pelo también castaño, ojos grandes y mentón cuadrado. Parecían una pareja normal.

Ella se fue hacia Manu y, rodeando su cuello con los brazos, le saludó sonriendo en exceso. A Sylvia no le gustó, aquella mujer tenía pinta de



lagarta.

—Dime una cosa, ¿cuándo vas a volver con Cam?

—Valeria —le reclamó David.

—No he dicho nada raro, todos aquí sabemos que fue el gran amor de Manu.

Una punzada de celos invadió su pecho. Aquella confesión le dolió, a pesar de que sabía que ella no era nada de él. Se quedó paralizada durante unos segundos, los suficientes para saber que había notado unos incomprensibles celos. Lo malo era que también era consciente de que no podía competir con su ex.

—Hola —dijo con un hilo de voz.

Manu fue corriendo a presentarle a Valeria, la cuñada de Susana, y a Patric, su pareja. Ella les saludó algo aturdida, pues no sabía de la nueva pareja del bombero. Así que sonrió sin mucho entusiasmo y se sentó al lado de su novio.

Valeria fue en busca del pequeño, lo incorporó al grupo en brazos. Todos disfrutaron del él, aunque no dejaba que nadie se lo arrebatara.

—Ten cuidado, que eso se pega.

—No te preocupes, ya se me ha pegado.

El bombero abrió los ojos muy impresionado por la declaración de Valeria.

—¿Qué?

—¿Estás sordo? Estoy embarazada. —Ella lo decía con total naturalidad, mientras le hacía arrumacos a su sobrino—. La culpa es de Susana, estaba tan guapa con su barriga que me puse celosa.

—No me lo puedo creer.

—Yo tampoco —confesó su hermano—. Pobre criatura, no quiero ni imaginarme cómo será como madre.

—¡Muy simpático, gatito! —Mote que le decía a su hermano de pequeño

—. A ver si ríes tanto cuando sepas que la reforma se acaba esta semana.

—Cállate —dijo secamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Manu.

—Mis padres han comprado el chalet de al lado del suyo. —Valeria disfrutaba con cada palabra—. Lo están reformando para mudarse.

—Te doy el pésame —comentó el bombero.

—Estáis exagerando —indicó Susana, quitando a su hijo de los brazos de su cuñada—. Vivir tan cerca de ellos me va a ayudar para volver al trabajo, tendré la guardería al lado.

—¿También cuidará el tuyo? —preguntó Manu a Valeria.

—Oye —se ofendió—, mala persona. —Rieron, pues conocían la delicada relación de madre e hija—. Espero que la madre de Patric me ayude, no quisiera deberle favores a mi madre.

—Claro que sí —afirmó su pareja.

Era la primera vez que Patric hablaba en toda aquella conversación, se le veía alguien calmado, en contraposición a su novia, que era todo un terremoto.

—Por cierto, ¿desde cuándo te van las mujeres como mi cuñada? —Valeria pilló por sorpresa al bombero—. No pongas esa cara, siempre he pensado que Susi era tu amor platónico.

—Tienes que soltar todo lo que piensas, ¿verdad? —dijo entre dientes su hermano.

—Me quieres o me odias, no tengo punto intermedio —comentó sin importarle la opinión del resto.

Sylvia rio ante ese comentario, lo que hizo que el resto se percatara de su presencia.

—Bueno... ¿quién eres?

Se vio obligada a contar algunas cosas de sí misma, Valeria era la más

insistente en sus preguntas para conocer un poco más de ella. Manu salió en su rescate, pero fue en vano.

—En serio, ¿cuándo has cambiado de gustos? Pensaba que te gustaban más pechugonas y con menos curvas.

—El físico no es lo importante.

—No seas mentiroso, lo primero que entra es el físico —indicó señalando sus ojos.

La sinceridad de Valeria le hacía más complicado mantener una buena cara a Sylvia. Aunque no era la única, sus comentarios estaban empezando a incomodar a todos, por lo que Susana cambió el rumbo de la conversación.

—¿Ya has superado el drama del apellido de tu hijo? —le preguntó Susana.

—¿Qué drama? —Manu vio un filón para meterse con ella.

—Sabes que mi hijo será Blanco León... —Valeria no tenía inconveniente de ser sincera—. No entiendo por qué no te afecta a ti también, tus hijos son León Pardo. Aunque lo de Alejandra, es horrible, Manso León.

—¡Pobrecitos! —exclamó riendo el bombero.

—No le des importancia, los niños son más fuertes de lo que pensamos —Sylvia deseó acallar el tema.

—Otra persona que no me comprende —dramatizaba Valeria.

—Te voy a dar un ejemplo, soy Sylvia Flores Manzano, no veas la guasa que tenían en el cole.

Rompieron a reír ante la declaración de la editora, creando un debate acerca de las combinaciones de los apellidos.

A partir de ese punto se sintió más cómoda e interactuó con el resto, eso provocó que diera algún que otro gesto cariñoso a su novio. Todo estaba estudiado, ya que se dio cuenta de que Susana no perdía detalle.

—Al final, me vas a caer bien y todo —señaló Valeria al sentarse en el

brazo del sillón para estar al lado de Sylvia.

Manu sabía que iba a hacer una de sus gamberradas, pues conocía ese brillo en su mirada.

—Bueno... —Rodeó los hombros de Sylvia con el brazo para estar más cerca de ella—. Ahora que eres la novia de mi amigo, tienes que pasar mi test.

—¿Qué test? —preguntó mirando para todos.

—Me suelo enrollar con todas las novias de mis amigos.

—Valeria, lo siento, pero no eres mi tipo... —Antes de que pudiera continuar, le soltó un beso en los labios. Sylvia se quedó quieta, impresionada.

—No está mal, pero Susi besa mejor.

Todos rompieron a reír, menos la editora, que estaba abrumada por la ocurrencia de Valeria, que no parecía arrepentirse, algo que le sentó mal, pues a ella no le iban esa clase de bromas. Además de que le hizo darse cuenta de que Manu no era tan idiota.

—Valeria —la llamó la editora, quedándose las dos de pie—, la próxima vez avísame y sabrás lo que es un beso. —Se fue a sentar, pero se detuvo—. Quisiera que quede clara una cosa, la única aquí que toca los labios de Manu soy yo.

No pudo evitar marcar su territorio, no se fiaba de aquella loca. Pudiera ser que estuviera embarazada y con pareja, pero le seguía pareciendo peligrosa.

Extrañamente, la editora no era consciente de que estaba empezando a mirar a Manu de forma diferente. Aquello no era un comportamiento estudiado para engañar a todos, lo había hecho porque sentía que debía hacerlo.

—Ya lo sabes, lo nuestro es imposible —dijo el bombero entre risas.

—Me encantan las mujeres con carácter. —Valeria le dio una nalgada,

sorprendiéndola otra vez.

Se dio cuenta de que era una mujer impredecible por su grado de locura, otra en la situación de Sylvia se hubiera ofendido; pero ella no. Partió de la base de que nadie podía entenderla y que realmente era un misterio para todos.

En algo no se equivocaba Sylvia, Valeria no era la clásica mujer y no se achantaba ante nadie.

De pronto, Fran se puso a llorar. Era su hora de comer, por lo que la nueva pareja se despidió de los chicos, ya que el sector femenino se encontraba pendiente del recién nacido.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, Manu hizo la pregunta que llevaba deseando hacer desde que se alejaron de sus amigos.

—¿Qué tal mis amigos?

—Me han hecho cambiar la opinión que tengo de ti —fue sincera.

—Tendrás que darme más datos.

—Los chicos parecen normales, tu amiga Susana no ha parado de examinarme en toda la tarde y la loca... —Puso los ojos en blanco—. Mejor no hablar de esa.

Al llegar el ascensor al portal, ella salió y fue dirección a la calle. Sin embargo, Manu la agarró del brazo en el rellano, deteniéndola.

—¿La loca? Se llama Valeria, es una tía genial, aunque hay que pillarle el punto.

—Joder, vaya punto tiene la tía. —No pudo contener sus pensamientos—. Mira, son tus amigos no los míos.

—A tu compañero de piso le faltó poco para proponerme una cita el otro día.

—¿En serio me comparas a Mateo con esa loca? —Señaló a las plantas superiores.

—Menos mal que entre nosotros no hay nada, ¿verdad?

El comentario hizo mella en los dos.

—Claro. —Tiró de orgullo.

A pesar de que era cierto, no le gustó reconocerlo.

—¡Buenas noches!

—Buenas...

Al levantar la vista para despedirse, las miradas de los dos se vieron presas de los ojos del otro, ninguno podía retirarla, era mucho más fuerte la atracción que sentían. Por eso, Sylvia no pudo terminar de hablar, se le quebró la voz.

Sin ser del todo conscientes de sus acciones, ambos cuerpos se acercaron para terminar besándose. Ninguno guardó nada para sí, se dejaron llevar. Ella se aferraba a su pelo y él le rodeaba la cintura con fuerza para evitar que se alejara lo más mínimo.

—¡Iros a un hotel! —gritó Valeria, que salía del ascensor con su novio.

Al escuchar aquella voz, se separaron con cara de culpabilidad. Ambos se pusieron colorados, al contrario que la otra pareja, que ni se detuvo a hablar simplemente continuaron su camino.

—Adiós, parejita —dijo ella al salir por la puerta, sin esperar contestación.

Ninguno se atrevía a mirar al otro, no sabían qué les había pasado. El pánico ahondó en la editora y, tras una rápida despedida de su mano, salió en busca de un taxi. Necesitaba alejarse de él, pensar con claridad.

La suerte estuvo de su lado: pasaba uno libre, lo paró y se marchó.

Manu fue demasiado lento para detenerla. Él quería hablarlo, pero cuando salió, ella ya estaba dentro del taxi. De tal forma que se quedó con las ganas y el sabor de sus labios impregnando su cuerpo.

Algo le pasaba a Sylvia que, de camino a su casa, no paraba de tocarse los labios, recordándolo. Sonriendo como una tonta durante todo el trayecto.

## CAPITULO 23



Viernes, 16 de septiembre de 2016.

Cuando estaba organizando el trabajo en su mesa para dejarlo todo listo para el lunes, el sonido de su móvil la sobresaltó. Descolgó de inmediato y se encontró con un Manu muy agobiado.

—Sylvia, necesito pedirte un favor muy grande.

—Dime. —Ella se asustó al oír su voz.

—Ariel está enfermo y tengo guardia, he llamado a un par de compañeros, pero ninguno puede sustituirme; no quiero dejarlo solo. —Sonaba muy desesperado.

—¿Lo has llevado al veterinario?

—Sí, dice que no es nada, que se pondrá bien, pero es que... no quiero dejarlo solo por si se pone peor.

Era evidente lo que le iba a pedir, pero cómo iba negarse tras oír su desesperación. Sería ruin y mezquino por su parte, así que respiró hondo preparándose para ayudarle.

—Por favor, ¿puedes quedarte aquí esta noche? No tienes que hacer nada, sólo vigilarlo y, si ves que se pone peor, llamarme.

—Claro —dijo no muy segura, sintiendo como un dolor se hacía eco de sus mayores temores.

Un escalofrío empezó a recorrerle todo el cuerpo acompañado con un sudor frío, ya que su mente no paraba de mostrarle la imagen de estar a solas con ese enorme animal toda la noche. No podía evitar darle pavor. Sus

piernas flaqueaban de solo imaginárselo a escasos centímetros de ella.

—Gracias, no sabes el gran favor que me haces.

—Nada, voy a buscar ropa a casa y nos vemos ahora.

Al colgar, se derrumbó sobre su mesa, no se creía lo que iba a hacer. Solamente esperaba que el perro estuviera tan enfermo que no pudiera mover ni un músculo, ya que, en caso contrario, se encerraría en una habitación y no saldría hasta que Manu llegara del trabajo.

Mientras iba recuperando la compostura, se quedó mirando a su mesa. En ella descubrió un *post-it* amarillo con la letra de su jefe. Le pedía, lo antes posible, una valoración de un manuscrito de una escritora que estaba en auge. Así que se le ocurrió que podría llevarse algo de trabajo a casa de su falso novio e ignorar al mejor amigo de este.

Tomó el taco de folios del escrito y se fue a su casa a ponerse algo más cómodo.

Su vestuario fue un vaquero y una de sus camisetas de gatitos, una de tantas de las que tenía en su armario y apenas se ponía porque no disponía del momento para usarlas. También cogió otra muda de ropa interior por si le hacía falta. No lo podía evitar, para determinadas cosas era muy escrupulosa.

Sin pensar demasiado, se dirigió hacia el piso de Manu. Estando en el pasillo no escuchó ni un ladrido, todo estaba en silencio. Al contrario que en otras ocasiones, donde Ariel se hacía notar desde que se abrían las puertas del ascensor.

Cuando la puerta se abrió, se quedó muy impresionada al ver la cara al bombero, olvidándose de todos sus prejuicios acerca del animal. Estaba horrible: ojeroso y pálido. El miedo por el animal desapareció, dando pie a la lástima por ese despojo humano que tenía ante sí.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó al entrar, regañándose al notar un mal olor.



Ella soltó sus cosas en el sillón, para luego girar sobre sus talones, mirando a su alrededor, aparentaba estar limpio, pero el olor era muy notable. Resultaba inconfundible, no le había mentido, alguien en aquella casa tenía un grave problema estomacal.

En una esquina dentro de su cama, estaba un triste y apagado Ariel. El animal lloriqueaba a ratos por el dolor que sentía, se encontraba débil y apenas podía dar dos pasos sin asfixiarse.

De ahí la preocupación de su dueño, el perro que era enérgico, desde que había enfermado no se había movido de su rincón. Tuvo que cargarlo para llevarlo al veterinario y con los movimientos bruscos se quejaba.

—Anoche, cuando llegué, no tenía sueño y así que me puse a ver una película y saqué algo para picar, Me quedé dormido en el sillón y, a las cinco de la mañana, Ariel no paraba quieto, despertándome. Quería que lo sacara con urgencia. No llegué a tiempo y el pobre se fue de vientre.

—¿Por la casa? —Manu cerró los ojos antes de asentir con la cabeza.

—Al llegar del veterinario, me puse a limpiar hasta ahora —suspiró al tirarse en el sillón.

— Tranquilo, ya estoy aquí, ¿para qué soy buena?

—No tienes que hacer nada, solamente vigilarle.

—De eso nada, hay que volver a limpiar.

—No, no es necesario, ya lo he limpiado todo.

Lo miró seriamente y el cansancio habló por él. Con el brazo le señaló todos los productos que tenía en la casa. Registró entre todas aquellas botellas y no se sintió muy conforme, por lo que fue a comprar antes de que se marchara a trabajar.

En la primera tienda en la que entró compró varias cosas: velas aromáticas, ambientadores, toallitas húmedas y productos de limpieza sin lejía, por miedo de que le hicieran daño al perro.

A su regreso, Manu estaba terminando de vestirse para irse a trabajar. Aprovechó el momento para explicarle dónde estaban los pañales de perro y que Ariel no podía comer nada hasta que regresara, pero sí beber toda el agua que quisiera, por eso su cuenco debía estar lleno todo el rato, por la deshidratación.

Una vez que se fue, lo primero que hizo Sylvia fue quedarse mirando al perro. El animal la miraba con los ojos acuosos, sin apenas levantar la cabeza más de un palmo del suelo. Se le veía muy triste. A pesar de eso, Sylvia debía dejar las cosas claras.

—Vamos a hacer un trato, tú no te acercas a mí y yo no me pongo a gritar como una loca.

Como si Ariel entendiera la tontería que estaba haciendo, agachó la cabeza y se quedó tirado en su cama sin moverse lo más mínimo.

—Bueno... —se dijo a sí misma, mirando a su alrededor— vamos a quitar este horrible olor —comentó poniendo mala cara.

La editora comenzó abriendo todas las ventanas y encendiendo las velas aromáticas que había comprado. Luego se dedicó a limpiar a conciencia cada rincón, mientras de reojo controlaba la posición del perro. No se fiaba de que se acercara a ella y que le hiciera cualquier cosa.

Su paranoia llegaba a ser ridícula, pues el animal estaba demasiado dolorido y bajo de forma para moverse. Apenas se movía para no sentir las molestias de su estómago.

Cuando hubo terminado, estaba tan cansada que se tiró en el sillón, quedándose profundamente dormida. Ni se acordó de que se encontraba en casa del bombero, cuidando a su perro.

Una hora después notó algo húmedo que le tocaba la mano. Ella la apartó, pero luego reparó una presencia extraña cerca de su cara. Dio un manotazo en el aire, pensando que era una mosca a su alrededor. Sin embargo, al mover la

mano, se tropezó con un hocico. Fue tocándolo lentamente, deseando que aquello fuera un sueño, por lo que se resistía a abrir los ojos y encontrarse con su peor pesadilla; un enorme perro delante de ella.

Sin otra posibilidad y llenándose de valor, uno de sus ojos se envalentó en darle a conocer cuál era la situación que se le presentaba. El animal estaba quieto, mirándola fijamente como si esperaba el momento adecuado para moverse.

Lentamente se fue revolviendo en el sillón para enderezarse y prepararse por si el perro la atacaba. Su cuerpo temblaba presa del pánico, aunque las opciones que le quedaban eran más bien escasas. Al tiempo que iba tomando una posición defensiva, Ariel se apartaba de ella, dando unos pasos hacia atrás. El dálmata le estaba dando el espacio que necesitaba para poder aceptar lo que se le venía encima.

Le sorprendió ver como el perro daba esos pasos hacia atrás. Esperaba que ocurriera todo lo contrario. Le resultó asombrosa la lectura que hacía el animal de su miedo, como si supiera lo que debía hacer en cada momento.

En medio de su confusión, Ariel gimió de dolor, era un sonido leve, pero característico. Ella sabía lo que estaba padeciendo, pues resultaba obvio lo que le estaba pasando. Entonces decidió dejar a un lado su miedo e intentar consolar al perro.

Extendió la mano, temblaba nerviosamente, bien estirada para alejarla lo máximo posible de su cuerpo. En verdad, estaba en alerta por si él hacía cualquier movimiento y ella tenía que defenderse sobre la marcha. Sin embargo, el perro estaba quieto, muy quieto. Al sentir su mano, cerró los ojos de placer; dejándose llevar por esa caricia que necesitaba.

Duró unos segundos, pero fue lo suficientemente efectivo para el dálmata, ya que regresó a su cama. Allí se quedó mirando el cuenco de agua vacío. Ella, inmediatamente al darse cuenta de aquel detalle, fue a rellenarla. Se

acercó muy lentamente al animal y este se alejó.

Los ojos de Sylvia no se apartaron en ningún momento del perro al agacharse para acceder al cuenco, aunque no ocurrió nada. Al caer las primeras gotas, el dálmata fue inmediatamente a beber. Estaba sediento.

Al igual que se había agachado, se levantó, manteniéndose en guardia.

Lo que no entendía Sylvia es que Ariel no se encontraba con fuerzas para hacer movimientos bruscos ni para jugar. Estaba enfermo, por lo que sus miedos y recelos no estaban justificados en aquel momento.

Una vez que se hubo alejado del perro, respiró aliviada. No obstante, el dálmata no se quedó en su cama, lentamente, como si le costara andar, se fue directo al baño.

—¿Y ahora qué? —No se lo creía.

Lo siguió, manteniendo la distancia. No entró en el baño, se quedó en la puerta. Ariel, que parecía más listo de lo que Sylvia creía, se fue a la bolsa de sus pañales y hundió su hocico en él.

—No... —Lo miraba espantada, temiendo lo peor—. Dime que no quieres que te cambie el pañal.

El perro, como si la entendería, empezó a lloriquear.

—Te odio —le dijo, con el ánimo por los suelos al pensar en lo que tendría que hacer.

Ella respiró profundamente y entró. El dálmata le dio espacio apartándose de la bolsa. Ella cogió un pañal y se preguntaba cómo haría todo aquello sin tener que acercarse mucho al perro.

La pregunta resultaba absurda, pero el miedo estaba ahí y no podía hacer caso omiso a él, sobre todo con el pánico inundando cada vena y cada arteria de su ser.

—Quieto, ni te atrevas a moverte —le exigió con la voz temblorosa.

Lentamente y apartándose todo lo que podía del animal retiró el pañal,

colocando el nuevo. Cuando hubo pegado la última tira, el animal se le quedó mirando.

—No me mires así... lo sé, no ha sido para tanto.

Fue terminar de hablar y el perro salió del baño, tal y como había entrado, a paso lento y decidido. Ella se asustó y se apartó, alejándose todo lo que pudo. Una reacción innecesaria, ya que Ariel no pensaba hacerle nada.

Sola en el baño, enrolló el pañal sucio, que solo estaba meado, para tirarlo. Al regresar al salón, el perro la esperaba acostado en su cama, con la respiración agitada por el esfuerzo. Poco a poco fue recuperando aliento y cerrando los ojos para descansar.

Ahora que lo tenía todo controlado, se sintió victoriosa y feliz, pues no se hubiera imaginado capaz hacer algo así.

Tenía el cuerpo lleno de adrenalina, así que aprovechó para ponerse a trabajar, cogió el manuscrito y un bolígrafo rojo para empezar a realizar anotaciones en el borde de cada página. Esas las utilizaría luego para realizar el informe para aceptar o rechazar el mismo.

Desde que empezó, no paró de leer. La novela era de una nueva escritora canaria en ciernes que apuntaba un prometedor futuro. Se olvidó de todo, la hora, el lugar, del perro, hasta del mundo... solo estaban ella y el manuscrito.

## CAPITULO 24



Sábado, 17 de septiembre de 2016.

A las tres de la mañana estaba muerta, agotada mentalmente. A pesar de que le hubiera gustado seguir leyendo, sus párpados no pensaban lo mismo, se iban cerrando lentamente. En contra de su voluntad, terminó por quedarse dormida.

Cerca de las cinco de la madrugada, un ojeroso y cansado Manu llegaba a su casa. Su jornada se había alargado más de lo que esperaba, además al entrar más tarde de su turno, tuvo que hacer más horas antes de irse. Ningún compañero había querido cubrirle, todos tenían cosas que hacer un viernes por la noche.

Ariel fue a recibirle a la puerta, inmediatamente soltó lo que llevaba en las manos y se arrodilló para acariciar a su amigo. Según pudo ver, tenía mejor aspecto. En su afán por mimar a su perro ni se dio cuenta de que Sylvia dormía sobre la barra de la cocina, sentada en un taburete.

—Hola, colega. ¿Estás mejor? Veo que sí. ¿Tienes hambre? Seguro que sí.

Recogió sus cosas del suelo y las dejó en el sillón. Al levantar la cabeza, la vio dormida sobre unos papeles. Sonrió, pues tenía la boca abierta y le pareció ver como un hilo de babilla caía sobre los documentos.

Se quedó dudando a quién atender primero, pero sus dudas se disiparon cuando vio a Ariel esperando la comida. Siguiendo las indicaciones del veterinario, solamente le dio un poco, a ver si lo toleraba. Cuando se lo comió

todo, rellenó el cuenco del agua y se decidió a ocuparse de Sylvia.

Se fue hacia a ella y, con voz melosa, la condujo a su cama. Ella adormilada y acostumbrada a que Mateo la acostara no opuso resistencia. Se tiró en la cama y el bombero tuvo que quitarle las deportivas.

Sin apenas fuerzas se quitó la ropa, tirándola al suelo, quedándose únicamente con sus bóxers negros. Nada más sentir el contacto de la almohada con su cabeza, se dejó llevar por el influjo del mundo de los sueños.

Eran cerca de las nueve de la mañana, cuando Sylvia se despertó. Le dolía todo el cuerpo, como si le hubieran pasado por encima una apisonadora. De forma paciente fue recuperando la movilidad de cada músculo, mientras se iba incorporando para sentarse en la cama.

—¿A dónde crees que vas? —dijo una voz detrás de ella.

—¿Qué?

Una escalofriante sensación de pánico la inundó, olvidando cualquier rastro de dolor muscular. Se giró lentamente y vio a Manu casi desnudo en la cama. Su primera reacción fue mirar si llevaba la ropa puesta, por si había ocurrido algo entre ellos aquella noche.

—No me va la necrofilia —dijo con voz ronca, con rastros de cansancio sin eliminar.

—¿Qué?

—¿Quieres acostarte de una vez? —No parecía tener mucha paciencia esa mañana.

—No, me voy a mi casa.

—De eso nada.

Tiró de ella y la abrazó para retenerla en la cama.

—¿Qué haces?

—Intento dormir, cállate —le exigió.

—No.

—Sí.

Era una lucha de poderes, ella se revolvía, pero él era más fuerte que ella. Lo que provocó que se desvelara y le apeteciera molestarla.

—¡Suéltame!

—Eres muy testaruda.

—¡He dicho...!

Con un ágil movimiento, se sentó sobre sus caderas para capturarla con su cuerpo, lo que la sorprendió y desarmó. Estaba quieta, mirándolo sin saber cuál iba a ser su siguiente paso.

Manu sintió unas ganas locas de besarla, pero se contuvo, no era su estilo acosar a mujeres. Así que hizo lo único que se le ocurrió, hacerle cosquillas. Era la forma más fácil de distraer la atención y no provocar una situación violenta.

—No, por favor. ¡No me gusta que me toquen! —gritaba entre risas nerviosas, mientras luchaba por zafarse de sus manos.

—Discrepo.

—¡Para...! —chillaba, pues se estaba cabreando.

Él se detuvo, notó que no estaba siendo divertido para ella. Su respiración era agitada por el estrés hasta que se fue acompasando. Él seguía aprisionándola, mientras disfrutaba entre carcajadas.

—¡Quita! —le reclamaba, pero él ni caso.

De la rabia que sentía, comenzó a pegarle todo lo fuerte que pudo. Tuvo que agarrarle las manos, pues le hacía daño.

—¿Qué has dicho? —Manu se reía a carcajada limpia, algo que molestó más aún a la editora.

—Odio a tu amigo el idiota —indicó con coraje.



Fueron las últimas palabras que esperaba oír, lo que le indignó, dejándose llevar por su amigo, se fue directo a sus labios para seguir molestándola; pensaba darle un fugaz beso en los labios, algo inocente para fastidiarla un poco más.

Ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Le sorprendió su reacción por eso se quedó paralizada, siendo una mera observadora de lo que estaba pasando en aquella cama.

No se regodeó en su broma, por lo que se quedó con ganas de más. Así que, para evitar besarla de forma pasional, se burló de la editora. Necesitaba distraer su atención de esos apetitosos labios que tenía delante de él. Le resultaba increíble notar esa atracción tan fuerte con una mujer que no era su tipo, ni emocional ni físicamente, ya que le sacaba de sus casillas.

Al mismo tiempo, algo parecido le estaba pasando a Sylvia, después de ese primer momento de asombro, comenzó a darle más rabia el comportamiento de Manu. Era como un niño pequeño, así que no pudo evitar reclamarle.

—¡Eres un capullo, suéltame ya!

—¿Y si no quiero?

—Gritaré con más fuerza...

—Entonces, tendré que acallar ese grito —rio.

—¿Cómo?

Aquella pregunta desató a la bestia, no tuvo que haberle provocado. Manu sonrió maliciosamente ya que pensaba volver a besarla, en el fondo no era una novedad para ella, estaba esperándole. Iba a defenderse con sus dientes si hacía falta, no perdería la oportunidad de morderle cuando la besara.

Él se acercó lentamente y ella le esperaba. Nada más sentir el contacto de sus labios, quiso morderle y darle un fuerte golpe en su entrepierna, pero el fuego y el deseo eran más fuertes que su orgullo de mujer. Se aferró a esa boca como si le fuera la vida, tomó la iniciativa; intensificando el roce de sus

lenguas.

Aquello ya no tenía vuelta atrás, sobre todo, cuando ambos notaron sus cuerpos responder.

Las manos de ella se fueron a su pelo para obligarle a que no se apartara, nada más percatarse de lo que venía a continuación, él se apartó ligeramente para poder tocarla, tumbándose a su lado. Ahora era libre para huir, aunque su objetivo había cambiado.

Los dedos de Manu se prestaron hábiles al llegar al sujetador para apartarlo y tener cancha libre sobre sus pechos. Su prioridad era excitarla tanto que suplicara no parar. A pesar de que no quisiera reconocerlo, el bombero también estaba en ese punto de no retorno del arrebató sexual.

Cuando tocó el primer pezón, ella ahogó el primer gemido en su boca. A la cuarta caricia en sus pechos, tuvo que apartarse para tomar aliento, ya que no podía besarle y gemir.

El cuerpo de la editora era un revoltijo de emociones donde el placer era el que guiaba cada uno de sus pasos. Estaba desatada y no podía parar. No sabía si era el hecho de haber pasado tanto tiempo sin sexo o el deseo que le producía ese hombre.

Manu tampoco se quedaba atrás, su erección era el más claro indicador de sus intenciones. En vista de cómo estaba la situación, no se anduvo con reparos y coló su mano por debajo del pantalón y las braguitas, yéndose hacia el epicentro del deseo.

Allí se topó con un espacio húmedo y preparado para la acción. No había nada más que hablar, allí abajo estaba todo listo para recibirle.

—No puedo más —comentó con la respiración agitada.

—Venga, vamos —dijo con un hilo de voz, mientras le ayudaba a quitarse los pantalones y las bragas.

Desesperado por continuar en aquel baile, se fue al cajón de la mesilla

noche y se puso un condón. No sabía si habían sido las ganas o sus ágiles manos, pero no tardó nada en colocárselo.

Sin poder esperar más, ella lo empujó sobre el colchón y se colocó encima de él, siendo su mano la que guio su pene. A paso lento él se fue apoderando de su cuerpo y ella disfrutando de cada centímetro que avanzaba. Cuando la completó, cabalgó sin miramientos a lomos de la excitación. Entre gemidos de placer y movimientos violentos, se dejaron llevar por el orgasmo.

Rota por el placer se dejó caer a su lado, a medida que su cuerpo y su respiración se fue recuperando; su mente recobró la cordura. No se creía lo que había hecho, acaba de romper todas sus reglas. No entendía como habías podido dejarse llevar de esa forma, cuando ella no necesitaba más complicaciones, al contrario, debía tenerlo todo controlado.

Manu tenía una estúpida sonrisa dibujada en su rostro. Desde que había conocido a Sylvia, supuso que era una melindrosa y fría mujer a la cual le hacía falta un buen orgasmo. No obstante, después de lo que acaba de ocurrir, su opinión había cambiado radicalmente en menos de diez minutos. Ahora que sabía de buena tinta las mieles de la editora, no le importaba repetirlo varias veces.

Al recuperar el aliento, el bombero se quitó el condón y se levantó para tirarlo a la papelera del baño, no quería que ocurriera un accidente con su perro, vistos los últimos acontecimientos.

Sin pudor ni escrúpulos, se terminó de quitar los calzoncillos y caminó por la casa totalmente desnudo.

Sylvia no se creía lo que veía, Manu le mostraba su desnudez con naturalidad, cuando ella quería desaparecer. Se sentía fatal, las relaciones sexuales no estaban programadas en su acuerdo, ni ella consideraba que estuvieran bien, pues eran dos amigos que se echaban una mano y, después de esto, se podían tergiversar las cosas.

Necesitaba aclararse, por lo que, recuperando su ropa se fue al baño. Se sentía sucia y una ducha la ayudaría a aclararse las ideas.

Por otro lado, el bombero se encargó de su perro, comprobó que no le faltaba de nada y que se encontraba algo mejor. Sin poder evitarlo, entró en el baño para coger uno de los pañales, tenía que comprobar que la comida le había sentado bien. Al entrar se encontró con la editora duchándose, se había olvidado de echar el pestillo. Cogió lo que necesitaba y salió sin hacer ruido.

Cuando estaba cambiando a su perro, una idea loca se cruzó en su cabeza. Sonrió por la maldad que se le acababa de ocurrir. Sin meditarlo demasiado se fue directamente hacia su cuarto de baño, esperando a que Sylvia saliera de la ducha.

No tuvo que esperar demasiado para que cerrara el agua del grifo y se abriera la mampara. Su primera reacción fue cubrirse y cerrarla nuevamente. Sintió mucho pudor al verle allí, maldiciendo para sus adentros por no haber echado el pestillo de la puerta.

—¿Qué haces aquí?! —preguntó gritando muy alterada.

—Si no recuerdo mal, este es mi baño.

—Pero estaba yo dentro.

—Te acabo de ver desnuda, déjate de chorradas —dijo riéndose, al ver lo mal que se lo estaba tomando. Tal y como él había supuesto.

—¡Sal, YA! —chilló con fuerza.

—No pienso irme.

La editora se estaba helando dentro de la ducha, llegando a castañearle los dientes.

—¿Quieres una toalla?

Le hubiera encantado negarse, pero estaba pasando frío.

—Por favor.

Abrió un poco la mampara y Manu le pasó dos toallas, pero apenas pudo

ver nada. Se aseguró de que solamente se le viera la mano.

Se cubrió con ellas y salió. Encontrándoselo totalmente desnudo delante de ella, sin ocultar ni su sonrisa ni su pene. Ella se puso colorada. No estaba acostumbrada a esas cosas.

—Si has terminado, necesito ducharme, gracias.

Pasó a su lado y se metió dentro de la ducha. Cuando estuvo dentro no pudo evitar reprimir la risa que estaba intentando ocultar por su reacción.

—Manu, necesito que entiendas esto: Entre nosotros no hay nada, ¿me oyes?

—Sí —afirmó entre carcajadas, pues estaba esperando una aclaración de su parte. Algo innecesario para él, las cosas no se planificaban ni etiquetaban, a su forma de ver.

—Quiero que te quede bien claro, que lo que acaba de pasar ha sido un error y que nosotros somos dos amigos que se están echando una mano.

Su sonrisa desapareció, la palabra “error” no estaba en su vocabulario para definir el buen sexo. Acaba de tachar algo natural y espontáneo de esa forma, sentándole fatal. Cerró el agua del grifo y abriendo la mampara, la miró a la cara muy serio.

—Que te quede claro algo, guapa, entre nosotros por supuesto que no hay nada, jamás tendría una novia emocionalmente complicada. Sería estresante. Me van más normalitas.

Con esas palabras se sintió genial, cerrando la mampara para terminar de ducharse. Por el contrario, la editora se quedó perpleja, sin palabras. Nunca nadie la había definido como “emocionalmente complicada”, por lo que la dejó callada.

Al no tener respuesta a su comentario, volvió a sonreír, la había desarmado y eso le hacía sentir victorioso.

Al terminar de ducharse, seguía allí, intentando dar réplica a sus palabras,

pero no había nada que decir o que se le ocurriera para ofenderle. Se había quedado en blanco. Por su parte, él se colocó una toalla en la cintura y se fue del baño hacia su dormitorio, como si Sylvia no estuviera.

Claramente Manu había ganado la partida, pero como no era mala persona se vistió y, cogiendo dinero de su cartera, salió a comprar el desayuno, topándose con la editora saliendo del baño con la ropa en la mano.

Pensaba coger la muda limpia que tenía en su bolso, vestirse e irse para su casa. Olvidando que un día había conocido al bombero. Sin embargo, el destino la ponía a prueba otra vez, delante de ella estaba su cartera con su documento de identidad.

Ariel, que seguía tirado en su cama, la observaba como si la juzgara, o al menos era como ella se sentía. Sin pensarlo mucho soltó su ropa en el sillón, cogió su móvil y la cartera, fotografiando su documentación. Tenía lo que necesitaba Lola, ahora podía descubrir quién era él realmente, confirmando su pasado.

—Tú no has visto nada, ¿me has oído? —le indicó secamente al perro.

El animal agachó la cabeza y cerró los ojos, como si la obedeciera.

Sin perder ocasión, aún con la toalla enrollada en el cuerpo, le mandó la foto a su amiga.

Lola 📱

No sé si quiero saber cómo lo has conseguido.

Sylvia 📱

Mejor no...

Ya lo tienes, ahora averigua todo lo que puedas sobre su pasado

Lola 📱


No te prometo nada, las cosas andan revueltas en la comisaría

Sylvia

Lola, por favor 🙄

Lola 📱

Cuando tenga algo te aviso...

Sylvia   
Eres la mejor amiga



Lola 

No me hagas la pelota 

Sylvia   


Lola 



Sylvia   
Te dejo, un besito 

Ni esperó respuesta de su amiga, cerró la aplicación de su móvil y se encargó de dejar la cartera tal y como la había dejado su propietario, no quería que la pillaran. Una vez hecho el trabajo sucio, cogió su ropa y la muda limpia de su bolso y se fue al dormitorio a vestirse.

Cuando estaba recogiendo sus cosas, el manuscrito y su bolígrafo, apareció Manu con dos bolsas. Se saludaron y cada uno siguió a lo suyo, hasta que el olor a café llegó a las fosas nasales de Sylvia. Como un zombi, se fue hacia el bombero y, con mirada suplicante, él le entregó uno de los cafés. Sonriendo siguió con su tarea, mostrarle todo lo que había traído para el desayuno.

Al igual que la editora, Ariel también se sintió atraído por el olor a comida, así que se acercó con ojos tristes para intentar camelarse a su dueño y que le diera algo de comer.

Sylvia, que estaba más atenta a saborear su café que a otra cosa, no se dio cuenta de que el perro estaba a su lado.

—Lo siento, colega, pero con el susto de ayer he tenido suficiente por un

tiempo.

Ella se sobresaltó al ver a quién iban dirigida sus palabras, apartándose todo lo que pudo del perro.

—Venga regresa a tu cama, ahora te doy algo de comer.

Con una caricia, Manu acompañó a su perro hasta su cama, dejando a la editora más tranquila para comer, pues su estómago no estaba dispuesto a irse sin aprovechar aquel succulento desayuno.

En silencio y, con miradas fugaces, pasó el desayuno. Ni el bombero ni la editora tenían nada que añadir al respecto. Ambos estaban teniendo una tregua en sus diferencias. Al terminar de desayunar, ella se fue, dándole un beso en la mejilla.



## CAPITULO 25



Al llegar a la puerta de su casa, oyó voces. No le costó reconocerlas, eran Mateo y Sofía. Seguramente ella se aburría y había venido a dar una vuelta. Sylvia sabía que Ángel andaba algo agobiado con su nuevo manuscrito, eso haría que no le apeteciera pasarse otro sábado sola.

Giró la llave y abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido, quería darles una sorpresa. Sin embargo, la sorpresa se la llevó ella. Al dúo de voces se había unido un miembro más, su ex. No entendía que hacía allí, de pie delante de ella, con sus ojos taladrándola. Se quedó paralizada, mirándolo como si el resto no existiera.

—¡Sylvi! —gritó su amiga rebosante de alegría.

—¿Eh? —Aún seguía algo confusa—. Hola...

Al percatarse de que su compañero de piso y su amigo la observaban, bajó la mirada al suelo, como solía hacer al sentirse incómoda.

—Hemos venido a traer el desayuno, pero creo que no te hemos dejado nada...

Se sentía fatal, se habían despistado y no le habían guardado nada a la editora. Se habían puesto a charlar y olvidaron todo lo demás. Por eso, le dio un fuerte achuchón y un sonoro beso como compensación.

—¿Te preparo algo? —preguntó Mateo.

—No, he desayunado con Manu.

Sylvia entró caminando muy rápido, soltando las cosas en la primera silla con la que se tropezó; hubiera preferido salir huyendo, pero era tarde para eso. Se sentía culpable, como si hubiera hecho algo malo. De ahí que

necesitara un vaso de agua para aclarar sus ideas.

—Bueno, bueno... ¡has desayunado con Manu! —dijo en tono pícaro—. ¡Y no has dormido aquí!

—Su perro estaba enfermo, él tenía que trabajar. ¡Así que déjalo ya!

—No sé a lo que te refieres. —Sofía miró a Mateo, guiñándole un ojo—. Solamente estaba constatando hechos.

—Sí, cari, es que nos preocupamos por ti.

Ahora su compañero de piso se aliaba con su amiga para sacarle información. No se lo podía creer. En realidad, era habitual en ellos hacer eso, pero aquel era el peor momento, con el escritor delante. Ya que no podía dejar de pensar que se había acostado con el bombero, estando enamorada de otro.

—Sylvi, ¿tienes el pelo húmedo? —La última palabra la soltó en tono sensual— Parece que te has duchado. —Se notaba lo que quería insinuar.

—Tienes razón, normalmente uno se ducha cuando... —Ángel los interrumpió.

—¡Basta ya! —dijo en tono seco.

Los dos se quedaron mirándolo, aunque la mirada de su novia le indicaba que no se metiera. Él puso los ojos en blanco, omitiendo lo que pretendía su novia, no le gustaba lo que estaban haciendo.

—Sylvia —reclamó su atención—, hemos venido con la excusa del desayuno para proponerte algo.

No comprendía nada, ¿qué era lo que le tenían que proponer?

—A Sofía se le ha ocurrido la idea de que fuéramos las dos parejas a Cuenca.

—¿Qué? —se quedó sin aliento.

—Sí, sería genial. Mira, nosotras vamos como fans de nuestro escritor favorito. —Se acercó a su novio y le dio un beso en los labios—. Y Manu

puede conocer un poco más a Ángel para empezar a hacerse amigos.

El escritor no quería ser amigo del bombero, no le interesaba conocerlo y tampoco le gustaba la idea de pasar unos días juntos. No obstante, su novia se había puesto tan pesada que le había dicho que sí, suponiendo que su editora se negaría, ahí radicaba su esperanza.

—¿Es un chiste?! —Preguntó Mateo pasmado a Sofía—. Cari, estás loca.

Lo que decía le parecía una auténtica locura. En la cena, todos se habían dado cuenta de que no se harían amigos, eran totalmente opuestos.

Mateo consideraba que el bombero era mejor que el escritor.

Sofía ni le prestó atención al comentario, ella deseaba tanto que se llevaran bien, que lo que opinara el resto le daba igual.

—Será divertido, di qué sí —Le estaba suplicando con la mirada.

—No sé... —dudaba, buscando una excusa para evitar ese viaje—. Ya se verá...

—No te preocupes, que yo me encargo de todo.

Aquellas palabras de Sofía hicieron tiritar de frío a Sylvia, lo último que quería era que ella lo organizara, eso suponía que tendría que pasarse desde el jueves hasta el domingo con su novio falso y su ex. Aquello no tenía buena pinta, todo lo contrario.

—¡Estás mal de la cabeza! —le susurró Mateo a su compañera de piso.

Las palabras de su compañero de piso la revolviéron un poco, pero fue ver la cara de enfadado de Ángel lo que terminó de molestarla. No entendía nada, se sentía confusa y perdida entre tanta opinión diferente. Le costaba oír su propia voz y pensar con claridad.

Era evidente que a Ángel le molestaba todo aquello, al contrario que a Sofía, que estaba feliz con una enorme sonrisa. Parecía la única que disfrutaba con todo este asunto.

Sylvia, por su parte, soltó el vaso en el fregadero y se fue a su cuarto.

Quería compadecerse de su propia mala suerte. No sabía cómo iba a salir del atolladero, después de lo que había ocurrido aquella mañana, seguramente Manu no quería saber nada de ella.

No hubo pasado ni un minuto y estaban tocando en su puerta, por el sonido supo que era su mejor amiga. Resultaba insufrible cuando quería.

—Sylvi, ¿te encuentras mal? ¿Qué pasa? ¿No quieres que vayamos juntos a Cuenca?

—Déjala tranquila, no seas pesada. Seguro que está cansada, vámonos a casa. —Ángel intentaba convencer a su novia para irse. No quería seguir allí.

—Si quieres irte, lárgate —le dijo secamente—, yo no me voy hasta hablar con Sylvi.

—Tiene razón, vamos a dejarla, quizás ha pasado mala noche con el perro.

—Ella y un perro —se rio—. Seguro que lo encerró en una habitación y ni lo miró. Si les tiene pánico.

Estaba desquiciándose con tanto ruido en la puerta de su habitación. Así que se levantó y la abrió para acallar todas esas voces que no la dejaban pensar.

—Necesito dormir, apenas he descansado —mintió—. Me pase la noche vigilando al perro de Manu y... —Cuando se dio cuenta de lo que iba a confesar, se calló.

—¿Y? —preguntaron al unísono sus amigos, mientras sus ojos chipotearon de emoción.

Ángel ni preguntó ni se emocionó, parecía molesto e incómodo. No quería oír lo que tenía que decir, así que abrió la puerta para irse. Eso la enfadó y confesó lo que sus amigos estaban esperando, pero con el suficiente volumen para que todos la oyeran.

—Cuando llegó del trabajo, tuvimos una maratón de sexo —exageró, pero no le importó.

—¡Te odio, mala amiga! —chilló su compañero de piso.

Sofía saltaba de emoción hasta que escucharon un portazo.

El escritor no pudo evitar cerrar con fuerza al irse, los celos lo carcomían. Era la primera vez desde que había tomado la decisión de dejarla, que algo se removía por dentro con respecto a su ex. Lo distinguió a la perfección, no era ningún niño.

La cara de espanto de los que aún estaban en el piso demostraba el desconcierto que se había instaurado. Ninguno esperaba ese tipo de reacción, sobre todo, con lo calmado y racional que era.

Dentro de la editora algo se agitó, pues era confirmar que le había molestado su relación sexual con Manu. No sabía en qué grado y si sería suficiente para que volviera con ella, pero era una señal. Lo que no sabía era si llegaba demasiado tarde.

Después de aquello, ella regresó a su habitación, al tiempo que Mateo salió hacia su tienda para ocuparse de una nueva jornada laboral. Ninguno de los dos pudo quitarse de la cabeza lo ocurrido en todo el día.

Sofía recogió su bolso y corrió detrás de su novio, preocupada por su reacción. Era la primera vez que se comportaba así y necesitaba saber qué le había molestado tanto. Después de una larga conversación, el escritor la mintió descaradamente y, para hacer desaparecer todos esos fantasmas que se habían afincado en su prometida, se acostó con ella.

Lo peor de todo esto, es que lo que él creía muerto al dejar a su editora, se había reavivado, pues mientras le hacía el amor, no pudo evitar en pensar en su ex con su nueva pareja.

## CAPITULO 26



Martes, 20 de septiembre de 2016.

Sofía estaba dispuesta a organizarlo todo y las cosas pintaban bien, el novio de su mejor amiga había aceptado y lo único que le quedaba era que Sylvia no se enterara de nada antes de tiempo, pero para eso contaba con la ayuda de Mateo. Esperaba que él la mantuviera alejada de la acción, además de estar en alerta por si llegara a sospechar algo.

Aprovechando que tenía la mañana libre, se acercó a la tienda de Mateo y le contó sus intenciones. Su primer sentimiento fue temer por la reacción de su compañera de piso, a ella no le iba a gustar. Sin embargo, al pensarlo un poco se dio cuenta de que jamás haría algo así por sí sola. Su forma de ser, tan cuadriculada y ordenada, no le permitiría aceptarlo. Por eso sonrió ante la imagen de su cara cuando se diera cuenta de lo que le tenían preparado.

Lo mejor de aquella mañana no fue la presencia de Sofía en la tienda, sino lo que pensaba hacer después, tenía que hablar con el bombero, por lo que iría a su trabajo, no tenía otra forma de localizarlo. Cuando Mateo lo supo, no perdió ni un segundo en encargarle la tienda a Dora y largarse con ella.

Salió del parque de bomberos con la boca abierta, ni en sus mejores fantasías hubiera estado rodeado de aquellos salvadores musculosos. Aún le temblaban las rodillas al recordarse hablando con ellos y tocando más de un brazo de forma desinteresada. Esa experiencia le había proporcionado unas

cuantas fantasías sexuales para los próximos meses. Aún estaba intentando decidir cuál de los compañeros del bombero sería el primero en entrar en sus sueños más húmedos.

No obstante, Mateo no solo se llevaba una fantasía hecha realidad, sino un número de teléfono. Entre los compañeros de Manu, había un jovencito bombero que había conocido en un local de ambiente. Así que, al reconocerse, ninguno perdió la oportunidad de charlar de forma casual, pero muy interesada.

—¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco, pensaba que Manu me diría que no a todo y ha aceptado. Aunque tengo que reconocer que tuve que utilizar un poco de mi magia para que dijera que sí a pasar los cuatro días en Cuenca. Menos mal que su jefe, no le puso pegatas para coger esos días libres.

—No hablaba de eso —dijo, mirándola con cara extraña—. Me refería a estar rodeada de todos esos HOMBRES.

—¿En serio? —Puso los ojos en blanco—. No tienes remedio, al menos espero que en tus fantasías no entren ni Ángel ni Manu.

—Tranquila, cari, jamás me fijaría en un tipo como tu novio, aunque... — Sonrió con malicia.

—Mateo —le regañó, poniendo expresión de reproche.

—Por favor, Sofía, no estoy tan mal de la cabeza. Además, ahora tengo material de sobra.

Se quedó pensativo durante unos segundos poniendo una expresión divertida, como si se le hubiera ocurrido una maldad.

—¿Crees que Manu me ayudaría con uno de sus compañeros de trabajo?

—No tienes remedio.

—Te aseguro como que me llamo Mateo Iriarte, que no pienso robarle el novio a una amiga, pero sí aprovecharme un poco para liarme con uno de sus

compañeros de trabajo.

No se quedó muy conforme con su confesión. Aunque sabía que, a pesar de sus locuras, era un buen amigo, alguien en el que se podía confiar.



## CAPITULO 27



Miércoles, 21 de septiembre de 1994.

Desde que había llegado a esa casa, todas las noches se repetía la misma pesadilla. Como de costumbre, no gritó, simplemente se despertaba empapado en sudor, con la respiración acelerada. Se sentía perdido y confundido, ya no sabía a quién creer.

La señora que le recordaba tanto a su madre no paraba de decirle que era un angelito, pero él en el fondo sabía que no era así. De ahí las pesadillas de cada noche, recordándole quién era en realidad, no era nada ni nadie...

Cuando estuvo más sereno, se volvió a acostar en su cama, cerró los ojos y lo único que vio fue su pesadilla.

Estaba en su antigua casa, estaba vieja y necesitaba una buena mano de pintura, además de alguna que otra reparación. La caldera se había roto hacía semanas y no tenían agua caliente, bañarse a veces solía ser muy duro. Aunque algunas veces no tenían ni agua, porque su padre no pagaba las facturas. Lo mismo pasaba con la luz.

Apenas tenían muebles, pues la carencia de dinero en aquella casa había hecho desaparecer los objetos de más valor. No les quedaba gran cosa. Había días que vivir allí se hacía muy duro, sobre todo, cuando se comparaba con el resto de los niños de su clase.

—Cariño, he visto que papá viene, mejor métete en tu cuarto y no salgas, ¿vale?

—¿Está enfadado otra vez?

—No, es que se siente mal y no se da cuenta de lo que hace, por eso es mejor no molestarle.

—Mamá, la vecina dice que papa es escoria y un hijo de perra, ¿por qué no nos vamos? Quizás así no se enfade tanto.

—No podemos, cariño. Papá nos necesita a su lado, él nos quiere mucho.

Las lágrimas se derramaban sin poder evitarlo por el rostro de su madre. Hasta que oyó la cerradura y se puso tensa, esperando lo peor.

—Corre, vete a tu cuarto —le indicó quitándose las lágrimas de su cara, la voz le temblaba.

El niño, obedeciendo a su madre, salió disparado a su cuarto, pero dejó la puerta un pelín abierta para poder ver lo que ocurría en su casa.

Al ver a su hijo desaparecer, esperó la peor versión de su marido, era día de cobro de la pensión que le daba el estado y seguro que ya se había gastado la mitad en alcohol. Le quitaba el dinero para la comida para gastárselo en ese vicio asqueroso, por eso cuando venía tan borracho prefería no dormir en la misma cama y se iba al cuarto de su hijo.

No obstante, lo prefería borracho, ya que era menos violento, pues sin alcohol y sin dinero se volvía un demonio.

Apareció con una bolsa con varias botellas y tabaco, tal y como había supuesto, se había gastado gran parte de la miseria que cobraba en su vicio.

—Hola, mi amor, aquí está tu maridito.

—Necesito dinero...

—Siempre dinero, siempre el sucio dinero. —Soltó la bolsa en el suelo—. Yo venía feliz, pero veo que tú piensas amargarme el día.

Ella agachó la cabeza, tenía miedo.

—Si quieres luego hablamos...

Ella quería huir al baño, pero él no pensaba dejarla ir todavía, tenía otros

planes para ella.

—De eso nada, vamos a divertirnos un rato.

—¡Estás borracho, suéltame! —le suplicó con un hilo de voz.

—Te doy asco, ¿verdad, puta?

Le temblaba todo el cuerpo del pánico que sentía por lo que podía hacerle, aunque no sería la primera vez que la forzaba.

—¿Quieres esto? —Le mostró un par de billetes de 1 000 pesetas que sacó de su bolsillo—. Di, ¿lo quieres, perra? —La agarraba con más fuerza.

No estaba tan borracho como otras veces. Ella notó que no podría zafarse tan fácilmente, así que no opuso resistencia.

Se los tiró a la cara, cayendo al suelo.

—Venga, recógelos —le exigió, zarandeándola.

No dijo nada e hizo lo que se le ordenó. Cuando estaba poniéndose en pie después de recoger el dinero, un bofetón la sacudió y la dejó tirada en el suelo. Entonces, él aprovechó para sentarse sobre su cuerpo y retenerla, mientras volvía a pegarle.

La cara le estallaba del dolor. Ella intentaba defenderse, pero él estaba descontrolado, como en otras ocasiones, De tal modo, que solo le quedaba suplicarle.

—Por favor, no, para, por favor.

Eso no sirvió de nada, pues él continuó disfrutando con cada moratón que le fabricada en su rostro. La estaba marcando como su propiedad.

El pequeño observaba asustado, pero no podía seguir escondido, debía hacer algo. Sin pensarlo y desobedeciendo a su madre, corrió hacia su padre y le propinó un golpe para desestabilizarlo. Al caer al suelo, consiguió liberar a su madre, ayudándola a huir.

Sin embargo, el hombre la agarró del pelo tirando de ella, y haciéndola nuevamente al suelo.

—¡Suéltame! —le gritaba entre lágrimas.

—¡Deja a mamá! —chillaba el pequeño.

—De eso nada. —Le dio un fuerte tirón al niño, que terminó golpeándose contra la pared—. Ahora vas a aprender a respetar a tu padre, pequeño bastardo.

Corrió hacia su hijo para golpearle, su esposa llegó tarde, el niño había sufrido la ira de su progenitor.

—¡No le pegues! —le imploró su mujer. Al ver el primer golpe hacia el pequeño, ella no pudo aguantar más y lo atacó para detenerlo—. Suéltalo, déjalo o te mato.

Eso le provocó una sonrisa de placer, nada le gustaba más un desafío de su mujer, pues sabía que él era superior a ella en todos los sentidos.

Los golpes continuaron hasta que se cansó de propinarle una paliza a su familia.

Todo esto ocurrió justo antes del incendio, cuando aún su padre y su madre respiraban...

## CAPITULO 28



Viernes, 23 de septiembre de 2016.

A las cuatro de la tarde, Lola se presentó en la editorial, pues era la única que pudo escaquearse del trabajo para comenzar con toda la planificación que había realizado Sofía. Esta se había encargado de avisar a todos, por lo que sabían que Sylvia sería secuestrada a esa hora para comenzar su fiesta de cumpleaños.

La editora se sorprendió, pero no puso objeciones para marcharse con su amiga. Creía que tendría noticias de lo que le había pedido. Aunque respecto a eso tendría que esperar, pues las cosas en la comisaría estaban tensas con una auditoría interna y nadie quería jugarse el puesto de trabajo.

Cuando supo el verdadero motivo de su secuestro, quiso regresar al trabajo, pero Lola no la dejó. La llevó a arrastras hasta la peluquería. Lo primero era pasar por la eliminación del vello. Le hicieron de todo: cejas, bigote, axilas, ingles.... no dejaron el menor rastro de vello en su cuerpo. Luego una manicura y pedicura para acabar con su pelo. La editora se pasó algo más de tres horas allí, pero salió perfecta.

Mientras tanto, Mateo se había encargado de decorar la casa con globos y serpentinas, además de la comida y bebida para la celebración. Lola debía entretener a Sylvia hasta que la avisaran de que estaban todos en el piso. El último en unirse a la fiesta fue Manu, que estaba terminando de preparar su parte de la sorpresa.

Durante la espera, el bombero y el escritor se evitaban.

A las nueve y media, la editora llegaba a casa muy cansada. Un enorme recibimiento se presentó a voz de grito delante de ella al abrir la puerta. Nada asombroso, ya que se lo esperaba. Aunque disimuló por las molestias que se habían tomado sus amigos.

La fiesta fue diferente a otras, pues Mateo no la dejaba beber alcohol, o lo reducía al mínimo. Cuando ella preguntaba el motivo, los ojos de su amigo se iluminaban y guardaba silencio. Eso le hizo estremecerse del miedo que le daban las locuras que tuvieran planeadas. Se podía esperar cualquier cosa de él y de Sofía, eran de lo más impredecible.

Al llegar el turno de los regalos, resultó raro por lo que ocultaba cada envoltorio. Los primeros en romper el hielo fueron Ángel y Sofía, le regalaron el viaje a Cuenca. Era para dos personas. En ese instante supo que Manu estaba metido en el embrollo.

Lo miró y le mostró la carpeta con todo, el bombero se encogió de hombros y le sonrió sin saber qué decir. En realidad, a él tampoco le apetecía, pero Sofía no paró hasta conseguir lo que buscaba. Ella misma se encargó de hablar con su supervisor y de convencerlo para que le diera esos días. Todo ello delante de él, sin tener que abrir la boca.

El regalo de su novio fue algo más modesto. Era una bolsa pequeña con una caja de joyería. Al verla, notó que se quedó sin sangre en las venas. Por su cabeza pasó lo peor que le podía regalar, un anillo. Con pánico y temblando abrió la caja y se encontró con unos pendientes y un collar. Nada de lo que ella pensaba. Eran dos gatos sentados dentro de un corazón.

—Espero que te guste, había otros modelos, si quieres puedes ir y...

Le pareció precioso y sin pensarlo, dejándolo con la palabra en la boca, fue hacia él y le besó sin mirar a su alrededor. Lo pilló con la guardia bajada y sin apenas tiempo para reaccionar, por eso, antes de que se apartara de su

lado, la agarró de la cintura y le devolvió el gesto cariñoso. Algo más efusivo de lo que ella inicialmente le dio.

El de Lola era toda la sesión de cuidados que tuvo en la peluquería, debido a que esa noche debía ser la más guapa.

El regalo de Dora y Mateo era un vestido corto de color melocotón con un generoso escote. Estaba guardado en una caja grande, pero al levantar el vestido para verlo mejor, encontró un conjunto de lencería negra muy fino y unos zapatos de tacón negros. Al descubrir el resto del regalo, regresó el vestido a la caja y lo ocultó muy avergonzada.

Manu se reía con picardía, pues Mateo se encargó de lucir el conjunto de ropa interior, en contra de los deseos de la cumpleañera. Se quería morir; por un lado tenía a su falso novio disfrutando y poniéndole caritas traviesas, al otro lado a Ángel con rostro serio, tirando a enfadado.

—Me gustan mucho tus regalos, si quieres te ayudo a probártelos —le susurró al oído.

Fue oír sus palabras y saber que su amigo el idiota estaba en escena, presionándola un poco más dentro del bochorno que suponía la afrenta que le estaba haciendo su mejor amigo.

—Por favor —le suplicó a su amigo para que terminara ya con aquello.

—Sí, mejor te pruebas nuestro regalo —comentó Mateo metiéndola a empujones en su dormitorio.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó el bombero descojonado de risa.

Ni se movió del sitio, era una broma para molestar a su novia, pero la mirada reprobatoria del escritor no pasó desapercibida por nadie de la fiesta. No obstante, Mateo se rió y continuó con la guasa.

—De eso nada, que más que un regalo para Sylvia es para ti, cari.

—Entonces, será mejor esperar para desenvolver ese regalo.

—Me encanta tu novio, es súper simpático —comentó Sofía mientras se

unía al grupo.

Fuera de la habitación de la editora quedaron Dora, Lola, Ángel y Manu, por lo que la policía se encargaba de distraer al bombero y la dependienta al escritor. Estaba todo calculado.

Sylvia se revolvió dentro de su cuarto, sus amigos la habían dejado en evidencia y aún sentía la cara colorada. Mateo y Sofía no le prestaron la más mínima atención, se dedicaron a quitarle la ropa y ponerle los regalos. Entre reproches consiguieron prepararla para la segunda parte de la fiesta.

Al verse, se quedó callada, era la primera vez desde que había entrado en su habitación que se había quedado sin nada que decir. Estaba pasmada, mirándose. El corte del vestido favorecía su figura y el color su tono de piel, aunque era el colgante de Manu lo que más le gustaba del reflejo del espejo.

—¡Estás preciosa! —exclamó su amiga.

—¡Más que eso! Esta noche me va a espantar a todos los chicos, voy a tener mucha envidia, mala amiga —dijo Mateo con una sonrisa.

—Exagerado...

—Sylvi, es verdad. Manu se va a caer de culo al verte.

—¿Tú crees? —se le iluminó el rostro al pensarlo.

—Cari, si ese Adonis que tienes de novio, no se arrodilla ante ti esta noche, me va a oír —lo decía muy en serio. Consideraba que su apariencia era espectacular y que el bombero debía caer rendido a sus pies.

—¿Qué tal si lo comprobamos? —preguntó Sofía, dando saltitos de emoción.

—Vale, pero primero salimos nosotras —exigió Mateo.

Sus amigos salieron los primeros, poniendo caras para levantar expectación. Cuando estuvieron listos, dieron pie a su salida. Manu se quedó impresionado, con los ojos muy abiertos y su boca formando una “o”. Habían logrado sobresaltarle. Sin meditar lo que hacía se fue hacia ella y llevándose



la mano al pecho.

—¿Puedes comprobar si me late el corazón? Creo que se ha parado por ti.

Los suspiros volaron por la habitación, en ese momento, el bombero se ganó el favor de todos, menos de una persona. Alguien que le miraba con recelo, después de quedarse paralizado por la belleza de la editora.

Lola que se había percatado de la situación de Ángel, se acercó hasta él y le susurró lo que llevaba tiempo atragantado.

—¿A que jode? Eso te pasa por gilipollas, no la hubieras dejado.

Ni esperó respuesta, Dora que estaba a su lado, lo oyó y sonrió a su amiga. Ambas se sentían felices con lo que estaba sucediendo.

En la puerta del dormitorio, Sylvia y Manu se devoraban con la mirada. Olvidándose del resto de personas que estaban a su alrededor.

—Sylvi —le llamó la atención Sofía.

—¿Qué? —No entendía lo que quería.

—Comprueba su corazón —puso los ojos en blanco— con un beso... —rio ilusionada.

—¡Beso! ¡Beso! —fue el grito generalizado en el piso.

—Siento decirte que tengo que besarte o me linchan esta noche.

—Nunca me ha gustado la violencia.

Ambos sonrieron de forma coqueta.

El beso fue lento pero intenso. Sylvia se dejó llevar, sabiéndole a poco cuando se apartó. En cambio, él, más consciente del tipo de relación que tenían, quería mantener cierto grado de distancia. Aunque la editora empezaba a gustarle demasiado y eso le preocupaba. No quería enamorarse de alguien que desde el principio le había dejado claro que no quería nada.

En cambio, ella se disfrazaba del posturo para marcar el tipo de relación que le había propuesto desde el principio al bombero. Sin embargo, los sentimientos de ella estaban siguiendo a los de él y estaba empezando a sentir

algo más.

Detrás de ese beso, vinieron gritos de felicidad para continuar con la celebración.

Cuando dieron las once y media, Mateo se encargó de echar al sector masculino, exceptuándose a él mismo, ya que comenzaba la segunda parte de la fiesta de cumpleaños.

Ángel no sabía nada de lo que pretendían hacer, Sofía no había querido contarle nada para que no se enfadara. Además de que quería pasar una noche divertida con sus amigas, sin aspavientos de su novio. Por eso y otra serie de motivos, prefirió callar todo lo que sabía, fingiendo no saber nada. Ante los ojos del escritor, la fiesta de esta noche era organizada por Mateo.

Manu, que conocía lo que iba a ocurrir en media hora, actuó con naturalidad. Preguntando y sintiéndose ofendido por no conocer los planes de aquella noche. Todos se lo tragaron, menos Sofía y Mateo.

El escritor y el bombero abandonaron juntos el piso, en silencio. Ninguno quería confraternizar con el otro. No tenían ningún interés. Para uno, el otro era un analfabeto; y el otro al uno lo veía un ególatra. Por ese motivo, no había necesidad de hacer amistad.

Al llegar a la calle, Manu se despidió deseándole una buena noche, el escritor le hizo un gesto con la cabeza y se fue en dirección contraria. El bombero se quedó sorprendido por la falta de educación, pero continuó pues aún le quedaban cosas que preparar esa noche.

Ángel se sentía intimidado por el novio de su editora, jamás creyó sentir esa clase de celos, pero los estaba padeciendo. No le cabían dudas. La cuestión radicaba en si eso era suficiente para romper su compromiso con Sofía. Realmente se había equivocado al dejarla. Estaba confundido y verse solo sin su prometida, aumentaba su desconcierto; ya que no la tenía para autoconvencerse.

## CAPITULO 29



Sábado, 24 de septiembre de 2016.

A las doce de la noche, Lola, Dora, Sofía y Mateo se habían cambiado de ropa, para disfrutar de la segunda parte del plan cumpleaños.

La noche era joven y las ganas de fiesta estaban en el cuerpo de todos, aunque para Sylvia se mezclaban con la incertidumbre hacia lo que tenían planeado sus amigos. Estaba más que controlado todo, tomaron un taxi en dirección al *Luna Negra*, el bar de striptis de Cam, la ex de Manu.

Cuando el taxi paró delante del local, la editora quería matar a sus amigos, de todos los lugares de la ciudad, la llevaban a ese precisamente. Se mosqueó de una manera que no reprimió ni una palabra sobre su malestar, llegando a pensar que más que amigos se comportaban como sus peores enemigos.

Lola y Sofía la agarraron por ambos brazos para evitar que huyera, no quería entrar y lo había verbalizado de muchas formas. Sus amigos, sin prestarle atención, continuaron con lo planeado. Mateo se adelantó al grupo y le dijo al portero, un hombre altísimo de espalda ancha y gran musculatura, el nombre de la reserva. No era otro que el de Sylvia.

El portero por el pinganillo llamó a uno de los camareros para que se encargara de los clientes, haciéndolos pasar al aparecer el mismo. Al hacer acto de presencia, pudieron conocer el uniforme de aquel local, pantalón negro ceñido y una pajarita negra, dejando su torso desnudo y musculado al aire.

—Esta noche me voy a poner mala —le dijo Mateo a sus amigas,

abanicándose con la mano al mirar descaradamente al camarero.

—¡Madre mía, nos vamos a poner moradas! —afirmó Dora.

—La noche promete —comentó Lola.

—¿Lo ves, Sylvi? Nos lo vamos a pasar genial. Venga déjate de chorradas.

—No, mejor vamos a otro sitio —suplicó la editora.

Temía encontrarse con la ex de su novio y darse cuenta de lo poquita cosa que era ella a su lado. En el fondo, era un tema de inseguridad, más que de rivalidad de territorios.

—Sylvia Flores Manzano, más te vale comportarte como una adulta —le indicó secamente, Mateo—. Hemos organizado esto por ti, así que chitón.

Su amigo no era de ponerse serio ni de levantar la voz, por eso le sorprendió verle tan ofendido. Esto produjo que bajara la guardia y se viera escoltada por sus amigos hasta la mesa que les indicó el camarero.

El local era amplio con un pequeño escenario en una esquina cerca de la barra. También había varias mesas repartidas por todo el perímetro, ocupadas casi al completo de mujeres. Las luces tenues y la música intensificaban la sensación de local nocturno. Justo en frente del escenario y muy cerca de la larga barra que tomaba la pared del fondo, había una zona un pelín más elevada acordonada por una barandilla de madera y un cordón en los laterales. Era la zona VIP o de cumpleaños. Tenía un banco que salía de la pared, algunas sillas y dos pequeñas mesas.

El camarero los acercó, quitó el cordón y les indicó que pasaran. Eran visibles desde todos los ángulos del local. No se podía creer el mal trago que le estaban haciendo pasar sus amigos. Si la ex de Manu estaba allí, la vería sin problemas.

De pronto, cuatro camareros sorprendieron al grupo con bebidas que colocaron sobre las mesas, además de una cinta de color rosa que le colocaron a la cumpleañera alrededor del cuerpo, poniendo “Happy

Birthday<sup>[7]</sup>”.

Mateo, que no perdía oportunidad de conocer gente, se presentó a los camareros, mientras Sylvia se servía una bebida. Necesitaba tomar alcohol para poder olvidarse del lugar en el que estaba.

Cuando estaba dando el primer sorbo a su copa a lo lejos vio tres rostros que le resultaron familiares. Eran tres mujeres que se aproximaban hasta donde estaban ellos. Se quedó petrificada con el vaso posado en sus labios, sin poder beber ni saber reaccionar. Se dijo a sí misma que quizás no le hubieran visto, pero era mentirse.

Mateo, que seguía coqueteando con uno de los camareros, no se dio cuenta de nada, pero Sofía que estaba más atenta, sacó a su amiga de su ensimismamiento para traerla a su peor pesadilla.

—Silvi, ¿quiénes son?

Eran Valeria, Susana y Cam, las amigas de Manu. Vestían ropa cómoda; vaqueros y blusas con adornos brillantes, aunque Cam iba con un corpiño muy ajustado que resaltaba su exuberante busto y su estrecha cintura.

El resto del grupo miraron a las tres mujeres que venían y, con un movimiento torpe, la editora dejó la copa en la mesa, provocando que estuviera a punto de caerse, pero uno de los camareros lo impidió.

Cuando Mateo vio uno de los rostros, no pudo evitar gritar de emoción y no se contuvo al tenerla cerca.

—¡Ay madre, Susana Pardo! —La abrazó nada más tenerla cerca—. Perdona. —Se separó de ella dando saltos de alegría—. Es que soy muy fan tuyo. Jamás pensé poder conocerte.

La cara de la amiga de Manu era incómoda y poco amigable.

Sylvia se recompuso como pudo y se colocó delante de su amigo, si era hábil podía saludarlas y evitar tener que pasar más tiempo con ellas.

No obstante, apenas tuvo tiempo de hablar antes de que Valeria, la cuñada

de Susana se encargara de las presentaciones.

—Hola, guapa, ¡feliz cumpleaños! Bueno, yo me encargo de esto. Aquí está mi cuñada, Susana. —La señaló—. Luego la ex de Manu y dueña del local, Cam —indicó con su mano—, y una servidora, Valeria.

La cara de todos al conocer a Cam, era de estupor. Aquella mujer tan exuberante resultaba ser la ex del bombero. Ninguno salía de su asombro, sobre todo Mateo, que miraba sin ningún pudor el cuerpo de la dueña del *Luna Negra* y el de su amiga, les parecían totalmente opuestos.

A Valeria le encantaban esas situaciones violentas y disfrutaba con ellas, por lo que no pudo evitar soltar uno de sus comentarios inoportunos.

—¿Lo ves, Cam? Te lo dije, Manu siempre estuvo enamorado de mi cuñada —soltó varias carcajadas—. Sylvia se parece más a Susi que a ti.

—Valeria —le reclamó su cuñada.

Los amigos de la editora no pudieron evitar coincidir con aquella opinión.

—Ahora que lo dices, es verdad —Cam no se enfadó, ella veía a Manu como un amigo, nada más. Además, estaba casada con el padre de su hijo, por eso rio sin darle mayor importancia.

Lola, que estaba viendo el rostro desencajado de su amiga, se encargó de realizar el resto de las presentaciones, rompiéndole la diversión a Valeria.

Después de las presentaciones, las tres mujeres se acercaron a una de las mesas para tomar un refresco. Ninguna de ellas podía tomar alcohol, pues una estaba embarazada y las otras dos daban el pecho.

Los ojos de Mateo brillaban de emoción y sin poder evitarlo, les pidió una foto con ellas tres, aunque no paró hasta lograr colocarse al lado de su ídolo. Una vez obtuvo la foto, Dora se encargó de controlar a su jefe, que estaba molestando a la pobre de Susana.

En el otro extremo, Sylvia lo miraba todo desde fuera, como si no estuviera allí. Suplicaba que se largaran aquellas tres, pero tenía pinta de que estaban

para quedarse. así que cogió del brazo a Sofía y le preguntó entre susurros por la presencia de aquellas mujeres.

—¿Se puede saber quién las ha invitado? —No les quitaba los ojos de encima.

—Sylvi, no sé, me temó que Manu, él se ha encargado de esto.

—Lo mato —dijo para sí misma.

—Oye, olvídate de ellas y vamos a pasarlo bien.

Cogió su vaso y, añadiendo más alcohol, empezó la misión borrachera de cumpleaños.

No llevaba ni media copa cuando las luces del local se apagaron y un foco iluminó la zona donde estaban ellos. De detrás de la barra, salió un camarero con una botella de cava decorada con bengalas y otro con una bandeja de copas cantando la canción de *cumpleaños feliz*. Esto hizo que todas las voces se unieran en un coro de felicitación. Todo el mundo observaba a la cumpleañera mientras se terminaban de apagar las bengalas y se producía el descorche, con el consiguiente brindis por parte de los clientes.

Su sonrisa mostraba lo comprometido que le parecía todo aquello, Manu, que observaba escondido entre sus antiguos compañeros, no paraba de reírse. Estaba disfrutando con cada una de las expresiones de su novia.

Al encenderse las luces salió el primer *stripper* de esa noche, algo que alivió a la editora. Notó como su cuerpo, que había estado en tensión durante mucho tiempo, empezó a relajarse, pues el alcohol empezaba a hacer efecto y parecía que ya nada podía empeorar las cosas.

Los ojos de todas se fueron al escenario, el chico se movía muy bien, al tiempo que se quitaba la ropa. Sylvia lo observaba, preguntándose si Manu se movía tan bien cuando era *stripper*. Su mente le jugó una mala pasada y empezó a imaginárselo allí delante de ella, bailando; produciendo una sofocante reacción en su cuerpo.

Al darse cuenta de lo que estaba pasando, sacudió la cabeza e intentó olvidarse del tema. Así que siguió bebiendo y disfrutando del espectáculo, tal y como lo hacían el resto de clientas entre gritos y aplausos.

Estos fueron en aumento en la última parte del espectáculo cuando el stripper se quedó con un simple tanga. La editora y el resto de personas que la acompañaban se unieron al alboroto de las espectadoras. Sobre todo Valeria y Mateo, que se aliaron para gritar cosas poco ortodoxas al chico sobre el escenario.

Contagiadas por el ambiente, se cohesionó el grupo y empezaron a pasárselo bien.

Entre cada espectáculo, la música sonaba para incitar el baile y las consumiciones. Los camareros aprovechaban para pasar por las mesas y preguntar a los clientes. Solían ser momentos de mucho movimiento en la barra y Cam ayudaba a sus empleados. Por eso se ausentó, dejándolas bailando en el reservado.

Después de dos canciones, bebiendo y bailando. Susana y Sylvia parecían más dispuestas a confraternizar. Se acercaron y charlaron, pero estudiándose mutuamente.

—Espero que no te molestara que Manu nos invitara, como era una reunión de amigas...

—Claro que no —mintió.

—Es que la otra vez apenas tuvimos tiempo de charlar y me gustaría conocerte mejor. —Susana lo decía de verdad, quería conocerla para sacar una opinión al respecto de su relación con su amigo.

—La verdad es que ahora no es el mejor momento —rieron.

Era evidente que la música estaba muy alta y eso dificultaba cualquier tipo de conversación entre ellas.

—Por cierto, ¿cómo está el pequeño? —quiso cambiar de tema.



—Precioso, cada día más grande. —Se le iluminaron los ojos como a cualquier madre—. Pásate otro día por casa.

—Se lo diré a Manu.

Sylvia aprovechó que Mateo la empujó sin querer para dar por terminada la conversación. No terminaba de fiarse de la amiga de su novio y temía cometer un error. Esto era también recíproco, ella tampoco terminaba de fiarse de la cumpleañera.

—¡Cari, te quiero, eres la mejor amiga que se puede tener! —gritó emocionado.

—No entiendo cómo puedes decir eso. —Era ironía.

—Cari, es sencillo; Susana Pardo, alcohol y hombres medio desnudos. Dime que he muerto y estoy en el paraíso gay.

—Será lo que quieras...

La frase se quedó a mitad, pues la música se acabó y se apagaron las luces para dar paso a un sonido horrible seguido de luces rojas. Era como si se hubieran encendido las luces de emergencia y ocurriera algo malo.

La gente empezó a gritar y a asustarse.

## CAPITULO 30



De repente, la música cambió y la gente se tranquilizó, pues era evidente que aquello era parte del espectáculo. Sonaba una melodía de suspense, lenta y creando expectación entre los asistentes. Cuando el sonido se intensificó saltaron cuatro hombres medio desnudos con un antifaz de detrás de la barra y se mezclaron entre el público.

Iban con unos shorts, obligando a la gente a regresar a sus asientos. Entre la música y la ambientación nadie retiraba la vista de los cuatro enmascarados.

La música volvió a cambiar, era como un reloj dando las horas, resultaba muy siniestro. En ese instante, los cuatro se quedaron quietos como relojes, fijando su vista en la zona VIP, las campanadas dieron pie a unos silbidos siniestros y, sin perder ocasión, ellos corrieron hacia allí.

Saltaron el cordón y la barandilla. Sylvia sintió miedo, al igual que los invitados a su cumpleaños. Su primera reacción fue apartarse de ellos, arrinconándose en la parte del fondo, pero una mano detuvo a la editora, apartándola del grupo. Los cuatro hombres la rodearon y ella se quedó mirando a sus amigos, sintiendo el pánico por su cuerpo.

Cuando la música se volvió más oscura, con los latidos de un corazón, entre dos la agarraron para llevársela al escenario. Ella pataleó y se defendió, pero eran más fuertes y todo fue en balde.

Lola quiso salir en su defensa, pero Sofía, con una sonrisa la detuvo. Sabía lo que iba a ocurrir. La policía la miró con sorpresa, pero no hizo nada, se quedó pasmada por esa reacción.

Cuando Sylvia llegó al escenario, una silla la esperaba. Con cuerdas, fue maniatada de forma leve. Estaba pasmada, no se creía lo que pasaba, hasta que empezó a sonar la banda sonora de Indiana Jones y un foco iluminó a un Manu sin barba, de pie sobre la barra.

Vestía de forma similar al personaje de ficción: sombrero de ante, chaqueta de cuero marrón, pantalón ajustado, colgando del cinturón la funda de su pistola, en el otro extremo enganchado su látigo y un bolso cruzado de los mismos tonos de su ropa. Todo ello sin camisa, luciendo su torso.

Se retiró el sombrero de la cara para darle más dramatismo y sonrió a Sylvia, que se quería morir de la vergüenza. Al contrario que el sector femenino que estaba viendo la escena, los suspiros fueron sonoros en la sala. Todas y cada una de ellas notó como aquel simple gesto les había excitado.

Entonces, uno de los enmascarados se fue hacia él para darle un golpe, pero Manu se defendió. Era un baile coreografiado para darle más énfasis al salvamento. Así fue cargándose a cada uno de los malhechores que habían secuestrado a la editora. Cuando llegó al escenario, la soltó y con los acordes más suaves, le dio un suave beso en los labios.

No hubo terminado de besarla cuando, le volvieron atacar. Él la apartó de los enmascarados y siguió con la coreografía de golpes, desenrollando su látigo de la cintura para defenderse de ellos. Poco a poco fueron desapareciendo cada uno de ellos e Indiana se aseguró una victoria más en su palmarés.

Los amigos de Sylvia, junto con Valeria estaban con la boca abierta. No se podían creer lo sexy que resultaba lo que veían. Era el héroe que deseaba toda chica en apuros. Ni pestañeaban por lo que venía a continuación, sobre todo Mateo y Valeria, cuya curiosidad por conocer la antigua profesión del bombero era máxima.

Por la trifulca que se había montado en el escenario, la silla estaba tirada en

una esquina, Manu la recogió poniéndola en el centro del escenario, produciéndose un cambio de música; *Boombastic* de Shaggy. Entonces comenzó a moverse con movimientos de hip-hop de forma lenta y sexy, al tiempo que Sylvia se quedaba de pie detrás de la silla. Poco a poco fue deshaciéndose de las prendas que tenía, mirando de vez en cuando a la editora, quería provocarla, aunque eran más efusivos los gritos del público.

Sonreía pícaramente, notando como la adrenalina recorría su cuerpo, mientras se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos todo aquello. Se divertía con la reacción que se producía con cada movimiento de su cadera al ritmo de la música. Se vino arriba, quedándole el sombrero y los pantalones sobre su piel, por lo que bajó del escenario para ponerse a bailar con una chica de la primera fila.

Sylvia se cruzó de brazos con mala cara, viendo cómo una desconocida se arrojaba todo lo que podía a su novio. A pesar de que estuviera bailando con otra, sus ojos estaban clavados en la cumpleañera. Quería ver si conseguía ponerla celosa. La cosa no se detuvo ahí, otra chica se unió al baile; cuando apareció la tercera chica, hizo un gesto con su sombrero y se despidió para regresar al escenario.

Con movimientos sensuales, se sentó en la silla de espaldas al público, mirando fijamente a la cumpleañera, levantó su pelvis y comenzó a moverla al ritmo de la música, primero rápido y luego lentamente. Cada compás de música le servía para caldear el ambiente de la sala y agregar más gritos a los que ya había conseguido entre el público.

Siguiendo con el baile, se puso en pie y continuando de espaldas comenzó a tocarse el culo con sus manos de forma energética, sus ojos no se apartaban de los de Sylvia. Ella estaba sin aliento. Su caprichosa mente la trasladó al otro día, cuando habían estado juntos y el calor inundó su cuerpo, apretó sus muslos para evitar lo que estaba pasando debajo de su falda.

Entonces el bombero, sin apartar la mirada, se volvió a sentar a horcajadas con movimientos circulares y cuando estaba a punto de tocar el asiento, se levantaba para repetir el movimiento. A la tercera vez se sentó y se viró al público para saludarles con un gesto de su sombrero acompañado de una sonrisa.

La seducción era la herramienta de todo *stripper* y la desempeñaba con soltura, por eso la siguiente melodía que sonó fue *You Can Leave Your Hat On* de Joe Cocker. Ahora le tocaba a Sylvia, la agarró del brazo y, apartando la silla la cogió en volandas para girar sobre sí mismo. Del pánico se agarró muy fuerte a él. Algo que aprovechó para soltarle las piernas y tumbarla en el escenario, cuando estuvo tendida, deshizo el nudo de sus manos para que se quedara totalmente quieta.

La editora, desde el suelo, vio como él se quitaba el pantalón, quedándose en un tanga demasiado pequeño para dejar volar a la imaginación. Ni una radiografía era tan reveladora con lo que guardaba debajo de esa prenda. Al quedarle el sombrero, lo tiró a la silla, quedando enganchado con el respaldo, eso levantó a más de una de su asiento y más de un aplauso.

Era el turno de Sylvia, se tiró encima de su cuerpo, muy lentamente, como si estuviera haciendo abdominales, bajando y subiendo suavemente, y haciendo creer a todos que estaba teniendo una relación sexual. La cosa no quedó allí, él se quedó a escasos centímetros de su cara para ir avanzando en esa posición hasta dejar su entrepierna a la altura de sus ojos, volviendo el movimiento. Ella veía claramente el volumen de su paquete y se le secaba la boca sin poder apartar la vista, apretando con mayor fuerza sus muslos.

Aquello estaba siendo duro para ella.

La música estaba acabando y tocaba terminar con el espectáculo, por lo que se puso en pie y a ella también. La puso mirando a sus amigos y su mano la obligó a inclinarse. Él, que estaba detrás comenzó a darle golpecitos como

si continuaran lo que habían empezado en el suelo. Eso hizo que notara como su cuerpo se encendía más. El bombero estaba avivando un fuego dentro de ella.

El último acorde estaba por sonar y las luces se apagarían, pero una incontrolable Sylvia, se incorporó y girándose, le besó. Se apoderó de su boca sin miramientos ni posibilidad de evitarlo. En eso que las luces se apagaron dejando a las espectadoras con ganas de ver más piel del bombero.

Eso no detuvo los piropos, ni los aplausos ni los silbidos. El público estaba entregado, pero Manu estaba más entretenido con la boca de la editora.

Cam, que lo había visto todo desde la barra, se acercó al escenario para interrumpir el momento a los enamorados, ya que necesitaba que desalojaran para continuar con la rutina del local.

—Manu, vete al almacén.

Esas palabras fueron suficientes para que el bombero se llevara a la editora al sótano del negocio. Mientras los camareros se encargaban de recoger la ropa del escenario.

Manu condujo a Sylvia por delante de camerinos y oficina del personal, hasta la puerta del almacén, allí antes de entrar abrió una caja que ponía botiquín y extrajo un preservativo, que sujetó con la pretina de su tanga. La editora, en vez de sonrojarse o avergonzarse, sonrió al darse cuenta de que el bombero apagaría el fuego que había provocado.

La llevó a un rincón entre cajas de bebidas para besarse como posesos. Sus bocas se desparramaban sin control, buscando con desesperación sofocar las llamas que llevaban dentro. Eso no sirvió de nada, pues sus cuerpos eran material inflamable con cada caricia.

Ambos, durante la actuación habían recordado su encuentro sexual y eso había provocado esa situación. Por lo que ninguno estaba pensando en lo que estaba pasando, simplemente se estaban dejando llevar.

Las manos volaban por todas las partes del cuerpo del otro, no se estaban ni un segundo quietas, la excitación era tal que la adrenalina corría como pólvora en sus venas. Detonando en cualquier momento aquella bomba que manipulaban sin miramientos.

Sin poder esperar más, él se fue a su entrepierna, ella repitió el gesto. La evidencia se palpó al momento, estaban más que listos para continuar el baile unidos por unas descontroladas caderas.

Se quitó el tanga y se colocó el condón, ella se quitó las bragas, tirándolas sobre unas cajas. Era tal su excitación que no podía esperar. En eso que él se agachó y la levantó en peso, apoyando parte de su espalda en una tonga de cajas apiladas.

—Necesito que hagas los honores, nena.

Él miró hacia abajo y ella lo entendió, necesitaba que le ayudara con su mano, por lo que fue introduciéndose el pene, al tiempo que él dejaba caer el peso de ella. Soltaron un suspiro mirando el techo al unirse. Aquello era demasiado intenso para mantenerse quietos mucho tiempo, así que no tardaron en marcar el ritmo de forma acelerada. La bajaba y subía, mientras ella se agarraba fieramente a su cuello, para causar la fricción necesaria y que ambos disfrutaran de aquel momento tan íntimo.

Tras algunos sonoros gemidos de ambos por el esfuerzo físico, el orgasmo se apoderó de ambos cuerpos. La aprisionó entre las cajas y su cuerpo, pues notaba que perdía la fuerza de los brazos. Cuando recuperó algo de aliento, la bajó con delicadeza.

Con la sensación del orgasmo en el cuerpo, sus piernas flaquearon al tocar el suelo, agarrándose a él con fuerza hasta recuperar la estabilidad. Realmente, ambos se estaban apoyando en el otro, pues él tampoco disponía de mucho equilibrio. Se iba recuperando poco a poco.

Cuando la respiración se pausó y notaron que podían valerse por sí

mismos, se separaron, ella recuperando sus bragas y él, el tanga sin el condón. Ella ni lo miraba, estaba avergonzada con su conducta. Nunca pensó dejarse llevar de aquella manera por un hombre. Aunque tenía que reconocer que el placer del momento había merecido la pena, pues jamás había sentido algo así.

Manu la miraba de reojo, no quería presionarla. Notaba su incomodidad y se imaginaba lo que venía ahora. El mismo discurso de la otra vez, que entre ellos no había nada. De tal modo que se adelantó a ella, quería demostrarle que lo que acababa de pasar no significaba nada para él.

—Sylvia. —Lo miró algo desorientada por estar perdida entre sus pensamientos—. No quiero que te preocupes con lo que acaba de pasar, esto es simplemente sexo, sé que entre nosotros no hay nada y nunca lo habrá.

Las palabras fueron un puñal que se clavó en su pecho. Era el mismo mensaje que ella había dicho la otra vez, pero oírlo resultaba doloroso. Pues en el fondo ella sabía que había mentido en la anterior ocasión.

—Sí —afirmó no muy convencida.

—¿Algún problema?

Millones, era la respuesta que hubiera querido decir, pero había sido ella quien determinó las reglas del juego y ahora se arrepentía de las mismas.

—No —mintió.

Todo estaba dicho, no había nada que añadir, a ninguno le apetecía sincerarse con el otro, ya que era quedarse expuesto. Así que lo recogieron todo, el bombero se quedó en los camerinos y ella regresó con sus amigos.

Las miradas de todos eran reveladoras, sabían lo que había pasado. Se puso colorada al momento, no se podía creer que se hubieran enterado.

Estaba en lo cierto, Valeria había logrado sacarle a Cam la información y la había transmitido para su diversión, encontrando un aliado en Mateo.

—Oye, ¿qué tal el almacén? ¿Hacía mucho calor? —preguntó Mateo ante



la atenta mirada de todos.

—No sé de qué hablas... —Se fue directa a prepararse una bebida con mucho alcohol.

—Venga, cuéntanos algo, que después de ver a Manu en el escenario nos hemos quedado con ganas de acción. —Valeria le suplicaba para obtener algún dato jugoso.

—Creo que es mejor dejar a Sylvi. —Ella le dio las gracias a Sofía con la mirada.

—De eso nada, queremos información —exigió su compañero de piso.

La editora se bebió un gran trago de su vaso, quería emborracharse y olvidarse de aquel momento.

—¿Sabes? —Valeria le indicó a Mateo—. Cam me contó una vez que Manu es un buen empotrador.

—¿Qué?

Una voz masculina se incorporó al grupo. El bombero llegó en el momento justo para oír la confesión de Valeria.

—Nos han dicho que eres bueno en el almacén. —Mateo fue sutil en la elección de sus palabras por respeto a su amiga.

—Exageraciones, Sylvia bostezó y todo —se rio guiñándole un ojo a su novia.

—Esa no es la información de la cual yo disponía —comentó inocentemente Valeria.

—Vale, ya —le pidió su cuñada.

Sylvia se hartó de los comentarios de aquellos dos, así que estalló de una forma que ni ella misma se lo explicaba.

—Manu me hace gemir como ningún otro, ¿os vale? Ahora dejamos el tema.

Después de sincerarse, se tomó un buen sorbo de su copa, no se creía lo

que había pasado. Ella no era así, sabía manejar las situaciones, pero entre la conversación en el almacén y el interrogatorio no pudo aguantar más.

La nueva imagen de Manu sin barba no pasó desapercibida por Mateo y Valeria, que se habían quedado con las ganas de meterse con la editora.

—Oye, ¿dime qué pactos hiciste con el diablo? —le preguntó Valeria.

La miró desconfiando, no se fiaba de ella y menos cuando no podía beber, resultaba más incontrolable.

—Valeria —le indicó su cuñada, pues sabía por dónde iba su comentario.

—Es que parecía un chavalín. Jo... yo quiero la crema que usa.

—Cari, cuando la sepas, chívamelo, que una tiene que mantenerse joven para conseguir marido.

La editora no había caído en eso, el bombero sin barba había rejuvenecido. Parecía que estaba saliendo con un adolescente. No aparentaba sus treinta años, cualquiera le echaría unos veinticinco como mucho. Ahora sí que era una asaltacunas.

—Venga, Manu, dime —Valeria se enganchó su brazo.

—Genética.

—Es verdad, estás muy guapo sin barba, ¿no, Sylvi?

—Pues a mí me gusta más con barba —confesó la editora, pues no le gustaba la idea de ser una vieja al lado de su pareja.

—No te preocupes, pienso volver a ella. —La agarró de la cintura, atrayéndola hacia él para besarle la punta de la nariz. Dejándola con las ganas de un beso más íntimo.

—Oye tú, bombero, ven a bailar, que quiero divertirme esta noche —le gritó Valeria al ver que no iba a lograr sacar más nada de su nueva imagen.

Risas y bebidas se derramaron el resto de la noche, además de algún que otro baile, hecho que generaba cierto grado de celos cuando el bombero se acercaba demasiado a alguna. Entonces aparecía Sylvia, arruinando el

momento. Estaba defendiendo su territorio, a pesar de estar achispada por el alcohol. Aunque fue más descarado cuando una de las clientas se acercó a la zona VIP para hablar con él, lo que provocó la ira de la editora, besando apasionadamente a su novio.

Susana la observaba y sonreía, le empezaba a gustar Sylvia; pues eso quería para su amigo, una mujer enamorada de él.

## CAPITULO 31



Domingo, 25 de septiembre de 2016.

Después de pasar el día anterior hecha una mierda por la resaca, al igual que su compañero de piso, se encontraba mejor, así que a las cinco de la tarde decidió hacerle una visita a Manu para hablar sobre su viaje a Cuenca.

Desde que se abrieron las puertas del ascensor, ella oyó los ladridos del perro. Se notaba que estaba del todo recuperado y el miedo empezó a invadirla. Se quedó allí parada delante de la puerta, sopesando si tocar o no.

Manu, que le había abierto la puerta del portal, al notar que tardaba, abrió la puerta de su casa y la vio allí, parada. Ariel salió sin que el bombero lo pudiera detener, se fue directo a la editora. Olisqueó sus pies y se quedó quieto a su lado, esperando un gesto cariñoso de ella.

—Creo que quiere que lo acaricies —le indicó.

—¿Yo?

Estaba pasmada, no se podía creer lo que le decía. Al cambiar la mirada de él a su perro, se topó con unos ojos marrones que le estaban suplicando una caricia. Su corazón se llenó de compasión y con dos dedos rozó la cabeza del animal. Inmediatamente ladró, asustándola, y comenzó a mover la cola emocionado.

—¿Me intentas robar la novia? —le preguntó al animal.

Ladró en respuesta.

—Sylvia, vas a tener que elegir entre uno de los dos —rio ante su

comentario.

—¡Muy gracioso!

Sintió un ruido dentro, era la risa de un niño pequeño.

—¿Tienes visita? —preguntó intentando ver algo.

—Sí, es Cam y el pequeño Erik que han venido a verme.

No entendía que hacía su ex en su casa, si buscaba otro padre para su hijo, Manu estaba ocupado.

Cuando se percató de su pensamiento, se sintió culpable, el bombero y ella no tenían nada, pero estaba celosa. Extrañamente amenazada sin motivo.

—Mejor me voy.

—No, quédate —le indicó que pasara con la mano.

—Vale, pero será un momento porque tengo prisa.

Pasó por compromiso, prometiéndose no estar más de dos o tres minutos.

Un entusiasmado niño pelón de unos siete meses le sonrió. Su madre lo tenía cogido en brazos, mirando para la puerta, así que se topó con unas enormes mejillas sonrosadas de lleno.

—Hola —le sonrió Cam.

—Hola —dijo sin mucho entusiasmo, mientras entraba en la casa con el perro a su lado en todo momento. El bebé la había dejado tan hipnotizada que no se había dado cuenta.

Una vez cerró la puerta, Manu se fue directo al niño y lo cogió zarandeándolo en el aire. Sus risas no se hicieron esperar. Tanto su madre como la editora observaban al bombero jugando con el pequeño.

—Le gustan los niños... —soltó con un sabor amargo en su boca.

—Eso es porque no lo tiene las veinticuatro horas, te lo aseguro —le señaló Cam.

—Tu madre es una criticona, no le hagas caso.

—Eso quítame autoridad, como si no me viera sola en muchas ocasiones.

Manu la miró y le hizo una mueca de complicidad.

De pronto, el móvil de la madre del pequeño sonó, y al mirar la pantalla puso los ojos en blanco, era su pareja.

—Cógelo y habla con él.

—Odio cuando tienes razón.

Se fue hasta el dormitorio para hablar más tranquilamente, mientras Manu y Sylvia se quedaron en la sala cuidando al bebé.

—¿Qué ocurre?

—Han discutido y se sentía mal, por eso vino a verme.

—Normal, busca a un padre para su hijo.

No se creía lo que había dicho, una cosa era pensarlo y otra soltarlo sin más. Se quedó tragando en seco sin saber cómo arreglar aquella situación.

El bombero la miraba desconcertado, aquel comentario era desafortunado, a no ser... que estuviera celosa. Podía darse esa situación. Ella, doña normas, la que se encargaba de especificar el tipo de relación que tenían, ¿tenía celos?

Alucinaba con sus conclusiones y se preguntaba si andaría desencaminado al respecto.

—Yo me ofrecería voluntario.

Ella lo miró espantada.

—¿Qué?

—No sería raro; es mi amiga, fuimos pareja, me gustan los niños... —hizo una pausa para enfatizar sus palabras, mientras no les quitaba los ojos a las distintas expresiones de su cara—. ¿No dicen que donde hubo fuego, quedaron cenizas?

Ella quería disimular, pero sus palabras le impactaron de una forma que no esperaba.

De pronto, unos gritos en el dormitorio le hicieron reaccionar. No podía seguir allí, necesitaba irse.

—Acabo de acordarme de que he quedado con... —su boca era más rápida que su mente— Sofía. Ya hablamos en otro momento, adiós.

—¿Quieres que me despida por ti con Cam?

Se quedó bloqueada durante unos segundos, lo último que le apetecía era escuchar ese nombre.

—Sí —afirmó por compromiso.

Casi atropellando a Ariel en su huida, salió escopeteada de la casa del bombero. Al llegar al ascensor, se llevó las manos a la cabeza. Se sentía tan idiota. Además, le asustaba aceptar lo que realmente le pasaba. Aunque era peor imaginarse a Manu con su ex, besándose apasionadamente. Los celos se la estaban comiendo por dentro.

Dentro del piso, en el salón, el bombero se reía de lo sucedido. Su ego había crecido y se sentía feliz.

—Creo que tu tía Sylvia, está celosa de tu mamá —soltó varias carcajadas.

En el dormitorio continuaban los reproches y reclamos de la pareja, cortándole la diversión al bombero, al ver la gravedad del asunto de su amiga.

## CAPITULO 32



Lunes, 26 de septiembre de 1994.

Eran las siete de la tarde cuando el inspector González entraba por la puerta de su casa. Sentada en la sala, su esposa miraba una revista, aunque no le prestaba atención. Andaba perdida en sus pensamientos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupado.

La conocía perfectamente y sabía que algo había ocurrido. Una persona tan atenta como ella, jamás dejaría pasar el sonido de la cerradura de la puerta. Su instinto policial le indicaba que algo ocurría y tenía que ver con el nuevo miembro de su familia.

Tenía entendido que las sesiones con el psicólogo estaban siendo muy positivas, hasta el punto de que cada día, el pequeño se sentía más integrado en su familia y se encariñaba más con su esposa. Lo mismo le pasaba a ella. En el caso de él, era diferente, era más prudente. No sabía lo que iba a ocurrir con el menor y debía ser realista con su situación. Si los Servicios Sociales le encontraban un hogar estable, el golpe sería duro y necesitaba mantenerse fuerte para recomponer lo que quedara del corazón de su esposa.

Por eso y otros motivos, no gastaba tiempo en conocerlo, prefería dejarlo estar hasta saber cuál sería su verdadero futuro.

—Paco, perdona, me he despistado con la hora.

Sintió vergüenza, no tenía nada preparado, se había despistado y su marido llegaba con hambre del trabajo. Si su madre la viera no tardaría en reñirla.



Una esposa jamás podía cometer una torpeza así.

—Tranquila, no pasa nada.

La retuvo a su lado, quería saber lo que había ocurrido. Su trabajo se había trasladado a su hogar sin darse cuenta.

—¿Qué? —Notó el interrogatorio que se avecinaba y no pudo evitar mirarle con cariño, acariciando su mejilla—. ¡Eh, no pasa nada!

Era mentira y el inspector lo sabía, se sabían leer. Por ello, le mantuvo la mirada y no la soltó, no le gustaban las apariencias ni nada que les pudiera separar.

—De verdad, que no es nada.

—No te creo —se lo dijo muy serio.

Su cabeza comenzó a tramar su siguiente paso, pues no era el momento de contarle a su marido lo que había descubierto.

—Es por ese niño —no quiso decirlo con desprecio, pero no lo pudo evitar.

—Paco —le regañó.

Ella sabía que no le valdría cualquier excusa, por eso era tan bueno en su trabajo.

—Sí, es por él.

La llevó hasta el sillón y la obligó a sentarse a su lado, quería que le contara todo lo sucedido.

—Ahora dime qué ha ocurrido.

Suspiró y la frente de su marido se arrugó tanto que ni protestó, no le merecía la pena. Así que tomó la decisión de contarle lo necesario para que se quedara tranquilo.

—Hoy teníamos cita en el psicólogo y... —la interrumpió, todo lo que tenía que ver con ese niño le ponía la piel de gallina, solo lo aceptó en su casa por no llevarle la contraria a su esposa.

—Eso ya lo sé, ¿qué te ha dicho el médico?

—No es lo que me dijera el médico, Paco, es lo mal que lo ha pasado esa criatura, ¿cómo su padre le podía hacer tantas cosas malas? ¿Cómo se le puede hacer daño a un ser tan vulnerable? —Las lágrimas salían sin control de sus ojos—. ¿Cómo se puede ser tan ruin para pegar a tu hijo? ¡Que es tu hijo, carne de tu carne!

—No llores —La estrechó entre sus brazos para consolarla.

—No puedo evitarlo... —se le ahogaban las palabras en la garganta.

—Este era el principal motivo por el cual no quería que ese pequeño viniera aquí. Nuestra familia no tiene que pagar el pato de cualquier desgraciado.

—Paco. —Se separó de él, mirándolo enfadada—. No vuelvas a decir eso. ¿Dónde queda la caridad cristiana? Te voy a pedir que no lo vuelvas a repetir en tu vida, o al menos en esta casa.

No se lo podía creer, ni en su propia casa podía decir lo que pensaba sin llevarse una regañina de su esposa.

—No lo diré más.

—Gracias. —Se puso en pie para ir a la cocina—. Voy a preparar la cena.

El inspector ni se atrevió a decir más nada. Su esposa era una persona admirable por su gran corazón y él jamás haría nada en contra de eso.

De camino a la cocina, ella ni se creía la suerte que había tenido. Había conseguido salir airosa de una situación algo incómoda. En ese instante tomó la decisión de que guardaría lo que sabía hasta descubrir lo que había pasado realmente en ese incendio, ya que temía la reacción de su marido si llegaba a saber lo que había averiguado sin proponérselo.

## CAPITULO 33



Martes, 27 de septiembre de 2016.

Con un café en la mano la esperaba Lola en la misma cafetería en la que se citaron la vez anterior. Le tenía novedades, noticias que no le iban a gustar.

Después de que se produjera la auditoría, pudo meterse en el sistema para averiguar más cosas del pasado de Manu. Resultó muy simple con su documento de identidad, por lo que podía contarle muchas cosas.

La editora llegó con la respiración entrecortada, no tenía mucho tiempo, tenía una reunión con su jefe a las nueve y media, por lo que apenas había tenido tiempo de mirarse nada. Aunque eso no la detuvo, al ver el mensaje aquella mañana no lo dudó ni un segundo y la citó en aquel lugar.

—Hola, ya estoy aquí —dijo con la voz entrecortada.

—Hola, tranquila, ¿quieres algo?

—Me vale con tu zumo de naranja.

La policía se había pedido un menú que incluía un zumo que su amiga se estaba tomando delante de su cara.

—Sabes que anoche tuve guardia y no he dormido nada. Así que más te vale no robarme más comida.

—Lo siento es que tengo prisa, dime. —Le apremiaba descubrir qué le tenía que contar—. Es el niño del incendio, ¿verdad?

Lola la miró directamente a los ojos para contarle lo que había averiguado, y sabía que no le iba a gustar.

—No, no es él. Te lo dije, que no te debes fiar de una noticia.

—No puede ser, coincidían el año y las iniciales.

—Como detective eres una mierda...

—Gracias —la interrumpió ofendida.

—Perdona, pero es que cualquiera se daría cuenta de que eso no es base suficiente de una investigación. Ningún fiscal te admitiría eso como prueba.

La editora no esperaba encontrarse como al principio sin nada sobre él.

—Si no es él, ¿por qué se puso así cuando le pregunté por su padre?

—No tengo toda la información, pero tengo algo.

—¿Qué? —Sonaba desesperada y lo estaba.

Sacó un papel de su bolso con anotaciones.

—Si alguien se enterara de esto, perdería mi trabajo, no se puede dar esta clase de información sin una autorización judicial.

—Lola —le suplicó.

—Manu se quedó huérfano en agosto del 1994, su madre falleció en el hospital y fue dado en acogida a una familia amigos de su madre, eso pone el expediente. Nunca fue adoptado, tiene los apellidos de sus progenitores.

—¿Y su padre está muerto?

—Está vivo... —No la dejó acabar.

—¿Vivo? —Su sorpresa era máxima.

—Sí, pero tengo más...

—Lola, por favor, habla —se desesperaba.

—Por lo que he podido averiguar, su padre estuvo en la cárcel por estafa y blanqueo de capitales, entre otras cosas...

—¿¿Qué?! —gritó sin darse cuenta.

—¿Quieres bajar el volumen de la voz? No estamos solas —le reprochó.

—Disculpa, es que...

—Mira Sylvia, no quise mirar más porque no quiero problemas en el trabajo, así que, si quieres averiguar más cosas de su padre, pídeselo a otra, no voy a jugarme el puesto por una cosa de estas.

—Sí, claro, te entiendo.

La editora se quedó rumiando toda la información que le acababa de proporcionar su amiga. Intentaba encajar cada una de las piezas, pero algo no podía evitar preguntarse cuál era el motivo por el cual Manu no hablaba de su padre. ¿Tan terrible había sido para que él negara su existencia? La misma iba y venía en su cabeza, con los mismos interrogantes.

—¿Qué piensas? —Lola la sacó de sus pensamientos.

—En nada y... en todo...

—Sylvia, no te comas más la cabeza con ese niño, puede ser cualquiera.

—¿Qué niño?

—El del incendio, el de la noticia del periódico que te di.

—¡Ah! —Ni se acordaba de eso.

—Si no era eso, ¿qué pensabas?

—Estaba dándole vueltas a algo... —Se quedó callada analizando lo que decía.

—Ahora soy yo la que te pide que hables, no me dejes así.

—Cuando le pedí a Manu que me contara cosas de su pasado, me dijo que “él no hablaba de ese hombre” creo que esas fueron sus palabras. Entonces, ¿qué fue lo que pasó para que diga eso? ¿Tan terrible es lo que hizo?

—No sé, pero según lo que cuentas algo malo pasó.

—Eso mismo pienso yo, pero ¿qué?

—Vas a tener que preguntarle.

—No va a querer contarme nada, no confía tanto en mí.

—Se supone que eres su novia, ¿no confía en ti?

Se quedó sin sangre en las venas al darse cuenta de lo que había dicho.

—Es que me dio la sensación de que le afectaba ese tema...

—También lleváis poco tiempo.

—Claro.

No cómo había conseguido salir bien parada de aquella situación, pues podía haberla descubierto.

Durante la reunión se pasó gran parte del tiempo ausente. Tuvo que mentirle a su jefe diciendo que tenía un problema personal para que no le echara la bronca, pero es que no podía dejar de pensar en las novedades que le había dado Lola. Todo era tan raro que necesitaba saber más. Se estaba volviendo una obsesión.

En medio de sus cavilaciones, creyó ver una solución a todo aquello, quedar con las hermanas de Manu. Cuando había coincidido con ellas, parecían unas personas habladoras, por lo que se creía con la suficiente fuerza para tocar las teclas justas y le contaran todo.

Sin pensarlo detenidamente, cogió su móvil y lo llamó.

—Hola, nena, ¿tanto me extrañas?

—Mira, quiero hablar con el que se supone que es mi novio, no con el idiota. —No estaba de humor para aguantar sus bromas.

—Lo siento, pero aquí solo está el idiota de su amigo, pero puedo pasarle el recado a tu supuesto novio.

—Dile que quiero que me organice una comida con sus hermanas.

—¡¿Tú estás loca?! —gritó—. De eso nada. Mis hermanas son un peligro, lo pueden descubrir todo.

Si algo temía el bombero eran los reproches y los insultos que tendría que aguantar el resto de su vida si sus hermanas se enteraban de que su relación resultaba ser una farsa.

—Sé cubrirme las espaldas, no te preocupes.

—Vamos a ver, ¿por qué quieres quedar con ellas?

No se esperaba esa pregunta, le costó encontrar una respuesta que resultara coherente.

—Pues... creo... que... estaría bien. —Se recriminó por la pésima respuesta que estaba dando.

—¿Qué? —Estaba desconcertado.

—Lo que has oído, que estaría bien que me conocieran. —Se volvió a enfadar con ella misma.

—Definitivamente, ¿quién eres tú? Porque se supone que yo no saldría con una persona tan estúpida.

—Oye —le reclamó.

—No pienso hacerlo.

—Manu, no.

—Dame un buen motivo para ponerte en la boca del lobo.

No paraba de decirse que tenía que convencerlo o jamás descubriría que le pasó en su infancia.

—¿Tú no dices que son unas pesadas? Pues si como con ellas un almuerzo rápido, te dejarán tranquilo un tiempo y cumpliré mi parte del trato.

Le gustó la idea, si sus hermanas se quedaban satisfechas, él podría estar tranquilo una temporada, sobre todo, porque Maca estaba muy pesada con la idea de conocer mejor a Sylvia.

—Vale, pero quiero que tengas mucho cuidado, son como tiburones al oler sangre.

—No será para tanto.

—Estás advertida.

La editora respiró aliviada. Tenía lo que quería, pronto hablaría con sus hermanas y podría cubrir las lagunas que tenía respecto a su pasado.





## CAPITULO 34



Jueves, 29 de septiembre de 2016.

A las doce se vieron en la estación de trenes para ir a Cuenca. El primero en llegar fue Manu, con una bolsa de deporte, a los cinco minutos apareció Sylvia con una pequeña maleta y una mochila a su espalda con trabajo para adelantar en las horas muertas. No lo podía evitar, se sentía culpable de pasarse dos días fuera con todo lo que tenía que hacer.

—Manu, me gustaría dejar un par de cosas claras. —Carraspeó para aclararse las ideas. Temía que el bombero confundiera el motivo de aquel viaje.

—Creo que fuiste muy explícita por teléfono.

—¿Algún problema?

—¿Alguna vez te relajas y te dejas llevar? —preguntó molesto.

Manu estaba cansado de sus aclaraciones, limitando aquella especie de contrato verbal que tenían sobre su relación. Al principio le hacía gracia, pero hacía tiempo que no le parecía tan divertido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres que sea sincero? —Ella afirmó—. Tienes que controlarlo todo, resulta agobiante.

—Ponme un ejemplo.

—Somos dos desconocidos, pero entre nosotros no hay nada —uso un tono de voz femenino—. Luego, somos amigos, pero sigue sin haber nada.

—Sólo intento que no se malinterpreten las cosas entre nosotros.

—De eso nada, intentas etiquetarlo todo para tener mayor control.

—Eso no es malo —le indicó con tono brusco.

—¡Vale, lo que tú digas! —No le apetecía discutir, así que le dio la razón sin creer que la tenía.

—¿Me estás tratando como a las locas?

—No, para nada. —Tiró de ironía para resaltar su mentira.

En ese instante, Ángel y Sofía hacían acto de presencia. La editora les hizo una señal a sus amigos por la tardanza y el escritor se limitó a poner mala cara, señalando a su prometida. Esta puso los ojos en blanco y sonrió sin darle mayor importancia. Por lo que se sobreentendió que sus expresiones serias eran por la espera.

Esta vez, el bombero la había mosqueado mucho, no entendía a qué venían sus reclamos. No solo eso, sino que además no soportaba cuando se comportaba como un idiota, y lo malo era que tenía pinta de que lo iba a hacer todo el viaje. Por lo que tendría que tirar de paciencia para controlar la situación.

El mal humor de Manu venía por otro motivo. Se le estaba haciendo cuesta arriba aquella mentira, no era una persona a la que le gustaran estas cosas y todo esto se estaba convirtiendo en un castillo de naipes. Además, el verse obligado a pasar el fin de semana con el escritor, le hacía más insoportable toda aquella situación.

En realidad, todo resultaba ser más fácil de lo que querían ser conscientes. Ambos estaban sintiendo algo fuerte el uno por el otro y temían enamorarse sin ser correspondidos. Algo que no deseaban reconocer, pues supondría ser vulnerable ante el otro.

En vista de que tenían que esperar, Manu y Sofía propusieron ir a comer algo a una de las cafeterías, enfrascándose en una conversación nada más

sentarse sobre situaciones en el trabajo. En cambio, sus parejas se quedaron observando como si fuera un partido de tenis, ninguno aportaba nada, algo a lo que no le dieron importancia.

Al bombero le caía bien la amiga de su novia y se sentía cómodo con ella. Lo mismo le ocurría a Sofía. Por eso no entendía las reservas de su novio, aunque esperaba que limaran asperezas durante esos días.

Tocó subirse al tren y, nada más arrancar, Ángel acaparó las miradas de todos.

—Sylvia, ¿te importaría si nos reuniéramos en el hotel para concretar lo de esta tarde y mañana?

—Cariño. —Sofía le tocó la pierna para reclamar su atención—. Si lo tienes todo preparado. No creo que sea necesario, relájate y disfrutemos del viaje.

Torció el gesto, no le gustó que su novia se metiera en su petición.

—Por favor, es que me gustaría que la editorial le diera el visto bueno.

Ignoró el comentario de su prometida.

—Eh... —La editora se sintió incómoda, no sabía que responder, pero al final aceptó—. Vale, como quieras.

—Bueno... —dijo Sofía desencantada al ver el plan de su novio y su amiga.

—Sofía, ¿te parecería bien que nos encargáramos de averiguar lo que podemos hacer viernes y sábado? —añadió Manu.

—Me encanta tu idea. —Ella bailaba en su asiento al hablar.

—Os aviso de que soy muy exigente con los guías —bromeó Sylvia.

—Sylvi, te aseguro que Manu y yo seremos los mejores guías que has conocido.

—Ya se verá.

Quitando a Ángel, el resto se reía e intentaba crear un ambiente distendido.

Él se limitaba a mirar por la ventana, dándole vueltas a su siguiente paso.

Al llegar al hotel, se fueron directamente a sus habitaciones para dejar las cosas, luego las parejas se separarían según lo que habían planificado. La habitación era muy simple una cama de matrimonio con una pequeña mesa en una esquina y dos sillas, además del cuarto de baño. Era un hotel cómodo y sin grandes lujos. Un lugar perfecto para pasar esos cuatro días.

El escritor esperaba a Sylvia en su habitación con un montón de papeles sobre la mesa, era su guion para las dos presentaciones que tenía planificadas. Ella se sentó delante de él y dejó que hablara. Al igual que su amiga, creía que la inseguridad de Ángel eran nervios, pues no era la primera vez que presentaba una novela y las veces anteriores lo había hecho muy bien.

Veinte minutos más tarde, había leído su presentación y no había objeciones. Estaba muy bien planteada, por lo que no pensaba seguir allí mareando la perdiz con todo el trabajo que tenía ella pendiente.

Se levantó y antes de poder dar dos pasos para alejarse, notó que él le había agarrado del brazo. Tiró para liberarse, pero Ángel apretó más fuerte. La miraba suplicando que no se fuera y ella no podía permitir que se acercara mucho más.

—No te vayas, tenemos que hablar.

—¿Hablar? —se asustó.

El escritor usó su fuerza para alejarla de la mesa y que se acercara a él. Necesitaba contarle lo que le ocurría. Estaban a menos de un palmo el uno del otro, ella bajó la mirada, no podía mantenerse.

—Mírame —le pidió. No lo hizo—. Sylvia —le volvió a suplicar—, por favor.

Levantó la vista, sintiéndose muy incómoda. Por eso intentó alejarse, pero él la retuvo con las dos manos, no pensaba perder aquella oportunidad.

—¿Qué quieres? —estaba nerviosa y su voz se entrecortaba.

—Cometí un error, no debí dejarte.

Se le heló la sangre al oír aquellas palabras. Esas que llevaba meses deseando, las mismas que tanto anhelaba escuchar, pero no ocurrió lo que había imaginado. Pasó todo lo contrario a lo que ella esperaba; se sintió violenta e incómoda, no le gustó que se las dijera.

—Esto... —Carraspeó, mirando las manos que la sujetaban con fiereza—. Mejor suéltame y lo hablamos más tranquilamente.

No temía que le pudiera pasar algo, pero una sensación desagradable empezó a recorrerle el cuerpo, notaba que estaba en el lugar y momento equivocado.

—Acabo de ser sincero y eso es lo que me dices. —Estaba desconcertado no esperaba esa reacción. Creía que ella aún sentía algo por él.

—No sé qué decirte... yo... —tartamudeaba—, es que... yo...

Sus ojos se oscurecieron, al notar cómo se alejaba emocionalmente de él.

—¡No! —gritó, asustándola— ¡No pienso permitir que te alejes de mí!

Se abalanzó, mientras ella intentaba zafarse. Él buscaba desesperadamente sus labios y Sylvia intentaba evitarlo por todos los medios.

—Ángel, no... suéltame...

Aquellas palabras solo sirvieron para que no cesara en su empeño.

—Yo te quiero, no he podido olvidarte.

—¿Qué?

Sé quedó sin aliento al oír aquello. Una cosa era que tuviera dudas y otra muy diferente que le dijera esas palabras que implicaban tanto. No se lo creía, era como si hubiera salido de su cuerpo y lo viera todo desde fuera.

Entonces aprovechando su desconcierto, Ángel la besó con pasión, pero ella estaba inerte, sumergida en su confusión. No fue hasta que volvió en sí que se revolvió, pisándole con fuerza para que la soltara.

Pasmado y sin entender su reacción, la liberó y ella se alejó, pero antes le

dio un fuerte bofetón de la rabia y del asco que sentía por lo que había hecho.

—No vuelvas a hacer eso. —Estaba muy enfadada—. Tengo novio.

Al oírse, se sintió estúpida, pues en verdad no lo tenía.

—Sylvia, yo...

Intentó acercarse, pero ella se alejó. Quería arreglar las cosas antes de que se marchara.

—No te atrevas a tocarme, ahora mismo no quiero saber nada de ti.

Se fue como alma que lleva el diablo hacia su habitación, nada más llegar, las lágrimas aparecieron sin permiso. Se sentó en el suelo, mientras dejaba fluir todas las emociones. Se sentía mal con ella misma, por darse cuenta de que lo que había deseado durante tanto tiempo ya no era así; y desilusionada con el escritor, pues nunca creyó se atreviera a tanto.

Cuando se sintió más calmada, se dio una larga ducha, necesitaba deshacerse de todo eso, pues esa tarde tendría que verle. Lo peor era que debía disimular por su amiga, ella no podía saber nada.

Por otro lado, Ángel se puso de muy mal humor al ver como se había ido Sylvia. Los folios que estaban sobre la mesa volaron por la habitación, los había tirado en un acto de rabia e impotencia.

Jamás se hubiera imaginado esa reacción. Estaba seguro de que ella seguía enamorada de él, a pesar de haberse liado con el bombero. Ahora era consciente de que estaba equivocado y de que su ex se encontraba más unida a su novio de lo que pensaba.

Sylvia estaba sentada en la cama, dándole vueltas a lo sucedido; no conseguía quitárselo de la cabeza. No entendía cómo podía haberle dado tanto asco que la besara, cuando ella suspiraba por sus huesos hacía tan solo unos días. Resultaba ilógico todo, sobre todo, el sentimiento de culpa que tenía en el pecho. Lo peor radicaba que esa sensación no sabía si era por

Sofía o Manu, no lo tenía claro. Se llegó a plantear si era por los dos. Todo era demasiado confuso.

El sonido de la puerta abriéndose la trajo de vuelta a la realidad. Al ver a Manu, no pudo evitar correr a él y abrazarle con fuerza.

—¡Eh! —rio ante aquel recibimiento.

—No digas nada y abrázame, por favor. —Su voz sonaba a desesperación y él se asustó, pero no dijo nada.

Tras unos minutos allí plantados, el bombero no podía esperar más y necesitó hacer la pregunta que quería haber hecho al entrar.

—¿Ahora me dirás qué pasa?

—Preferiría seguir así más tiempo.

—Sylvia, aunque me encanta tener mujeres guapas pegadas a mí, me gustaría saber qué está pasando.

—Vale, pero no me juzgues —le suplicó.

La editora se sinceró contándole todo lo ocurrido, pero en ningún momento le miró, ocultó su rostro en su pecho, al tiempo que Manu escuchaba atentamente.

—¿No vas a decir nada? —preguntó temerosa por su respuesta.

—¿Qué quieres que te diga? —Él se apartó para verle la cara—. Me pediste que no te juzgara.

—Pero tendrás una opinión, ¿no?

—Claro que la tengo. Es lógico todo esto, al conocerme a mí, él te parece insípido.

No quería hacer un chiste, pero no sabía si podía ser sincero.

—Manu, necesito a mi amigo, no al idiota.

Suspiró para intentar organizar sus ideas.

—En primer lugar, el idiota es parte de mí, así que los dos vamos juntos. Segundo, ese tío es un gilipollas que no sabe lo que quiere. Sofía es una tía

genial, no entiendo cómo le puede hacer algo así. Tercero, Sylvia te mereces algo mejor, los tíos así solo dan problemas; se quieren demasiado a sí mismos.

—¿No crees que esté celoso?

—Si te soy sincero, no me extraña. Es normal. —No le gustaba verla tan triste, así que optó por el chiste fácil—. ¿Acaso no te has fijado en mí? —señaló su cuerpo.

Ella sonrió. No se esperaba ese comentario.

—Oye. —Le cogió la mano y la llevó hasta la cama para sentarse juntos—. Lo importante ahora es cómo te sientes. Si quieres volver con él o... —No continuó, lo dejó en el aire.

—Creo que no quiero, me dio asco cuando me besó y, entre más lo pienso, más segura estoy de que Sofía tenía razón.

Sacudió la cabeza sorprendida por el giro de los acontecimientos.

—Un momento, ¿Sofía sabe esto?

—No y no puede saberlo —dijo alarmada ante la idea de que su amiga se enterara de algo—. Me refería a su teoría de las parejas.

—Explicame eso.

—Ella dice que Ángel y yo somos demasiados iguales y que por eso lo nuestro estaba destinado al fracaso. Considera que las parejas se deben complementar, por ejemplo; tú eres más divertido y extrovertido, yo más controladora y seria.

—Me parece una chorrada —rio a carcajada limpia.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría?

—Ninguna, no me gustan las etiquetas. Me siento bien con una persona y estoy con ella. No me complico.

—¿No quieres tener familia?

—Claro, pero yo no busco una madre para mis hijos o una esposa fiel.



Prefiero alguien que me quiera y me respete, lo demás se va viendo sobre la marcha.

—Eres un anarquista.

—No, Sylvia, soy realista. Las personas estamos defraudando continuamente a otras. La cuestión es ¿a pesar de eso, puedes estar con esa persona? —La dejó sin palabras—. La vida es muy corta para amargarse; si quieres fidelidad, haz como yo, cómprate un perro —rio para quitarle dramatismo.

—Entonces, según tú, no merece la pena enamorarse.

—Yo no he dicho eso. Lo que he dicho es que el futuro no está escrito y que no sabes lo que va a ocurrir mañana para planificarlo o si un día te levantas y te das cuenta de que no quieres estar con esa persona. El ser humano es egoísta por naturaleza, por eso no me complico la vida, pensando en que no tengo pareja o hijos. Si tiene que pasar, pasará...

—¡Qué fácil ves las cosas!

—No, es mi carácter. Tú jamás podrás pensar así, ni tampoco tu amigo, el escritor. —Señaló la habitación de al lado—. Sois demasiados cuadrículados. En realidad —reflexionó para sí mismo—, Sofía tiene razón, sois iguales —rio.

—Entonces, ¿qué hago?

—Lo siento, pero no voy a decirte lo que debes hacer, eso no es asunto mío. Eso debes decidirlo tú, no yo.

Quizás aparentemente la conversación no le había servido de nada, aunque no era así. Le había demostrado algo, Manu no quería manipularla, era un tipo legal.

## CAPITULO 35



Los cuatro llegaron a la librería, pero se separaron en dos grupos nada más entrar. Sylvia y Ángel debían hablar con el encargado, en cambio, sus parejas deambulaban ojeando los diferentes libros que habían expuestos.

La editora estaba muy seria, no se sentía muy cómoda estando a su lado, pero ante todo era una profesional. Por otro lado, el escritor estaba esperando la ocasión para hablar con ella, tenía la esperanza de poder arreglar las cosas.

En medio del trajín para organizarlo todo para la presentación, él vio su oportunidad, pues sus acompañantes estaban en el otro extremo de la tienda.

—Quería disculparme por lo de antes, perdí los papeles.

—No es necesario. —Sylvia buscaba desesperadamente a Manu con la mirada, no quería hablar del tema.

—Sylvia. —Ángel le tocó el brazo para llamar la atención y ella se alejó temblando—. ¿Quieres mirarme? —le reclamó.

—Mejor aquí no.

—No quieres problemas con el bombero.

Lo miró pasmada, le iba a montar una escena de celos, cuando había sido él el que la dejó a ella.

—No —negó mirándolo como si fuera un desconocido.

—¿Vas a perdonarme? —Su voz se tornó más tosca.

—Sí, claro —dijo con una media sonrisa.

—Me gustaría que pudiéramos seguir siendo amigos.

Su desconcierto fue en aumento.

—No te preocupes.

—Sylvia. —Intentó volver a tocarla, pero ella fue más rápida esta vez—.  
¿Huyes de mí?

Era un acto reflejo, no lo podía evitar, pues todavía tenía muy presente lo ocurrido.

—¿Todo bien?

La voz de Sofía hizo que la editora pegara un bote del susto. Se llevó la mano al pecho y sonrió, agradeciendo su aparición en aquel instante.

—¿Sylvi? —La mirada de su amiga le decía que sospechaba algo.

—Tranquila, los nervios antes de un estreno. El pequeño se estrena en sociedad —rio de forma nerviosa.

Por la expresión de su cara, cuando se acercaron, el bombero supuso que Ángel y ella no habían estado hablando del tiempo. Se imaginó que la estaría agobiando después de lo ocurrido, así que le echaría un cable y no la volvería a dejar sola.

—Voy a regalarte un libro —le indicó a su novia.

—Yo también voy a regalarte un libro, cariño. —Sofía sonreía, mirando a su prometido.

Ambos ocultaban en sus espaldas un libro, querían gastarles una broma a sus parejas. Se miraron para mostrarlos a la vez, un simple gesto con la cabeza fue la señal para enseñar lo que ocultaban.

—El *Kamasutra* —Sylvia no podía dejar de reír. Le hizo muchísima gracia que le quisiera regalar ese libro—. Pero si a ti no te hace falta ese libro —fue muy sincera, pues a su memoria vino la noche en el almacén.

—Sofía —le reclamó su prometido. No le había gustado nada la broma y no entendía el motivo de la risa de su editora, y mucho menos su comentario.

Su risa estaba empezando a ser contagiosa, por lo que su novio y su amiga

se unieron a las carcajadas.

—¿Queréis parar? Estamos llamando la atención —exigió Ángel, mirando para todos lados.

—Cariño, era una broma.

—Eso, no te enfades, que pienso comprar tu novela para Ariel.

—¿Ariel? —Sylvia se quedó perpleja, no entendía el motivo de que le fuera a regalar la novela a su perro.

—Es que... —Hizo una pausa para dramatizar—. El *Kamasutra* para perros no lo tienen, y cómo no sé qué llevarle...

Las risas de los tres se volvieron a desatar y el escritor, profundamente ofendido, se largó hacia donde estaba la zona donde iba a realizar la presentación.

—Ángel, no te pongas así —le reclamaba su prometida—. Sylvi, me encanta tu novio, me cae genial —era del todo franca.

—Dice que soy guay —le indicó muy pagado de sí mismo.

—Tengo que reconocerlo —le aplaudió—, me has alegrado la tarde. Por eso, te voy a regalar el libro. —Se lo quitó de las manos.

—Te estaba agobiando, ¿verdad? —le susurró.

Ella miró en la misma dirección que él y descubrió al escritor, moviendo las manos de forma nerviosa, mientras hablaba con su prometida.

—Por favor, no me dejes sola —le suplicó.

—¡Eh, soy tu superamigo!

Ella lo abrazó muy fuerte, siendo visto por Ángel, alterándolo más.

Durante la presentación, Sylvia no soltó la mano de Manu, se sentía segura sintiéndolo a su lado. Esto hizo que, durante la misma, el escritor se desconcentrara en un par de ocasiones, perdiendo el hilo de lo que decía. Cada vez que pasaba eso, su prometida lo miraba, animándole para que continuara y no se viniera abajo.

En cuanto a la asistencia, no se pudieron quejar. Otra cosa no, pero sus novelas se vendían y la gente hacía cola para podérsela llevar firmada. Profesionalmente no podía quejarse, su palmarés era cada vez mayor.

Cuando salieron de la librería cenaron algo rápido y se fueron a la cama, estaban agotados.

## CAPITULO 36



Viernes, 30 de septiembre de 2016.

Por la mañana, Sofía se encargó de poner a todos en pie temprano. Tenía planificado el día, iban a hacer turismo. Después de desayunar, se fueron a ver lo más característico de Cuenca, las Casas Colgadas. Las fotos con el móvil no tardaron en llegar.

Todos parecían disfrutar con la excursión, menos Ángel, que tenía cara de haberse comido un limón. No podía disimular, le desquiciaba ver como su ex era la sombra de su novio. Los celos le estaban empezando a afectar, así que fingió encontrarse mal y regresó al hotel.

Sofía quiso acompañarlo, pero él prefería quedarse a solas. No quería tener que estar aguantando los reproches de su prometida por su conducta.

Al final, ellos tres siguieron visitando la ciudad, viendo el Castillo y el Arco de Bezudo, entre otras cosas.

La mañana resultó ser interesante y amena, los tres se entendían a la perfección y la ausencia del escritor fue agradecida por Sylvia y Manu.

Por la tarde, fueron a la segunda presentación que tenían programada en otra librería. Resultó ser más multitudinaria que la anterior, por lo que tanto Sylvia como Manu se vieron escondidos entre el gentío. Eso hizo que Ángel no se distrajera y pudiera llevar el hilo de su discurso sin interrupciones.

Sofía estaba encantada, pues había estado mucho mejor que la otra. En cambio, la editora y el bombero no se sentían tan animados como ella.

La firma de ejemplares se alargó bastante con toda la gente que fue, así que no les dio tiempo de pasar por el hotel para cambiarse de ropa. Tenían una reserva en un restaurante con buena fama para celebrar el éxito del libro.

Sofía estaba tan emocionada que no paraba de hablar del triunfo de su pareja. Manu y Sylvia disimulaban, pues los últimos acontecimientos habían logrado que no vieran con buenos ojos al escritor.

En mitad de la cena una señora con una cesta de rosas se acercó para la venta de las flores que portaba. El bombero sonrió ante la idea de provocar un poco más al escritor. De tal modo que sacó su cartera y le compró una rosa blanca a su novia. Sylvia se puso colorada y se le iluminaron los ojos.

Ángel no pensaba quedarse atrás y compró dos rosas, una para su prometida y otra para su editora. Sofía no se podía creer que le estuviera regalando una flor a su ex y Sylvia se asombraba con su descaro. Sin pensarlo, le entregó la rosa a su amiga. No pensaba quedarse con aquel regalo, sobre todo, después de lo ocurrido.

—Toma, Sofí, yo con la rosa de Manu tengo suficiente. Quédate las dos.

—Es un regalo —le reclamó el escritor.

—Gracias —sonrió con frialdad para zanjar el tema.

Le hizo una señal con la mirada a su amiga, para que no le devolviera la rosa.

—Tío, entre hombres no nos pisamos la manguera —Manu rio, destensando el ambiente.

—¿Disculpa? Yo no piso nada —le dijo de malas pulgas.

—Ángel. —Su novia la acarició la mano para que se relajara—. Es evidente que sólo gastaba una broma.

—Lo habré entendido mal —mintió. Sabía perfectamente a lo que se

refería el bombero y no le gustó que le marcara un territorio que fue un día suyo.

—¡Ah, no te preocupes! A la gente le cuesta pillar mi sentido del humor, solo tienes que preguntarle a Sylvia —le restaba importancia.

—De eso nada —agregó Sofía—, es que ellos dos son iguales.

Ambos rieron, mientras Ángel clavaba su mirada en la editora y ella la esquivaba.

Al salir del restaurante, una ráfaga de viento hizo que las chicas notaran frío, así que Manu, de forma cortés, abrazó a su novia para darle calor. El escritor hizo lo propio, eso creó intimidad en cada una de las parejas.

Al llegar al hotel, Sylvia se aferró a la mano de su novio y no la soltó hasta llegar a la habitación. Manu se había convertido en su escudo contra su ex. No quería hablar con él ni que le dijera nada hasta aclararse. Además, también estaba su mejor amiga de por medio.

Al entrar en la habitación, soltó la mano del bombero y suspiró aliviada. Observando la rosa, sonrió y, al soltarla en la mesilla de noche, le agradeció todo lo que estaba haciendo por ella.

—Gracias, menos mal que te tengo aquí.

—Soy tu superamigo —comentó con una seductora sonrisa.

Ella se fue hacia él y le abrazó. Nunca se había sentido tan frágil y acorralada. Su apoyo incondicional le estaba abriendo los ojos, pues al compararlo en todo momento con el escritor, este perdía por goleada.

—No estás sola, tienes a mucha gente a tu alrededor, decidas lo que decidas...

Esas palabras fueron suficientes para que ella se fuera hacia sus labios. Con las manos le agarró las mejillas y le dio un leve beso. No iba cargado de pasión, pero sí de intencionalidad. La suficiente para demostrarle que había algo más entre ellos que una simple amistad.



Al separarse se miraron a los ojos, fijamente, sin pestañear casi, provocando una serie de mariposas en el estómago de ambos. Poco a poco dos sonrisas se dibujaron en sus rostros. No hacían falta palabras ni gestos, los dos sabían lo que iba a ocurrir. Como si fuera a cámara lenta, sus bocas se unieron, dejándose arrastrar por las emociones de sus corazones.

Esa noche iba a ser especial, era la primera vez que ambos se dejarían llevar por lo que sentían, al contrario que las veces anteriores que había sido pura atracción sexual.

Lentamente, la ropa fue desapareciendo, entre beso y beso, caricia y caricia, sonrisa y sonrisa. Ninguno quería anticipar nada, era un baile con un compás pausado pero firme, disfrutando de cada latido, de cada gesto, de cada instante.

Ellos mismos eran sus enemigos, pero esa noche se convertirían en aliados.

Cuando la ropa no limitaba su piel y las caricias eran más intensas, él la llevó hasta la cama. Esta vez no iba a ser como las precedentes, quería algo que la editora jamás olvidara, ni tampoco él. Así que al ver la rosa que le había regalado, sus ojos chispearon con malicia.

Ella le esperaba con los labios hinchados y deseo en su mirada. Sus ojos no eran capaces de transmitir cómo estaba por dentro. Su cuerpo emanaba llamas de pasión por cada poro de su piel. Era todo tan sensual que notaba que no necesitaría demasiado para estar lista para su pene.

Tomó la rosa y la olisqueó, lo que la dejó desconcertada. Un guiño de sus ojos, le indicó que algo tramaba. Estaba en lo cierto, pensaba hacerla gemir de placer sin tocarla, que fuera la rosa la que se encargara del trabajo sucio.

Ella fue a hablar y él la detuvo, colocando la flor sobre sus labios. Poco a poco fue descendiendo sobre su cuerpo, primero el cuello, luego el torso... deteniéndose en cada pecho, rozando el pezón con suavidad y firmeza.

Su cuerpo se contraía y el fuego se hacía más penetrante, acelerando su

pulso y provocando un cosquilleo en su entrepierna. El calor prendía con mayor fuerza, cuando con el roce de aquellos aterciopelados pétalos llegaba a cada pezón. Sin poder evitarlo, su espalda se arqueó y el primer gemido salió de su garganta como un aullido premonitorio de lo que se avecinaba.

Manu sonreía y continuaba su viaje a través del cuerpo de Sylvia. Su abdomen le parecía tan seductor que comenzó a dibujar eses con mucha parsimonia. Ella no podía parar de moverse, su cuerpo gritaba suplicando algo de acción, pues sus partes estaban mojadas como respuesta a las caricias con la rosa.

No podía seguir esperando, le agarró la mano que sujetaba la flor y le suplicó con la mirada, mientras se humedecía los labios. Sonrió y negó con la cabeza, el juego no había acabado para él. Necesitaba verla estallar de placer, por lo que, fijando su mirada en los ojos de ella, continuó avanzando hasta llegar al clímax de su cuerpo. Ella abrió las piernas al mismo tiempo que curvaba la espalda para soltar otro gemido, esta vez más alto. Con la mano libre, le pidió que se callara.

El bombero estaba disfrutando, observando las reacciones de la editora. Algo que resultaba evidente al ver su pene, erecto y dispuesto para la acción.

La seducción y el deseo eran muy poderosos, pues podían provocar que dos cuerpos se sincronizaran sin tocarse, llevando a quererse poseer de forma fulminante. De ahí que el apetito sexual estuviera desatado.

—Por favor —le suplicó.

No le hizo caso, al contrario, dejó de tocarla con la rosa. Se la llevó a la nariz, quería olerla. Tenía un aroma diferente, a sed de él. Eso le gustaba, ser el objeto de su hambre, que el fuego dentro de ella la quemara hasta rendirse a su pene.

Cogió un pétalo y lo soltó sobre su cuerpo. Su piel sensible y caliente recibió el pétalo con un sollozo erótico. Repitió el gesto con otro, no se

detuvo hasta que hubo seis sobre ella.

Se revolvía debajo de los pétalos, no podía más, notaba que su cuerpo se impacientaba. Sin poderlo evitar, se llevó la mano hasta la entrepierna, necesitaba aliviar aquel picor que la quemaba.

El bombero, hábil, la detuvo, susurrándole al oído.

—Nena, ten paciencia...

—No puedo más...

Sonrió ante su declaración, aunque él estaba igual. Por eso se colocó a su lado en la cama y comenzó a guiar los pétalos con pequeñas ráfagas de aire de sus pulmones. El roce de su aliento era peor que el del pétalo. No conseguía reprimir los latigazos de lujuria que terminaban en su entrepierna. El último fue tan fuerte que tuvo que juntar los muslos para retenerlo.

—No hagas eso, déjate llevar —le indicó con voz seductora.

Un gemido fue su respuesta.

Tenía la situación controlada, Sylvia estaba a su merced. Ahora tocaba hacer que aparecieran los fuegos artificiales. Continuó con su juego, moviendo los pétalos con la boca, besos de aire que impregnaban su piel. Cada uno tomaba un rumbo diferente, hasta que el más caprichoso se detuvo sobre su pubis. Su mirada se clavó en ese, iba a ser el elegido.

—Abre las piernas.

Esas palabras eran música para sus oídos, así que le obedeció sin poner resistencia. Cuando tuvo las piernas abiertas, un pequeño suspiro lo hizo deslizarse sobre sus partes, vibrando todo su cuerpo. Aquello era una tortura.

Cambió su posición para ponerse entre las piernas de ella, no iba a parar hasta que tuviera un orgasmo. Volvió a jugar con el pétalo. Sin embargo, esta vez este y su aliento chocaban con su clítoris. Los golpes de aire fueron incrementando el fuego, hasta avivarlo de una forma que ella no aguantó más.

Se aferró a las sábanas de la cama, notando como su cuerpo se decidía a explotar ante la mirada del bombero. Gritó sin control, era demasiado intenso para acallar aquella sensación. Su cuerpo estaba poseído por el placer, no conseguía absorberlo, solo podía dejarse llevar.

No se lo podía creer, estaba sin aliento y sin poder hablar. Aquello había sido demasiado intenso para ser real.

Manu la miraba orgulloso, sabía que jamás iba a olvidarlo. Aunque ahora que ella parecía estar más recuperada, le tocaba a él disfrutar.

Le agarró los muslos y, elevando un poco su pelvis, la penetró. Estaba demasiado excitado para controlarse, por lo que fue con todo.

No se esperaba que fuera tan brusco y la dejó sin aire en los pulmones.

Él sabía que aquello no iba a durar mucho, no podía aguantarse. Ver su cuerpo preso del orgasmo le había provocado una gran erección. Su pene se lo indicó desde el mismo momento que estuvo dentro de ella.

Le hubiera gustado prestarle atención a ella, pero estaba sumido en su propia satisfacción personal.

—¡Sí, sí, sí...! —chilló ella.

Esas palabras eran música para sus oídos, estaba disfrutando como él.

—No puedo más —le indicó.

—Yo tampoco.

Su caprichoso cuerpo no iba a reprimir la posibilidad de un segundo orgasmo.

Aquello le hizo olvidarse del mundo y embestirla como si no hubiera un mañana. Fue cubriendo su cuerpo hasta que se dejó ir.

Sincronizados, ambos cuerpos estallaron de placer. Rompiendo el silencio con gritos de lujuria.

Sin fuerzas ni resuello, se dejó caer en la cama.

Las respiraciones eran jadeos por atrapar aire para sus pulmones. Sobre

todo Sylvia, que no iba a olvidarse de aquella noche en la vida.

Al estar algo más recuperada, rompió a reír, aquello había sido una auténtica locura. De esas que te llenan de alegría por vivir. Era una sensación mágica que te hacía ver las cosas de color rosa.

Él se contagiaba de su buen humor, hasta que se dio cuenta de un pequeño gran detalle. No había usado protección. Su mundo se desmoronó, no paraba de tocarse y mirarse el pene. Cerrando los ojos ante la evidencia.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver su rostro.

—¡Dios, qué idiota! —maldecía para sí.

Ella no entendía nada.

Él estaba sentado en la cama muy afligido, ella se enderezó para acariciarle la espalda y averiguar lo qué pasaba.

—No me he puesto condón.

Esperaba los gritos de su parte, aquello podía convertirse en un problema. Sin embargo, no fue así, ella se reía sin control.

—¿Te ríes? —la miraba pasmado.

—Es que tu cara... —no podía evitar las carcajadas— es muy graciosa.

—Sylvia. —La agarró por los hombros para que le prestara atención—, puedes quedarte embarazada.

Intentó no reírse, pero su expresión de pánico, le impedía ponerse seria. Sus risotadas llenaron la habitación, en contraste con el miedo que él sentía.

—Tranquilo... —Movía la mano para intentar calmarlo.

—De eso nada. —Se puso en pie, buscando su ropa en el suelo.

—¿A dónde vas?

—Vístete vamos al médico, tiene que haber algo por aquí.

Estaba terminando de subirse los bóxers, cuando Sylvia le agarró de la mano y le obligó a sentarse en la cama.

—Tengo un DIU<sup>[8]</sup> de cuando estaba con Ángel.

Él se dejó caer en la cama, aquello era la mejor noticia que podía oír.

—Menos mal... —Cerró los ojos y suspiró aliviado.

Ella seguía riéndose, le hacía mucha gracia su reacción; hasta que se dio cuenta de que el riesgo no solo se hallaba en un embarazo.

—Solo espero que no me hayas contagiado algo —le recriminó.

—Perdona, a lo mejor me lo has contagiado tú a mí.

—Egocéntrico.

Él tiró de ella y cayó sobre su cuerpo. Al segundo siguiente se estaban besando y acariciando hasta quedarse dormidos.

En la habitación de al lado, Ángel se había enterado de los gemidos y risas de Sylvia, recordaba perfectamente ese sonido de cuando estuvieron juntos y se maldecía por haberla perdido. Aunque tenía que reconocer que agradecía que su prometida estuviera tan profundamente dormida que no se diera cuenta de nada.

## CAPITULO 37



Sábado, 1 de octubre de 2016.

Un golpeteo en la puerta despertó a Sylvia. Estaba tan cansada que le costaba abrir los ojos, además de dolerle todo el cuerpo, tenía la sensación de haberse pasado toda la noche corriendo.

Manu estaba tirado en la cama, ni se quejó. Parecía que no tenía intención de levantarse. Ni se movió lo más mínimo y él también oyó que tocaban.

—Alguien está tocando —dijo con la voz pastosa de recién levantada.

—Son tus amigos —apenas vocalizó.

Medio adormilada, cogió la sábana y, enrollándosela, se fue hacia la puerta, criticando al bombero por no levantarse por ella.

—¿Quién es?

—Soy yo, Sylvi.

—Sofi. —Al abrir, se llevó la mano a la cara, para evitar que la claridad le derritiera la retina—. ¿Qué quieres? —preguntó de mala gana.

Su amiga entró sin preguntar, necesitaba hablar con ella, tenían que hacer frente común. No obstante, al entrar se llevó una enorme sorpresa. El bombero estaba tirado en la cama, boca abajo con unos bóxers. La habitación era un auténtico desastre había ropa tirada por todo el suelo, combinado con algunos pétalos de rosa.

—Parece que anoche hubo fiesta —sonrió con malicia a su amiga, pero ella estaba demasiado cansada para seguirle el juego.

—Sólo quiero dormir, ¿qué quieres?

—Necesito que me ayudes, Ángel se quiere ir hoy. No sé qué le pasa esta de un humor de perros.

—La culpa es tuya, échale un buen polvo —agregó Manu, sentándose en la cama, en vista de que no le iban a dejar dormir.

—Te aseguro que lo he intentado, pero ni eso —fue sincera.

—Yo no puedo hacer nada, que haga lo que quiera. —Se sentó al lado de su novio y éste rodeó su cintura con el brazo para atraerla hacia él.

—Pensé que quizás, entre los tres... No sé... No quiero irme, nos quedan un montón de cosas que ver.

—A lo mejor durante el desayuno...

Ni la dejó terminar, se fue directa a su amiga y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias, eres la mejor.

La obligó a levantarse y a meterse en la ducha, mientras ella recogía la habitación. Tendrían que darse prisa, para poder desayunar juntos y convencer a su prometido.

—Manu, ayúdame —le exigió.

—Sylvia, me cae mal tu amiga —comentó dejándose caer en la cama.

—¡A mí también en este momento! —gritó desde el baño.

—En cuanto salga Sylvi, vas tú.

El bombero se llevó las manos a la cabeza, ni su madre era tan pesada como la amiga de su novia.

Sofía no paró hasta que estuvieron listos. Ángel la esperaba con las maletas hechas en su habitación. No pensaba quedarse ni un minuto más en aquel hotel, escuchando como su ex se divertía con su novio.

Tras insistirle tres veces, se fueron a desayunar los cuatro. La cara larga de Ángel no dejaba dudas de que lo que decía su prometida era cierto. No tenía un buen día.



Con el alojamiento tenían incluido el desayuno, así que no tuvieron que salir de las instalaciones del hotel. La hora no ayudaba, quedaban unos quince minutos para que cerraran el comedor, por lo que se fueron directos a las mesas donde estaba la comida.

Sylvia fue a por café, y detrás de ella Ángel. Manu también iba hacia la cafetera, pero Sofía lo retuvo. Quería que su amiga hiciera magia y convenciera a su prometido, consideraba que ellos tenían algo especial.

—Vaya juerga la de anoche —le comentó asegurándose de que no tenían gente cerca.

Ella sonrió sorprendida, pero no hizo intención de contestarle.

—Conmigo no gemías ni te reías así.

Notó que sus palabras escupían veneno, por eso las ignoró.

—¿No piensas decir nada?

No se lo podía creer, le estaba montando una escena de celos, a dos pasos de su prometida. Cuando fue él el que la había dejado por su amiga. Todo aquello resultaba surrealista, estaba asombrada con su descaro.

—Has cambiado, tú no eras así.

Su confusión se transformó en ira y no pudo callarse.

—Te recuerdo que ya no estamos juntos; así que puedo gritar, gemir y reírme lo que me dé la gana. —Le miró a los ojos con rabia—. Además, ¿con qué derecho te crees para reclamarme? No eres mi dueño.

—No me gusta lo que veo.

—De eso nada, lo que te jode es que haya logrado rehacer mi vida.

Cogió dos tazas de café y se fue hacia la mesa donde estaba el resto. Un paso más retrasado venía el escritor.

Al llegar a la mesa, Manu y Sofía se dieron cuenta del careto de Sylvia.

—¿Mal, no? —preguntó su amiga con tristeza.

La editora sintió al escritor dejar su taza en la mesa.

—Ángel acepta quedarse hasta el último tren de hoy, no he podido lograr más.

—Sabía que conseguirías hacerle cambiar de opinión. —Sofía se levantó para abrazarla—. ¡¿A que tengo a la mejor amiga del mundo?!

Durante el abrazo, la editora aprovechó para lanzarle una mirada asesina al escritor. Quería que se callara y accediera a quedarse hasta última hora.

—Nos toca llevarlos a sitios chulos, o se quejarán de que somos los peores guías —agregó Manu con una sonrisa, al darse cuenta de la mirada asesina.

—Claro que sí —rio.

A pesar de lo que se esperaba de él, Ángel se comportó e intentó no refunfuñar. Disimuló todo lo que pudo su mal humor, mientras el resto disfrutaba de los monumentos de la ciudad.

Manu y Sylvia dejaron los gestos cariñosos aparcados, sobre todo, porque la editora sabía que le molestaban al escritor. Si podía lograr que su carácter mejorara, lo iba a hacer por su amiga, cosa que supo leer entre líneas el bombero.

## CAPITULO 38



Martes, 4 de octubre de 2016.

—¿Sabes lo que vas a hacer? —Era la segunda vez que le hacía la misma pregunta en la misma llamada.

—Tranquilo, que tus hermanas no son unos ogros.

—Sylvia, no te fíes, son pirañas.

—Exagerado —rio.

Se le oía nervioso por teléfono, pero no había nada que temer. Consideraba que dramatizaba. Además, era una oportunidad que no podía desaprovechar y, si algo salía mal, con fingir que tenía que regresar al trabajo sería suficiente.

—De eso nada.

—Te dejo. —Soltó un suspiro de resignación al toparse con la puerta del restaurante—. Acabo de llegar, luego hablamos.

—Todavía estas a tiempo de huir.

—Adiós.

Ni esperó a que se despidiera, colgó y entró en el restaurante. Despreocupadamente fue observando cada mesa, hasta toparse con tres caras conocidas. La de Maca fue la que primero reconoció, las otras dos vinieron detrás.

Sonrió nerviosamente al descubrirla, pues no se esperaba tener a su supuesta suegra en la comida, creía que solamente tendría que lidiar con sus

hermanas. Eso la pilló desprevenida y le costó reaccionar. Sin embargo, el desparpajo de Maca se encargó de ir en busca de la editora.

En ese momento, recordó el consejo de su novio antes de entrar en el restaurante.

Tras las presentaciones, pidieron la comida entre un ambiente algo raro. Se sentía cómoda entre aquellas mujeres. La personalidad de Gabi y Maca le hacía sonreír en más de una ocasión, sus comentarios resultaban de lo más simpáticos. Al contrario que, Paloma que se mantenía callada, pero no era para examinarla. Lo que le ocurría es que tenía miedo de espantar a la novia de su hijo y perderlo, pues Manu era muy independiente y apenas lo veía.

Durante la comida, la editora contaba sin problemas cosas de su vida, se encontraba bien con el interrogatorio de las hermanas. Aunque tampoco se quedaba atrás, se enteró de que Gabi trabajaba de abogada laboral y de que Maca era ama de casa. Todas hablaban, menos la madre de Manu.

A la llegada de los postres, Sylvia se quedaba sin tiempo para hacer la pregunta que llevaba tiempo deseando hacer. Así que la soltó, esperando obtener respuesta.

—Me gustaría saber una cosa —carraspeó—, quizá no deba preguntar, pero es que él no quiere contarme nada y no sé... —se empezaba a arrepentir.

—¿Qué es lo que te inquieta? —preguntó Paloma como la haría cualquier madre preocupada.

—Manu me dijo que vosotros lo acogisteis cuando murió su madre, pero no quiere hablar de su padre... ¿Está muerto? —Sabía la respuesta, pero tenía que preguntar de alguna forma.

Las tres se miraron y la editora vio en sus caras que era un tema espinoso. En ese instante, creyó que no le contarían nada.

—Es mejor que sea él... —Paloma detuvo a Maca para que guardara silencio.

—Yo conocí a Candy, la madre de Manu...

—Mamá, ¿estás segura? —la detuvo Gabi.

—Es normal que quiera saber, además debe estar preparada por si vuelve a aparecer ese tipejo —dijo con rabia.

Las hermanas se miraron con complicidad, no queriendo saber nada de ese asunto.

—Como te decía, yo conocí a Candy en el colegio, pues Manu y Maca estaban en la misma clase. Así que no tardamos en hacernos amigas. Era una persona maravillosa, dulce y muy buena. Su único error fue casarse con un mal hombre. —La mirada de la mujer mostraba dolor.

»Su marido era un charlatán que engañó a mucha gente, así que cuando se vio asfixiado por las deudas, desapareció de la faz de la tierra. En un abrir y cerrar de ojos se vio con un niño de cuatro años y debiendo un montón de dinero. Así que no le quedó otra que ponerse a trabajar. Aprovechaba todo lo que le salía: limpiar casas, trabajar de camarera... daba igual lo que fuera con tal de conseguir dinero para pagar las facturas y liquidar la deuda de su marido.

A la madre de Manu cada vez se le veía más afectada, como si le hiciera daño recordar.

—Como no paraba de trabajar, Manu pasaba mucho tiempo en mi casa con las niñas, era como un miembro más de la familia. Fue en lo único en lo que me dejó ayudarla, y eso que mi marido le ofreció dinero, pero no aceptó. No quería deber más.

»Cuando por fin terminó de pagar lo que debía, enfermó. Fue algo tan repentino. Era una mujer tan vital que resultó duro para todos. Se pasó como dos meses en el hospital, pero no lo consiguió.

Las lágrimas hicieron presencia en los rostros de todas.

—Fue duro, sufrimos mucho.

—Entonces, acogieron a Manu.

—Era lo mínimo que podía hacer por Candy y mi pequeño. Tengo que reconocer que fue complicado al principio, pero poco a poco nos adaptamos.

—Ahora entiendo por qué no quiere hablar de su padre, le culpa por lo de su madre.

—En realidad, Manu lo perdonó. —Tragó para deshacer el nudo de su garganta—. Cuando tenía dieciséis —miró a sus hijas para confirmar la edad, Gabi afirmó con la cabeza—, apareció queriendo recuperar el cariño de su hijo. No podía ni mirarlo a la cara por lo que le había hecho a Candy. —Sacudió la cabeza negando y suspirando—. Pero no buscaba eso, venía en aras de algún incauto al que estafar de nuevo.

»Menos mal que no me fiaba de él, porque casi mete en un lío a mi marido. Después de insistir mucho, hablamos con un amigo que era policía por si seguía con las malas mañas. Tal y como sospechaba, estaban buscándolo por estafar a no sé cuanta gente. Nos libramos por poco. —Cerró los ojos. »

»Eso dejó fatal a Manu, creo que fue la causa de que nada más cumplir los dieciocho se fuera de casa para buscarse la vida. Me temo que no quería seguir siendo una carga para nosotros, cuando nunca lo fue. —Su mirada indicaba que no mentía—. Era mi hijo y siempre lo será.

—Claro que sí —afirmó Sylvia retirando las lágrimas de sus ojos.

—Es algo duro para él todo el tema de su padre, por eso no le gusta hablar —confesó.

—Normal, ha tenido que pasarlo fatal.

—Creo que eso le hizo más fuerte. Es un hombre independiente, bueno y con un enorme corazón. —Sylvia notaba que le estaba vendiendo a su hijo.

—No es necesario que lo digas, se ve a la legua que es una gran persona.

El silencio se instauró en la mesa, quedándose el postre sin tocar. Nadie tenía el cuerpo para seguir comiendo. Estaban todas afectadas tras la

narración, teniendo que ser Paloma misma la que hablara primero.

—Sylvia, prométeme algo —le agarró una mano.

—Sí, dime.

—Cuida mucho a mi muchacho, no le hagas daño. —Era una súplica—.

Manu parece muy fuerte, pero en el fondo es un niño.

—Le aseguro que haré todo lo que pueda para que sea feliz. —Con la mano libre acarició las de su suegra.

—Me ha encantado conocerte. —La mujer era franca.

—Lo mismo digo, veo que Manu ha tenido mucha suerte.

—La suerte es nuestra por tenerlo.

—Mamá, no exageres —le recriminó Maca entre risas.

Esa reunión sirvió a Paloma para conocer a su nuera y comprobar personalmente que sus hijas decían la verdad. Era una mujer normal, muy agradable y aparentaba ser buena chica. Le gustaba para su hijo.

En el caso de Sylvia, provocó conocer el pasado de su novio y que se encariñase un poco más con su familia. Esto complicaba mucho las cosas, pues en realidad entre ellos no existía una relación, sino un acuerdo para ayudarse.

## CAPITULO 39



Sylvia estaba en el sillón de su casa leyendo un libro. Esperaba a que llegara Mateo del trabajo con algo de comida. Los martes era día de pizza, ya que tenían descuento en un negocio cerca de su tienda.

En medio de su lectura, le sonó el móvil, pensó que sería su compañero de piso para matar las horas muertas hasta la hora de cierre, como hacía en ocasiones. Sin embargo, no era él, era Manu. Al ver su nombre en la pantalla, su corazón dio un vuelco y una sonrisa tonta se dibujó en su rostro.

—Sí —intentó sonar indiferente.

—Quisiera hablar con la señorita Sylvia, tengo que presentarle un par de quejas.

Sonrió al toparse con el idiota.

—¿De parte de quién? —le siguió el juego.

—Don Manuel Izquierdo.

—Lo siento, Don Manuel, Sylvia no le puede atender. Si quiere dejarle algún recado...

—Sí, dígale que pensaba ir a llevarle una rosa para recordar viejos tiempos, pero si no puede... —ella le interrumpió.

—Un momento, creo que se ha desocupado en este momento. —Guardó silencio para hacer que pasaba la llamada—. Me ha dicho mi secretaria algo de una rosa...

—Deberías cambiarla, yo no he dicho nada de eso.

Ambos rieron.



—Dime, ¿qué quieres? —le preguntó acomodándose mejor en el sillón.

—Quejarme, acabo de recuperar a mi perro por ir a Cuenca.

—¿Y eso?

—Lo tenía secuestrado una niña de 5 años, me ha costado un montón traerlo a mi casa. Encima el pobre tiene el síndrome de Estocolmo, se quería quedar en casa de Maca.

—Vas a tener que llevarlo al psicólogo.

—Que sepas que lo vas a pagar tú, los psicólogos caninos son muy caros, extremadamente.

Se sentían cómodos hablando.

—¿Alguna queja más? —indicó poniendo los ojos en blanco.

—¿Has hipnotizado a mi madre o qué? Has usado brujería, ¿verdad?

—Es mi encanto personal, nadie puede resistirse.

Se sintió extraña diciendo eso, pues sería lo que diría él en un momento así.

—Pues que sepas que la comida fue un éxito, mi madre está encantada contigo, quiere organizar algo para el próximo domingo. Pero no te preocupes, que les digo que trabajo y nos libramos de eso.

Notó como la boca se le quedaba seca al oírle. A ella le apetecía ir, deseaba pasar el día con su madre y sus hermanas. Se sentía bien con su familia. Estaba muda, no sabía qué decir, la tristeza hizo mella en ella.

—Sylvia, ¿estás ahí? —Se asustó al no tener réplica.

—Sí —dijo sin apenas voz.

Era ahora o nunca, Manu necesitaba aclarar las cosas, sobre todo, por su madre, que se estaba ilusionando con la editora. Por eso soltó la bomba.

—Estaba pensando en quedar el sábado para desayunar. Tengo turno de noche, así que saldré a las ocho, puedo recogerte e ir a una cafetería.

Su rostro se volvió a iluminar, era una cita. Tendría que revisar su ropero

para ver qué se ponía, aunque también podía ir de compras.

Su cabeza iba a mil por hora.

—Claro —afirmó muy sonriente.

—¡Genial! Es que me gustaría que habláramos sobre qué vamos a hacer a partir de ahora.

—No entiendo. —Sabía de lo que quería hablar, pero no quería reconocerlo.

—Sobre si seguimos o rompemos... y eso...

Los dos se quedaron callados, ninguno se atrevía a decir nada.

Manu esperaba la reacción de ella, que le diera una señal que le indicara que estaba interesada en él. En el otro lado, Sylvia estaba sin palabras, lo último que quería era hablar de romper. Aunque era comprensible, lo de ellos era una farsa, algo que se había encargado de remarcar en más de una ocasión. Estaba hundida.

—Bueno... ya hablamos el sábado —comentó.

—Vale —fue lo poco que pudo decir antes de que él colgara.

Tal y como estaba sentada permaneció, mirando a la nada. Sintiéndose perdida. Buscando algún detalle o excusa para no romper, examinándolo todo. Su mente no paraba, divagando en varios sentidos, se estaba volviendo loca.

Al mismo tiempo, pero en otra parte de la ciudad, el bombero estaba en las mismas que la editora. No quería acabar con su relación, le gustaba demasiado y notaba que encajaban, pero no pensaba luchar por una mujer que no estuviera interesada en él. Por eso buscaba un motivo o una señal que le indicara que debía intentar algo con ella.

Perdido entre sus pensamientos, se sentó en el suelo, apoyando su espalda en el sillón. Ariel aprovechó para ponerse a su lado con la cabeza en su regazo, quería alguna caricia.

—¿Qué hago? Dime, ¿qué debo hacer? Ayúdame.

El perro ladró.

—Lo sé, vaya mierda. Me tengo que enamorar de la mujer más complicada de todas. Soy un desastre. —El perro levantó la cabeza y lo miró—. Oye, ¿tú lo tienes más fácil? —El animal bajó la cabeza cerrando los ojos—. De acuerdo, no me meto en tus asuntos, lo he pillado —rio.

Sylvia lo estaba volviendo loco, pues no era buena señal buscar consejo en un perro.

Mateo llegó con una enorme sonrisa y pizza. Aunque se le disipó al ver en el estado que estaba su amiga. Soltó lo que traía en la cocina y se sentó a su lado.

—Cari, ¿problemas?

—No es nada.

—No deberías hacer tantas horas extras, ese jefe tuyo no sabe lo que es la vida privada. Seguro que quiere que trabajes todo el finde para recuperar el tiempo de tu viaje a Cuenca.

Tuvo que sonreír de mala gana al ver lo poco que acertaba. A pesar de eso, le estaba dando una excusa, pues no podía decirle la verdad.

—Lo sé, pero no es tan simple.

—Claro que es fácil. —Se puso en pie gesticulando en exceso con sus manos—. Te plantas y ya.

—Lo que usted diga sargento.

—Eso tienes que hacer... —Se sentía muy orgulloso—. Ahora, olvídate del curro y salgamos a quemar la noche.

—No, estoy rota, mejor nos quedamos aquí —le suplicó.

—Vale, cari, me pongo cómoda y vemos *Pretty Woman* comiendo pizza.

—Vaya planazo —se burlaba.

—Oye, que todas soñamos con ser esa puta que un millonario rescata, es como un cuento.

—Creo que paso de ser la puta.

—Cari, no mientas, todos queremos eso, que venga un príncipe y nos rescate. —Sus ojos se iluminaban al hablar.

—Yo con un hombre normal me conformo.

—Claro, como tienes un pedazo de bombero que hace que se nos caigan las bragas a todas —lloriqueaba.

—No metas a Manu en esto.

—Te odio, mala amiga —le dijo sacándole la lengua para mostrarle que era una broma.

Viendo la película, se dio cuenta de que ella estaba viviendo lo mismo que la protagonista. Al principio no había nada, era un acuerdo, pero al enamorarse de él; quería más. Necesitaba más de su relación. Exactamente lo que le ocurría a ella.

Al final su amigo tenía razón, todas queremos ser la princesa del cuento.

## CAPITULO 40



Viernes, 7 de octubre de 2016.

A las cuatro de la tarde, cuando Sylvia estaba en el trabajo, recibió una llamada de Sofía. Miró el reloj y le pareció raro, porque debería estar en la clínica, no entendía el motivo de su llamada.

—Sofí, estoy trabajando —le indicó entre risas.

—Perdona, es que quería pedirte un favor.

—Claro.

—Sylvi, ¿puedes acercarte a la clínica y decirles que estoy enferma o lo que se te ocurra, no puedo ir a trabajar?

La notó muy seria y le pareció extraño, además de escucharla muy nerviosa.

—¿Te encuentras mal?

Suspiró con un lamento lloroso, se asustó al oírla.

—No, tranquila.

—Sofí —le reclamó.

—¡Suelta ya ese móvil! —gritó Ángel muy alterado.

—¡Relájate, estoy hablando con Sylvi! —chilló desesperada.

—Pero ¿qué pasa ahí?

—Te dejo, no puedo seguir hablando.

En la casa del escritor, la discusión no se hizo esperar. Ambos se alteraron muchísimo.

—Sofí, dime qué pasa.

Ya era demasiado tarde, había cortado. No le había gustado oírlos. Se notaba que estaban teniendo una fuerte discusión y se quedó preocupada, aunque la cosa fue a peor cuando le llegó un audio de su amiga.

Sofía  

“Sylvi —lloraba—, Ángel está descontrolado, ayúdame, por favor”

De fondo se oían los gritos del escritor.

Aquello pintaba muy mal, ni se lo pensó dos veces, cogió su bolso y se fue, diciendo en el trabajo que le había surgido un imprevisto. Tomando un taxi se fue hacia la casa de la pareja, tenía qué averiguar que estaba ocurriendo, quizás ella pudiera mediar entre ellos.

Cuando llegó al portal, escuchó una conversación de dos mujeres mayores que no le gustó nada.

—Vaya jaleo tienen los del 2ºE.

—Yo desde que oí los gritos llamé a la policía, los estoy esperando para decirles dónde es.

—Lo mejor que hiciste, creo que ha habido golpes y todo.

Las mujeres estaban tan inmersas en su conversación que no se dieron cuenta de que Sylvia aprovechó la puerta abierta para entrar en el portal.

Al tiempo que iba subiendo los escalones, el pánico la invadió. Si lo que decían aquellas mujeres era cierto, en aquel piso se había terciado una discusión. En la primera planta se detuvo y sacó su móvil para llamar a Sofía, no se lo cogió. Se asustó más aún, así que llamó a la única persona que podía ayudarla, Manu.

—¿Tanto me echas de menos?

En aquel instante las bromas sobraban.

—Tengo un problema, bueno... yo no —estaba nerviosa.

—Tranquila, dime —se puso serio.

—Sofí me ha llamado muy mal, estaba discutiendo con Ángel, así que vine a ver si podía ayudar, pero al llegar unas vecinas dicen que se han oído gritos.

—Sal de ahí, ni se te ocurra entrar en ese piso —le dijo muy preocupado.

—No, tengo que averiguar si está bien, pero tengo miedo. Han llamado a la policía por los gritos.

—¿Han llegado?

—No.

—Sylvia, escúchame, espera que llegue la policía, no se te ocurra hacer una locura.

—Tengo miedo —se sinceró.

—Voy para allá, no te muevas del portal.

—Vale.

Algo le decía a Manu que no le iba a hacer caso. Tal como él había supuesto, a pesar del pánico, ella continuó subiendo hasta detenerse delante de la puerta del 2º E. Tenía que averiguar cómo estaba Sofía.

Volvió a hacerle otra llamada, pero ella no lo cogió, aunque oyó el móvil sonar en el interior. Al saltar el contestador, un silencio sepulcral se instauró en toda la planta, ni gritos, ni ruidos, ni nada.

Se le puso la piel de gallina, no le gustaba aquel mutismo, por lo que golpeó la puerta sutilmente, no pudo más. Estaba demasiado asustada para hacer más fuerza.

Nadie respondió y eso la aterrorizaba más, algo malo tenía que haber pasado para que Sofía no saliera a abrir la puerta.

—Sofí —dijo temblándole la voz, siguió el silencio, así que volvió a intentarlo—. Sofí, soy yo, Sylvi.

—Sylvia —era la voz de Ángel.

A los pocos segundos le abría la puerta, obligándola a pasar. Tuvo que

empujarla, pues ella estaba paralizada. Sin embargo, antes de cerrar la puerta, se aseguró de que ella estaba sola, que no había más nadie en el pasillo.

Él tenía el pelo revuelto y algún que otro arañazo en su cuello y cara. Su ropa no se quedaba atrás había claros indicios de lucha; la camisa desgarrada por varias partes y había rastros de sangre en ella. Tenía un aspecto espantoso, además de estar nervioso.

En ese momento, se dio cuenta de que Manu tenía razón, no debía haber ido sin él.

—Sylvia —repitió su nombre, abrazándola—, ¿has venido a hacerme una visita? —La soltó, quitándole el bolso y dándose cuenta de su cara.

La casa estaba revuelta, cojines tirados, muebles descolocados... todo desordenado. Aquello parecía la zona de guerra de una batalla campal. Ella lo observaba todo sin apenas aliento, estaba muy asombrada.

—Perdona, es que... hemos tenido una peleílla, nada importante.

—¿Dónde está Sofi?

—No te preocupes, está descansando, le dolía la cabeza —le quitó importancia, pero eso no la tranquilizó—. Podemos aprovechar para hablar, ahora que estás aquí —la mirada fijamente con desesperación, eso la intimidaba.

—¿Hablar? —Su cuerpo estaba paralizado por completo del pánico.

—Sí, hablar de lo nuestro. —Los ojos de la editora se abrieron de par en par, estaba desconcertada—. Mira, lo mío con Sofía no tiene futuro, en un par de días rompo con ella y volvemos nosotros.

—¿Nosotros? —No salía de su asombro.

—Sí, lo tuyo con el bombero no funciona. Lo nuestro sí que era un futuro.

—¿Futuro?

—Claro. —La agarró por los hombros, acercándose mucho a ella, notaba su respiración, algo que le hizo temer por su vida—. Somos tal para cual, la



pareja perfecta. Me he dado cuenta de que nunca dejé de quererte.

—Ángel... —Dio varios pasos para atrás, necesitaba guardar las distancias con él—. Yo te quiero. —Tenía mucho miedo—. Pero no así. Eres un buen amigo.

Aquella eran las últimas palabras que quería oír, su rostro se transformó en puro odio, parecía un demonio. Ella caminó todo lo rápido que pudo hacia atrás para alejarse de él, pero la pared la detuvo y Ángel aprovechó para acercarse a ella.

—No sabes lo que dices. Tú también me quieres, estás enamorada de mí. No me has olvidado.

Tragaba saliva con fuerza, no sabía cómo salir de aquella situación.

—Eres mía y lo sabes.

Definitivamente, estaba mal de la cabeza. Ahora le tocaba la mejilla y le olía el pelo. Sentía asco y repulsión por aquel ser que tenía delante de ella.

—¿Sabes una cosa? Mi madre siempre te quiso más a ti que a Sofía, consideraba que hacíamos mejor pareja.

De pronto, todos sus pensamientos se fueron hacia su amiga. No podía estar durmiendo. La casa revuelta y su novio enloquecido, algo horrible tenía que haberle pasado.

—¿Sofi? —dijo con un hilo de voz, esperando que le contestara, pero no hubo respuesta.

—¡No! —la mandó a callar, susurrándole al oído—: Está dormida, no querrás despertarla.

—¿Sofía? —habló más alto.

—Te he dicho que está dormida. —Se separó de ella lo justo para darle un bofetón. Del golpe cayó al suelo—. Si no quieres problemas, no me enfades —la amenazó.

—Ángel, ¿dónde está...? —Lloraba por el miedo y el dolor de su mejilla.

—Eh... —le reclamó que se callara, tirándose a su lado para limpiarle la cara—. No llores, no me gusta verte llorar. Hoy es un día feliz, nos vamos a casar.

No cabía duda, el escritor no vivía en este mundo. Su mente había viajado a otro diferente.

—Por favor, quiero verla, estoy preocupada —le suplicó acongojada por lo que hubiera pasado, ya ni pensaba en ella misma.

—Sofía, Sofía... —Se levantó muy alterado—. No sabes pensar en otra cosa. —Se giró para mirarla rabioso.

—Ángel —le rogó, llorando.

—Eres igual que todas, —Empezó a tirarse de los pelos y a caminar sin rumbo por la casa—. Unas putas que no saben obedecer. —Estaba ido—. Yo no quiero ser como él, pero me obligas. Quizás si no les doy muy fuerte... a lo mejor me obedecen... mamá lo hacía... —Cambió el tono de voz como si tuviera doble personalidad—. Eso no está bien, eso no se hace, yo no soy él. —Se arrodilló tirándose de la ropa con rabia, poseído—. Mamá, dice que no soy él, pero miente.

Sylvia al verlo hablar solo de espaldas, reptó por el suelo, buscando alejarse de él. Sin embargo, lo que halló fue peor, Sofía estaba tirada en el suelo de la cocina y no se movía.

Tenía marcas de golpes en la cara con sangre en la nariz, además de la ropa rasgada de algún forcejeó.

Sin perder tiempo se fue hasta ella, necesitaban irse de allí. Ángel estaba enloquecido y no paraba de decir locuras sin sentido.

—Sofi. —Le dio un pequeño golpe en la cara para despertarla, estaba inconsciente—. Despierta, por favor.

Se asustó mucho al ver que no reaccionaba, así que colocó la cabeza en sobre el pecho de su amiga, quería comprobar que seguía viva. Cerró los ojos

al comprobar que aún respiraba y tenía pulso.

—Putá, ¿dónde estás? —Se llevó la mano a la boca para acallar el grito de pánico que iba a soltar. Tenía la esperanza de que si no la oía no la encontraría—. Syl-via. —El tono de su voz era de loco, daba mucho miedo.

Ella seguía zarandeando desesperadamente el cuerpo de su amiga.

—Ahí estás —se alegró al encontrarla.

Ella huyó todo lo que pudo de él, pero los muebles de la cocina le impidieron llegar más lejos. Pensaba que le iba a pegar, pero no hizo eso. Se sentó a su lado.

—¿Lo ves? Te lo dije, está dormida —dijo como si no le afectara.

—Necesita un médico. —Cerró los ojos, esperando toparse con su ira, pero no. Seguía relajado, como si con él no fuera la cosa.

—Te voy a contar una cosa, ¿sabes por qué rompí contigo? —Ella negó con la cabeza—. No parabas de controlarlo todo. Sabía que para estar contigo tenía que casarme y no me importaba, pero tus deseos de ser madre... no podía con eso. Sobre todo cuando me decías: «Ángel, ¿has visto el niño de Paqui? Es precioso». O «¿Sabes que he leído que es peligroso ser madre después de los cuarenta?» Siempre sacando el tema, como si no fuera duro ser quien eres. —Se giró hacia ella—. No podías dejarlo estar. —Volvió a poner su cara de lunático—. No te podías conformar con quererme. —Tiró de ella para pegar su rostro al de él.

—Yo... —No pudo decir nada, estaba helada del miedo.

—Yo te quería, pero tú no parabas, por eso tuve que dejarte, no podía darte hijos. Por eso me fui con ella. —Miró a su amiga—. No le importaba nada de eso, era alocada y pensaba que podía manipularla fácilmente. —Como si un recuerdo se cruzara en su cabeza, soltó a Sylvia y se llevó las manos a la cabeza—. Mamá —lloriqueaba como un niño pequeño—, yo lo siento, mami, pero no puedo crear otro ser como él, no... —hablaba otra vez para él.

La editora lo miraba llorando, todo aquello la superaba. Le hubiera gustado huir, pero su cuerpo no le respondía.

—Mamá se va a enfadar mucho. —Se levantó y volvió a caminar sin rumbo, pero esta vez en la cocina—. Nadie puede saberlo. Ellos no lo pueden saber o lo perderemos todo. —Sus ojos se fijaron en Sylvia y su rostro dibujó una sonrisa siniestra—. Tengo que acabar con el problema.

—No, por favor.

Disfrutaba viéndola suplicar, con sus ojos desesperados llenos de lágrimas. Podía oler el miedo que sentía y eso le hacía excitarse. La tenía a su merced como nunca la había tenido, pues ahora era su presa.

—Syl-via —volvió a poner esa voz de loco—, vamos...

La agarró del brazo y ella se revolvió, era la primera vez que su cuerpo respondía.

—Putá, estate quieta.

La agarró con más fuerza, pero ella seguía luchando, así que le tiró del pelo y ella cedió por el dolor. Empezó a implorarlo, mientras él la arrastraba fuera de la cocina.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —suplicaba sin apenas voz del miedo.

—Cállate, puta.

—¡Déjame, por favor!

Se detuvo en seco y tiró con más fuerza para poder cogerle la cara y obligarla a ponerse en pie.

—No puedo... A no ser...

—Dime. —Un hilo de esperanza se cruzó en su camino. Posiblemente así pudiera salvar a su amiga.

—¿Serás una esposa obediente? —Sus ojos la miraban desconfiados, eso aumentó su temor.

—Sí, seré buena —afirmó, bajando la mirada.

—¿Lo ves? Si lo hubieras entendido desde el principio no tendríamos estos problemas —le acarició la cabeza como a un perro.

Aquello fue como una luz en un túnel sin salida. Si se mostraba sumisa, quizá tendría una oportunidad para salvar a Sofía.

—Nada de problemas, haré lo que digas.

—¿A que no es tan difícil? Eso era lo que yo quería. Es una pena que Sofía no lo entendiera, ahora tendremos que acabar con ella.

Sus ojos se llenaron de pánico.

—¿Qué?! —la pregunta le salió sola, ni se dio cuenta.

—Yo se lo dije, pero ella no me hizo caso, por eso tuve que terminar con el problema. —Otra vez se llevó las manos a la cabeza—. Mamá dice que yo no soy él, pero no es así, ¿lo entiendes? —La miró y ella afirmó corriendo—. Llevo el mal dentro y seré como él, por eso no puedo crear otro como yo.

—Claro —afirmó sin voz.

Al mismo tiempo, al portal llegaban una moto y un coche de policía. Los primeros en bajarse fueron los agentes, siendo informados por la vecina que los esperaba. Manu buscó desesperadamente a Sylvia, pero no la halló por ningún lado. Maldijo para él y se fue directo a las escaleras. Los agentes subieron con la vecina.

El bombero llegó al pasillo y lo revisó, buscándola, pero fue en vano. Ni rastro de ella. Así que supo dónde encontrarla.

Los agentes y la vecina estaban enfilando el pasillo cuando Manu tocó en la puerta. Lo hizo de forma violenta, quería que le abrieran. Dentro el escritor y la editora se quedaron callados y quietos, sin saber qué hacer.

—¿Sylvia, ¿estás ahí?! —Aquella voz era música para los oídos de la mujer.

—¡MANU, SOCORRO! —Ángel fue a taparle la boca, pero ella consiguió huir, quería ir a abrirle la puerta.

—¡PUTA! —se enloqueció y fue a por ella.

Al oír la voz del escritor exaltado, temió por su novia.

—¡Sylvia!

—¡AYUDA, NOS QUIERE MATAR! —gritaba desesperada.

En su huida, consiguió pillarla y tirarla contra el sillón. Ella cayó de lado, pero él la puso boca arriba y se sentó sobre su cuerpo para poder retenerla. Dirigió las manos a su cuello, apretando con fuerza. Quería que se callara de una vez, que no gritara.

Tampoco pensaba permitir que ella se fuera con otro, le pertenecía.

En el pasillo, Manu estaba desesperado, por lo que empezó a darle patadas a la cerradura. No pensaba permitir que le pasara nada. El miedo de perderla le hizo sacar fuerzas de todos lados, de tal modo que solo hicieron falta tres golpes para romper la cerradura.

Los policías dejaron que fuera él el que rompiera la puerta, pero aprovecharon para sacar sus armas y entrar nada más tener acceso a la vivienda.

Cuando la puerta se abrió, el bombero ni se lo pensó, entró como un huracán y, al ver al escritor asfixiando a su novia, se fue hacia él y le dio un puñetazo con rabia. Al recibir el golpe, cayó al suelo, lo que aprovechó para seguir golpeándolo.

Ángel intentaba defenderse, pero Manu era más fuerte y no le daba tregua.

Los policías entraron justo detrás de él, viendo toda la escena.

Sylvia luchaba por respirar, notaba que sus pulmones no eran capaces de absorber el aire y la garganta le ardía, era un dolor insoportable.

Uno de los agentes fue hacia la editora y otro hacia el bombero para detenerlo, pero fue en vano. Él siguió golpeándolo, no podía parar, el policía necesitó ayuda de su compañero para apartarlo del escritor.

Desde que Sylvia había visto a su novio, se fue a él y le abrazó llorando

desconsoladamente. No podía parar, el miedo que la había paralizado hacia unos minutos, ahora no le permitía dejar de sollozar.

Lo único que quería era quedarse allí, entre sus brazos, notando como su alma se reconfortaba y el pánico se iba disipando. Ahora se sentía segura, después de pasar tanto miedo. Definitivamente, todo había sido muy raro, sobre todo el comportamiento del escritor. El ser que la había agredido nada tenía que ver con el hombre al que un día fue su pareja.

Una vez que apresaron al agresor, uno de los policías pidió refuerzos y unidades médicas, mientras que el otro revisaba la vivienda, encontrando a Sofía tirada en el suelo.

La escena era dantesca, sobre todo, para la vecina que había entrado para cotillear, a pesar de que le dijeron que se quedara fuera.

El revuelo fue máximo, se acercaron un montón de vecinos del edificio y la calle se llenó de policías y ambulancias. La prensa no tardó en aparecer, pero tuvieron suerte, ya que cuando llegaron Sofía y Sylvia iban de camino al hospital.

## CAPITULO 41



La ambulancia fue perseguida por la moto de Manu. Nada más llegar, separaron a las dos amigas, cada una a un box. El personal médico se desvivió por cada una de ellas. Estaban al tanto de lo ocurrido, así que una enfermera se encargó de ir clasificando las pruebas de la agresión. Fotos de lesiones, la ropa clasificada en una bolsa sellada, todo estaba controlado.

Las lesiones más evidentes eran las de Sylvia, que tenía retratados los dedos del escritor en el cuello. Tenía las cuerdas vocales inflamadas y un pequeño derrame en los ojos de la presión sufrida. De tal modo que le pincharon un calmante muscular para el dolor y corticoides para la inflamación de las cuerdas vocales. Lo de los ojos se iría absorbiendo solo.

En el caso de Sofía, no paraban de hacerle pruebas, pues no sabían qué le pasaba. Suponían que estaba inconsciente por algún traumatismo, pero sin más datos no podían hacer nada. Ángel también fue llevado al hospital, pero a él lo llevaron a otra parte de urgencias, una habitación donde lo esposaron y un agente lo custodiaba. Inicialmente presentaba lesiones menores en su cara, pero tras lo ocurrido se pidió una evaluación psicológica.

Los amigos de Sylvia fueron avisados por Lola, que nada más enterarse se dirigió al Hospital. Estaba hecha una fiera, Jorge, su novio, que la acompañaba, la detuvo en más de una ocasión. Sus nervios no le permitían pensar con claridad. Hasta Manu, que estaba en la sala de espera, tuvo que ayudar para frenarla.

—¿Quieres tranquilizarte?! —le suplicaba su novio.



—Ese hijo de puta casi mata a mis amigas.

—Eh... —Manu le acarició el brazo—. Le di un buen derechazo, ese no se va a ir de rositas.

—Menos mal que fuiste. —Se abrazó a él—. Joder... —No pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Te voy a buscar una tila para los nervios? —preguntó Jorge.

—No, voy a ver cómo llevan el expediente y si están tomando nota de todo.

—¿Quieres estarte quieta?! —le gritó su novio—. ¿Te gustaría que encontrarán una excusa para liberar a ese hijo de puta? Pues ni se te ocurra mirar nada del expediente. Sabes que los abogados se agarran a cualquier cosa: contaminación de pruebas, interés personal, fallos en los niveles de custodia... sabes cómo funciona esto, no puedes tocar nada del caso.

—Joder... son mis amigas

Lola parecía una niña pequeña con una pataleta. Menos mal que Dora y Mateo ayudaron a contenerla.

Cuando hubieron realizado todas las pruebas médicas, además de las policiales. Dejaron pasar a Manu para ver a Sylvia. Ella apenas podía hablar, tenía afonía y le molestaba la garganta, pero los medicamentos ayudaban con el dolor.

Al verlo, se tiró a sus brazos. Intentando hablar, preguntó por Sofía, pero nadie sabía nada, de tal modo que las lágrimas hicieron aparición. No podía dejar de llorar, era más fuerte que ella. Al menos con él allí se sentía mejor, la tristeza no resultaba tan dura.

Ante la insistencia de ella, el bombero logró traer a la doctora que trataba a su amiga, Magela Gracia. Allí le informó del estado de Sofía; detectaron un aborto de unas ocho semanas y traumatismos varios por todo el cuerpo, pero preocupaba que siguiera inconsciente.

Sus ojos se paralizaron, pues no sabía que su amiga estuviera embarazada. Intentó recordar si había tomado alcohol en alguna ocasión y la respuesta era simple, llevaba un mes sin tomar nada. Ella lo sabía y se estaba cuidando.

Se sintió culpable por no estar más atenta a esas señales, era su mejor amiga.

Esta era otra señal de que Ángel las había distanciado más de lo que ellas creían.

Aprovechando el revuelo del cambio de turno, Lola no se reprimió y, engañando a su novio, se fue a la habitación de Ángel. En la puerta encontró un compañero que conocía su relación con las víctimas.

—Sabes que no puedo dejarte pasar.

—Nadie te ha pedido eso.

Ella carraspeó y vio pasar un par de enfermeras hablando.

—Arturo —le indicó a su compañero—, esas enfermeras te estaban llamando, creo que quieren contarte algo.

Él la miró con cara seria y ella le suplicó con la mirada.

—Tienes un minuto —le indicó, caminando hacia las enfermeras—. Disculpen, señoritas...

Lola no perdió tiempo, se metió en la habitación. Ángel estaba confuso y algo adormilado de la medicación, además de estar esposado a la cama. Ella se acercó y él la reconoció.

—Hola —le dijo al verla.

—Hijo de puta. —No pensaba guardar los buenos modales con alguien así—. Te lo voy a decir una vez: como te acerques a alguna de mis amigas, te juro que te mato, cabrón. Me va a dar igual perder mi trabajo.

Ni esperó respuesta, se largó para evitar pegarle una paliza. Su agresividad estaba en niveles máximos y temía cometer una locura, librando al mundo de

esa escoria.

La policía se encargó de tomarle declaración a Sylvia y a Manu allí mismo. En el caso de la editora, tuvo que ser por escrito, su voz era nula y la recomendación médica no le permitía hablar. Ella lo anotó todo con todo lujo de detalles, al cerrar los ojos podía recordarlo todo. La declaración del bombero era más escueta.

Por otro lado, el agresor seguía desconcertado y decía no recordar nada. Los médicos lo justificaban con un brote de esquizofrenia.

Los agentes estaban siendo presionados, necesitaban conseguir todos los datos lo antes posible, ya que el caso estaba siendo demasiado mediático.

Esa noche, la noticia fue la del famoso escritor que agredió a su novia y a la amiga de ella, siendo rescatadas por un bombero fuera de servicio. No paraban de hablar de eso. Fotos de Ángel salían por todos lados y los periodistas hablaban de cosas que ni los policías sabían. Aquella noche el espectáculo estaba servido.

## CAPITULO 42



Sábado, 8 de octubre de 2016.

Desde primera hora un grupo de periodistas se había afincado a las afueras del hospital. Querían conseguir la primera entrevista con alguno de los implicados. Durante la noche consiguieron recabar datos y ya conocían las identidades de todos. Sabían que Sylvia era la editora del agresor y amiga de su prometida, aunque desconocían que habían sido pareja. Al igual que la identidad de su novia, Manu también fue descubierto, intentando localizarlo en el parque de bomberos y llegando a hablar con sus compañeros.

El bombero se vio acorralado y su jefe le dio un par de días libres hasta que se calmara el furor de la prensa. Algo que agradeció para poder pasar tiempo con Sylvia, pues no quería quedarse sola. En vista de la dependencia de ella, Ariel regresó a casa de Maca; a la que no le importó cuando se enteró de lo ocurrido.

La madre de Manu y sus hermanas se acercaron aquella mañana al Hospital para ver a su novia. Al ver las marcas de su cuello se quedaron muy impresionadas, y el bombero se llevó una colleja por no haberlo evitado. La risa no se hizo esperar entre ellos.

Al mediodía, Sofía despertó desorientada y muy dolorida. No paraba de llorar, a pesar de la medicación, nada reprimía el estrés postraumático. La

doctora Gracia hacía todo lo que estaba en su mano, pero el dolor emocional era más fuerte que el físico.

Sylvia no perdió el tiempo al enterarse del despertar de su amiga y, en contra de la recomendación de los médicos, la fue a ver, aunque si ocultó con una bufanda de Gabi las marcas de su cuello.

Al verse, las dos comenzaron a llorar desconsoladamente, mientras se abrazaban. Tras media hora de llanto descontrolado, consiguieron recuperarse para hablar. Manu se mantenía en un segundo plano sin intervenir.

—¡Sylvi, oh! ¿Por qué?

La editora apenas podía hablar, por lo que se encogió de hombros.

—No lo entiendo, se volvió loco. Nunca se había comportado así. Me asusté mucho. ¡Mi bebé! —lloró sin consuelo.

Solamente pudo abrazar a su amiga y dejarla llorar todo lo que quería.

—Nunca se lo perdonaré.

—¡Ya! —dijo con el poco de voz que tenía.

Manu notaba que sobraba e hizo amago de marcharse, pero su novia lo detuvo. Lo precisaba para ser su voz.

—¡Manu! —intentó gritar, pero se quedó en nada.

—Sylvi, ¿qué te pasa? —se asustó.

Su amiga se quitó la bufanda y enseñó las marcas. Sus ojos se espantaron al observarlo.

El bombero se encargó de relatarle todo lo ocurrido sin aportar muchos detalles, no quería que Sofía se sintiera peor. Algo inevitable.

—Todo es culpa mía. No tenía que haberte llamado.

La editora negaba con la cabeza, pues no podía hablar, entre las lesiones y la congoja estaba muda.

—De eso nada —aclaró Manu—, aquí el único culpable es Ángel. Solo espero que lo encierren para siempre —escupía rabia.

—Yo sabía que él no quería hijos, me lo dejó muy claro cuando le pedí matrimonio. —Los dos la miraron sorprendidos, sonrió al ver su reacción—. Estaba loca por él, así que no me reprimí. No me contestó y pensé que todo había quedado olvidado, pero a los tres días, apareció con un anillo y condiciones.

—¿Condiciones? —El bombero hacía la pregunta que la editora tenía en la punta de la lengua.

—Sí, nos casaríamos con la condición de que nada de hijos ni de revolver en su pasado. Me extrañó, pero no me importó, quería construir un futuro con él.

Su amiga notaba que hablar le estaba haciendo bien, así que con gestos le preguntó qué había ocurrido para la agresión.

—Llevaba un tiempo sospechando lo de mi embarazo, por eso intenté cuidarme. El lunes me hice la prueba y no cabían dudas. El viernes, Manuela —su jefa en la clínica— terminó confirmándomelo con una ecografía. —Cerró los ojos para controlar las emociones—. Cuando llegué a casa, estaba tan ilusionada que se lo dije y él enloqueció. —No aguantó más y se dejó llevar por la pena.

Sylvia la abrazó, intentando calmar su llanto. Manu estaba acongojado al verlas, aunque la rabia hacia el escritor le permitía controlarse.

Dos agentes interrumpieron el momento, debían tomarle declaración a la víctima, la doctora Gracia estaba muy molesta, pues no quería que lo hicieran. En contra de las recomendaciones médicas, Sofía aceptó, relatando lo que recordaba.

Su amiga se quedó agarrándole la mano mientras hablaba. La necesitaba a su lado para poder contar lo ocurrido.

A última hora de la tarde, Sylvia obtuvo el alta y se fue a casa de Manu. No

quería quedarse sin sus abrazos durante la noche, donde los recuerdos se hacían más duros.

Esa noche las pesadillas se sucedieron, pero sentirle a su lado lo hacía más llevadero.

## CAPITULO 43



Lunes, 10 de octubre de 2016.

Lola informó a su amiga de que a Ángel le iban a internar en un centro hospitalario penitenciario, el juez instructor había solicitado a petición de los médicos la prisión psiquiátrica. También le contó que había sufrido otro brote de esquizofrenia al enterarse de lo que le había hecho a su prometida y a la editora. Lo último que sabía era que lo tenían totalmente sedado para tenerlo controlado.

Después de que su amiga la policía le contara todo, ella empezó a recapitular lo sucedido. Hasta ese momento sus nervios no le habían dejado analizarlo de forma fría.

Supuso que Ángel debía esconder algo terrible para comportarse así, aunque fue una frase la que la puso sobre la pista, era su voz recordándole lo que decía: « Mamá se va a enfadar mucho, nadie puede saberlo » .

Esas palabras la llevaban a la misma conclusión, si quería respuestas tenía que ir a ver a Consuelo. Ella era la única que podía darle lo que quería.

Con las cuerdas vocales aún inflamadas y apenas voz, obligó a Manu a ir con ella a la residencia de ancianos. Sabía que lo necesitaría para poder interrogar a la madre de Ángel.

Al llegar, el bombero no entendía su presencia en aquel lugar, pues él no quería saber nada de todo lo que tuviera que ver con el escritor. Por eso las intenciones de Sylvia le parecían descabelladas.



Esperaron hasta que Consuelo aceptó verlos en su habitación. Tenía sus reticencias, ya que estaba al tanto de todo por lo que había leído y escuchado en las noticias. Fue la posibilidad de ayudar a su hijo lo que hizo que se decidiera.

La editora sabía que tenía una oportunidad para convencerla, por lo que no lo dudó, se quitó la bufanda que llevaba puesta para mostrar las marcas de su cuello. Quería darle pruebas de la locura de su hijo.

Los ojos desenfocados de la mujer se llenaron de terror al comprobar que los reporteros no mentían. No lo soportó y comenzó a llorar. Aquello le demostró que su pequeño se había descontrolado.

Sylvia no lo dudó y la abrazó, notaba su dolor. Creyó que debía consolarla, pues debía ser un momento muy duro para ella.

Tras meditarlo no le quedaba más alternativa que hablar, contar lo que llevaba ocultando mucho tiempo, cómo el monstruo de su marido había convertido a un niño inocente en otro ser igual que él.

El prestigio de su familia se había visto pisoteado por la prensa, ya nada limpiaría el apellido Baeza, solamente esperaba que aquella muchacha recapacitara y no fuera muy dura con su pequeño. Ese fue otro motivo por el que iba a hablar, creía viable convencerla para disminuir la pena de su hijo.

La única pega que ponía era la presencia de aquel chico que le acompañaba. No se fiaba de él, no entendía el motivo por el cual debía escoltarla.

—Te lo contaré todo —le confesó mirándola a los ojos—, pero sin él. — Dirigió su mirada hacia el bombero.

—Es de confianza —dijo de forma ronca.

Seguía sin confiar, pero sabiendo que tenía la posibilidad de ayudar a su hijo, lo dejó estar. Tenía que contarle cosas que se habían ocultado durante

mucho tiempo en su familia, hechos que podrían escandalizarla. Sin embargo, el prometedor futuro de su hijo estaba en juego, además del apellido familiar.

Consuelo se fue hacia el armario para sacar un álbum de fotos del tamaño de medio folio y se lo entregó a Sylvia, que estaba sentada a los pies de la cama. Manu se mantenía de pie a su lado.

—Aquí está la vida de Miguel. —La mujer se sentó al lado de Sylvia y Manu miró extrañado a la mujer, pues hasta donde él sabía le llamaban Ángel.

—¿Puedo? —Le dolía al hablar.

—Sí.

Las primeras páginas tenían fotos de un recién nacido, eran todas fotos de Ángel. Al ir pasándolas encontró más, pero más mayor.

—Yo recuerdo a este niño —confesó Manu—, se llamaba...

—Miguelito —indicó Consuelo.

—Sí, se fue del colegio porque su padre consiguió un buen trabajo, o algo así. Si no me falla la memoria su familia solía presumir de dinero.

Consuelo le puso mala cara, pues había dado en el clavo. A sus inicios fueron una familia humilde que, debido al trabajo del progenitor, consiguió convertirse en una acomodada..

Sylvia observaba ambas reacciones, viendo una cara algo diferente de aquella mujer. Ella sabía que era algo presumida y pretenciosa, pero, como siempre la había tratado con cariño, eso quedó en un segundo plano y la pasó a ver como una mujer con dinero que adoraba a su hijo.

—Como ha dicho este muchacho —anotó con tono despectivo—, vivíamos en un barrio humilde hasta que nuestra suerte cambió. Mi marido empezó a posicionarse mejor laboralmente, logrando contactos y un sueldo sustancioso. Nuestra vida se transformó por completo. Sacamos a Miguel del colegio público y lo llevamos a centros privados. Teníamos que aprovechar nuestra

situación para que tuviera una excelente educación. Poco a poco vi crecer a mi pequeño.

—Ahora comprendo por qué me sonaba tanto su cara, estaba en mi clase con Maca.

La mujer hizo un mohín con la boca, no le gustaban las anotaciones de Manu.

—Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. —Tenía que tocarle la fibra a la editora, era la única que podía ayudar a su hijo.

—¿Qué quiere decir? —El bombero hizo la pregunta que deseaba hacer Sylvia.

—Mi marido era un buen hombre, pero a veces se enfadaba, se descontrolaba un poco. Era algo puntual... —le quitaba importancia.

—¿Está diciendo que su marido les pegaba?

Le costaba confirmárselo, era un secreto que llevaba mucho tiempo ocultando.

—Sí.

—¿Nunca nadie supo nada? ¿Y los moratones?

Daba la impresión de que las mentes de Manu y Sylvia estaban sincronizadas, realizaba las mismas preguntas que ella haría. El problema eran sus cuerdas vocales.

—Tengo que reconocer que se cuidaba mucho de no hacerlos en sitios visibles. En eso era un especialista —reconoció con rabia—. Yo intentaba llevarme lo peor, pero a veces... —se quedó sin voz.

—¿Por qué no lo dejó?

—¿A dónde hubiera ido? Lo tenía todo con él. —Daba la impresión de que se había ofendido con la pregunta—. Teníamos dinero, Miguel estudiaba en los mejores colegios... lo hubiera perdido todo.

—Entonces, tampoco llevó a su hijo a un psicólogo por los malos tratos de

su padre. —Estaba muy enfadado con el comportamiento de aquella madre.

—¿Qué querías? ¿Que se enteraran todos?! —le gritó—. ¡Estás loco! Lo hubiéramos perdido todo.

Manu se estaba poniendo de muy mal humor.

—Claro, es preferible callarnos y hacer como que no pasa nada, ¿eh? —tiraba de ironía.

—Disculpa, muchacho... —Pero Manu no la dejó hablar.

—No me venga con historias señora, su hijo casi mata a mi novia y a su amiga, así que más le vale no justificarse, porque no sé si podré ser educado.

Ambos se desafiaban con la mirada, como si aquello fuera un ring de boxeo. Manu estaba asqueado con la postura de aquella mujer y a ella no le gustaba la actitud del bombero.

Sylvia se sentía muy decepcionada con aquella mujer, no esperaba que su conducta hubiera provocado todo aquello. Al final, Ángel era otra víctima como lo había sido Manu. Sin embargo, a él no le pasó factura ni lo definió su pasado.

—Le pido que salga de mi habitación —le exigió señalando con el dedo.

Sylvia no lo dudó, después de su relato, no le apetecía seguir allí. Estaba totalmente de acuerdo con el bombero. Ella podía haberlo evitado todo, pero se imaginaba que las apariencias eran más importantes, que defender a su hijo.

—Tú no, no te vayas aún. —Consuelo le agarró el brazo para retenerla. Manu se giró al verlo, pero ella le hizo una señal para que la dejara a solas con la mujer—. Gracias.

—No... —Se señaló la garganta para indicarle que no podía hablar.

—Sólo quiero que me escuches. Necesito que me hagas un favor. —Sylvia preguntó con la mirada qué quería—. Ayuda a mi pequeño, es una víctima. Si pudieras no contar nada, que las marcas son de otra cosa, no sé...

Los ojos de Sylvia crecían de asombro con cada palabra que salía de aquella mujer. No se lo podía creer.

—No —negó pasmada.

—Piensa que todo esto lo hace porque es una víctima, él no tiene culpa de nada.

La mujer le fue a acariciar la mano, pero la editora la apartó. No quería tener nada que ver con Consuelo.

—No te vayas, tienes que ayudarme. Mi pequeño... Su futuro... Él tiene un futuro como escritor... eso... No te conviene que vaya a la cárcel.

Se levantó espantada y empezó a salir de la habitación, asqueada con sus palabras. Lo que decía era horrible.

Cuando se encontró con Manu, se abrazó a él. Necesitaba olvidarse de su visita y, por primera vez, el bombero tenía razón, desde que le propuso ver a la madre de Ángel, no debían haber ido.

—Vámonos —le pidió él.

No hizo falta decir más nada para salir por la puerta de la residencia.

Al llegar a la casa, Sylvia se encerró en sí misma, escribiendo dos cartas, cada una con una misión diferente. Había que aclarar muchas cosas.

La primera era dirigida a Manu contándole que sabía lo de su padre y que estaba muy orgullosa de él por el hombre en el que se había convertido. Por haber impedido que su pasado dictara su futuro, al contrario que Ángel. Eso le hacía darse cuenta de la suerte que tenía al tenerlo en su vida.

La carta continuaba aclarando la situación de ellos dos, confesándole lo que sentía por él, pero cuando Manu la tuvo en sus manos no la terminó de leer, se alteró mucho al ver las famosas palabras que desde un principio habían definido su relación.

—¿En serio? Vas a continuar con esto. —Ella lo miró nerviosa al estar tan

alterado—. Te leo « Manu,sé que entre nosotros no hay nada, que somos buenos amigos y te agradezco... » . Paso de seguir leyendo. —Soltó la carta.

Ella se acercó a él para obligarle a continuar.

—No, lo siento, no puedo. —Le sostuvo la cara con cariño para obligarla a mirarlo a los ojos—. Te lo he dicho un montón de veces, no me gustan las etiquetas. —Deseaba tanto que ella lo comprendiera—. Mira, durante toda mi vida me han encasillado; el niño sin padre, huérfano, recogido, *stripper*... Yo soy más que eso. ¿Acaso no te has dado cuenta de que el amor no se etiqueta? —Hasta que no lo dijo no se dio cuenta del mensaje que le estaba lanzando.

—¿Amor? —Los ojos de Sylvia se iluminaron.

No le queda otra alternativa que aceptar lo que sentía, exponerse y aceptar su negativa.

—Me gustas, más de lo que estoy dispuesto a reconocer...

Ella lo besó con pasión sin dudarle, lanzándose a su boca y enredando sus brazos en su cuello.

—¡Te quiero, idiota!

—¿Me quieres? —Tragó con fuerza, aún no se lo creía. Ella le sonrió, afirmando con la cabeza. La levantó y giró sobre sí mismo con ella entre sus brazos, devolviéndole el beso—. Yo también te quiero.

Sin darse cuenta, terminaron en la cama, con unas demostraciones afectivas muy intensas.

En medio de aquella pasión, Manu no pudo evitar soltar una de sus bromas.

—¡Mierda! —Sylvia se asustó—. No sé cómo se tomará esto, Ariel. —Ella no entendía nada—. Estaba seguro de que lo elegirías a él antes que a mí, creo que esto romperá su corazoncito perruno —rio alejándose de ella, pues su cara le demostró que no le había hecho gracia.

—Idiota —fue lo único que pudo decir.

—¿Sabes que conmigo va el idiota? —soltó un par de carcajadas.

—Cállate.

Se tiró sobre él, sonriendo. Ahora no era momento para pensar en su doble personalidad, sino en aplacar su deseo sexual.

## CAPITULO 44



Martes, 11 de octubre de 2016.

Los días siguientes fueron una locura, Sylvia se trasladó definitivamente a casa de Manu, dejando su habitación en el piso compartido a Sofía. Lola y Dora se encargaron de ir al piso de Ángel a recoger sus cosas, para que, al llegar del hospital, se encontraran todas sus pertenencias colocadas.

La recuperación de la editora era lenta, por eso se comunicaba a través de la aplicación de WhatsApp. Todos ponían de su parte para que no hablara, por lo que le hablaban a través del móvil, a pesar de estar en la misma habitación.

Esa tarde habían preparado una gran fiesta para celebrar la salida del hospital. Globos, pancarta... nada era suficiente para devolver a la mirada de su amiga la alegría que había desaparecido después de la agresión. Ella sonreía sin ganas, no le apetecía celebrar nada. Su vida se había llenado de errores y ahora le tocaba recomponerse de todos ellos.

Ese momento, la editora aprovechó para contar lo que conocía de Ángel. Sofía se merecía una explicación sobre su exnovio. Cogió la carta y se la entregó a Manu para que la leyera.

En la carta figuraba la verdadera causa del comportamiento de Ángel, ocultando la petición de su madre y que se había obsesionado con retomar su relación. Era algo que se guardaría para ella, bastante tenía su amiga.

Todos escucharon atentamente al bombero, quedándose mudos al terminar de hablar. Durante un largo rato, el silencio se instauró entre ellos. Nadie



sabía qué decir al respecto, hasta que Sofía empezó a hablar para sí misma.

—Por eso no quería tener hijos —lloró—. Debí tener más cuidado...

A Mateo le molestó el comentario de su amiga, ella no era la culpable de nada.

—No te atrevas a defender a esa bestia. Ese no merece ni nuestro respeto...

—Mateo —le reclamó Dora para que se tranquilizara, pero fue todo lo contrario.

—De eso nada. —Se puso en pie—. Cari, te voy a contar algo que poca gente sabe. Yo también tuve un padre al que le gustaba dar leña. Sobre todo cuando no tenía dinero para su vicio, la botella. Era un desgraciado.

El rostro de todos era de sorpresa, nadie lo sabía.

—No me miréis así. Además, nunca he ocultado que soy adoptado. Gracias a mis padres adoptivos, Raquel y Paco, pude tener una oportunidad.

—Eras un niño... —a Lola se le atragantaron las palabras.

—Sí, era un niño maltratado. —Se sintió bien al reconocerlo—. Y no por eso voy pegando a los demás ni voy llorando con traumas infantiles.

—¿Qué pasó? —Sylvia habló con un hilo de voz, tosiendo compulsivamente por forzar la garganta, pues aún se estaba recuperando.

Mateo no lo dudó y fue hasta su habitación, allí sacó un libro con los recuerdos que su madre adoptiva recuperó de su pasado. Sin dudarlo, se los entregó a Sofía, el resto la rodeó para poder mirar.

Mientras Sylvia y Lola se llevaban la mano a la boca, impresionadas por toparse con unos recortes de periódicos de un incendio que conocían. Él se encargó de contarles algo que le hacía mucho daño.

—Mi padre biológico era un borracho que se gastaba lo poco que ganaba en su vicio. Mi madre llegó a mendigar por su culpa, porque nos moríamos de hambre. El día que fallecieron, ambos recibimos una terrible paliza. Pensaba que iba a matar a mi madre. Yo intenté detenerle, pero eso hizo

que... —Se le quebró la voz.

—No es necesario... —comentó Sofía al ver sus lágrimas corriendo por su rostro.

—Escúchame atentamente, chocho —le indicó—. Sí, es necesario, quiero que te des cuenta de que ese tipejo no tiene excusa.

—Cómo quieras...

—Me pegó con saña, aún recuerdo sus golpes y los gritos de mi madre para que no me hiciera daño. —Todos andaban acongojados con su relato.

—Eso es horrible —comentó su empleada.

—Lo peor de todo es que encima mi madre murió por intentar salvar a esa bestia.

Ocultó una parte de la historia que no era necesario que supieran. Quería proteger la memoria de su madre, ella fue una buena mujer, cometiendo un pequeño error al final de su vida.

—¿Fallecieron...? —indicó Lola, no pudiendo terminar por miedo de su reacción.

—Murieron los dos, el incendio fue su propia tumba.

Se derrumbó, dejándose caer al suelo para llorar sin contención.

Sofía no podía verlo así, por lo que soltó el libro y se fue a abrazarlo. Su dolor no tenía punto de comparación con el de su amigo.

—¿Lo ves, cari? No tienes que defenderlo. Tuvo la oportunidad de cambiar, pero no quiso. Lo más fácil es ser malo, dejarte arrastrar por el dolor, lo jodido es luchar. Ser otra persona, alguien mejor. Eso me lo enseñaron Raquel y Paco, el inspector González, ellos no pararon de pelear hasta convertirme en el maricón que soy —rió ante su broma.

—Tienes razón.

Todos en aquel piso lloraban sin poder controlarse, hasta el bombero, aunque intentaba disimular.

—Claro que tengo razón, chocho.

No hizo falta más, los había dejado mudos, nadie se esperaba aquello. Mateo era una persona tan positiva y alegre, que jamás se imaginaron que tuviera un pasado tan duro. Eso hizo que sus amigas le quisieran mucho más, además de dar motivos suficientes para mostrar el verdadero aspecto del escritor.

Era un monstruo que por fin estaba fuera de sus vidas.

## CAPITULO 45

Tarde del Incendio, 2 de septiembre de 1994



—¿Está bien? —preguntó desesperada.

—Sí, no parece tener más que un par de moratones, pero debería verlo un médico. —La anciana revisaba al niño de forma exhaustiva.

—No —negó con miedo—, nos mataría.

—Claro que os matará, si no haces algo. Tenéis que huir lejos.

—No puedo —rompió a llorar.

Asunción la abrazó para calmar el llanto de su vecina. Se le rompía el alma al observar cómo una niña tan buena era anulada por un hijo de perra sin escrúpulos.

—Mamá, no llores —el pequeño se unió al abrazo.

—¡Eh! Ya está. —Se retiró las lágrimas para tranquilizar a su hijo, sonriendo—. Mami se encuentra mejor.

—¿Qué tal si te pones a leer ese libro que tanto te gusta, mientras yo miro a mami? —le indicó la vecina.

—Vale.

La anciana la agarró del brazo y la llevó a otra habitación para hablar más tranquilamente, mientras el pequeño se quedaba en el sillón leyendo. Al llegar a la cocina, sacó unas piedras de hielo y las enrolló en un paño que le colocó en la mejilla. Un golpe amenazaba con cambiar las bellas facciones de su rostro.

—Tienes que hacer algo, por ese niño.

—¿Qué hago? Mi familia no quiere saber de mí y no tengo nadie que me ayude. Tampoco puedo largarme, él me buscaría por todos lados y cuando me encontrara... —No pudo reprimir las lágrimas, no existía consuelo para su dolor.

—Lo tengo todo listo, si quieres... —La miró fijamente. Ambas sabían de lo que hablaban.

—No saldrá bien.

Asunción retiró el trapo de su cara y revisó el pasillo para verificar que el niño no las podía oír.

—Lo tengo todo calculado —bajó el volumen de su voz—. Además, contamos con tus golpes de coartada.

—No entiendo.

—Si la policía pregunta, les decimos que después de la paliza te refugiaste con el niño aquí. Nunca sabrán lo ocurrido.

—No saldrá bien.

—Niña. —Le agarró la barbilla para obligarla a mirarla—. No. No puedes pensar así, debes centrarte en darle una vida mejor a ese niño.

Estaba asustada, pero resultaba muy tentador poder tener una segunda oportunidad para empezar de cero, por lo que cedió ante la sugerencia de su vecina.

—¿Cómo lo hacemos?

Se fue a la alacena y sacó un bote pequeño, del tamaño de la palma de la mano, con un líquido en su interior.

—Sírvele una copa con seis gotas de esto. Cuando se la beba, lava el vaso con lejía. Luego me devuelves este bote y yo lo hago desaparecer. Esto lo hará dormir profundamente.

—Nos descubrirán. —El pánico la inundó.

—De eso nada, esto. —Agitó el bote—. No deja huella. Nadie lo sabrá.

—Luego... —Se le atragantaron las palabras.

—Tenemos que hacer que parezca un accidente.

—¿Cómo?

—Tranquila, de eso me encargo yo.

Asunción sabía cómo hacerlo para que la policía no dudara de que era un accidente. Sus años de enfermera le habían mostrado cómo hacer las cosas para no dejar rastro, lo único que debían tener en cuenta era no dejar cabos sueltos que pudieran señalarlas.

—No sé...

Enterró la cara entre las manos, estaba confundida y desesperada. Era consciente de que no podía seguir viviendo con él, pues su agresividad se había desatado en las últimas semanas. Además, su hijo empezaba a revelarse hacia su padre, en una de esas iba a recibir un mal golpe y cada vez le costaba más protegerle de las palizas.

Tras pensarlo, su vecina tenía toda la razón, era su obligación darle una vida mejor a su hijo. No podían seguir viviendo más con aquel monstruo.

—No lo pienses más, muchacha.

Notaba su indecisión, por eso la presionaba, pues veía una buena oportunidad para deshacerse de ese malnacido y no creía que se produjera una ocasión parecida. Al mismo tiempo temía que, si no lo hacían ahora, lamentarían una tragedia un día de estos.

Después de varios minutos meditándolo, aceptó la propuesta de su vecina. Cogió el bote de sus manos y se fue directa para su casa. No iba a pensarlo más, lo iba a hacer por su hijo.

Armándose de valor, entró en su hogar, topándose con su marido. Estaba sentado en el sillón, bebiendo de una de las botellas que había traído. Al verla le sonrió victorioso, pues un moratón asomaba en su mejilla. Los golpes que le había propinado estaban marcando su propiedad.

—¿Dónde estabas?

—En casa de la vecina, quería que viera al niño —le indicó escondiendo en el bolsillo de su pantalón el bote.

—No me gusta nada que andes con esa vieja bruja, más vale que no vuelvas a ir a su casa.

—Vale —agachó la cabeza—, no iré más.

—Esa es mi chica. —Se levantó del sillón para ir a abrazar y besar a su esposa—. ¿Lo ves? No es tan difícil, si te portas bien...

Ella sentía asco, no quería ni que se le acercara; pero no podía apartarlo sin más, debía seguir el plan de Asunción.

—¿Quieres que te prepare una copa? —le preguntó de forma desinteresada. Quería alejarlo de ella, apestaba a alcohol.

—Estaría bien. —Se sentía orgulloso del comportamiento sumiso de su mujer.

Ella cogió la botella y se fue en dirección a la cocina para prepararle la bebida. Él la seguía y lo sabía. Se dio prisa en poner las gotas en el vaso antes de que la pillara. Con las prisas echó un chorrillo, sin medir las gotas que le había dicho; mientras volcaba el contenido de la botella.

—Tu copa —se giró, entregándosela con una sonrisa.

Él empezó a beber orgulloso. Estaba encantado con el trato de su esposa.

A los diez minutos empezó a sentirse algo cansado, así que se fue a la cama. Al acostarse, cayó rendido. En ese instante, su esposa tomaba el vaso y, siguiendo indicaciones, lo lavó usando lejía para no dejar rastro del líquido.

Ella se acercó con lentitud hasta él, necesitaba verificar que estuviera profundamente dormido. Estaba muy asustada, temía que aquel líquido no hubiera hecho su efecto y le pudiera hacer daño. No se fiaba de lo que le había dado la anciana.

Cuando lo comprobó, le quitó la cartera para coger el dinero que le quedaba y poder comprar comida, debía aprovechar antes de perderlo todo. Al tenerlo todo según lo planeado, salió corriendo hacia la casa de su vecina para entregarle el bote. Ella lo guardó para luego deshacerse de él. No podían dejar ninguna prueba a la policía.

La primera parte del plan se había completado, ahora tocaba la segunda. Abrazó a su hijo y le pidió que permaneciera allí, pues tenía que hacer algunos recados con Asunción.

Ambas se encaminaron hacia su casa, Asunción le intentaba dar ánimos para que no se arrepintiera en el último momento, de ahí que no la dejara a solas. Por eso tenían que llevar guantes, no podían dejar huellas. Nadie podía sospechar que ella había estado en su piso, de tal modo que no se pudiera poner en duda la coartada de estar juntas en la vivienda de la anciana, lejos del incendio.

Ella se fue con paso firme al dormitorio, quedándose su vecina encargada de recopilar todas las botellas de alcohol que había en la casa. Sin pensarlo, empezó a vaciar la botella que tenía abrazada su marido, pero la anciana le indicó que debían quitarle la manta para que las llamas llegaran antes al cuerpo. Ella, sin pensarlo la tiró al suelo, a pesar de que ya estaba impregnada en alcohol.

En ese preciso momento, el pequeño se aburría de leer y pensó en regresar a su casa a coger un juguete para entretenerse, esperando a su madre. Al llegar al piso, se extrañó ver la puerta abierta, por lo que entró sin hacer ruido. No tardó mucho en localizar a su madre y a su vecina. Estaban derramando las botellas de su padre sobre él.

Entonces, su madre cogió una colilla y, prendiéndola, la dejó caer sobre la cama. Aquello no tardó en arder y ambas mujeres se apartaron mirando como el cuerpo del hombre prendía sin control. El pequeño se asustó, pero no pudo



decir nada para delatar su posición.

Asunción le indicó que debían irse, no podían permanecer mucho tiempo allí. Al darse la vuelta, descubrió a su hijo, asustada por lo que podía haber visto su pequeño le dio un bofetón. Fue una reacción ante el pánico de ser descubierta, ni lo pensó. Inmediatamente se arrepintió de lo que hizo, pero era demasiado tarde. Ahora él lo sabía y era tarde para ocultarle la verdad.

Después de recibir el bofetón, el niño salió corriendo, no comprendía nada. Su padre le pegaba y su madre también. Nadie le quería, su padre tenía razón al decir que él no era nada, que había sido un error al nacer, que fue una equivocación.

Su mundo se desmoronó, por lo que huyó sin escuchar los gritos de Asunción, que le pedía que se detuviera. Corrió sin rumbo por las calles, necesitaba alejarse de todo aquello.

La anciana, al ver lo ocurrido, salió corriendo detrás del niño, debía detenerlo para que callara lo que había visto esa tarde. Sin embargo, no pudo alcanzarlo, tampoco se paró ante sus reclamos. Fuera del edificio le perdió la pista, por mucho que lo buscaba no lo consiguió localizar.

Su madre no pudo más y, rompiendo a llorar se tiró al suelo, se arrepentía de todo. No debía haber escuchado los consejos de su vecina ni intentar terminar con su problema de aquella manera. Acababa de cometer el peor error de su vida; buscando una vida mejor, había arruinado la vida a su hijo. Jamás podría superar algo así. De tal modo que, sin meditarlo, se levantó cogió la manta e intentó apagar las llamas.

Su intento fue en balde, pues era demasiado tarde para su esposo y también para ella...

El niño caminó y mendigó por las calles, no podía volver a su casa, todos le pegaban y ninguno le quería, se repetía una y otra vez. Por lo que decidió que la soledad de las calles no le parecía tan mala, allí nadie le golpeaba ni le

hacía daño.

El tema de la comida, al ser un niño, no le costaba. La gente se apiadaba de él y terminaba dándole algo para comer. Sabía cómo limosnear, pues había visto a su madre hacerlo.

No obstante, sus intenciones no le durarían mucho, ya que el sábado lo encontrarían dos agentes de policía.

A final, Raquel localizó a Asunción, pues el pequeño le había relatado algo que había visto la tarde del incendio. La culpabilidad por la muerte de la madre del niño la perseguía, así que habló abiertamente de lo ocurrido. No escondió nada, le contó absolutamente todo.

La mujer del inspector no se creía lo que oía, pero no la juzgó, pues conocía por los médicos y su marido lo que había sufrido su angelito. En ese instante, decidió callar lo que sabía, no era necesario hacer más daño en la vida de la principal víctima de todo esto, su hijo.

No obstante, unos nueve años más tarde se topó con la esquela de Asunción en el periódico, lo que le dio vía libre para hablar, contándoles todo a los dos hombres de su vida, su marido y su hijo. Consideró que era el momento de confesar, pues ambos tenían derecho a conocer la verdadera historia de lo ocurrido. Eso dio pie a reproches de su marido, pero nada que el tiempo no supo curar.

## EPÍLOGO



La relación de Manu y Sylvia no tardó en consolidarse, a ella comenzó a no importarle la presencia del idiota de su pareja, llegando a proporcionar cierta chispa en su convivencia. Aunque a veces le superaba, por lo que resultaba inevitable que se produjera una discusión que terminaba arreglándose en la cama con increíbles orgasmos. Momentos que disfrutaban ambos.

Sin embargo, costó algo más su trato con Ariel. La editora y el perro formaron un pacto de no agresión, el animal guardaba las distancias y ella lo ignoraba. Eso duró poco tiempo, ya que él se la fue ganando poco a poco.

Al año de estar juntos se casaron por lo civil, una boda sencilla con sus amigos y familiares. No querían nada glamuroso ni tampoco gastar mucho dinero, ya que cinco meses después llegaría a sus vidas una niña, Candy, y dos años más tarde, Paloma. El bombero era un padrazo con sus pequeñas, le encantaba tener a dos princesas y disfrutaba presumiendo de ellas.

Al nacer Candy, Manu comentó lo divertido que resultaría si Fran y su hija fueran pareja, era una forma de unir a ambas familias. Las caras de Susana y David indicaron que aquel comentario no les gustó, de tal modo que supuso que no entendieron su broma.

La editorial sufrió un asombroso auge ante la demanda de las novelas de Ángel, la noticia de la agresión había incrementado las ventas y la reputación del escritor. Lo apodaron «el niño que se corrompió teniéndolo todo». Llegó a ser morboso todo lo que sacaron de él y su familia.

Sin embargo, el dueño de la editorial se frotaba las manos cuando supo que la editora tenía su último manuscrito, lo tenía pendiente de valoración. No tardaron en publicarlo, pues querían aprovechar el momento. En la primera semana se agotaron las tres primeras ediciones, resultó un bombazo literario.

Sin embargo, Sylvia dejó de llevar todo lo relacionado con él, fue la principal condición que puso al regresar al trabajo. No podía después de lo ocurrido. Su jefe no puso ninguna objeción, lo importante era su empleada.

Ángel nunca fue consciente de su éxito, su enfermedad fue debilitando su sentido de la realidad y a los cuatro meses se terminó suicidando en un descuido en el psiquiátrico. Esa misma noche, como si el destino lo hubiera escrito, un infarto al corazón se llevaba a Consuelo, llevando a madre e hijo junto al monstruo de su padre.

A Sofía le costó recuperar la sonrisa. No paraba de culparse de lo ocurrido, menos mal que Mateo estaba muy atento. Cuidándola y sirviéndole de apoyo. Sus amigas tampoco se quedaban atrás, los fines de semana siempre organizaban cosas para animarla. Todos se desvivían por ella.

Jorge y Lola continuaron su relación, pero solo ante los ojos de sus amigas. Él se integró en el grupo como uno más. En más de una ocasión se alió con el bombero para gastarle bromas a las chicas.

Manu favoreció la relación de Mateo con su joven compañero del trabajo. El día que estuvo en el parque se dio cuenta de que habían surgido chispas entre los dos, por lo que le resultó sencillo arreglar una cita entre ellos. Por fin la fantasía del mejor amigo de su novia se hacía realidad, salía con un bombero. La relación se fue fortaleciendo, haciéndole un hombre muy feliz. Al final en el piso vivían tres personas. En ocasiones resultaba asfixiante para Sofía, aunque en el fondo eso la ayudaba a no pensar en lo que había vivido.

Lo de Dora fue rápido, un cliente habitual de la tienda le pidió una cita. A pesar de que tenía un defecto, era viudo con un niño, aceptó verse con él

fuera del trabajo. Sin embargo, a los dos meses, estaba ejerciendo de madre. Ni ella se creía el cambio que había sufrido su vida en tan poco tiempo. No obstante, eso no cambió su forma de vestir, pues le encantaba ser una mamá moderna.

En el caso de Cam, su matrimonio sufría de grandes altibajos, por lo que terminaba constantemente en casa de Manu. Era su refugio. Además, era el único que la escuchaba sin juzgarla. Pasaba por una situación complicada con su pareja y, encima, no podía pensar solo en ella, tenía un hijo al que debía tener en cuenta.

Estas inesperadas visitas, ayudaron a que la editora y ella se hicieran grandes amigas, criticando a sus parejas, unas reuniones a las que no tardaron en apuntarse Valeria y Susana. En un primer momento eran casuales, pero las cuatro formaron camarilla en contra de sus parejas, estableciendo una noche de chicas al mes, a la que no tardaron en unirse Sofía, Dora y Lola. Un hecho que gustó poco a sus parejas, ya que ellos debían quedarse con los niños.

En cuanto a la familia de Manu, Sylvia hizo que madre e hijo se unieran más, cualquier excusa era buena para una reunión familiar. Él se sentía agobiado entre sus hermanas, pero a ella le encantaba formar parte de una familia ruidosa y cariñosa. Así que terminó yendo a todo lo que organizaban, se vio obligado a no faltar a nada, teniendo que cambiar turnos en el trabajo.

El futuro se les antojaba prometedor, como a cualquier pareja; con cosas buenas y malas. Eso no quitó para que siempre se apoyaran en todo y que los contratiempos les resultaran meras anécdotas para sus nietos. Se convirtieron en un equipo, un *pack*... en dos personas enamoradas que no dejaron morir lo que sentían el uno por el otro.

## AGRADECIMIENTOS

Al llegar a este punto, no puedo dejar de pasar la oportunidad de dar las gracias. Mi primer agradecimiento será para ti, LECTOR, por estar siempre ahí. Por confiar en esta escritora que intenta aprender de cada proyecto y de cada opinión.

A mi madre y mi hermana, que se leen cada página que escribo, dándome siempre su más sincera opinión. Sé que con ellas mis novelas ganan en argumentación.

A mi titi, Yani, que te lees una y otra vez mis novelas. Espero tenerte siempre en mi vida. Nuri y tú sois muy importantes para mí.

A Raquel, que no paras de ayudarme a mejorar con tus consejos y correcciones. Sabes que nuestra amistad durará mucho tiempo, porque eres una tía muy especial.

A mi familia, que no dejan de ir a cada una de mis presentaciones y comprarse mis novelas para apoyarme, deseándome siempre la mejor suerte. ¡Soy tan afortunada!

A mis amigas, que se comen todas mis publicaciones y eventos sin rechistar. ¡Os quiero un montón, chiquillas!

A la editora, Ángela, por seguir confiando en esta autora que pone todas sus ilusiones en cada manuscrito que entrega, a la cual apoya en cada proyecto. Sin dejar atrás a mis compañeras de editorial, me encanta contar con amigas dentro.

A mis niñas, las RomántiCanarias que me alegran cada día con las conversaciones tan poco serias que tenemos en el grupo de WhatsApp. De ahí que no quiero dejar a ninguna atrás: Ana, Ángela, Bárbara, Cora, Dalia, Dulce, Ibiza, Jossy, Kira, Laura, Leti, Lucía, Luz, Magela, Martha, María,

Nuri, Paula, Patri, Raquel, Romina, Yanira, Yara y Zene. ¡Sois maravillosas!  
Por eso y mucho más, ¡mil gracias!

## LA AUTORA



Yazmina Herrera nació en Gran Canaria y completó su formación en la ULPGC, realizando la Licenciatura en Ciencias Empresariales y un Máster en Banca y Finanzas. Su verdadero hobby y su mayor pasión es la literatura romántica. Por eso desde el 2010 se embarcó en la aventura de ponerse en el otro lado: escribiendo. Publicó bajo el nombre de Yazmina Herrera: *Cuestión de Esperanza* (2012), *Sin ti, ¡NO!* (2013) y *Bruxas. La Maldición de Cassandra* (2017), novelas juveniles. Dejando sus novelas romántico-eróticas para el seudónimo de Ani M. Zay (Yazmina al revés): *La Comunidad* (2016), *Ese no era el trato* (2017) y *El amor no se etiqueta* (2018). Actualmente, se encuentra publicando con Ediciones Besos de Papel, editorial canaria.

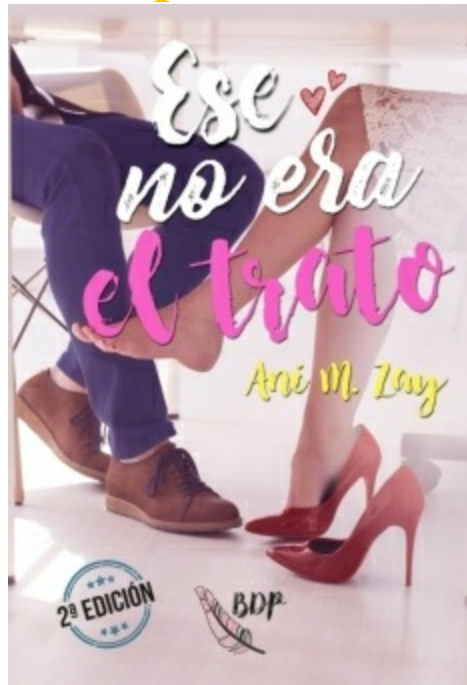
Facebook: <https://www.facebook.com/yazminaherreraescritora>

Twitter: <https://twitter.com/yzherrera>

Instagram: <https://www.instagram.com/yazminaherrera>



## Otras publicaciones



Verónica Sex es una famosa sexóloga que irrumpe en la vida de Susana proponiéndole un extraño fin de semana en compañía de un desconocido, David. Ella acepta al sentirse enormemente frustrada en su trabajo. En ese fin de semana, conecta a todos los niveles. Sin embargo, las cosas cambian al regresar a su rutina y, lo que en un primer momento resultaba ser una nueva oportunidad para encontrar el amor, se convierte en una pésima idea.

¿Por qué ellos dos? ¿Casualidad o algo más? Resuelve los misterios que entrama esta historia llena de situaciones comprometidas y mucha tensión sexual, o si no, siempre puedes escabullirte con solo decir: ¡Parchís!



Vero, una treintañera algo tímida, decide volver a estudiar y un día se tropieza con él en la biblioteca: su piedra en el camino... es sexy, es encantador, es guapo... pero también es ilógico, egocéntrico, egoísta y un encantador de serpientes. Será como esa piedra que se te cuela en el zapato fastidiándote la vida y que no logras sacarte agitando el pie.

Pero entonces Vero descubrirá algo —o mejor dicho alguien— a su lado. Casualmente también se ha tropezado con él, o no... no lo sabe bien. ¿Quién es? ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿Y por qué demonios no puede durar eso eternamente?

¿Cuántas veces has tropezado en la misma piedra? ¿Y en el mismo amor? ¿Cuántas veces te has empeñado en que él o ella es la persona de tu vida cuando en el fondo sabes que no es más que un lastre?

---

[1] Estilo que intenta explotar su feminidad.

[2] Serie infantil de los años 80 y 90.

[3] Palabra inglesa que se refiere a un grupo de jóvenes que hacen actividades educativas y sociales.

[4] Personaje de Disney femenino.

[5] Película de 1950 de Alfred Hitchcock, donde dos desconocidos pactan matar al padre y la pareja del otro, respectivamente.

[6] Es una boca roja mostrando la lengua fuera de ella.

[7] Feliz cumpleaños en inglés.

[8] Método anticonceptivo